

CYRIL HARE

TRAGEDIA EN EL TRIBUNAL

Lectulandia

En el otoño de 1939, el juez William Hereward Barber del Tribunal Supremo recorre el sur de Inglaterra presidiendo casos de municipio en municipio. Cuando una carta le advierte sobre una inminente venganza sobre su persona, el magistrado le resta toda importancia, atribuyéndola sin duda a algún inofensivo lunático. Pero al recibir el segundo anónimo, seguido esta vez de una caja de bombones envenados, Barber empieza realmente a temer por su vida. Será el abogado y detective aficionado Francis Pettigrew —probo, poco exitoso y enamorado en su día de la esposa del juez— quien intente desenmascarar al autor de las amenazas, antes de que sea demasiado tarde…

«Tragedia en el tribunal» (1942) es indiscutiblemente la obra maestra de su autor y uno de los más originales y acabados exponentes de la ficción judicial de todos los tiempos.

Escrita con elegancia e ingenio, «Tragedia en el tribunal» es para muchos la mejor novela detectivesca inglesa ambientada en el mundo de la justicia» (P. D. James).

Cyril Hare

Tragedia en el tribunal

ePub r1.0
Titivillus 25.02.2020

Título original: *Tragedy at Law*
Cyril Hare, 1942
Traducción: Esther Cruz Santaella

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

Para J. A. F.

Capítulo 1
No hay trompetas

«¡No hay trompetas!», dijo su señoría en tono melancólico y reprobador, ligeramente molesto.

Sus palabras, dirigidas a nadie en particular, no generaron ninguna respuesta, seguramente debido a que no había respuesta posible ante la exposición de un hecho tan obvio. Todas las demás cosas que pudiera concebir el hombre o dictar la tradición para comodidad o gloria del juez de comisión, representante de Su Majestad, estaban allí dispuestas. Un Rolls-Royce de tamaño cavernoso ronroneaba a la puerta de la residencia oficial. El gobernador civil, con un leve olor a bolas de naftalina, aunque mostrando en cualquier caso una silueta reluciente con su uniforme de gala de un Regimiento de Voluntarios disuelto hacía mucho, se esforzaba por inclinarse con el debido respeto y al mismo tiempo evitar tropezarse con la espada. Su capellán se inflaba con una inaudita seda negra. El vicegobernador civil tenía en una mano el sombrero de copa y con la otra sostenía el bastón de mando de ébano de dos metros coronado por una talla con la cabeza de la muerte, un objeto con el que, inexplicablemente, el condado de Markshire ha decidido cargar a sus vicegobernadores en ocasiones así. Detrás, el secretario del juez, el oficial *marshal* del juez, el mayordomo del juez y el asistente del oficial conformaban un grupo de acólitos sombrío pero no por eso menos satisfactorio. Delante, un destacamento de policía, con los botones y las insignias brillantes bajo la pálida luz del sol de octubre, se erguía listo para garantizar una escolta segura por las calles de Markhampton. Todos formaban un espectáculo impresionante, y el hombre encorvado con la toga escarlata y la peluca larga que ocupaba el centro de la escena sabía muy bien que él no era el elemento que causaba menos impresión.[1]

No obstante, la realidad seguía estando ahí, detestable e ineludible. No había trompetas. La guerra, con todos sus horrores, se había desatado sin control sobre la faz de la tierra y, en consecuencia, el juez de Su Majestad debía deslizarse al interior de su coche sin mayor ceremonia que un embajador o un arzobispo. Chamberlain había volado a Godesberg y a Múnich y había implorado por ellos, en vano. Hitler no iba a aceptar nada de

eso. Los trompetistas tuvieron que irse. La idea resultaba angustiosa y la mirada en el rostro del gobernador civil quizá podía interpretarse como que el juez había mostrado más bien poco tacto al mencionar un tema tan amargo en un momento así.[2]

«¡No hay trompetas!», repitió su señoría melancólico y se subió con movimientos rígidos al coche.

El honorable *sir* William Hereward Barber, caballero, uno de los jueces de la Sala de la Corte del Rey del Tribunal Supremo de Justicia, tal y como se le describía en la portada de la lista de pleitos de las sesiones judiciales de Markshire, había recibido durante sus primeros tiempos como abogado el sobrenombre del Niño Barbero, por motivos obvios. Con el paso de los años, el título quedó abreviado al Barbero, y desde hacía un tiempo, un círculo pequeño aunque creciente de gente había cogido por costumbre llamarlo el Padre William, por razones con las que su edad no tenía nada que ver. En realidad, todavía no había cumplido los sesenta años. Había que reconocer que, vestido de paisano, no llamaba demasiado la atención. La ropa nunca le colgaba bien en la desgarbada percha que era su cuerpo. Tenía unas formas erráticas y bruscas, una voz dura y en cierto modo aguda. No obstante, por algún motivo, el atuendo judicial le otorga importancia a cualquiera, salvo a la más indigna de las siluetas. Así, la toga amplia ocultaba sus hechuras poco elegantes, y la peluca que le enmarcaba el rostro, larga por detrás, mejoraba el efecto austero de su nariz aguileña y bastante prominente, además de disimular lo endeble de su boca y su barbilla. Al acomodarse sobre los cojines del Rolls-Royce, Barber era la viva imagen de un juez. La pequeña multitud que se había congregado en torno a la puerta de la residencia para contemplar su marcha se fue a casa con la sensación de que, con o sin trompetas, habían visto a un gran hombre. Y quizá ahí radicaba la justificación de toda aquella ceremonia.

El coronel Habberton, gobernador civil, tuvo menos fortuna con su indumentaria. Los voluntarios de Markshire nunca habían sido un cuerpo especialmente distinguido o belicoso, y costaba bastante creer que el diseñador de sus uniformes se hubiese tomado en serio su tarea; en general, había sido demasiado generoso con los galones de oro y demasiado fantasioso con el tratamiento de los tirantes y, para mayor fatalidad, había dado rienda suelta a su imaginación en lo que respectaba al casco que se colocaba con incomodidad sobre la rodilla de su dueño. En sus mejores tiempos, el uniforme había sido un error chabacano; en la era de los trajes de campaña, suponía un ridículo anacronismo, aparte de resultar terriblemente incómodo.

Habberton, con la barbilla irritada por el contacto con el cuello de su atuendo, alto y rígido, se sentía inquieto al saber que las risitas nerviosas que había oído procedentes de la multitud tenían su causa en él.

El juez y el gobernador se miraban el uno al otro con la desconfianza mutua de unos hombres obligados a relacionarse en un asunto oficial, y muy conscientes de no tener nada en común. En un año laboral normal, Barber se cruzaba con hasta veinte gobernadores y ya sabía bien que, para cuando descubría alguna cosa de interés en alguno de ellos, siempre era el momento de trasladarse a otra ciudad del circuito. Por tanto, hacía mucho tiempo que había dejado de intentar entablar conversaciones con ellos. Habberton, por su parte, nunca había conocido a un juez antes de que lo nombrasen gobernador y no le importaba no conocer a ninguno más cuando su año en el cargo hubiese terminado. No salía casi nunca de su finca, en la que llevaba una granja con seriedad y eficacia, y tenía la firme opinión de que todos los juristas eran unos maleantes. Al mismo tiempo, tampoco podía evitar sentirse impresionado por el hecho de que el hombre que tenía ante él representaba a Su Mismísima Majestad, y reconocer esa sensación le provocaba un disgusto nada desdeñable.

A decir verdad, el único ocupante del vehículo que estaba plenamente relajado era el capellán. Dado que, al igual que las trompetas, el sermón de rigor para las sesiones judiciales había quedado sacrificado por las austeras necesidades bélicas, nadie esperaba de él que dijese ni hiciese nada. Por lo tanto, podía permitirse sentarse y contemplar el conjunto del procedimiento con una sonrisa entretenida y tolerante. Y, en consecuencia, eso fue lo que hizo.

—Siento lo de las trompetas, señoría —comentó al fin el coronel Habberton—. Temo que es a causa de la guerra. Nos ordenaron…

—Lo sé, lo sé —respondió indulgente el juez—. Los trompetistas tienen otros deberes que cumplir ahora mismo, por supuesto. Espero escucharlos la próxima vez que salga al circuito. Personalmente, no me interesa lo más mínimo toda esta parafernalia —se apresuró a añadir; el gesto que hizo con la mano al decirlo parecía incluir el coche, al lacayo que viajaba delante, la escolta policial e incluso al propio gobernador—. Pero algunos de mis colegas guardan una opinión distinta. ¡No quiero ni imaginar lo que habría pensado cualquiera de mis predecesores sobre unas sesiones judiciales sin trompetas!

Quienes mejor conocían a Barber solían decir que siempre que se mostraba especialmente quisquilloso o exigente se excusaba mencionando los altos niveles fijados por sus colegas o, en su defecto, por sus predecesores.

Uno se imaginaba entonces a una gran compañía de seres autoritarios, vestidos de escarlata y blanco, instando a Barber a no moderar ni un ápice sus justas exigencias por mor del interés de toda la judicatura de Inglaterra, pasada y presente. Desde luego, Barber normalmente no se mostraba reacio a obedecer esas instancias.

—Las trompetas están ahí, listas —dijo Habberton—. Y mandé hacer los tabardos con mi propio blasón. Todo un desperdicio.

—Siempre puede convertir los tabardos en pantallas de chimenea —sugirió el juez amablemente.

—Ya tengo en casa tres pantallas de esa clase: la de mi padre, la de mi abuelo y la de mi tío abuelo. No sé qué iba a hacer con otra más.

Su señoría torció la boca y adoptó una expresión de descontento. Su padre había sido secretario de un abogado asesor y su abuelo, tabernero en Fleet Street, en la zona de los colegios de abogados. En el fondo de su cabeza, se escondía un temor secreto a que los desconocidos descubriesen esa información y lo despreciaran por ello.

El Rolls-Royce avanzaba lentamente, siguiendo el ritmo de la guardia policial.

—¡Maldito palo! —dijo el vicegobernador en tono afable mientras encajaba el bastón de mando con trabajo entre sí mismo y la puerta del coche que compartía con el oficial *marshal*—. Llevo ya diez años haciendo este trabajo y no sé cómo no lo he roto en mil pedazos cada vez que he tenido que usarlo. Deberían dejarlo en barbecho mientras dure la guerra, junto con los trompetistas.

El *marshal*, un joven de aspecto ingenuo y pelo claro, miró el bastón con interés.

—¿Los vicegobernadores llevan siempre esas cosas? —preguntó.

—¡No, por Dios! Es solo una peculiaridad de esta ciudad, muy leal y muy anquilosada en el pasado. ¿Es esta su primera ronda de sesiones?

—Sí, y nunca he asistido antes a ninguna sesión.

—Bueno, diría que para cuando acabe usted el circuito judicial habrá visto sesiones de sobra. En cualquier caso, no es mal trabajo: dos guineas al día y pensión completa, ¿no? Yo he tenido que mantener en marcha una oficina después de que llamaran a filas a mis compañeros y a la mitad del personal, y encima, pendiente de asistir a este espectáculo de polichinela. Supongo que conoce usted bien al juez, ¿verdad?

El *marshal* negó con la cabeza.

—No. Solo lo había visto una vez antes. Da la casualidad de que es amigo de un amigo mío y por eso me ofreció el empleo. Ahora mismo será complicado encontrar oficiales. —Se ruborizó un poco y se explicó mejor—. Verá, es que me declararon incapaz para el Ejército… Por el corazón.

—Mala suerte.

—Y como siempre me han gustado mucho las leyes, pensé que esta sería una gran oportunidad. Supongo que el juez es un jurista muy bueno, ¿no es así?

—Hum. Prefiero dejar que usted mismo responda a esa pregunta cuando lo haya conocido mejor. De algún modo tendrá que coger algo de experiencia que le sea útil. Por cierto, me llamo Carter. Creo que no me he quedado con su nombre…

El joven volvió a ruborizarse.

—Marshall. Derek Marshall.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. Lo mencionó el juez: «¡Marshall de nombre y oficial *marshal* de oficio!». ¡Ja, ja!

Derek Marshall se rio sin mucho entusiasmo como corroboración. Estaba empezando a darse cuenta de que iba a oír esa burla muchas veces antes de que acabase el circuito.

No todos los coches pueden desplazarse con tanta suavidad como un Rolls-Royce cuando se ven limitados a seguir el ritmo de unos policías que marchan al paso reglamentado. (De hecho, tal y como apuntaba Barber en ese mismo momento, sus predecesores en el cargo habrían despreciado cualquier cosa por debajo de unos hombres a caballo. Habberton metió el dedo en la llaga al recordar que su abuelo disponía de veinticinco hombres con jabalinas y librea). El vehículo alquilado en el que viajaban Marshall y Carter rechinaba y avanzaba dando tirones a un ritmo inquieto, con la ruidosa primera marcha metida.

—Iremos mejor cuando hayamos pasado Market Place —comentó Carter —. Allí les daremos alcance para llegar a la catedral antes que ellos… ¡Ya estamos! ¡Venga, hombre, siga, siga!

El coche salió acelerado, haciendo que se dispersaran los merodeadores reunidos en la estrecha plaza para ver pasar a la ley en carne y hueso.

Beamish, el secretario del juez, se sentía plenamente complacido con el mundo. Para empezar, estaba en el Circuito del Sur, que prefería por muchas

razones a cualquier otro. En segundo lugar, había conseguido reclutar a un personal —mayordomo, asistente del oficial y cocinera— con pinta de ser muy disciplinados y no cuestionar ni su autoridad ni las migajas que se pudiera ir encontrando por el camino mientras durase aquella relación laboral. Por último, y lo más importante de manera inmediata, estaba claro que el vicegobernador de Markshire era un buen tipo de verdad.

A ojos de Beamish, los vicegobernadores se dividían en tres categorías: malos bastardos, caballeros decentes y buenos tipos de verdad. Esos hombres dejaban clara su condición en el primer instante del primer día de las sesiones judiciales en una ciudad. Cuando los vehículos se detenían a la puerta de la residencia oficial para salir hacia la iglesia y de ahí al tribunal a inaugurar las sesiones, un mal bastardo dejaría sin transporte al secretario del juez, quien por tanto se vería obligado a ir a toda prisa por las calles a patita (y las piernas de Beamish eran de un tamaño acorde a esa denominación) o a buscar un taxi por su cuenta, y Dios sabía que ya era bastante complicado cuadrar las cuentas del circuito sin esos gastos extraordinarios. Un caballero decente, por su parte, le ofrecería a Beamish un asiento en su propio coche, junto al chófer, así que el secretario llegaría a su destino cómodo, aunque desprovisto de dignidad. Sin embargo, un buen tipo de verdad, que entendía un poco la importancia del secretario de un juez en el esquema de las cosas, le facilitaría un vehículo por cuenta del condado. Esa era la feliz posición de Beamish en aquel momento, y su cuerpo menudo y gordo se estremecía de placer mientras seguía la estela del desfile por las calles de Markhampton.

Junto a él iba sentado Savage, el mayordomo, un hombre mayor y deprimido, permanentemente encorvado, como si la espalda se le hubiese doblado tras años de deferente asistencia a generaciones de jueces. Tenía fama de conocer todos los municipios de todos los circuitos de Inglaterra y nunca se le había oído decir ni una sola palabra buena de ninguno de ellos. En el suelo, entre los dos hombres, había un surtido curioso de objetos: un morral con los cuadernos de notas de su señoría, una caja de latón con la peluca corta, una manta para las rodillas de su señoría y un maletín del que Beamish podía sacar, cuando se le solicitaba, lápices afilados, unas gafas de repuesto, una caja de grageas para la garganta o cualquier otro de los diez o doce artículos de necesidad sin los que resultaba imposible administrar justicia como era debido.

Beamish le estaba dando las últimas instrucciones a Savage. Eran bastante innecesarias, pero el secretario disfrutaba dando instrucciones y a Savage no parecía importarle recibirlas, así que nadie salía perjudicado.

—En cuanto me dejen en la catedral, quiero que lleve usted todo esto al tribunal.

—Espero que hayan hecho algo con las corrientes de aire en el estrado —interpuso en tono triste Savage—. En las sesiones de la primavera pasada, fueron una cosa descomunal. El señor juez Bannister se quejó una barbaridad.

—Si su señoría nota corriente, todo el mundo tendrá problemas —dijo Beamish, casi recreándose ante esa perspectiva—. Problemas gordos. ¿Se enteró usted de lo que hizo el año pasado en el Circuito del Norte?

Savage se limitó a resollar. Sus formas sugerían que nada de lo que pudieran hacer los jueces le causaría ninguna sorpresa y que, en cualquier caso, no suponía ninguna diferencia, hicieran lo que hiciesen.

Beamish se mostró inquieto en el interior del coche cuando empezaron a acercarse a la catedral.

—Vale, ¿lo tenemos todo? —dijo—. Sombrero negro, sales amoniacales, el Archbold… ¿Dónde está el Archbold, Savage?

—Debajo de sus pies —respondió el mayordomo, y sacó de ahí ese indispensable compendio del derecho penal.

—Perfecto entonces. Ahora, para el té y las pastas de la tarde de su señoría…

—Ya le he dicho a Greene que se ocupe de eso. Es tarea suya.

Greene era el asistente del oficial. No parecía que ocuparse del té del juez fuese tarea de un funcionario así, ni de ningún otro, pero el tono lúgubre de Savage no dejaba lugar a ninguna disputa sobre la cuestión. Beamish decidió mostrar deferencia por la mayor experiencia del mayordomo. Siempre que no fuese él mismo quien tuviese que rebajarse a preparar el té, daba igual quién lo hiciera.

—Muy bien, mientras lo hayan acordado así entre los dos, bien. Mi lema es «Echa a andar tal y como pretendes continuar». ¡Hemos llegado! Mándeme el coche de vuelta. ¡Deprisa, vamos!

El alcalde y los ediles de la ciudad estaban esperando al juez en el gran acceso oeste a la catedral. También había varios fotógrafos de prensa. El personal del Ayuntamiento se inclinó en gesto respetuoso. El juez les devolvió la reverencia. Tras algunas vacilaciones preliminares, que les dieron a los fotógrafos una buena oportunidad de captar al juez desde varios ángulos y a Beamish la de asegurarse de salir bien en el encuadre, el desfile por fin se organizó y recorrió la nave bajo los compases del himno nacional.

Fuera, la policía permanecía en descanso, en una fila que empezaba en la entrada a la catedral, mirando al norte; frente a ellos, mirando al sur, había otra hilera de agentes, preparados para asumir el deber de escoltar al grupo desde el servicio religioso hasta el tribunal. La residencia oficial del juez estaba en la ciudad de Markhampton, por lo que era tarea de su policía local proteger a tan augusto visitante. En vista de que las sesiones judiciales eran única y exclusivamente asunto del condado de Markshire, la policía del condado tenía por su parte el deber de montar guardia y custodiarlas. La rivalidad entre las dos fuerzas policiales se había agudizado e incluso había llegado en ocasiones a ser violenta, hasta que se celebró una conferencia solemne entre las autoridades del condado y los padres de la ciudad —presidida nada menos que por el lord teniente— de la que había surgido un compromiso aceptable: desde la residencia oficial hasta la catedral, el juez pertenecía a la ciudad; de la catedral a los tribunales, era cosa del condado. El segundo y siguientes días de las sesiones, el condado relevaba a la ciudad hasta un punto situado más o menos a mitad de camino entre la residencia y los tribunales. Esas son las complejidades del gobierno local en Markshire.

El jefe de policía de Markhampton estaba situado a la cabeza de sus hombres y, con el sentido del humor que lo caracterizaba, le guiñó el ojo a su homólogo, el comisario de la policía del condado. Este le devolvió el guiño, no porque le viese nada divertido a la situación, sino porque, evidentemente, era lo propio. Al poco, un hombre menudo y oscuro con un traje de sarga azul y desgastado se abrió camino entre la multitud y se acercó al jefe de policía, le susurró unas palabras al oído y luego se fue por donde había llegado. El jefe de policía pareció no hacerle ningún caso, pero en cuanto el hombre se hubo ido, le hizo señas al comisario, que avanzó en su dirección.

—El tipo ese, Heppenstall —dijo en voz baja el jefe de policía—. Ha vuelto. Mis muchachos le perdieron la pista anoche, pero está en la ciudad, en algún sitio. Coménteselo a su jefe, ¿quiere?

—¿Heppenstall? —repitió el comisario—. Creo que no sé… ¿Por qué se le busca?

—No se le busca por nada. Debemos mantenerlo vigilado, eso es todo. La Unidad Especial nos ha prevenido sobre él. Dígaselo a su jefe, él sabe de qué va la cosa. Y si el juez… ¡Ahí vienen! ¡Firmes, ar!

Y el desfile salió de nuevo a la luz del sol.

La Casa del Condado de Markhampton, en la que iban a celebrarse las sesiones judiciales, era un edificio del siglo XVIII cuya arquitectura habría aparecido sin duda clasificada en cualquier guía de Baedeker[3] como «de buenas intenciones». Tanto el interior como el exterior se encontraba en ese estado de descuido en el que son propensos a recaer los edificios mejor intencionados cuando solo se utilizan de forma ocasional. Si las autoridades se habían ocupado de solucionar las corrientes de aire del estrado que tanto habían molestado al señor juez Bannister, eso era lo único que habían hecho en cuanto a mejoras desde hacía bastante tiempo. En cualquier caso, Francis Pettigrew, recostado en la zona reservada a los abogados mientras estudiaba el techo, notó que sus ojos se fijaban en el parche situado por encima de la cornisa del que el yeso estaba desprendido y lo reconoció como un viejo amigo. Se paró a pensar en un tono bastante deprimente en cuántos años habían transcurrido desde que, en su debut como abogado defensor en el circuito, había visto el parche por primera vez. Ese pensamiento lo deprimió. Había llegado a una edad y a un momento de su carrera en los que no apreciaba demasiado que le recordasen el paso del tiempo.

En la mesa que tenía ante él estaban los escritos de dos casos, sin más interés ni mucho mayor carácter remunerativo que aquel caso que le había dado tanta satisfacción en su juventud, tantos años atrás. Servirían para cubrirle los gastos de ir hasta Markhampton y poco más. Junto a ellos había un fajo de papeles: pruebas de imprenta en las que se había pasado trabajando toda la noche. Miró la página de portada, que estaba arriba. «*Travers y el desalojo por restitución de propiedad*. Sexta edición. Editado por Francis Pettigrew, máster en Humanidades, licenciado en Derecho, antiguo becado en el St. Mark’s College de Oxford, antiguo miembro del All Souls College de Oxford, antiguo becado de Blackstone en Derecho Consuetudinario en el colegio de abogados de Outer Temple, abogado litigante». Ese reiterado «antiguo» lo irritaba. Parecía ser la tónica que había marcado su vida entera. Se había quedado antiguo para todo: para tener éxito y ganar dinero; para ser consejero del rey y convertirse en decano de su colegio de abogados; para casarse y formar una familia… Y entonces, en una repentina avalancha de desilusión de la que luchó por excluir la autocompasión, vio con bastante claridad que esa antigüedad se había convertido en permanente y definitiva. «¡Demasiados frentes abiertos, después de todo!», pensó en tono sombrío.

Al mirar atrás y ver al joven confiado y (en perspectiva podía decirlo tranquilamente) brillante que había inaugurado su carrera en la abogacía bajo aquel mismo techo de yeso con desconchones, empezó a plantearse qué había

salido mal. Todo prometía mucho al principio y todo había salido torcido al final. Había excusas de sobra, por supuesto; siempre las había. La guerra, por un lado (la otra guerra, a la que su sucesora ya estaba echando al olvido), que había interrumpido el ejercicio de su profesión justo cuando estaba mostrado signos de «echar a andar». Una mala elección de bufetes, agravada por un secretario holgazán e incompetente, por el otro. Dificultades personales que le habían mantenido la cabeza apartada del trabajo en momentos cruciales, como, por ejemplo, la eterna y prolongada agonía de su afán por conseguir a Hilda. ¡Dios! ¡Cómo lo había mareado esa mujer! Viéndolo ya de un modo desapasionado, menuda sensatez la de Hilda al tomar la decisión que tomó. Recordó todas esas cosas y algunas más: los amigos que le habían fallado, las promesas de apoyo nunca cumplidas, los momentos de brillantez nunca reconocidos… Aunque, para ser sincero, y por una vez tenía ganas de serlo consigo mismo, ¿acaso el motivo primordial de la falta de éxito de Francis Pettigrew (no, si iba a ser sincero, ¿por qué no llamar a las cosas por su nombre?), del fracaso de Francis Pettigrew, no era simple y llanamente que carecía de algo? ¿De algo que él no tenía y otros (otros que en muchos sentidos eran inferiores, lo sabía muy bien) poseían de sobra? ¿Cierta cualidad que no era ni carácter, ni intelecto ni suerte, pero sin la que ninguno de esos dones era capaz de encumbrar a su poseedor? Y, de ser así, ¿hasta qué punto le importaba eso a Francis Pettigrew?

Dejó volar su mente al pasado, indiferente ante el clamor y el bullicio que crecían a su alrededor en el tribunal. Bueno, en el cómputo global, no había llevado una mala vida. Si alguien le hubiese dicho veinticinco años antes que en su madurez iba a estar complementando un precario ejercicio de la abogacía con la pesada labor de la escritura de textos jurídicos, se habría sentido humillado por completo ante esa perspectiva. Pero al mirar atrás y ver el camino que había recorrido, pese a que había algunos pasajes incómodos, encontraba poco de lo que arrepentirse. Había pasado momentos buenos, había hecho buenas bromas —por suerte, no terminaba de ver hasta qué punto la incurable frivolidad de su discurso había jugado profesionalmente en su contra— y había conservado buenos amigos. Por encima de todo, el circuito judicial le había sentado bien. La vida del circuito era su elemento natural. Año tras año, lo había recorrido entero, desde Markhampton hasta Eastbury, cada vez con menos esperanzas de sacar ganancias sustanciales, pero siempre con la certeza de las recompensas que da el buen compañerismo. Por supuesto, el Circuito del Sur ya no era como antaño. El club de abogados del circuito era aburrido en comparación con los viejos tiempos. Cuando se unió a

él por primera vez, entre sus filas se encontraban auténticos personajes, hombres de los que ya no quedaban, hombres que alimentaron leyendas que solo podían recordar el propio Pettigrew y unos cuantos viejos veteranos como él. Esa raza se había extinguido hacía mucho. Esas curiosidades extrañas, entrañables y feroces pertenecían a una era pasada, y los sucesores de Pettigrew no tendrían a nadie a quien recordar digno de protagonizar al menos una buena historia que contar.

Sobre eso meditaba Pettigrew, por completo ajeno al hecho de que, a ojos de todos los miembros del club menores de cuarenta años, él ya era un completo «personaje» por derecho propio.

Hubo un revuelo en el tribunal. Fuera, donde en tiempos de paz debería haber sonado una alegre fanfarria, se oían las órdenes a gritos del comisario de policía. Al momento, Pettigrew, junto al resto de personas presentes en el tribunal, estaba en pie y se inclinaba en una reverencia. Si alguien lo hubiese mirado por casualidad en ese momento, se habría sorprendido al ver en ese rostro arrugado pero afable una inusual expresión de hostilidad, no exenta de desdén. Pocas personas quedaban con vida capaces de provocar esa mueca en los rasgos normalmente amables de Pettigrew y, por desgracia, Barber era una de ellas.

—¡Silencio! —bramó un ujier a una concurrencia que ya estaba más callada que en misa.

Beamish, de pie junto al juez, procedió entonces a declamar con un peculiar gorjeo de barítono del que se sentía excesivamente orgulloso:

—Toda persona con algún asunto que tratar ante sus señorías los magistrados del rey encomendados con el enjuiciamiento de acusados y presos, en su ejercicio en y para el condado de Markshire, acérquese y haga acto de presencia. —No se movió nadie. Todas esas personas ya habían hecho acto de presencia y había una cuadrilla de ujieres encargados de que nadie se acercase más a la fuente de la justicia—. Sus señorías los magistrados del rey dan orden directa a todas las personas de que mantengan silencio mientras se leen los dictámenes de la Comisión de Paz.

Todas las personas permanecieron en silencio. El secretario de las sesiones recogió entonces el testigo del relato con una fina voz de soprano:

—Jorge VI, por la gracia de Dios…

Tras la elocución de Beamish, esa intervención supuso un cierto anticlímax, pero las formalidades se cumplieron todas sin ningún desastre. El secretario hizo una reverencia ante el juez, el juez ante el secretario. En el momento oportuno, su señoría se colocó sobre la peluca un sombrerito de tres

picos y durante unos delirantes instantes pareció la versión jurídica del capitán MacHeath.[4] La imagen pasó rapidísimo y el sombrero quedó a un lado, para no volver a salir hasta el siguiente municipio del circuito.

Beamish bramó una vez más. En esa ocasión, su objetivo fue el gobernador civil, a quien encargó que hiciese el favor de entregar los varios mandatos y preceptos dirigidos a él con los que sus señorías los magistrados del rey procederían en adelante. Con aires de hechicero, Carter sacó un rollo de documentos, atados firmemente con un lazo amarillo pálido, que entregó con una reverencia a Habberton. Habberton a su vez le entregó el rollo con una reverencia aún mayor a Barber. Barber, con un leve asentimiento, se lo pasó al secretario de las sesiones. El secretario lo colocó sobre su mesa y lo que ocurrió después con los varios mandatos y preceptos nadie lo supo jamás. Desde luego, nunca se supo nada más de ninguno de esos importantes instrumentos.

El pequeño desfile salió de nuevo y volvió a reaparecer unos minutos después. En esa ocasión, su señoría llevaba la peluca corta y había abandonado la muceta escarlata con ribete blanco. Era señal de que había llegado el momento de acabar con la mera ceremonia y empezar con el desagradable asunto de la justicia penal. Para Derek Marshall, experimentar su primer contacto con el derecho penal era un momento augusto y emocionante.

Hubo un breve coloquio susurrado entre el juez y el secretario, y a continuación:

—¡Que pase el acusado, Horace Sidney Atkins! —dijo con voz aguda el secretario.

Un hombre humilde de mediana edad con un traje gris de franela subió al banquillo de los acusados, parpadeó nervioso ante la magnificencia que de algún modo su crimen había logrado reunir y se declaró culpable del delito de bigamia.

Las sesiones judiciales de Markhampton estaban por fin en marcha.

Capítulo 2
Almuerzo en la residencia

—*¡Marshal!* —dijo el juez en un susurro ronco.

Era el susurro que usaba en el tribunal, un poco diferente al tono que utilizaba normalmente, él y cualquiera, en realidad.

Derek, sentado a la izquierda del juez, se sobresaltó en cierto modo como si fuese culpable de algo. Pese a su entusiasmo por las leyes, la sucesión de los casos menores que encabezaban la lista de pleitos le había parecido de un aburrido insoportable. Tras buscar a su alrededor algo con lo que ocuparse, se había agenciado la única lectura disponible de manera inmediata: los Testamentos que se ofrecían a los testigos al ir a declarar. Markshire no era un condado con muchos habitantes judíos, a excepción de los demasiado acaudalados para aparecer con mucha frecuencia por los tribunales penales, por lo que el Pentateuco tenía poca demanda con esa finalidad. Así pues, Derek estaba sumergido en el Libro del Éxodo cuando recibió aquella imperiosa invocación. Con un esfuerzo, apartó la mente del tribunal del faraón para llevarla hasta el mucho menos interesante tribunal en el que Barber dispensaba justicia, e inclinó la cabeza para recibir las órdenes de ese gran hombre.

—*Marshal* —continuó el susurro—, invite a Pettigrew a almorzar.

Eran las doce y media de la mañana del segundo día de las sesiones y Pettigrew estaba atando la cinta roja alrededor de su segundo y último expediente antes de marcharse de la sala. Si así lo hubiese deseado, Barber podría haber remitido su invitación en cualquier momento tras constituirse el tribunal esa misma mañana. Al retrasarlo hasta el último momento, debía ser consciente de que combinaba el placer de dispensar su hospitalidad con el grado máximo de inconveniencia para su invitado. Al menos, esa fue la primera reflexión de Pettigrew cuando, tras hacer su reverencia para marcharse de la sala, recibió al fin el mensaje en la celda fría, húmeda y deprimente que servía como sala de togas para los abogados en la Casa del Condado. Tenía previsto coger el único tren rápido de la tarde a Londres, que salía a la una, y almorzar de camino. Si aceptaba la invitación, le sería casi imposible evitar pasar otra noche en Markhampton. Además, el juez había

expresado su intención de cenar con el club de abogados. Dos comidas en compañía de Barber eran más que suficientes para un mismo día. Por otro lado, no había nada que requiriese su presencia en Londres. Barber, que estaba muy al tanto de la situación profesional de Pettigrew, también lo sabía y seguro que se tomaría su negativa como una afrenta. Y eso, pensó Pettigrew, significaría que lo mantendría entre ceja y ceja para el resto del circuito. Calibró sus alternativas arrugando la nariz, como era característico en él, mientras plegaba con cuidado la peluca y la guardaba en su maltrecha caja de latón.

—Almorzar con su señoría, ¿eh? —dijo al fin—. ¿Quién más asistirá?

—El gobernador civil y el capellán, y la señora Habberton —respondió el *marshal*.

—¿Quién es? ¿La mujer bastante bien parecida con pinta de simplona que estaba sentada detrás de mí? Tenía aspecto de ser buena compañía… Vale, iré.

Derek, algo molesto por aquel trato displicente ante una orden cuasi regia, estaba a punto de irse cuando entró otro miembro de la abogacía, contemporáneo de Pettigrew.

—Acabo de terminar —dijo el recién llegado—. ¿Compartimos un taxi a la estación?

—Lo siento, no puedo. Me quedo a comer.

—¡Ah, vaya! Supongo que te ha invitado el Padre William, ¿no?

—Sí.

—Me alegro de no ser yo, amigo. ¡Hasta luego!

Derek, enormemente desconcertado, se atrevió a preguntar:

—Disculpe, señor, ¿por qué lo ha llamado Padre William?

Pettigrew lo miró de manera inquisitiva.

—¿Ha conocido usted a *lady* Barber? —le dijo.

—No.

—Pronto lo hará, seguro. ¿Ha leído *Alicia en el País de las Maravillas*?

—Claro.

—*En mi juventud, dijo su padre, estudié leyes, y discutí todos los casos con mi esposa; y la fuerza muscular…*[5]

»Mire, será mejor que vuelva usted al tribunal o el juez levantará la sesión y lo pillará desprevenido. Estará ya llegando al final de la lista. Nos vemos en el almuerzo.

Tras marcharse el joven, Pettigrew se quedó unos momentos solo en la lóbrega sala de togas, con la cara enjuta arrugada en un pensamiento.

«Qué tonto he sido al hablarle así al muchacho —murmuró—. Después de todo, a lo mejor Barber le cae bien. Y seguro que le caerá bien Hilda… ¡En fin!».

Luchó por ahogar una punzada de remordimiento. A esas alturas, tampoco necesitaba albergar buenos sentimientos de ningún tipo hacia ella.

Pettigrew, que había subido andando desde la Casa del Condado, llegó a la residencia oficial poco después que el resto de invitados. Entró al salón a tiempo de oír a Barber repetir «Marshall de nombre y oficial *marshal* de oficio» y el estallido de una risa de niña, que significaba que la señora Habberton había sabido apreciar la broma. Al hacerse las presentaciones, Pettigrew observó que la risa de la mujer no era lo único que había de niña en ella. Sus maneras, su ropa, su tez, todo estaba diseñado para fomentar la ilusión de que, pese a no poder tener menos de cuarenta años por calendario, seguía siendo básicamente una muchacha que no superaba los diecinueve, y unos diecinueve en cierto modo inmaduros. Aun así, reflexionó Pettigrew, *diseñado* no era la palabra correcta del todo. De nadie que evidentemente tuviese tan poco cerebro podía decirse que hubiese diseñado nada. En realidad, parecía que en la cabeza suave y aún hermosa de la señora Habberton no había entrado nunca la idea de ser en ningún modo distinta a la niña suave y hermosa que se había casado recién salida de la escuela, unos veinte años antes; y solo había que echarle un vistazo a su esposo para darse cuenta de que él tampoco encontraba ninguna diferencia. Pasados unos años más, probablemente aquella mujer se convirtiese en un espectáculo bastante lamentable. Por lo pronto, Pettigrew tenía que admitir que conservaba un cierto encanto coquetón no carente de atractivo. Barber parecía ser de la misma opinión.

Marshall, todavía un poco sonrosado por el torrente del eco de la risa de la señora Habberton, servía jerez con una mano temblorosa; al momento, Savage abrió la puerta de golpe y anunció, con una profunda curvatura de la espina dorsal:

—¡El almuerzo está servido, señoría!

La señora Habberton caminó hacia la puerta, aunque el juez llegó antes que ella.

—Discúlpeme —dijo el hombre en un chirrido de voz—, pero en el circuito es costumbre que el juez preceda a todo el mundo, damas incluidas.

—¡Oh, claro! ¡Qué tonta soy, se me había olvidado! —respondió con un tintineo la señora Habberton—. Al fin y al cabo, usted es el rey. ¡Qué maleducada soy! Y supongo que debería haber hecho una reverencia al entrar al salón, ¿no?

La voz de Barber volvió atravesando el umbral de la puerta.

—Personalmente, no me importan nada todas estas cosas, pero algunos de mis colegas…

Fue un almuerzo muy sustancioso. El racionamiento era aún cosa del futuro y la señora Square, la cocinera, se había criado en una tradición que no iba a alterarse por cuestiones menores como una guerra. La señora Habberton, para quien las tareas domésticas resultaban una pesadilla perpetua, hablaba nerviosa, con envidia y emoción, mientras supervisaba la carta del menú. Disfrazados en el idiosincrásico francés de la señora Square, vio filetes de lenguado, chuletas de cordero, tortitas y unos entremeses intraducibles. Le brillaban los ojos con un placer infantil.

—¡Cuatro platos para el almuerzo! —exclamó—. ¡En tiempos de guerra! ¡Menuda revelación!

Como siempre, se hizo consciente demasiado tarde de que había dicho lo incorrecto. Su marido enrojeció y el capellán tosió incómodo. El juez levantó las cejas de golpe, de golpe las volvió a bajar y respiró hondo para hablar.

«Ahora va a mencionar otra vez a sus colegas», pensó Pettigrew, así que se lanzó desesperado al rescate. Como de costumbre, dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—Los cuatro platos del Apocalipsis, sí.

En el silencio que siguió, Pettigrew tuvo tiempo de reflexionar y darse cuenta de que había pocas cosas peores que pudiese haber dicho. Cierto, se oyó un breve espurreo de risa por parte del oficial, pero se apaciguó al instante bajo la mirada de reprobación del juez. La señora Habberton, causante del vertido de aquella ocurrencia, adoptó una expresión de incomprensión absoluta. El capellán parecía profesionalmente dolido. El gobernador civil tenía pinta de llevar el cuello más apretado que nunca.

Su señoría, en el ejercicio de su prerrogativa real, echó mano primero del pescado, todavía sumido en un pesado silencio. Seguidamente, dijo con toda la intención:

—Dígame, Pettigrew, ¿se ocupa usted de la acusación en el juicio por asesinato de esta tarde?

(«Sabe muy bien que no», pensó Pettigrew. Hacía algún tiempo que no le llegaba ningún nombramiento de fiscal general para el circuito, y Pettigrew creía en secreto que Barber tenía más que un poco que ver en aquel asunto). En voz alta, respondió en tono encantador:

—No, juez, Frodsham lleva la acusación. Flack está en la defensa, creo. A lo mejor estaba usted pensando en el asesinato de Eastbury, en el que sí actúo como defensor.

—¡Ah, claro! —respondió Barber—. Es un caso de defensa para personas con pocos recursos, ¿verdad?

—Así es, juez.

—Qué maravilla esta ley que tenemos ahora, que permite a los pobres estar asistidos incluso por abogados experimentados a costa del Estado —continuó el juez, dirigiéndose a la señora Habberton—. Aunque me temo que los honorarios son poco apropiados, tristemente. Creo que es una muestra enorme de generosidad por su parte hacerse cargo de un caso así, Pettigrew. Cuesta pensar que le merezca la pena venir tan lejos a cambio de una recompensa tan nimia, cuando sin duda podría estar ganando sumas mucho más sustanciosas en otra parte.

Pettigrew se inclinó en una reverencia y sonrió educadamente, pero los ojos le relucían de rabia. ¡Toda esa burda ironía a expensas de su pobre y cada vez más escaso trabajo, y solo para vengarse de un chiste malo! Típico de aquel hombre. El asesinato de Eastbury era un caso de considerable dificultad y probablemente atrajese bastante atención incluso en mitad de una guerra. Pettigrew había estado esperando con ansias que le diese cierta publicidad, que sería más que bienvenida y quizá llegase más allá de los confines del Circuito del Sur. Se dio cuenta entonces (y se le cayó el alma a los pies) de que, si Barber era capaz de finiquitar todo de la misma manera, aquello podía terminar siendo otro fiasco sin más. Tuvo tiempo además de preguntarse si a su cliente lo ahorcarían solamente porque el juez se la tenía guardada a su abogado.

Entretanto, Barber seguía pontificando:

—Sin duda alguna, el sistema supone una mejora con respecto al pasado, aunque desde luego no sé lo que habrían pensado al respecto algunos de mis predecesores en la magistratura. Habrían visto una parte muy ilógica en un acuerdo según el cual el Estado, tras decidir que hay que acusar a un hombre de un delito, debe asumir los gastos de pagar a alguien para que se ocupe de convencer a un jurado de que ese hombre es inocente. Creo que lo habrían

considerado parte integral de esa sensiblería que en muchos sentidos se está extendiendo demasiado en nuestros días.

El coronel Habberton murmuró algo en tono corroborante. Como muchos otros hombres honrados, vivía a base de clichés. La «sensiblería» estaba ligada al «bolchevismo» en su cabeza como raíz de todo mal y había pocas reformas, sociales o políticas, que no llegasen bajo uno de esos dos epígrafes.

—Todo el alboroto que hay en contra de la pena de muerte, por ejemplo —continuó el juez.

Y la conversación que había corrido el riesgo de convertirse en un monólogo de inmediato se hizo general. Todo el mundo tenía algo que decir sobre la pena de muerte. Pasaba siempre. Incluso el *marshal* comentó algunos recuerdos mal digeridos de lo que había oído decir una vez a alguien sobre el tema en una comunidad de debates universitarios. Pettigrew fue el único que permaneció en silencio, por muy buenas razones personales. Sabía bastante bien que su turno estaba por llegar y no tuvo que esperar mucho.

—La sensiblería es una enfermedad que afecta especialmente a la juventud —señaló el juez—. Pettigrew, por ejemplo, era antes un ferviente detractor de la horca. ¿No es cierto, Pettigrew?

—Y lo sigo siendo, juez.

—¡Dios bendito! —Barber chasqueó la lengua en tono compasivo—. La ilusión de la juventud tarda en morir en algunos de nosotros. Personalmente, lejos de abolir la pena de muerte, estaría a favor de ampliarla.

—Y alargar la soga —murmuró Pettigrew a Derek, que estaba sentado junto a él.

—¿Qué ha dicho, Pettigrew? —preguntó Barber, no tan sordo como el sentir popular cree que lo están todos los jueces—. ¡Ah! ¡Ya! ¡Sí! Bueno, usted haga sus bromas, pero algunos de nosotros consideramos esto un tema serio. Yo estaría firmemente a favor de ejecutar a muchos más criminales en estos días. El ladrón habitual, por ejemplo, o el automovilista temerario. Los colgaría a todos. Este mundo está mejor sin ellos.

—Y en el otro hallarán justicia con absoluta seguridad —intervino inesperadamente el capellán.

De todos los solecismos cometidos en aquel triste almuerzo, ese fue sin duda el más devastador. Un hombre de Dios había osado hacer una manifestación pública de sus creencias, unas creencias que, además, apuntaban a la existencia de una justicia superior a la dispensada por el Tribunal Supremo. Aquello puso punto final a una discusión que, pese a no haber sido muy profunda, al menos había estado animada, y el resto de la

reunión quedó empañada. A partir de ese momento, la conversación languideció y murió pese a los esfuerzos intermitentes por revivirla. La señora Habberton, en un intento por «animar la fiesta», la pisoteó aún más al preguntarle al juez si creía que el preso del caso de aquella tarde de verdad «lo había hecho», pero aparte de eso no se dijo nada digno de mención. Savage, ayudado por Greene como refuerzo para la ocasión, entraba y salía apresurado con los admirables platos. De vez en cuando, se veía tras la puerta a un individuo misterioso, conocido como el mayordomo interno, manejando botellas y bandejas. No obstante, las exquisiteces de la comida, la bebida y el servicio no pudieron disimular el hecho de que el almuerzo, como acto de entretenimiento, fue un fracaso. Todos se sintieron aliviados cuando Savage anunció que los coches estaban en la puerta y Barber se retiró para volver a ponerse la peluca antes de regresar al tribunal.

Con expresión aún hosca y malhumorada, el juez iba cruzando el recibidor de la residencia de camino a la puerta cuando Beamish le entregó una carta.

—Disculpe, señoría, pero acabo de encontrar esto —murmuró—. Debe haber llegado mientras su señoría estaba almorzando.

Barber miró el sobre, levantó las cejas y lo abrió. El mensaje del interior era bastante breve y lo leyó entero en un segundo. Al hacerlo, el rostro se le aclaró y por primera vez aquella tarde pareció estar verdaderamente animado. A continuación, le entregó la carta a Derek.

—Esto le va hacer gracia, *marshal* —le dijo—. Será mejor que se lo dé al jefe de policía cuando llegue usted al tribunal.

Derek cogió la fina hoja de papel escrita a máquina y Pettigrew, que estaba tras él, la leyó por encima de su hombro. Decía lo siguiente:

> Para el juez Barber, al que apodan el Barbero:
>
> Habrá justicia incluso para los jueces. Tenga por seguro que sus pecados le darán alcance. Queda advertido.

No estaba firmada.

—Bueno, estas son las cosas que animan una ronda de sesiones —dijo Barber en tono afable—. Adiós, señora Habberton, ha sido un gran placer conocerla. Hasta pronto, Pettigrew. Nos veremos en la reunión con el club esta noche. ¿Está listo, señor gobernador?

Y se alejó con el coche de muy buen humor.

Pettigrew, mirándolo desde atrás, tuvo que admitir que sentía cierta admiración por él.

«¡Qué demonios! ¡El bruto este tiene agallas!», murmuró.

En cualquier caso, no esperaba con muchas ganas que llegase la cena de esa noche con el club de abogados.

Capítulo 3

Una cena y su continuación

No era usual que la abogacía entretuviese al juez en el primer municipio del circuito, pero esa desviación de la costumbre se hizo a petición de su señoría. Aunque Pettigrew, firme defensor de las tradiciones, lo desaprobaba rotundamente, el resto del club de abogados no veía ninguna objeción. Cualquier noche era buena para un rato de fiesta moderada. Además, se sabía que *lady* Barber iba a acompañar al juez el resto del circuito, por lo que parecía justo darle al Barbero una noche libre mientras pudiera. Era una excusa para acabar con el champán que llevaba ya suficiente tiempo guardado en las bodegas del Red Lion, así que todos se embutieron de buen talante en sus camisas tiesas.

Barber había insistido en que fuese una velada informal y marcó esa informalidad conduciendo su propio coche hasta el hotel, acompañado por Derek, tras descartar el ofrecimiento del Rolls-Royce del gobernador. Seguía estando del mismo buen humor que le había sobrevenido de inmediato tras el almuerzo. El trabajo vespertino había sido inesperadamente liviano. El preso, en mitad ya del proceso, se había declarado culpable de homicidio tras una clara insinuación por parte del estrado y la cuestión se había zanjado rápidamente. Derek, ansioso por oír su primera sentencia de muerte con el mismo estado de emoción inquieta de un turista en su primera corrida de toros, sintió una mezcla de decepción y alivio ante aquel insulso desenlace. El juez, pese a su alegato sediento de sangre durante el almuerzo, se había mostrado a todos los efectos satisfecho con el resultado y había impuesto una sentencia que, si acaso, pecaba de indulgente. Derek, al que no le faltaba del todo la sesera, llegó a la conclusión de que el exabrupto del juez durante la comida no había sido más que un leve ataque de exhibicionismo y de que, además, la presencia de Pettigrew había tenido algo que ver con ello.

Unos diez o doce hombres en total llenaban cómodamente la salita reservada al gremio abogadil en el Red Lion. (Se rumoreaba que había mujeres adscritas al club de abogados en el Circuito del Sur, pero, aparte de pagar las cuotas, no se las animaba a participar en las actividades. Los abogados asesores locales eran gente conservadora y consideraban que la

esperanza de llevarse algún trofeo no debía tentarlos a perturbar la ancestral masculinidad de su club). El lugar presidencial lo ocupaba Frodsham, el único abogado litigante principal presente, un hombre rollizo y afable sin grandes talentos, pero dotado con un aura de éxito y prosperidad que lo estaba convirtiendo con rapidez en una persona exitosa y próspera. El juez estaba sentado a su derecha, y Derek, frente al juez. A la izquierda de Derek se encontraba el secretario de las sesiones, un caballero mayor y tembloroso con debilidad por el rapé. Pettigrew, ya fuera por accidente o adrede, se había colocado lo más lejos posible de Barber, a la izquierda del abogado auxiliar que, según dictaba la costumbre, estaba sentado en el lugar opuesto a la presidencia de la mesa. Hasta allí, naturalmente, se habían dirigido los miembros más jóvenes presentes en la cena. Pettigrew disfrutaba de la compañía de la juventud y era consciente de que los muchachos también disfrutaban de la suya, aunque estaba empezando a sospechar que lo consideraban más una pieza de museo que un ser humano igual que ellos.

El buen humor del juez duró toda la cena y, con la ayuda de un oportuno suministro de champán, se contagió al resto de la concurrencia. Barber les dio su opinión sobre la guerra, que no era mejor ni peor que la de cualquier otra persona en octubre de 1939. Inevitablemente, contó una serie de anécdotas de sus primeros tiempos en la abogacía, y conforme avanzó la noche se fue poniendo levemente sentimental con los viejos tiempos en el circuito que, según señaló, ya no era como antes. Pettigrew, que tenía por costumbre pensar exactamente eso mismo, lo escuchaba sin apenas ocultar su menosprecio. Una de sus quejas menores contra Barber era que el juez nunca había sido un auténtico miembro del circuito como abogado. En cuanto tuvo la ocasión, desertó del fango de los tribunales del circuito para cambiarlo por el hedonismo de Londres. Durante años, antes de que lo nombrasen magistrado, Barber había sido miembro del Circuito del Sur solo de nombre; se necesitaban unos honorarios desorbitados para tentarlo a aparecer por provincias, lejos de su cada vez mayor presencia en la sociedad londinense. Pettigrew admitía que no había nada que reprocharle por eso. Él también había soñado en su momento con poder enriquecerse ejerciendo su profesión en la metrópolis. Sin embargo, despreciaba la hipocresía y tenía sus razones para despreciar a ese hipócrita en particular. Le causaba una rabia desproporcionada oír a aquel impostor fingir ser, ante quienes no lo conocían bien, un auténtico heredero de las tradiciones del circuito y un depositario de la sabiduría popular que se asociaba a este.

Habían llegado a la fase del brandi y los puros cuando el juez se puso en pie.

—Hay un montón de buenas y viejas costumbres en el circuito que están en peligro de perderse —comentó—. He aquí una que quizá desconozcan muchos de los miembros más jóvenes presentes. De hecho, creo que probablemente yo sea la única persona en esta reunión lo bastante mayor para recordarla y me gustaría revivirla. Se trata del tradicional brindis que siempre proponía el miembro más veterano de la abogacía en la primera gran noche del primer ciclo del año judicial. Ahora, lo hago yo ante ustedes: *¡Fiat justitia!*

—Qué maravilla, cuánto sabe el juez de estas viejas costumbres —le dijo a Pettigrew su vecino de mesa tras atender debidamente al brindis.

—Una maravilla, sí —respondió Pettigrew con sequedad.

El brindis debía haber sido *ruat caelum* y se hacía siempre al final del ciclo de verano, y siempre a cargo del abogado auxiliar. A excepción de esas menudencias, el Padre William lo había hecho a la perfección. Pero daba igual. Tal y como había dicho ese viejo farsante sin faltar a la verdad, las tradiciones del circuito estaban en peligro de caer en el olvido; además, a esas alturas Pettigrew iba lo bastante bebido para que le diese igual.

—Por cierto, *marshal* —le dijo su señoría a Derek al volver a sentarse—, ¿le ha entregado al jefe de policía la «carta de amor» que me llegó hoy?

—Sí. Creo que se la ha tomado… Bueno, mucho más en serio que usted.

—Tomarse las cosas en serio es su trabajo. Además, él no habrá visto tantas de esas como yo. —Entonces, dirigiéndose a Frodsham, continuó—: Resulta extraordinaria la cantidad de cartas anónimas que recibe un juez en el transcurso de su carrera. Por supuesto, uno ya no les hace caso. Al entrar en la magistratura hay que curtirse bien la piel, se lo aseguro.

—Oh, vamos, juez, mi ambición no llega a eso ni de lejos, bien lo sabe —dijo Frodsham en un tono que dejaba muy claro que sí llegaba—. ¿De qué hablaba esa carta en concreto?

—Era solo una de esas típicas y vagas amenazas. Bastante más ofensiva de lo normal, según recuerdo. ¿Qué dijo el jefe de policía, *marshal*?

—No mucho. Solo parecía un poco sombrío y comentó: «Seguro que es Heppenstall, no me sorprendería nada».

—¿Heppenstall? —preguntó Barber bruscamente.

—Algo así, creo. Me pareció que el jefe de policía sabía bien de quién hablaba.

El juez no añadió nada durante un tiempo después de aquello, pero se dio al brandi muy generosamente.

El cese del flujo de evocaciones desde la presidencia de la mesa chafó de manera momentánea los buenos ánimos de la velada y Frodsham se percató de ello con rapidez.

—Señor auxiliar —dijo hablándole al extremo opuesto—, ¿sería tan amable de nombrar a alguno de los miembros presentes para que nos distraiga?

Esa sí era una tradición del club de abogados que todo el mundo conocía. El miembro elegido para distraer a la concurrencia quedaba obligado de inmediato a aportar alguna canción, historia o imitación bajo multa de una sustanciosa cantidad si no cumplía; y si su aportación no distraía a los presentes, la multa era igual de sustancial y, desde luego, desprovista de dignidad.

—Elijo a Pettigrew —respondió el auxiliar sin dudarlo.

El abogado se levantó y se quedó un momento en silencio, con la nariz contorsionada en unas arrugas que se le perdían entre las cejas. Luego, con un tono fresco y profesional, dijo:

—Señor auxiliar, me permito exponer aquí la historia del señor juez Rackenbury y el caso de abuso deshonesto que se juzgó en las sesiones de esta misma ciudad durante el tercer ciclo del año judicial de mil novecientos trece.

Hubo un estallido de risas de anticipación. Todos los presentes habían oído esa historia, muchos estaban familiarizados con versiones más o menos incoherentes de ella y Pettigrew la había contado en las cenas del circuito al menos media docena de veces. Eso no suponía ninguna diferencia. Aquel relato era una leyenda y las leyendas no pierden fuerza por la repetición. Más bien, cuando están en manos de bardos consumados, con los años van incorporando añadidos nuevos que aumentan su valor como parte de la tradición popular heredada de la tribu. El club se recostó en sus asientos con la confianza de que disfrutarían de un buen y auténtico divertimento.

A decir verdad, y en vista del momento y del lugar, fue una buena historia; levemente obscena, muy técnica y contada a expensas de un amigable compañero jurista cuya incompetencia como juez penal había pasado a la historia hacía mucho. Pettigrew la contó bien, sin variar en ningún momento la expresión y manteniendo siempre la voz en los diversos tonos mordaces de un abogado defensor que discute algún punto árido del procedimiento. Parecía no ser consciente de las rachas de risas que soplaban a

su alrededor y, cuando el relato llegó a su indecoroso final, se mostró bastante sorprendido al verse en pie, en el centro de un hilarante aplauso.

En realidad, la historia le resultaba tan familiar que en su mayor parte la había recitado casi con la mente ausente, mientras sus pensamientos se concentraban en otro plano. Una vez lanzado a los surcos muy recorridos del famoso diálogo entre Rackenbury y el preso a la espera de sentencia, pudo dejar tranquilamente que su lengua se ocupara de sí misma. Entretanto, su cerebro se centró en otra media docena de cosas, bastante triviales en su mayoría. Sin embargo, de pronto, una pregunta pasó a ocuparlo todo y a excluir el resto. Era muy sencilla: «¿Qué puñetas le pasa al Barbero?».

Porque el Barbero no se estaba riendo con los demás. Y aún peor: ni siquiera estaba escuchando. Permanecía sentado con aire taciturno, mirando el mantel, y de vez en cuando se servía otra copa de brandi de la botella que de algún modo se había quedado anclada a su lado. Como era de esperar en Pettigrew, lo primero que le preocupó fue el brandi. «No queda demasiado de esa añada del setenta y cinco —pensó—. Tengo que acordarme de decírselo a la Comisión de Vinos en la próxima reunión. Desde luego, nunca encontraremos nada igual de bueno, pero habrá que hacer lo que se pueda… Me pone enfermo ver al Barbero acaparando algo tan bueno. Aunque no tan enfermo como se estará poniendo él. Va a acabar fino si no gasta cuidado». Se percató de que había terminado de contar la historia y se sentó de golpe.

Barber no iba fino, pero desde luego había bebido bastante y, si seguía a ese ritmo, no tardaría mucho en llegar al punto de haber bebido demasiado. Algo por el estilo debió pensar el propio Barber, porque la risa que coronó la tarea de Pettigrew no había hecho más que remitir cuando de repente el juez apartó de un manotazo la copa y dijo desde el otro lado de la mesa:

—*¡Marshal!* Hora de irse a casa.

Derek se sintió más que decepcionado. La noche todavía era joven y él acababa de empezar a disfrutarla. Pero, obviamente, no había nada que hacer. El distinguido invitado se levantó de la mesa y el grupo, de forma automática, se disolvió. Derek cogió los sombreros y los abrigos de los dos y salió con el juez al vestíbulo. Frodsham y otro par más los acompañaron hasta la salida. Al volverse para decirles «Buenas noches», Barber vio que Pettigrew estaba entre ellos, vestido también para marcharse.

—¿Qué hace usted, Pettigrew? —le preguntó sorprendido—. ¿No se aloja aquí?

—No, juez, estoy parando en el County.

Barber no sería un auténtico animal del circuito, pero sabía lo suficiente para entender bien lo que suponía alojarse en el County. El Red Lion no era solo el hotel más frecuente entre el club de abogados, el lugar al que se ordenaba enviar las «cartas y paquetes para los caballeros de la abogacía» en los avisos transmitidos en el circuito, sino que además era el único establecimiento de primera clase en Markhampton. Todo el mundo se alojaba allí por rutina. Todo el mundo que se lo podía permitir, claro. Quedarse en el County (que, pese a su nombre condal, era una mísera taberna) equivalía a confesar una pobreza alarmante. El juez le echó un vistazo rápido a Pettigrew, que llevaba un abrigo andrajoso con las perneras del pantalón desgastadas asomando por debajo.

—En el County, ¿eh? —dijo tras una pausa—. ¿Y cómo va a llegar allí?

—Iré andando. Me gusta tomar un poco de aire fresco después de cenar.

—Tonterías. Yo lo acercaré. Me pilla de camino.

—No, no es así, juez. Prefiero caminar.

En la calle, la oscuridad era total y estaba cayendo una lluvia constante.

—No puede irse andando así —replicó el juez en tono irritado—. ¡Suba al coche!

Pettigrew, sin decir una palabra más, entró en el vehículo.

Hay cosas que, en un mundo bien dirigido, sencillamente no ocurren. En un mundo bien dirigido, los jueces de comisión que representan a Su Majestad no conducen sus propios coches estando en el circuito. Emplean los servicios de profesionales competentes proporcionados y pagados por el condado del que sean huéspedes en cada momento. Por otro lado, si llegan al punto de olvidar su dignidad y actuar como si fuesen sus propios chóferes (pues, después de todo, no son más que seres humanos y tienen permitido disfrutar de la conducción como cualquier otro simple mortal), no lo hacen durante las horas del apagón[6], en una noche húmeda sin luna y tras haber bebido bastante más de la acostumbrada dosis de brandi añejo. Por último, en cualquier momento y circunstancia, puede darse por sentado que conducirán con el máximo cuidado y prudencia. Desgraciadamente, debe quedar constancia de que en este caso, como en tantos otros, el mundo demostró no estar en cierto modo tan bien dirigido como cree la opinión popular que es de recibo.

El accidente ocurrió en el cruce de High Street con Market Place, justo después de que el coche hubiese dado el giro cerrado a la derecha necesario

para doblar la esquina. Pettigrew, que iba sentado solo en la parte de atrás, no fue capaz de relatar nunca con precisión lo que había ocurrido. Primero, el viraje del coche desplazó en lateral al abogado en el asiento trasero, lo que lo espabiló del sueño en el que había caído, y luego Pettigrew oyó el chirrido de los rodamientos, indicación de que habían tomado la curva demasiado rápido; al final, terminó de despertarse del todo al darse cuenta de que las ruedas traseras se estaban deslizando a la izquierda en un violento patinazo. Un momento después, el coche chocó con el bordillo del lado izquierdo en un impacto que lanzó de cabeza a Pettigrew contra la parte trasera del asiento del conductor. Y eso, tal y como tuvo con frecuencia la ocasión de recordar más adelante, era todo lo que sabía del incidente. Sería por completo inútil como testigo; cierto consuelo, al menos.

Pasó poco tiempo hasta que Pettigrew se recompuso lo suficiente para abandonar el coche e inspeccionar los daños. Cuando al fin salió casi reptando a la acera húmeda y resbaladiza, se chocó con dos objetos cuasi invisibles que resultaron ser Barber y Marshall. Estaban fuera, de pie, muy juntos, como dándose apoyo mutuo, e incluso en la oscuridad su actitud parecía de impotencia. Lo siguiente en lo que se fijó Pettigrew fue en un puntito de luz en la carretera, justo detrás del coche. Alterado como estaba, tardó un poco en entender que esa luz procedía de la linterna de un policía y estaba enfocada en algo… No, en alguien, alguien que había tumbado en mitad de un cruce para peatones, cerca de los faros traseros del coche.

—Dios mío —se quejó Pettigrew, frotándose la cabeza—. Menudo berenjenal.

Recobró del todo la compostura y fue hacia la carretera.

—Sí —dijo el agente en tono cortante—. No hay huesos rotos. Deberíamos moverlo.

Se agachó, agarró de las axilas al hombre inconsciente, Pettigrew lo cogió por las piernas y juntos lo llevaron hasta el margen de la carretera. Allí, el policía dispuso su capa para improvisar algo sobre lo que apoyarle la cabeza al hombre, mientras Marshall, que había dado ya un paso al frente, sacaba una manta del coche para taparlo. Después de eso, hubo una pausa de unos momentos durante la cual nadie habló. De repente, Pettigrew cayó en que aquel agente era muy joven y con toda probabilidad se estaría comiendo la cabeza para averiguar cuál debía ser el siguiente paso en el procedimiento de un accidente de tráfico. Obviamente, lo correcto en circunstancias normales habría sido que el Barbero llevase a su víctima al hospital más cercano, pero no se había ofrecido a hacerlo y a Pettigrew se le ocurrían varias buenas

razones para que no procediese así. Cuanta menos publicidad se le diese a aquel asunto, mejor para todos los afectados, pensó.

—¿Intento conseguir que venga una ambulancia? —dijo Pettigrew en voz alta.

El joven policía cobró vida de golpe.

—Quédese aquí… Quédense todos aquí —ordenó.

Se alejó unos pasos hasta donde, en la penumbra, Pettigrew pudo distinguir entonces que había una cabina telefónica. El agente solo tardó unos momentos en volver, aunque a quienes se quedaron esperando les pareció mucho tiempo. El juez seguía allí de pie, quieto y en silencio; su silueta ligeramente curvada era la viva imagen del abatimiento. Pettigrew no se sintió capacitado para dirigirse a él. A Marshall, le dijo en voz baja:

—Es una suerte que no hubiese nadie por aquí, en cualquier caso.

—Hace un momento sí había alguien —respondió Derek sin levantar la voz—. Lo vi al salir del coche. Pero se largó en cuanto apareció el policía.

—¡Mierda! —añadió Pettigrew.

—Señor, ¿cree usted que ese hombre está malherido?

—Hum… Eso temo.

El agente regresó. Sus pasos sonaban enérgicos y confiados.

—La ambulancia llegará dentro de un momento —anunció.

Con una floritura, sacó el cuaderno de notas y se dirigió a Barber.

—Era usted el conductor de este vehículo, ¿verdad, señor? Deme su nombre y su dirección, si no le importa.

—A lo mejor yo puedo explicar las cosas, agente —empezó a decir Pettigrew en tono zalamero.

—Uno a uno, por favor, señor —lo interrumpió el agente, que a esas alturas era evidentemente el dueño y señor de sí mismo y del procedimiento. Le habló de nuevo a Barber—: Su nombre y su dirección, si no le importa.

Barber le dio la información. Era la primera vez que hablaba desde que se había producido el accidente y su voz sonó incluso más áspera de lo habitual. El joven policía, que había empezado a escribir de forma automática en su cuaderno, se detuvo de golpe y la linterna osciló claramente durante un momento. Entonces, la disciplina se reafirmó y el hombre acabó de escribir, respirando de manera pesada mientras lo hacía. Fue un momento incómodo, algo para lo que no se dan instrucciones en los manuales para la formación de los reclutas en el cuerpo de policía de Markhampton.

—Muy… Muy bien, señoría. Muy bien. Lo siento… —Hizo una pausa y tragó saliva, pero continuó con valentía—. Lo siento, pero tengo que pedirle a

su señoría el carné de conducir y los papeles del seguro.

—Muy bien —respondió Barber, repitiendo las palabras del agente con lo que sonó casi como un énfasis irónico.

El juez se acercó al coche y sacó una carpetilla, que le entregó al policía.

—Ahí están las dos cosas —dijo irritado.

En ese momento, se produjo una distracción por la llegada de la ambulancia. En lo que a Pettigrew le pareció un espacio sorprendentemente corto de tiempo, examinaron, vendaron, recogieron y se llevaron al herido, sin dejar atrás nada que indicara su paso por allí más que la capa del agente, muy bien doblada sobre la acera. Su propietario la recogió, la agitó y, al haberse detenido la lluvia a esas alturas, la enrolló y se la colocó bajo el brazo. Entonces, reanudó su análisis de la documentación que el juez le había entregado.

En un mundo bien dirigido (por insistir en la idea), todos los automovilistas, sin excepción, pero en especial los jueces del Tribunal Supremo, renuevan sus carnés de conducir cuando están caducados. Es más, mucho antes del plazo en cuestión, aprovechan los recordatorios que las aseguradoras hacen bien en enviarles y se agencian el certificado exigido por las leyes de tráfico de 1930 a 1936. El hecho de que, de vez en cuando, se olviden negligentemente de hacerlo y cometan así una considerable serie de delitos diversos e independientes unos de otros solo sirve para demostrar una vez más lo lejos de una dirección perfecta que se encuentra el mundo real. El hecho de que ni siquiera los jueces del Tribunal Supremo sean inmunes a un lapsus de memoria quizá sea un argumento a favor de la propuesta de que, en un mundo bien dirigido, esos hombres no deberían tener permitido conducir ningún vehículo a motor.

—Lo siento, señoría, pero diría que hay algún problema con estos papeles —dijo el agente.

Barber los miró bajo la luz de la linterna.

—Parece que están caducados —comentó el juez con tristeza, casi con humildad.

—En tal caso, señoría, tengo que pedirle que…

Pero en ese momento, repentina e inesperadamente, Derek se impuso.

—¿No cree, agente, que lo mejor sería que usted informase de todo este asunto a su superior y que luego viniese el jefe de policía a la residencia oficial a discutir con tranquilidad la cuestión con su señoría? Todo esto es…, bueno, un poco inapropiado, diría yo.

El agente, obviamente aliviado, aprovechó el ofrecimiento sin dudarlo.

—Quizá tenga usted razón, señor. Aunque me gustaría anotar su nombre y el del otro caballero.

El cuaderno salió por última vez con su correspondiente floritura y al poco el incidente se dio por cerrado; al menos, por el momento. Pettigrew, que se encontraba cerca de su hotel, se alejó caminando, mientras Derek, en su recién hallada posición de autoridad, anunciaba con firmeza que él se ocuparía de llevar al juez a casa en el coche y entraba en el asiento del conductor sin esperar permiso.

«¡Maldito imbécil! ¡Maldito imbécil!», repetía una y otra vez Pettigrew mientras recorría a pie el corto camino de vuelta al County. Le dolía la cabeza del golpe que había recibido cuando el coche había chocado contra la acera, las finas suelas de sus zapatos dejaban pasar la humedad del pavimento y se notaba cansado, magullado y enfadado. Estaba particularmente enfadado. De principio a fin, la responsabilidad de su situación descansaba sobre el Barbero; de no haber sido por él, en esos momentos Pettigrew habría estado durmiendo cómodo y caliente en Londres. Como reacción a la hilaridad de la velada, empezó a tener la sensación de que aquel contratiempo que había seguido a la cena lo había planeado de forma deliberada el juez para fastidiarlo a él. El lapsus por parte del Barbero con el asunto del carné de conducir y del seguro solo servía para aumentar la furia de Pettigrew. En cierto modo, le daba un lúgubre placer ver a su enemigo metido en ese apuro carente de toda dignidad, aunque el placer quedaba más que contrarrestado por la indignación de que uno de los jueces de Su Majestad se hubiese puesto en ridículo de esa manera. Probablemente, no hubiera un juez en la magistratura al que Pettigrew no hubiese criticado en un momento u otro, del que no se hubiese burlado o al que no hubiera elegido para ridiculizarlo en algún recital posterior a una comida para provecho de su club. Como individuos, le caían bien unos cuantos, admiraba a muchos, pero no veneraba a ninguno. Los conocía demasiado bien, los había estudiado demasiado de cerca para no conservar ninguna imagen ilusoria de ellos. Sin embargo, por la magistratura en general, Pettigrew sentía un profundo respeto tácito que llegaba a las raíces mismas de su ser. Simbolizaba aquello por lo que vivía y para lo que vivía y cualquier cosa que empañase el buen nombre de la orden a ojos del mundo exterior (tan distinto del encantado círculo de los juristas) suponía para él una afrenta enorme. Mientras disminuía su sensación de agravio personal, mayor parecía la gravedad de la conducta de Barber, y para cuando había terminado su corto paseo, Pettigrew estaba poseído por un único

pensamiento: que había que mantener aquel asunto, a toda costa y en lo posible, lejos de los periódicos.

«El jefe de policía de la ciudad es un hombre sensato —musitó—. De todos modos, no habrá proceso penal, con eso podemos contar. Esperemos que logre meterle un susto de muerte a ese joven policía y ocuparse de que mantenga la boca cerrada. Con respecto a Marshall, obviamente tiene la cabeza en su sitio. No debería suponer ningún problema. Aunque mejor hablo con él por la mañana. Por suerte, no hubo ningún testigo exterior, salvo uno, y no estaba allí cuando el tonto este dio su nombre. Qué rara por cierto esa forma de desaparecer… Siempre cuesta que la gente no hable, aunque quizá pueda arreglarse…».

Todavía con ese hilo de pensamiento en la cabeza, Pettigrew abrió la puerta batiente del hotel y entró al vestíbulo, bañado por una luz momentáneamente cegadora. De camino a las escaleras, tuvo que pasar por el acceso interior al bar, y al hacerlo oyó el grito de «¡Hora de cerrar, caballeros!». Se asombró de que no se hubiese hecho más tarde. Era cierto que el club había cenado temprano, a su hora típica, y gracias al juez la velada no se había extendido como era lo usual. Sin embargo, habían pasado tantas cosas desde entonces que le costaba creer que el County estuviese cumpliendo de verdad con su horario legal, así que se asomó por la puerta para echar un vistazo al reloj.

El bar estaba lleno, envuelto en el ruido de las apacibles voces de los parroquianos que apuraban la última copa. En el aire flotaba humo de tabaco y había un olor húmedo y cálido a cerveza y a humanidad. Pettigrew comprobó la hora en el reloj de la pared del fondo y estaba a punto de retirarse cuando sus ojos captaron a un animado grupo situado bajo el reloj. Tres o cuatro soldados y uno o dos civiles se apiñaban en torno a una diana de dardos, a la que apuntaba un hombre bajo y panzón de mediana edad con un jersey deslumbrante a cuadros. Evidentemente, la partida estaba en las últimas fases, y la emoción, por las nubes. Evidentemente también, el tirador era un maestro de aquel arte. Lanzó y se oyó un grito. «¡Necesitas treinta y cuatro!», exclamó alguien. «Cuidado, Corky. Dale…». Pero evidentemente Corky sabía muy bien lo que necesitaba. Con porte de plena confianza, volvió a lanzar. Otro grito. «¡Siete doble!». «¡Veinte ahora!», dijo la voz. Pettigrew, que no sabía nada en absoluto de aquel juego, sintió que le atrapaba la creciente oleada de emoción. Estaba desesperadamente ansioso por que Corky hiciera lo que fuese necesario y esperó con el aliento contenido el último lanzamiento. No tenía que haberse preocupado. En mitad de un repentino

silencio en el que nadie respiraba, Corky levantó su gruesa silueta poniéndose de puntillas con la gracia de un bailarín, apuntó con cuidado y soltó su último dardo. «¡Diez doble!». Fue como si el ruido hiciese sonar todos los cristales del bar de nuevo. Sudando, pero por lo demás calmado por completo, el triunfante Corky soportó que le retorciesen la mano, le golpeasen la espalda una y otra vez, y luego se retiró a terminarse la copa, mientras el camarero vociferaba: «¡Hora de cerrar, caballeros! ¡Por favor!».

Desde el momento en el que había fijado la mirada en él, Pettigrew había tenido la certeza de que Corky no le era desconocido, pero hasta que no vio los aires de calmada dignidad con los que se entregó a las atenciones de sus admiradores no lo reconoció, algo que extrañaba aún más teniendo en cuenta que Pettigrew lo había visto por última vez esa misma tarde; aunque, dada la diferencia del entorno, no resultaba del todo sorprendente. Pettigrew había asistido al inicio del juicio por asesinato menos por el gusto de oír la exposición inicial de Frodsham ante el jurado que por el puro entretenimiento estético que le producía oír las modulaciones de la voz de Beamish. Beamish en el tribunal (con el resplandor sombrío de su traje de levita y los pantalones a rayas) y Corky en el bar (el campeón de los jugadores de dardos) parecían todo lo diferentes que pueden ser dos personas, pero no cabía duda de que era una sola.

Pettigrew subió a su habitación riéndose por lo bajo. Al menos, había hecho un descubrimiento gracioso con el que concluir la noche. «Si alguna persona puede informar a sus señorías los magistrados del rey —empezó a decir para sí, tratando de recuperar el tono opulento y extrarrefinado de la voz de Beamish en el tribunal— sobre alguna traición, asesinato, felonía o delito menor perpetrado o cometido por el preso que hay en el estrado, que se acerque y lo declare, pues el preso queda ahora pendiente de salir en libertad». Se preguntaba si alguno de los amigos de Beamish que estaban en el bar asistiría a las sesiones para oírlo hacer sus cosas. Quizá Beamish mantuviese tan en secreto esa parte de su vida ante ellos como desde luego hacía con sus incursiones en el County ante su empleador. «¿Sabrá el Barbero que lo llaman Corky?», musitó Pettigrew.

Por un momento, el deleite ante la metamorfosis de Beamish había sacado a Barber de la cabeza del abogado. Pero entonces, el problema que lo había estado turbando regresó con fuerzas renovadas. En sus cavilaciones sobre las posibilidades de mantener tapado aquel angustioso asunto se había olvidado de contar con Beamish. Los secretarios siempre lo sabían todo. ¿Beamish era de fiar? Después de lo que había visto, no estaba muy seguro. A no ser que

Beamish fuese capaz de mantener a Corky por completo separado de su vida profesional, resultaba complicado imaginar que el secretismo y la discreción floreciesen en el ambiente del bar del County. Pettigrew se metió en la cama con el ceño fruncido y la nariz muy arrugada.

Capítulo 4
Tras el accidente

El jefe de policía de la ciudad llamó temprano a la residencia oficial a la mañana siguiente. Su encuentro con el juez, que bien podría haber sido una cuestión complicada, discurrió sin contratiempos, gracias al trasfondo de tacto y encanto que el hombre ocultaba bajo su actitud engañosamente optimista. No se comentó nada de manera explícita sobre el desafortunado descuido por parte de su señoría de no contar con la documentación por lo general esencial para conducir de manera legal un coche por la carretera. Tampoco se pronunció una sola palabra que pudiera sugerir que había que acallar el asunto, ni que hubiese ningún asunto que acallar siquiera. Al mismo tiempo, la intención del encuentro quedó clara y meridiana. El juez, por su parte, lamentaba profundamente lo que había ocurrido y desde luego no conduciría su coche hasta haber hecho lo que hasta entonces se había dejado sin hacer. El jefe de policía, por la suya, garantizaba que no se iba a volver a hablar más del asunto, en lo que a la policía respectaba. Entretanto, sin sugerir en ningún modo que deseaba que su señoría hiciese algo tan deshonroso para su dignidad como «presentar declaración», el policía se las ingenió para extraer del juez un relato muy detallado sobre todo lo ocurrido, que Barber, por su parte, estuvo encantado de darle. A decir verdad, la conversación en su conjunto fue una breve comedia agradable, representada por ambas partes con un perfecto semblante serio.

Una vez acabada esa parte del coloquio, el jefe de policía, con un suspiro de alivio demasiado obvio, respiró bien hondo, se recostó en la silla y aceptó el cigarrillo que le ofreció el juez. Aún le quedaba algo más que decir y Barber parecía no tener ninguna prisa por deshacerse de él.

—No me ha contado usted —dijo este último— cómo se encuentra ese pobre hombre… ¿Cómo se llama, por cierto?

—Sebald-Smith.

—Sebald-Smith —repitió el juez—. Qué nombre más raro. Creo que lo he oído en alguna parte.

—No es de esta ciudad, señoría. Se alojaba en casa de unos amigos. Hemos tenido algunas dificultades para dar con ellos.

—Ah, ¿sí? Confío en que las heridas no sean nada serio.

—Me alegra decirle que no son muy graves, señoría. Según el médico, una leve conmoción cerebral y un dedo roto; el meñique de la mano izquierda, concretamente. Eso es todo, aparte de unos pocos moratones y un ligero *shock*.

«Heridas, moratones y contusiones en general, y un *shock* grave para el sistema nervioso». La mente de Barber volvió sobre la fórmula con la que solía concluir los informes de daños y perjuicios en los viejos tiempos, cuando presentaba alegatos en casos de accidentes a porrillo.

—Seguramente salga y esté en plena forma dentro de un par de días —seguía diciendo el jefe de policía.

Barber suspiró aliviado. Más allá de su sueldo, era pobre. Conocía bien (nadie mejor que él) la magnitud de las indemnizaciones que solían concederse a los demandantes en casos así. Parecía que ese en concreto podrían solucionarlo con un acuerdo extrajudicial bastante barato, y no había más remedio, desde luego. «Siempre que no tengan que amputarle el dedo —pensó—. Eso inflaría los daños de una manera ridícula». Se acordó, y se lamentó, de la sustanciosa indemnización que él mismo le había concedido a una joven durante el ciclo judicial anterior por la pérdida de un dedo gordo del pie. Hilda le había dicho entonces que se había visto influenciado por el hecho de que la mujer no solo era joven, sino también guapísima. Por supuesto, eso no tenía ningún sentido, pero de cualquier manera era mala suerte. Aquel caso había atraído cierta atención de la prensa, además… Aun así, a lo peor, lo suyo no ascendería a una cantidad muy alta. Rápidamente, repasó en su cabeza cómo tendría que ahorrar si le exigían abonar, por ejemplo, unas doscientas libras en poco tiempo, y se inquietó un poco al descubrir que la mayoría de ese dinero tendría que salir de la ropa y del ocio de *lady* Barber. En resumen, concluyó, notificar a su esposa la aventura de aquella noche sería uno de los aspectos más desagradables de todo aquel asunto.

—Me alegra mucho saber que no ha sido nada peor. Mucho, de verdad. Me quita un peso enorme de encima. Bueno —continuó el juez mientras se ponía en pie—, supongo que los dos deberíamos empezar nuestra jornada laboral. Le estoy muy agradecido por haber venido a verme para hablar de este… de este desafortunado incidente.

—No es nada, señoría, no es nada —murmuró el jefe de policía, confuso. También se levantó, aunque parecía en cierto modo reacio a irse—. Hay otro asuntillo más, señoría.

—Usted dirá.

—La carta anónima que su señoría recibió ayer. Me la enseñó el jefe de la policía del condado.

—¡Sí, sí! ¿Qué ocurre con eso?

—Bueno, señoría, tenemos razones para pensar que podría proceder de un hombre llamado Heppenstall. Su señoría quizá recuerde el nombre de…

—¡Heppenstall! ¡Sí, claro, sí! ¡Heppenstall! —murmuró el juez.

No miraba al jefe de policía mientras hablaba y en el rostro se le veía una expresión de incomodidad que sugería una extrema aversión hacia el nombre y el sujeto.

—Sabemos que estuvo en esta ciudad antes de ayer —continuó el jefe de policía apresurado—. Ha salido con el tercer grado, claro, y debería haber informado a la policía.

—Entonces, ¿por qué no hacen algo al respecto? —respondió Barber irritado—. ¿Por qué no lo detienen o algo? Después de todo, es su deber…

—Desde luego, señoría, me hago cargo. Por desgracia, le tenemos la pista perdida en estos momentos. Es muy complicado mantener controlada a la gente con este apagón y ahora mismo tengo a varios de mis hombres destinados en las sesiones judiciales. Pero así están las cosas. Ese hombre anda suelto y no podemos evitar sentirnos un poco intranquilos.

—Habría pensado que era yo el que debía sentirse intranquilo —dijo el juez con una breve carcajada.

—Ahí está la cuestión, señoría… En ahorrarle a usted la intranquilidad. Desde luego, en circunstancias normales, nuestra experiencia es que la gente que intenta cometer crímenes violentos de esta índole no lo anuncia de antemano. Sin embargo, este hombre desde su encarcelamiento no es muy normal, en lo tocante a…, bueno, a su agravio particular, no sé si me explico, señoría.

Por la expresión de Barber, estaba claro que se explicaba a la perfección y que el juez no disfrutaba demasiado con nada de aquello.

—¿Y bien?

—Lo único que iba a sugerirle, señoría, es que, dadas las circunstancias, quizá sería aconsejable que le proporcionásemos protección policial. Un añadido, quiero decir, a la escolta normal para ir al tribunal y volver. El acceso a esta residencia, por ejemplo, es muy sencillo. Me gustaría apostar a un hombre en la puerta y a otro en la parte trasera de la casa. Serían bastante discretos… Irían de paisano, si su señoría así lo prefiere. Luego, además de

eso, cuando su señoría salga a dar un paseo tras el levantamiento de la sesión, estaría bien que algún hombre lo acompañara, por si acaso…

—Ya tengo a mi oficial *marshal* —objetó el juez.

La cara del jefe de policía expuso con mucha claridad que no confiaba demasiado en esos oficiales.

—Me quedaría más tranquilo si contase además con protección policial. Después de todo, serán solo un par de días y es mi responsabilidad. Si ocurriese algo…

—Muy bien, si lo cree necesario, vale. Por supuesto, no tiene ninguna prueba de que esa ridícula carta que recibí sea de verdad de ese tipo, ¿no?

—Ni la más mínima, señoría. Pero es una coincidencia que no podemos pasar por alto. Solo espero que nos equivoquemos. Lo más probable es que no volvamos a oír hablar de él.

En ese momento, Savage entró en la habitación y sugirió humildemente que era hora de que su señoría se pusiera la toga para ir al tribunal. El jefe de policía, en consecuencia, se marchó.

Pettigrew llegó a la residencia cuando Barber estaba reunido con el jefe de policía. Preguntó por Marshall y se encontró al joven en un estado mental más o menos depresivo.

—Así que el juez está hablando del tema con el jefe de policía, ¿eh? —dijo en tono alegre Pettigrew—. Supongo que se estarán poniendo de acuerdo para mantener silenciado el asunto.

—Esa es la idea, entiendo —respondió Derek con una voz inesperadamente amarga.

—Bueno, ¿no es lo que opina todo el mundo? Creía que la idea había sido suya, al sugerírselo anoche al agente.

—¿Mía? Yo solo quería irme de aquel sitio lo antes posible. Odio acallar las cosas.

—Pero, querido compañero, algo como esto no puede proclamarse a los cuatro vientos. Eso lo entiende, ¿verdad?

—Las cosas no deberían silenciarse, nada —repitió obstinado el joven—. Después de todo, si existe la justicia…

—¡Dios santo! Es mejor que no hable así si pretende ser abogado —lo reprobó Pettigrew—. Temo que le estén afectando sus ideales…

—Soy un idealista, señor, y no me avergüenza admitirlo.

—Por favor, no me llame señor, me hace sentir aún más viejo de lo que soy. Pero, hablando en serio, ¿qué tenía usted en mente? ¿Que llevaran al juez ante los magistrados del lugar por infracción de las leyes de tráfico?

—Bueno, sí, supongo que sí. No veo por qué debería recibir un trato distinto solo por ser juez.

Pettigrew negó con la cabeza.

—Así no funcionan las cosas. ¿No entiende usted que el sistema entero depende de que a ellos se les trate de un modo distinto que a la gente normal? Les suele perjudicar como individuos, y a los colegas más débiles se les sube a la cabeza, pero es bueno para la administración de la ley en su conjunto y por eso debemos respaldar ese proceder en la medida de lo posible. El problema que en realidad me interesa es si algún tribunal sería competente para juzgar a un magistrado por un delito cometido en el circuito. Verá usted, se supone que este juez es el equivalente al rey y todo eso, y el rey es infalible, aunque no creo que eso se haya puesto nunca a prueba. Nadie ha tenido nunca el valor de ir a juicio en circunstancias así.

—No creo que ningún juez haya hecho nunca nada así antes —sugirió esperanzado el *marshal*.

—¡Por el amor del cielo, no se deje llevar por esa idea! Los jueces han hecho cosas de lo más escandalosas en el circuito. ¿Nunca ha oído la historia del señor juez…?

Pettigrew se lanzó entonces a contar una serie de anécdotas escabrosas que dejaron a Derek profundamente impresionado, aunque muriéndose de la risa.

—Y la moraleja de todo esto es que… ¡Hay que silenciar las cosas! Ninguna de estas historias salió nunca a la luz. En realidad, la última que le he contado nunca se había sabido hasta este momento, porque me la he inventado sobre la marcha, para su disfrute. Y a cambio de este acto de amabilidad, le voy a pedir un favor. ¿Mantendrá usted la boca cerrada con todo este asunto, sin excepción?

—Por supuesto que sí —respondió Derek, en cierto modo dolido—. No hacía falta que me lo pidiese.

—¡Bien! Sabía que los límites de su idealismo estarían en algún sitio. Bueno, he de irme. Por desgracia, este asunto ha sido bastante desagradable para todo el mundo. Me sorprendería que no se filtrara por algún sitio, pero si todos lo mantenemos bien oculto y mentimos como carreteros si es necesario, no debería haber demasiadas consecuencias. Lo mejor es que no hay testigos independientes de la confesión de identidad que hizo el pobre Barbero.

La confianza que Pettigrew había infundido en la mente de Derek con ese último comentario no duró mucho. Unos pocos minutos después, su señoría, con la peluca y la toga puestas, estaba a punto de salir de la casa cuando Beamish le entregó otra carta. Pese a ser en apariencia similar a la anterior, el contenido era mucho más sucinto. En realidad, constaba de una única palabra: «¡Asesino!».

Barber leyó la carta y se encogió de hombros. En esa ocasión, no se la enseñó a nadie, sino que la arrugó y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Con expresión seria, subió al Rolls-Royce y lo llevaron al tribunal. Allí, tras haber acabado el día anterior con los asuntos penales, el juez se sentó sin más a juzgar las acciones civiles. Los dos primeros casos de la lista eran acciones por daños derivados de accidentes de tráfico. Barber los juzgó de manera admirable, aunque las indemnizaciones que fijó quizá estuviesen en lo más bajo del espectro.

Capítulo 5
Lady Barber

El juez tenía intención de viajar en su propio coche a Southington, la siguiente ciudad del circuito, pero, dadas las circunstancias, esa posibilidad quedó claramente excluida. Dejaron el vehículo culpable en un garaje de Markhampton hasta que llegase el momento de poder moverlo sin quebrantar la ley, y el juez y el *marshal* marcharon en tren junto al resto de la pesada maquinaria judicial. Fue un viaje aburrido y cansado. El avance del Circuito del Sur de condado en condado aún seguía la ruta que se había considerado apropiada para ello durante el reinado de Enrique II. Por desgracia, los especuladores ferroviarios de la era victoriana, motivados por consideraciones sórdidamente comerciales, habían dispuesto las líneas de tren teniendo poco en cuenta la conveniencia del poder judicial. Sus ideas no fueron más allá de cubrir con una línea principal el tramo entre Markhampton y Londres y con otra la ruta entre Londres y el empalme de Didbury, desde donde se bifurcaba una línea secundaria que describía un camino sinuoso hasta Southington. Sus mentes urbanas y desalmadas, preocupadas por el problema de trasladar a pasajeros y bienes a la capital, ida y vuelta, nunca se habían planteado la idea de que alguien de verdad quisiera viajar directamente de Markhampton a Southington. Sea como fuere, quizá porque estas dos ciudades estaban en diferentes sistemas ferroviarios, lo complicaron todo lo posible. El circuito, que avanzaba con el tiempo, aunque siempre fuese un paso o dos por detrás, había descubierto a lo largo del siglo XIX que viajar en tren, incluso por esa ruta, era un poco más rápido que hacerlo en carruaje, así que había aceptado los reticentes servicios de los profesionales ferroviarios. Actualmente, el autobús de Southington, que hace el viaje en hora y media, pasa por la residencia oficial del juez en Markhampton tres veces al día, pero este avance de la civilización ha escapado por el momento a la notificación oficial.

Si bien el viaje era cansado y aburrido, con dos cambios y una espera de cuarenta minutos en el empalme de Didbury, al menos se iba cómodo. Había un vagón de primera clase reservado al juez y a su *marshal*. En otro viajaban el secretario de las sesiones, el secretario de los escritos de acusación y el oficial asesor. Beamish y sus acólitos, como debía ser, iban en tercera clase,

aunque también aislados. El equipaje de todo el grupo, tanto personal como oficial, requería el servicio de varios porteadores y casi la capacidad entera de un vagón de la guardia. Las autoridades ferroviarias habían puesto objeciones a la hora de reservar los vagones, aduciendo consideraciones del todo irrelevantes sobre las dificultades de los tiempos de guerra, pero Beamish les había puesto freno rápido. «Les dije simplemente —explicó ante su público entregado, mientras repartía las cartas para jugar una tranquila partida de napoleón— que como alguien se atreviese a entrar en el mismo vagón que uno de los magistrados de Su Majestad…». No hizo falta que terminase la frase. Todos los presentes sabían que algo así bastaría para hacer saltar por los aires la Constitución británica.

La caravana llegó a su destino a primera hora de la tarde. Durante la hora que quedaba hasta el momento de tomar el té, Derek decidió que tenía que escribir una carta para mandarla a casa. Antes de partir, por supuesto, le había prometido a su madre contarle «todo», y también por supuesto había faltado a su promesa. Por un lado, se dijo como excusa, no era tan fácil contarlo «todo». Al igual que mucha otra gente, la señora Marshall imaginaba que la vida en los tribunales penales era una continua sucesión de imponentes emociones; que todos los casos llevaban un espectáculo asociado; que todos los abogados eran genios contrainterrogadores «capaces de sacarte cualquier información si se lo proponían»; que todos los discursos eran un torrente de elocuencia, y todos los jueces, un Solón. Si Derek decidía relatar por escrito el día a día de sus experiencias reales hasta el momento, creía que su madre se aburriría como una ostra y que, siendo lo pudorosa que era, sentiría una cierta repulsión. El único acontecimiento de auténtica importancia que había ocurrido era el único que tenía la obligación de no mencionar. En su opinión, al mirar atrás y ver sus experiencias hasta entonces, no podía quejarse. Había aprendido muchísimo y se había despojado de una buena cantidad de ideas ilusorias. Su relación con el juez era todo lo amistosa que podía haber deseado, dada la disparidad de edad. Al mismo tiempo, debía admitir que un cara a cara prolongado con él podía llegar a ser algo aburrido y, en secreto, estaba bastante decepcionado con el hecho de que, precauciones del jefe de policía aparte, las sesiones de Markhampton hubiesen terminado tan mansamente como habían empezado. Sentía que necesitaba algo de distracción y se preguntó absorto si *lady* Barber, que iba a unirse a ellos en Southington, la aportaría. Derek había llegado a ese punto de sus

cavilaciones, y aún no había empezado la carta para su madre, cuando Greene entró sigilosamente en su habitación y le anunció que el té estaba listo abajo y que la señora había llegado.

Lady Barber era una mujer menuda, morena, con el contorno bien dibujado y bien parecida. Hablaba por los codos, con un tono entrecortado e imponente, y resultaba obvio que estaba acostumbrada a decir lo que pensaba y a que se atendiese a lo que ella decía. Sin ser agresivamente elegante, lograba conseguir que la figura alta y desgarbada que tenía al lado pareciese aún más desaliñada de lo usual. Derek calculó que la mujer sería unos veinte años más joven que su esposo. En realidad, se pasó en ocho años en sus cálculos, pero hombres más experimentados que él bien podrían haber cometido el mismo error. *Lady* Barber lo saludó de un modo enérgico y amistoso que escapaba solo por los pelos a la condescendencia.

—¿Qué tal está, señor Marshall? No, no voy a hacer la broma fácil. No me gustan las bromas fáciles y además estoy segura de que ya la habrá oído bastantes veces. Vamos, tomemos un té. Estoy helada hasta los huesos del viaje en ese maldito tren. ¡Tendrá que servirnos usted! Es tarea de los oficiales, ya lo sabrá. Leche y dos terrones para mí, por favor, aunque estemos en guerra. Bueno, cuénteme, ¿está disfrutando de esta cómica existencia?

Derek declaró estar disfrutándola mucho, y para cuando hubo terminado su segunda taza de té se había casi convencido de que iba a disfrutarla mucho más, siempre que el circuito se viese animado por la compañía de *lady* Barber. Experimentó la ligeramente estimulante sensación de que, en manos de ella, el tempo de la vida en la residencia del juez, en cierto modo letárgico, se vería acelerado y cobraría brío. No era una mujer especialmente ingeniosa, ni tampoco, en opinión de Derek al menos, especialmente atractiva; tenía sin más una inmensa reserva de vitalidad que incitaba a cualquiera con quien entrase en contacto a dar lo mejor de sí en cuanto a reflexiones y conversaciones, ya fuesen la atracción o la repulsión el impulso predominante. Después de que la mujer se hubiese ido del salón, Derek pensó que había hablado más durante la última media hora que en toda la semana anterior; y también que había hablado con una inteligencia y un ingenio sin precedentes. Hasta más tarde no se dio cuenta de que, bajo el embrujo de la ensayada «persuasión» de *lady* Barber, había dejado por completo expuestos su propia persona, sus actos, sus pensamientos y aspiraciones. A decir verdad, Derek se había sometido a un contrainterrogatorio muy hábil e incesante, sin

percatarse siquiera de lo que estaba pasando. Como muchas otras personas ingenuas, se enorgullecía de ser reservado e incluso un pelín hermético, así que descubrir aquello le resultó en cierto modo doloroso. Acordándose de la creencia de su madre en la capacidad de los contrainterrogadores para «sacarte cualquier información si se lo proponían», se dijo, un tanto arrepentido, que aquella señora desde luego habría sido una muy buena abogada. Esa opinión casualmente la compartía con una serie de personas más; entre ellas, desde luego, con la propia *lady* Barber.

El esposo de *lady* Barber (era curioso con qué facilidad su majestad encarnador de la ley quedaba reducido en compañía de esta mujer a ser el «esposo de *lady* Barber») parecía disfrutar de la presencia de su señora en la residencia tanto como lo hacía su *marshal*, aunque de un modo distinto. A la hora del té, se bronceó con la luz del resplandor de ella, se rio ante sus ocurrencias y se deleitó plenamente con el espectáculo del análisis al que estaba sometiendo al joven. Al mismo tiempo, un observador más agudo que Derek quizá hubiese visto que tras el disfrute del juez acechaba un cierto temor. Habría sido una calumnia absoluta decir que el hombre le tenía miedo a su esposa. Más bien sentía una enorme reticencia a verse frente a ella, y si ocurría algo que pudiera fastidiar de algún modo a la mujer, el juez tenía por costumbre tomarse unas molestias considerables para evitar que ella lo supiese. La experiencia le había dejado claro que, en realidad, antes o después su esposa terminaba por enterarse de todo, tuviese más o menos importancia, pero al menos el juez hacía lo posible para posponer ese momento y mitigar así el ajuste de cuentas. En consecuencia, todavía no le había contado nada sobre el accidente con el coche en Markhampton y seguía confiando, contra toda lógica, en ser capaz de evitar hacerlo.

El golpe cayó antes de lo esperado. El juez acababa de vestirse para la cena cuando su esposa entró en su habitación con un fajo de cartas en la mano.

—Te han llegado esta mañana. Ojalá pudieras convencer a la gente para que te mandase toda la correspondencia a los tribunales. Menudo fastidio tener que reenviarlas cuando estás fuera. No parece que haya nada muy interesante.

Y no lo había. Dos eran circulares, estaba claro, y el resto, sobres escritos a máquina que seguramente contendrían facturas. Barber las fue mirando distraído mientras les daba la vuelta una a una. Tuvo que tomar una de esas decisiones insignificantes de las que a veces dependen consecuencias relevantes: guardárselas en el bolsillo u ocuparse de ellas en aquel momento.

Miró el reloj. Quedaban aún cinco minutos para la cena. Decidió abrirlas allí mismo. Por una ironía que el juez, amante de la obra de Thomas Hardy, habría sabido apreciar en otras circunstancias, luego resultó que el reloj llevaba cinco minutos de retraso.

Abrió una carta y luego otra y otra. Las fue analizando con rapidez y tirándolas a la papelera. Su esposa, entretanto, usaba el espejo para quitarse una imperceptible imperfección del maquillaje. El juez abrió la tercera carta cuando sonó el gong desde la planta de abajo. Por desgracia, en ese mismo momento la mujer levantó la vista de su tarea y alcanzó a ver la expresión del hombre en el espejo.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se daba la vuelta bruscamente.

—Nada, querida, nada —respondió él, con gesto triste y tono nada convincente.

—¿Nada? Pareces algo alterado. ¿De quién es esa carta?

—No, de nadie en concreto. Y no estoy alterado —se apresuró a añadir—. Siempre sacas conclusiones precipitadas, Hilda. Solo me he quedado extrañado ante un nombre que me ha resultado familiar y que no logro ubicar, eso es todo.

—¿Qué nombre?

—Ninguno que tú conozcas, creo. Es muy curioso… Sebald-Smith.

—¿Sebald-Smith? Querido, no soy tan filistea. Pues claro que conozco ese nombre. Es el pianista más famoso que hay actualmente con vida, diría yo.

—¿Un pianista? ¡Madre mía!

Pese a todos sus esfuerzos por controlarse, la consternación del juez quedó patente.

—Pero bueno ¿a qué viene todo esto? —dijo ella en tono irascible.

Con un movimiento de una gracilidad soberbia, cruzó la habitación y le quitó la carta a su esposo de entre unos dedos flojos antes de que el hombre se diese cuenta de lo que había ocurrido. Y leyó:

> Señor juez:
>
> Representamos al señor Sebastian Sebald-Smith, quien, como sabe usted mejor que nadie, resultó herido instantáneamente la noche del día 12 como consecuencia del impacto contra el vehículo de su señoría en Market Place, Markhampton. Según nuestra información, la causa del accidente no fue otra que la negligencia del conductor del

vehículo en cuestión. Pese a que, mientras redactamos esta carta, no estamos en posición de evaluar por completo el alcance de las heridas de nuestro cliente, parece claro que ha sufrido, entre otras cosas, un daño grave en la articulación de un dedo que podría derivar en su amputación, cuestión que, para una persona en la posición de nuestro cliente, sería una consecuencia muy seria. Nos gustaría saber el nombre de la compañía aseguradora de su señoría lo antes posible. Entretanto, quede constancia formal de la intención de nuestro cliente de reclamar daños y perjuicios por las heridas sufridas.

Un saludo de los leales servidores de su señoría,

FARADAY, FOTHERGILL, CRISP & CO.

Lady Barber tardó un poco en comentar la carta. Era como si estuviese decidiendo qué actitud adoptar ante la más reciente fechoría de su esposo. Cuando abrió la boca, resultó evidente que se había decantado más por la pena que por el enfado.

—¡En serio, William, eres incorregible! Ibas tú conduciendo el coche, ¿verdad?

—Sí.

—Y supongo que tuviste toda la culpa, ¿no?

—Bueno, respecto a eso…

—¡Claro que la tuviste! —lo interrumpió impaciente—. Te he dicho bastantes veces ya que no estás en condiciones de conducir de noche. De verdad, es una cosa lamentable para alguien de tu posición. Gracias a Dios que tu nombre no ha salido en los periódicos referido a este tema. Vi una noticia en la que hablaban de que un coche había atropellado a Sebald-Smith, aunque desde luego no lo asocié a ti. Nunca vas a conciertos, ya lo sé, pero esta aventurita tuya va a dejar un hueco muy feo en la vida musical de Londres, si es que alguna vez se recupera. ¡Sebald-Smith! Ese hombre es de los que tienen las manos aseguradas por miles de libras.

El juez hizo una mueca ante esa referencia al seguro.

—¿No crees que deberíamos discutir esto mejor después de cenar? —preguntó el hombre.

—No veo que haya nada que discutir —respondió la esposa mientras salía majestuosamente de la habitación por delante de él, saltándose así de un modo glorioso el protocolo del circuito.

Derek, que había bajado a cenar ansioso por reanudar la chispeante conversación de la que tanto había disfrutado a la hora del té, tuvo que confesar para sí hacia el final de la velada sentirse algo decepcionado. El fallo, según lo que veía él, estaba en el juez. No solo era que el hombre no tenía nada que decir, sino que su silencio logró arrojar un tono sombrío a toda la mesa. Desde luego, la esposa parecía igual de vivaz que siempre. En todo caso, tenía el color algo más subido, los ojos incluso más brillantes que antes, aunque en esa ocasión su locuacidad parecía ser resultado de un esfuerzo deliberado y no del entusiasmo deliciosamente natural que tanto había encantado a Derek. El *marshal* se dio cuenta asimismo de que la mujer no hacía ningún intento por integrar a su marido en la conversación. Se dirigía en exclusiva a Derek y la mayor parte del tiempo parecía estar hablando al azar, con la mente en otro sitio. En un par de momentos, el *marshal* sospechó que la mujer le hablaba a la figura silenciosa que había al otro lado de la mesa. En general, fue una cena incómoda. Derek, oprimido por la inquieta sensación de que «pasaba» algo, se vio cayendo de nuevo en la torpeza, con la lengua trabada, y se alegró muchísimo cuando Savage colocó el oporto sobre la mesa y *lady* Barber se marchó de la habitación.

El juez se tomó tres copas de oporto. Al llenar cada una de ellas, miró a Derek con aspecto de querer decir algo de importancia, pero todas las veces se detuvo a las puertas de hacerlo y acabó comentando alguna trivialidad sobre el trabajo de las siguientes sesiones. Al final, como rindiéndose a lo inevitable, tiró la servilleta en la mesa y dijo:

—Bueno, supongo que será mejor que nos unamos a mi esposa.

Y se dirigió hacia la puerta.

En el salón, el ambiente era incluso más opresivo que a la mesa. Hubo largos periodos de silencio, rotos solo por el vicioso tintineo de las agujas de coser de la mujer. Parecía estar malhumorada, y su esposo, esperando nervioso a que ocurriese algo. Pese a toda su inexperiencia, a Derek no le costó averiguar qué era ese algo. Estaba esperando a quedarse a solas con su esposa y no lo hacía con ningunas ansias de vivir esa experiencia. Derek entendió la indirecta, aunque le habría sido complicado decir exactamente cómo se le había manifestado dicha indirecta. Alegando la necesidad de escribir su prometida y retrasada carta a casa, el *marshal* se fue del salón en cuanto pudo, con mucha decencia.

Al cerrarse la puerta tras él, *lady* Barber apartó la vista de su costura y observó:

—Es un buen muchacho. ¿Iba contigo en el coche la otra noche?

—Sí —dijo el juez, y se aferró ansioso a la oportunidad que se le había presentado—. Y, ya que hablamos del tema, había un par de asuntos más que quería comentarte, Hilda.

—Si estaba contigo y lo sabe todo —continuó la mujer, siguiendo aún su propia línea de pensamiento—, no veo por qué has tenido que sacarlo de la habitación antes de tiempo.

—No he hecho nada de eso, que sea yo consciente.

—Querido, nunca he visto nada más evidente en la vida. De todos modos, es asunto tuyo, no mío. Como he dicho antes de cenar, no veo que haya nada que discutir sobre este asunto. Dios sabe que soy la última persona que quiere hacer una montaña de este muy desafortunado grano de arena. —El juez se quedó callado y la mujer siguió hablando—: Si me das la carta, me ocuparé yo de ella. No hay ninguna razón por la que debas preocuparte tú, y sabes lo poco práctico que eres para tus propios asuntos. Les habrás enviado tu parte a los del seguro, ¿no? Es el Empyrean, ¿no? —Silencio—. ¿No?

El juez se aclaró la garganta.

—Ese era el tema que quería comentarte —dijo con voz ronca.

Nadie podría haber dicho que *lady* Barber no estuvo rápida de entendederas. Dejó a un lado la costura, abrió de par en par sus exquisitos ojos y se puso muy recta en el sillón.

—¡William! —exclamó en voz baja y ominosa—. ¿Estás intentando decirme que ni siquiera estás asegurado?

—Lo… lo siento, pero así es, Hilda.

Se produjo un silencio durante el cual fue demasiado evidente que *lady* Barber estuvo en varias ocasiones a punto de decir algo y se lo pensó mejor todas ellas. Al fin, se puso en pie, se acercó a la chimenea, cogió un cigarrillo de la repisa, lo encendió y se quedó quieta unos momentos, de espaldas a su esposo, mirando el fuego. Cuando se dio la vuelta, el hombre había empezado a hablar, pero ella no se percató.

—¿Has pensando exactamente lo que puede significar esto para ti…, para nosotros?

—Claro que sí —respondió el juez en un tono algo irritado—. Le he dado vueltas al asunto por todos lados. Pero debo admitir que lo que me has contado antes de cenar le ha conferido un cariz totalmente distinto al caso. Me refiero al hecho de que ese tipo sea pianista.

—¡Sebald-Smith! —exclamó la mujer, dejando por primera vez que sus sentimientos aflorasen por encima de su autocontrol—. Por qué si ibas a

atropellar a alguien con el coche has tenido que escoger a Sebald-Smith… Como si no hubiera gente…

—Ya es mala suerte —admitió Barber—. Para serte sincero, eso ha desbaratado bastante mis cálculos sobre lo que… Es decir…

—Eso significa que pedirá por daños y perjuicios unas diez veces lo que cualquier persona normal —lo interrumpió ella.

—Exactamente. Temo que lo que exija por el dedo lesionado sea una cantidad un poco desorbitada.

Ninguno de los dos habló durante un rato, hasta que *lady* Barber dijo algo en cierto modo inútil:

—¡No entiendo cómo has sido tan tonto, William!

El juez, sabiamente, no respondió nada, y la esposa, percatándose de que quizá su comentario había ido un poco más lejos de su nivel normal, volvió a intentarlo.

—Entiendo que el accidente fue culpa tuya, ¿no? ¿No podrías alegar negligencia coadyuvante, por algún casual?

—Querida Hilda, no es muy necesario que nos planteemos ese aspecto del caso. Dada mi posición, no puedo permitirme batallar esto. Es obvio. Tendré que llegar a un acuerdo extrajudicial en los mejores términos posibles.

—Pero, William, ¡eso podría suponer nuestra ruina!

—Nos veríamos en una ruina mucho mayor si por litigar este asunto me veo obligado a renunciar a mi nombramiento.

—¡Renunciar!

—Bueno, Hilda, tenemos que afrontar los hechos.

Hubo otro silencio bastante desapacible antes de que *lady* Barber volviese a hablar.

—William, ¿cuánto dinero tienes en total, aparte de tu sueldo?

—Querida, hablamos de este tema muy a fondo hace solo un par de meses.

—Lo sé, pero entonces solo había que pagar unas miserables facturas mías. Esto es serio.

El juez, inesperadamente, soltó una risa ronca y estruendosa.

—Supongo que pensaste que estaba pintando las cosas peor de lo que eran en realidad por tratarse de ti. Y que tenía unos pocos miles de libras escondidos de los que nunca te había hablado, ¿no?

—Pues claro —respondió sin más la señora—. Me parecía de sentido común.

—Sea o no cosa de sentido común, fui del todo sincero contigo. La situación ahora mismo es tal y como te la expliqué entonces. De hecho, es tal y como te la he explicado en varias ocasiones a lo largo de nuestro matrimonio. Durante muchos años, hemos estado gastando casi hasta la última libra que he ganado. —Puso un ligero énfasis en el contraste de pronombres que no pasó desapercibido a su oyente—. Aparte de mi modesta póliza del seguro, no hay nada a lo que recurrir. Aparte de mi pensión, aún más modesta, si es que me permiten recibirla, no hay nada en el futuro que esperar. Si me ocurriese algo…

—Gracias. Esa parte la he oído ya antes —se apresuró a decir *lady* Barber —. La cuestión es dónde vas a encontrar las diez mil libras que Sebald-Smith esperará recibir por su dedo.

El juez tragó saliva. En sus peores previsiones, no había imaginado una suma como esa. Estuvo a punto de recordarle a su esposa que él sabía más de indemnizaciones por daños que ella, pero se acordó a tiempo de que su esposa desde luego sabía muchísimo más que él sobre las ganancias de un pianista.

—Sintiéndolo mucho, tendremos que recortar al máximo nuestro nivel de gasto.

Lady Barber miró su elegante reflejo en el espejo de la repisa de la chimenea y puso una mueca.

—Qué perspectiva tan fea —comentó. A continuación, se recompuso y continuó con unas maneras frescas y más prácticas—: ¡Bueno! Habrá que responder la carta de Faraday, supongo, y será mejor hacerlo con profesionalidad. ¿Le escribo a Michael y le pido que lo haga en tu nombre? Querrás que te represente, ¿no?

—Supongo, sí —respondió el juez sin entusiasmo alguno.

No le hacía mucha gracia su cuñado, pero no había duda de que era un abogado competente.

—Le diré que dé acuso de recibo formal de la carta y luego haré un hueco para subir a Londres y explicárselo todo bien. Cuanto más tiempo mantengamos a Sebald-Smith a la espera, mejor. La gente como él no tiene aguante. Dentro de un par de meses, se mostrará mucho más razonable en sus ideas que ahora, seguro. Además —y esbozó entonces una sonrisa deliciosa e inesperada—, eso nos dará tiempo para empezar a ahorrar.

Poco después, el juez y su señora se fueron a la cama, los dos en cierto modo de mejor humor de lo que habría parecido probable media hora antes. La

mente activa de Hilda, pese a entender plenamente la magnitud del desastre que se cernía sobre ellos, estaba casi feliz ante la perspectiva de ocuparse de cuestiones prácticas y urgentes. Con respecto al juez, era consciente del alivio que siempre sentía cuando dejaba algún problema personal en las competentes manos de su esposa, cosa que ocurría bastante a menudo. Sentía también el virtuoso placer que se deriva de la confesión, una vez que se había quitado de encima el peso de su aventura al contarla. Sin embargo, esta última sensación no era del todo pura. Mientras subía las escaleras, pensó que por el momento no le iba a decir a su esposa nada sobre las cartas amenazadoras que le habían llegado en Markhampton. Con el insaciable optimismo que siempre marcaba su comportamiento en asuntos así, decidió ahorrarle un disgusto y no contarle nada de aquel asunto. La costumbre de Barber de ocultar cosas a su esposa era tan instintiva como la del perro de esconder huesos bajo los cojines de un sofá, y casi igual de eficaz.

Capítulo 6

Acción civil

Las sesiones judiciales de Southington emprendieron su curso normal. Las formalidades del día inaugural fueron, con algunas variaciones locales, las mismas que en Markhampton. Derek, que ya se sentía como un veterano participante del juego, desempeñó su papel en la ceremonia con lo que consideró que era la mezcla correcta de dignidad e indiferencia. La presencia de *lady* Barber afectaba en poco o nada al procedimiento, según vio. La mujer se mantenía siempre en un discreto segundo plano y, en lo que al público respectaba, no era más que una figura vestida de negro, que pasaba desapercibida en el último banco de la iglesia o en un rincón apartado del estrado. El segundo día de las sesiones, de hecho, ni siquiera se presentó en el tribunal. *Lady* Barber aseguró que los delitos penales la aburrían. Había leído las declaraciones y no había nada en ninguno de los casos que tuviese el más mínimo interés jurídico. Por otro lado, en la lista de delitos civiles que iba a continuación, había varias acciones que la mujer sí pretendía seguir. Una en especial prometía ser fascinante; por primera vez, se ponía en tela de juicio una cuestión de interpretación poco clara en una nueva ley parlamentaria. Al oírla expresar su opinión en un tono decidido en la cena de la segunda noche que pasaban en la residencia oficial, Derek comprendió cómo el juez había terminado recibiendo el apodo de Padre William.

A decir verdad, Hilda Barber era una persona peculiar, una mujer con auténtico talento para las leyes. Le contó a Derek que había entrado a formar parte de la abogacía, pero que nunca había ejercido. Esta última afirmación era cierta en el sentido de que, como muchas otras mujeres abogadas, nunca había logrado conseguir que le asignaran un caso. Al no contar con ninguna influencia excepcional, había sido incapaz de superar el prejuicio por el que la abogacía seguía siendo una profesión esencialmente masculina. Sin embargo, durante dos años había merodeado por la zona de los tribunales londinenses, había asistido a todos los casos de importancia —distintos de los casos de mera notoriedad— y había estudiado con asiduidad en la biblioteca de su colegio de abogados. Durante ese periodo, se formó como aprendiz en el bufete de William Barber, que entonces vivía su mejor época como abogado

auxiliar. No mucho tiempo después de que terminase el periodo de aprendizaje de Hilda, Barber celebró un doble acontecimiento: su nombramiento como consejero del rey y su boda, ambos en el mismo mes. Por entonces se rumoreó que ambos pasos cruciales habían sido iniciativa de la mujer. Sin duda, desde el punto de vista profesional, Barber no tenía motivos para arrepentirse de ninguno de ellos.

Tras el matrimonio, a Hilda Barber no se la volvió a ver por los juzgados. La peluca blanca y la toga aún brillante quedaron a un lado, como monumentos a una ambición sin cumplir. De ahí en adelante, la mujer se dedicó a dos cuestiones gemelas: impulsar la carrera profesional de su esposo y gastar con elegancia las ganancias cada vez mayores de este. Sería complicado determinar en qué tuvo más éxito. Hilda le aportó a Barber los contactos de sociedad que hasta entonces faltaban en su vida y que necesitaba para sellar su reputación profesional. Abogados asesores que habían tratado de evitar por todos los medios a la instruida señorita Hilda Matthewson como abogada litigante pasaron a competir por conseguir una invitación a los cócteles y a las cenas que daba la elegante señora Barber. Los periódicos de la tarde, que en una columna recogían el relato de un discurso dado por el «eminente consejero del rey» sobre la causa del día, se aseguraban de informar en otra columna de que su esposa había asistido como prominente invitada a un estreno o a un baile benéfico, con un vestido que quizá apareciese descrito con más detalle que la argumentación de su marido; y ambas piezas de propaganda actuaban favorablemente la una sobre la otra.

Sin embargo, sería un error suponer que solo porque la señora Barber estaba en posición de aprovechar al máximo sus talentos sociales había disminuido en algún modo su interés por las leyes. Allí donde otras mujeres en casos similares habrían recurrido a la beneficencia o a la política para desahogar sus energías sobrantes, Hilda se mantuvo fiel a la jurisprudencia. La cantidad de trabajo que hacía para Barber entre bambalinas como «negra» no la imaginaba nadie, salvo quizá el secretario del juez, pero sin duda era considerable. Barber era un hombre con una capacidad mental que inevitablemente lo habría conducido a la magistratura antes o después, pero quizá su esposa tuviese razón al creer que con su ayuda ese plazo se había recortado en varios años, al tiempo que le había posibilitado a Barber afrontar una enorme presión de trabajo que, de otro modo, lo habría sobrepasado.

Por supuesto, Hilda se alegró muchísimo cuando el abogado Barber, consejero del rey, pasó a ser en su debido momento el señor juez Barber. No obstante, ese ascenso no anduvo exento de inconvenientes. En concreto, la

señora Barber descubrió entonces, como muchos otros antes que ella, que un salario judicial es un pobre sustituto de los ingresos de un abogado principal en el primer tramo de su profesión. Resultaba agradable anunciarse en las fiestas como «*lady*» Barber, pero no tanto verse obligada a saludar a su anfitriona con un vestido que ya había cumplido su deber durante media temporada. El cambio tuvo otra consecuencia que Hilda no había previsto y que, de hecho, quizá nunca terminó de asimilar del todo. Los jueces, aunque no vivan exactamente bajo el feroz foco que ilumina el trono de un rey, son figuras públicas, y dentro de un círculo limitado hay poco de sus vidas que no termine siendo de dominio público en algún momento. Así pues, aunque nadie supo nunca hasta qué punto las opiniones del abogado Barber, consejero del rey, se debían a las críticas y a los consejos de su esposa, no pasó mucho tiempo hasta que unos cuantos iniciados empezaron a comentar entre ellos que las sentencias deferidas del juez Barber las escribía su señora. En una ocasión en la que una de esas sentencias se sometió a apelación, la pregunta que uno de los señores jueces le hizo a su colega, en voz baja, fue «¿Esto lo ha escrito Hilda?», pregunta que, por mala fortuna, llegó a los atentos oídos de los asientos de la abogacía. Por suerte, y para su propia tranquilidad, a Hilda nunca le comunicaron ese episodio. No obstante, sí se había enterado del mote de su esposo y había afirmado con magnanimidad que le resultaba más o menos gracioso. En lo que respectaba al gran público, sin embargo, *lady* Barber seguía permaneciendo en buena medida en un segundo plano y, salvo porque quizá fuese un poco más decorativa de la cuenta, desempeñaba el papel de esposa del juez a la perfección.

Derek no tardó en darse cuenta de que la sumisión de *lady* Barber en público no se extendía a su vida privada. Al poco, la mujer se hizo cargo de los asuntos domésticos en la residencia oficial, agobió a la señora Square de un modo al que esta dama autocrática no estaba nada acostumbrada, criticó a Greene por su falta de la debida atención al sombrero de copa del *marshal*, puso bajo su mando al sumiso Savage e intercambió más que unas pocas palabras con el mismísimo Beamish. La antipatía entre la señora y el secretario era mutua. Beamish no había servido al juez antes de que lo nombrasen magistrado. El anterior secretario de Barber había declinado seguirlo a la magistratura, para gran irritación de su jefe, ya que prefería continuar probando suerte en los juzgados londinenses. El nuevo juez, por tanto, se había contentado con el mejor hombre que había podido encontrar a

última hora. Por desgracia, su elección no le pareció nada aceptable a Hilda y durante el periodo que había transcurrido desde entonces la mujer había conseguido dejar más que patente su opinión.

En lo que respectaba al juez, el elemento de discordia que con ello se introdujo en su entorno no pareció afectarle en mucho. Hizo oídos sordos al revuelo levantado entre su personal y se negó en firme a que se cuestionase a Beamish. Obviamente, se trataba de un asunto espinoso que venía de lejos y sobre el que el juez ya había tenido la prudencia de tomar una decisión que no pretendía alterar ni un ápice. Aparte de eso, la relación con su esposa desde su confesión la primera noche en Southington era de lo más armoniosa. Toda reforma que la mujer pudiese considerar pertinente aplicar en la administración del hogar estaba destinada a aumentar la comodidad del juez más que la suya propia, y era evidente que el hombre disfrutaba al máximo de las pequeñas atenciones que ella le prodigaba. La consecuencia fue que Derek volvió a encontrar cálida y agradable la atmósfera de la residencia oficial, aparte de mucho más animada de lo que lo había estado antes de la llegada de *lady* Barber.

Hilda incitó al juez a organizar varias cenas en Southington. Se trataba de reuniones meramente oficiales a las que asistían dignatarios como el gobernador civil, el alcalde y el juez del tribunal del condado acompañados por sus esposas, en las que se debatían temas locales y de las que todos se marchaban puntualmente a las diez y cuarto. No obstante, si no para otra cosa, sí servían para demostrar el admirable tacto de Hilda. La mujer manejaba las veladas con discreción, sin permitir nunca que la conversación degenerase en meras divagaciones de la concurrencia media oficial, y al mismo tiempo sometía su propio brillo al nivel de la compañía. En cualquier caso, a *lady* Barber le gustaban más los almuerzos a los que el juez invitaba de vez en cuando a los miembros de la abogacía implicados en casos penales. Daba lo mejor de sí con los jóvenes. Derek, entretenido aunque apenado, contemplaba cómo otros pasaban por el mismo proceso de extracción de información que había soportado él. Se dio cuenta además de que ni ante ellos ni ante sus mayores *lady* Barber admitía jamás saber lo más mínimo sobre sus asuntos profesionales. En una ocasión, permaneció sentada sin mover un músculo mientras un hombre muy joven, enfrascado en su primera defensa, le explicaba laboriosamente un punto elemental del procedimiento; dio la casualidad, además, de que se lo explicó mal.

La sección penal en Southington llegaba a su fin y se acercaba el momento fijado para la vista en la que Hilda tenía tanto interés. Un día antes,

la mujer viajó a Londres. Su intención, según le dijo a su esposo, era ver a su hermano, abogado asesor, para hablar del asunto de Sebald-Smith. A su regreso aquella noche, solo comentó que había sido un día provechoso. El juez, al que cualquier mención del tema de Markhampton le resultaba profundamente desagradable, no hizo ninguna pregunta y la cuestión quedó ahí. Esa noche, en la cena, Hilda mencionó una vez más el caso que se iba a juzgar al día siguiente.

—Veo por los alegatos que Frank Pettigrew se ocupa de defender al acusado —comentó—. Le diremos que venga a cenar. Estará bien tener de invitado a alguien entretenido para variar.

—Querida, ya invité a almorzar a Pettigrew en Markhampton —objetó Barber enérgicamente—. Desapruebo tener muestras de favoritismo entre los abogados, salvo en casos muy especiales y, la verdad, no creo que este sea uno de ellos.

Su esposa hizo un mohín.

—Quiero pasar un rato con Frank. Me lo paso bien con él y llevo años sin verlo.

—No me sorprende mucho —replicó el juez—. Debo decir también que no creo que sea de muy buen gusto…

—Querido William, si vas a erigirte ahora como árbitro del buen gusto… —empezó a decir su esposa en un tono de burla que provocó en el hombre un apresurado cambio de argumentación.

—Además, iría en contra de mis principios ofrecer entretenimiento solo al abogado de una parte. Incluso aunque mañana por la mañana estén hechas ya todas las exposiciones, cosa que parece probable, mi objeción sigue en pie.

—Pues muy sencillo —añadió Hilda en tono decidido—. Invitaremos a las dos partes. Flack se ocupa de la acusación, ¿no? Es un hombre bastante presentable. Así luego seremos cuatro para echar una partida al *bridge*, porque usted juega, ¿no, señor Marshall? —Derek, testigo en cierto modo avergonzado de esa discusión, reconoció que sí—. Y ni siquiera te molestaremos con nuestra charla. Te he traído algunos libros nuevos de la biblioteca que te gustarán. Arreglado entonces.

Y arreglado quedó.

La causa que tanto revuelo había levantado en la residencia oficial demostró ser, en opinión de Derek al menos, un aburrimiento sin igual. En un tribunal vacío por completo salvo por los oficiales y los periodistas, Flack, un hombre

formal de mediana edad con una voz especialmente fea, ocupó toda la mañana con su exposición inicial. Según lo que Derek alcanzó a ver, dicha argumentación consistió en repetir en diversos tonos de énfasis los términos de una sección de una ley parlamentaria que parecía estar redactada por un analfabeto con talento para el oscurantismo, además de leer pasajes de sentencias de otros casos sobre otras leyes que, en apariencia, no eran en absoluto relevantes para el asunto en cuestión. Al concluir su intervención, Flack llamó al estrado a dos testigos formales a los que Pettigrew rechazó contrainterrogar, ya que subrayó que él se basaba en una cuestión de derecho pura y dura.

Sin embargo, lo mismo que había llevado al *marshal* al llanto por aburrimiento parecía haber estimulado a *lady* Barber al punto del éxtasis. La mujer regresó a la residencia oficial para almorzar junto al resto en el mejor estado de ánimo posible. A decir verdad, a Derek le recordó bastante a una joven durante el entreacto de una emocionante obra de teatro de misterio. Enseguida quedó claro que parte del placer de la señora se debía al hecho de que había resuelto el misterio, o a todos los efectos pensaba que así era.

—Flack no sabe lo que está haciendo —anunció *lady* Barber en el almuerzo—. No ha citado el único caso relevante para este asunto.

El juez levantó la vista de su plato con mucho interés.

—Ah, ¿sí? ¿Y a qué caso te refieres?

—Al de Simpkinson y el consejo de distrito urbano de Haltwhistle —respondió la esposa con la boca llena—. Está archivado entre los casos de apelación de 1918 y es…

—Querida Hilda, conozco el caso perfectamente. No es más que otro ejemplo en la línea de los casos sobre legislación de emergencia de la última guerra. Lo que no imagino es cómo me iba a ayudar a sentenciar sobre la redacción de esta ley.

—Entonces es que no conoces tan perfectamente el caso. Con él se establece un principio general que es clave aquí. El lord canciller lo deja muy claro.

Barber, que escuchaba los comentarios de su esposa con evidente respeto, se permitió soltar una risa seca.

—Supongo que ayer tu hermano te asesoró un poco.

Hilda se puso colorada.

—¡Nada de eso! Michael es un inútil en cuanto a precedentes, aunque tenga el cerebro muy bien puesto. Está demasiado ocupado redactando testamentos para señoras mayores y ayudando a sus clientes a evadir

impuestos sobre las rentas. Solo le pedí que me dejase consultar su biblioteca mientras estaba en su despacho. Sabía que había una sentencia útil en algún sitio, así que era solo cuestión de dar con ella.

—Te estoy muy agradecido, Hilda. Miraré bien el caso cuando vuelva a Londres y veré si confirma lo que dices.

—No te molestes. Frank ya lo tiene. Estuve mirando los archivos que había en su mesa esta mañana. No lo va a citar a no ser que se lo pidas porque va claramente en su contra. Pero ahí está.

—Sería de lo más inapropiado que un abogado, a sabiendas de que existe un caso archivado relevante para el asunto en cuestión, no lo pusiera en conocimiento del tribunal, sea o no en su favor —dijo con mucha pompa su señoría.

—Sí, bueno, me refería a que yo no lo haría si estuviese en su lugar —replicó airada Hilda.

Después de eso, la conversación se convirtió en algo puramente técnico y así continuó hasta el final del almuerzo.

Tras la comida, ocurrió un curioso incidente menor que, pese a ser en apariencia insignificante, iba a tener importantes consecuencias. El juez era un apasionado de lo dulce. Después de todas las comidas, se tomaba siempre tres o cuatro bombones o caramelos con el placer de un niño de colegio, y era un rasgo característico en la economía doméstica de la residencia oficial que se garantizase un suministro frecuente de esos manjares. En aquella ocasión en concreto, tras el almuerzo, Savage sacó una caja entera de bombones con el nombre de un famoso fabricante londinense en la tapa.

Los ojos del juez brillaron.

—¡Bombones de Bechamel’s! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿De dónde han salido, Savage?

—Llegaron en el correo de esta mañana, señoría.

—Ah, ¿sí? Hilda, ya veo que tus asuntos de ayer en Londres no se limitaron solo a una investigación jurídica. Es un detalle muy amable por tu parte, querida.

—Pero si yo no los encargué —respondió sorprendida *lady* Barber—. Ni siquiera pasé por el West End en todo el día. Los han debido de mandar por error.

—Pues ha sido un error muy inteligente. Son los bombones que siempre encargo para Navidad, con relleno de limón, que tú muerdes impróvidamente, pero yo chupo con toda delicadeza. Debería probar usted uno, *marshal*.

Hilda se interpuso.

—Ahora, no —dijo remilgada—. Si alguien nos ha mandado una caja de bombones de Bechamel's, habrá que guardarlos para la noche. Una caja así le da un toque de distinción a cualquier cena y Dios sabe que las cenas de la señora Square necesitan ese toque.

—De verdad que no sé lo que tienes en contra de las comidas de la señora Square —comentó en tono moderado el juez—. En cualquier caso, quedarán bastantes para esta noche aunque nos comamos ahora un par.

—De eso nada —respondió Hilda con firmeza—. No hay cosa que dé un aspecto más tacaño que pasar una caja de bombones empezada después de cenar. Si les pones a tus invitados una caja sin abrir de Bechamel's, pensarán que de verdad te has tomado molestias por ellos, y en eso consiste en gran parte el secreto de saber entretener a la gente.

—¿También aunque uno no se haya tomado personalmente esas molestias, *lady* Barber? —se atrevió a decir Derek.

Hilda le dedicó una sonrisa brillante. Le encantó comprobar que el joven era capaz de ponerle la contra.

—Sobre todo cuando no te has tomado personalmente esas molestias. Lo único que importa es la impresión que des. De todos modos, en este caso, me estoy tomando unas molestias considerables: las de convencer a mi marido de que se contenga. Vuelve a tapar esa caja, William, y ponle el lazo otra vez. Tómate uno de estos caramelos en vez del bombón.

El juez hizo dócilmente lo que se le decía y poco después el grupo regresó al tribunal.

La vista de la tarde le resultó a Derek mucho menos aburrida que la de la mañana, aunque nada podía hacer interesante aquel árido asunto. Pettigrew tenía un don natural para los giros de expresión con el que convertía cualquier exposición en un discurso atractivo e incluso logró sacar toques de humor de ese arduo tema. Barber, pese a sus defectos, poseía el gran mérito (aunque fuese en negativo) de no ser un juez hablador. Permaneció sentado bastante en silencio y sufrió el desarrollo de la argumentación de Pettigrew sin interferir durante tres cuartos de hora, haciendo alguna que otra anotación en el cuaderno grande que tenía delante. No mostró signo alguno de apreciar las bromitas de Pettigrew, aunque es posible que también quedasen anotadas en el cuaderno.

Al término de aquella sesión, incluso Pettigrew había pasado a ser de lo más aburrido. Tras hacer su principal alegato con lucidez y fuerza, empezó, por cuestión de deber, a mencionar las obras de referencia citadas por su oponente y a echar por tierra las opiniones fundadas en ellas. A continuación,

disculpándose por lo que temía que fuese una pérdida de tiempo para el tribunal, procedió a citar otro par de casos más que pudieran resultar útiles. Y enseguida, con un bostezo mal disimulado:

—Quizá debería remitir a su señoría al caso de Simpkinson y el consejo de distrito urbano de Haltwhistle, aunque a lo mejor su señoría considera que no sirve para ahondar mucho más en este asunto —comentó.

El rostro de Barber no mostró rastro alguno de interés mientras anotaba el nombre y la referencia del caso en el cuaderno. Por su parte, *lady* Barber respiró hondo y, emocionada, apretó las manos cubiertas por guantes. Puede que fuese producto de su imaginación, pero Derek pensó que los ojos de Pettigrew miraban en dirección a la mujer ante aquel mínimo sonido. Seguidamente, el abogado se puso a leer.

A Derek, el caso de Simpkinson y el consejo de distrito urbano de Haltwhistle le parecía exactamente igual que los numerosos casos más que se habían citado ese día, solo que quizá algo más incomprensible. Estaba empezando a preguntarse a qué demonios se debía todo el alboroto cuando el juez abrió los ojos de par en par (que hasta el momento había tenido medio cerrados) y dijo:

—Parece que ese pasaje que acaba de leer va en su contra, señor Pettigrew.

—No lo veo así, señoría —replicó el abogado sin dudar—. No creo que el lord canciller pretendiese dictaminar aquí una norma general y su señoría lo entenderá por lo que dice un poco más adelante…

—Muy bien. Continúe, señor Pettigrew.

El abogado defensor terminó de leer las anotaciones del lord canciller y soltó el libro.

—No sé si este caso le sirve de mucha ayuda en realidad a su señoría, pero dado que parecía estar *in pari materia* con algunos de los citados por mi colega, pensé que estaba obligado a llamar la atención de su señoría al respecto.

—Así es —respondió el juez en tono seco—. ¿Puede entregarme el archivo, por favor?

El magistrado cogió el tomo, pasó las páginas y leyó en alto el pasaje al que ya se había hecho referencia. Con eso como base, procedió a hacer su exposición. Lo analizó, lo comparó con otros fragmentos del mismo juicio, lo vinculó a otros casos ya citados en las exposiciones hechas ante él y lo atribuyó a principios dispuestos por obras de referencia y libros de texto. Convirtió aquel párrafo en apariencia inocuo y fortuito en un instrumento

legal definitivo que, insertado delicadamente en la estructura de la exposición de Pettigrew, resquebrajaba el caso del acusado. Fue una actuación brillante, aún más teniendo en cuenta que solo había tenido un mínimo hilo del que tirar. Lo que le quitó bastante mérito a su hazaña fue el obvio deleite con el que la hizo y la brutalidad bastante innecesaria con la que quedaron expuestas las falacias del alegato de Pettigrew. Barber dejó demasiado claro que, en su opinión, el abogado de la defensa no solo había errado en el derecho, sino que además era sumamente desconocedor de su oficio. Huelga decir que de sus labios no salió ni una sola palabra descortés, pero todo estaba ahí, implícito.

Pettigrew asumió su derrota con resignación, incluso con aparente buen humor. Pese a dar cierta muestra de plantar batalla, sabía bien reconocer cuándo había perdido y no tenía por costumbre prolongar la agonía en casos imposibles. Quizá en eso fuese un imprudente. Los clientes son humanos y encuentran mucho consuelo en «una buena batalla», por muy vana que sea. No poco de su falta de éxito se debía a su errónea convicción de que el resto de la gente era tan razonable como él. En consecuencia, unos momentos después de la intervención del juez, Pettigrew concluyó su alegato, se sentó y escuchó al Barbero que, sin llamar a réplica a Flack, dictó sentencia a favor del querellante.

Tras su máscara de cortés indiferencia, sin embargo, Pettigrew estaba enfermo de rabia. No le importaba perder un caso —eran gajes del oficio—, pero no podía obviar la forma en la que se le había tratado. El punto en el que había fallado no estaba nada claro y a cualquiera se le habría perdonado no haber sabido apreciarlo. De hecho, su oponente, Flack, pese a no ser ningún tonto, lo había pasado por alto del todo, mientras que él, Pettigrew, había sabido de su existencia y les había avisado a sus clientes de que sus oportunidades de éxito eran escasas por ese motivo precisamente. Pero ¿había posibilidad de que se acordaran de eso, a la vista de la actitud del Padre William? Era mucho más probable que en su memoria quedase grabado que Pettigrew había perdido el caso y que los clientes de Flack habían ganado y habían organizado su futuro negocio en consecuencia. Con toda posibilidad, lo culparían por haber cumplido con su deber al citar esa obra de referencia fatal en la que de otro modo el tribunal nunca se hubiese fijado. Recordó entonces el leve sonido que había salido del estrado ante la mención del nombre del caso y empezó a darse cuenta de que el juez había estado esperándolo, con sus argumentos ya preparados, con las flechas venenosas afiladas y punzantes. El sentido del humor de Pettigrew apareció en su rescate y el hombre se echó a reír en voz alta. Ni siquiera el hecho de haber perdido

quizá un cliente esa tarde podía mitigar su aprecio por lo ridículo de la situación. Y empezó a esperar con ganas la cena de esa noche en la residencia oficial más de lo que lo habría creído posible.

A decir verdad, la fiesta pudo considerarse un éxito. No hubo más invitados para cenar y Hilda se permitió un lamento como anfitriona profesional ante la asimetría de su mesa, aunque en aquella ocasión no resultara ser ningún inconveniente. El juez y Flack habían coincidido en un bufete como aprendices y tenían muchos recuerdos en común que el resto no podía compartir. Con total satisfacción, Hilda los dejó desarrollar un diálogo entre ambos, mientras Pettigrew y ella hablaban. No obstante, la mujer sabía demasiado bien lo que hacía como para dejar a Derek desamparado. A decir verdad, y con la cooperación de Pettigrew, por momentos logró hacer sentir al *marshal* que era el centro de la conversación. Se compadecieron de él por la ausencia de una pareja adecuada a la mesa, lo animaron frente a su desinterés en la importante discusión jurídica que había tenido lugar aquel día y lo hicieron sentir por completo avergonzado cuando Pettigrew aludió a él para verificar una cita del Libro de los Jueces («¿O no ha tenido tiempo de llegar tan lejos hoy?», le preguntó inexpresivo el abogado). En otros momentos, conforme avanzó la comida, Derek empezó a sentirse casi en el papel de una carabina, asistiendo a un coloquio plagado de insinuaciones íntimas que sabía captar, pero no desentrañar. Le pareció obvio que la pareja se conocía bien; demasiado bien, quizá, para estar el uno totalmente cómodo en presencia del otro, aunque Derek no tenía nada claro cuál era la relación concreta que había entre ellos. En cierto modo, eran capaces de hablar en clave. Las alusiones, expresadas solo a medias, se captaban y respondían en términos igual de crípticos para el ajeno. Parecía como si las mentes de los dos estuviesen sintonizadas, de modo que el laborioso proceso normal de dar explicaciones resultaba innecesario. Sin embargo, por debajo de todo eso, el oyente percibía una latente sensación de hostilidad y desconfianza por ambas partes. Aquella charla era un combate de esgrima entre amigos en el que ninguno deseaba hacer daño al otro, aunque los floretes no tenían ningún botón amortiguador en la punta.

De manera indirecta y tangencial, Pettigrew dejó caer que atribuía a Hilda su fracaso en el tribunal aquella tarde. Derek vio que en esa ocasión la mujer no ocultaba sus conocimientos especiales. A decir verdad, describió con cierto detalle el proceso de razonamiento que la había llevado a buscar ese

acto jurídico en concreto, e hizo un relato bastante entretenido de sus indagaciones entre los tomos polvorientos de la oficina de su hermano.

—Su primer secretario lo consideró de lo más inadecuado. Los clientes que buscan sus propias bases legales no están bien vistos.

—Correcto. El sitio idóneo para buscar legislaciones son los bufetes de los abogados litigantes, y previo pago de los honorarios pertinentes. Supongo que el hombre se estaría preguntando cómo convertir el servicio que le estaba prestando a usted, Hilda, en un epígrafe que pudiera incluirse en la factura de gastos. Por cierto, diría que no subió usted al despacho de su hermano solo para buscar un caso con el que hundirme, ¿no? —*Lady* Barber negó con la cabeza—. Hum. Entonces fue por el asunto de Markhampton.

—También iba usted en ese coche, ¿verdad?

—Sí, por desgracia, sí.

—¿Sabe que era Sebald-Smith?

—¿Sebald-Smith el Sebald-Smith? —Pettigrew gesticuló con los labios para dar un silbido sordo—. Pues podría terminar siendo un fastidio enorme… El meñique de ese tipo será más gordo que las entrañas de un hombre cualquiera. El primer Libro de los Reyes, *marshal*; no sé si tendrá tiempo de llegar ahí antes de que acabe el circuito. A no ser que se salte las genealogías, claro; personalmente, me han parecido siempre de lo más entretenidas, pero imagino que soy minoría a ese respecto. Por cierto, ¿no conocí a Sebald-Smith en su casa, Hilda?

—Posiblemente. Perdí bastante el contacto con él desde que me casé, pero supongo que alguien lo traería a algún cóctel alguna vez.

—Sin duda. Sally Parsons es antigua amiga suya, ¿no, Hilda?

—No la veo desde hace algún tiempo —respondió ella de un modo que indicaba que esa amistad era desde luego cosa del pasado—. ¿Era…?

—Lo es —respondió Pettigrew con rotundidad—. Después de mucho batallar, Sally ha llegado a una situación en la que cuesta invitarla a una fiesta sin tener que recibir también a Sebald y viceversa. Una relación anodina, podría pensarse, con el tedio de un matrimonio pero sin su carácter respetable, aunque a ciertos temperamentos eso les resulta atractivo y Sally, como seguro que sabe usted bien, no anda corta de temperamento.

—¡Qué desagradable! Y pensar que esa mujer y yo…

—Es mejor no pensarlo. Es un asunto sórdido y no sé cómo he llegado a sacarlo. Además, estamos dejando impactado al oficial. Por volver al tema del que estábamos hablando, temo que pueda ser cosa seria.

Pettigrew echó un vistazo a la mesa.

—Lo sé —dijo la mujer como respuesta al pensamiento tácito del abogado —. No deberíamos estar dando cenas con una cosa así pendiente, ¿verdad? Y es la cuarta que organizo en estas sesiones. Va siendo hora de enmendarse.

—El ahorro es el mismísimo diablo cuando no se está acostumbrado a él. Detestaría verla a usted en esas, Hilda.

—Ya empecé a acostumbrarme el día en el que William se hizo juez.

Pettigrew adoptó un gesto un poco irónico.

—Me refiero al ahorro de verdad —comentó en tono seco—. Después de todo, incluso Becky Sharp se conformaba con pedir el salario de un juez. ¿Ha leído usted a Thackeray, *marshal*?**[7]**

—Sí —respondió Derek, y deseó de inmediato haber tenido el aplomo para decir «por supuesto»—. Pero los valores han cambiado desde entonces, ¿no cree? Por no hablar de los impuestos.

—Ese «incluso Becky Sharp» no ha sido nada justo, Frank —murmuró *lady* Barber.

—Los dos tienen razón: han cambiado, sí, y no, no ha sido justo. He hablado por hablar, como siempre. De todos modos, me alivia ver que ha decidido posponer el ahorro por esta noche, Hilda. ¡No hay más que fijarse en eso!

Señaló al otro lado de la mesa redonda, donde Savage estaba entregándole con toda ceremonia al juez la caja aún virgen de bombones de Bechamel's.

—No ha sido ninguna extravagancia mía —protestó Hilda—. Es un regalo de un admirador desconocido.

El juez, con un suspiro de placer largamente aplazado, se echó a la boca una de aquellas delicias dulces, menudas y redondas y empezó a chupar con vigor. Savage se desplazó por la mesa hasta Hilda, que también cogió un bombón. Los dos hombres más mayores los rechazaron. Derek estaba alargando la mano para servirse de la caja cuando a su lado hubo una repentina interrupción.

—¡Quietos! —gritó *lady* Barber con todo lo que le daba la voz—. Hay algo… algo raro en…

Tenía en la mano la mitad del bombón, con una mordedura limpia en el corazón duro del dulce acometida por unos dientes parejos y fuertes. La otra mitad estaba en la mesa, delante de ella, donde la había escupido. La mujer se había levantado del asiento y se quedó allí quieta un momento, muy pálida, cogiéndose la garganta con la mano que le quedaba libre mientras los cuatro hombres permanecían sentados mirándola, pasmados, inmóviles. Antes de que nadie hiciese ningún movimiento, *lady* Barber había dado un salto, más

que echar a correr, hacia el lado de la mesa en el que estaba sentado su esposo, le había metido el dedo en la boca, como una niñera a un crío que se ha tragado un juguete incomible, y le había sacado hábilmente el bombón de entre las fauces.

El juez fue el primero en romper el silencio.

—Querida Hilda —dijo contemplando la esfera marrón mermada en su plato—, tampoco era necesario eso. Lo habría escupido en cualquier caso.

Hilda no añadió nada. Cogió el vaso de agua que Pettigrew ya le había preparado, se lo bebió entero, se dejó caer en la silla más cercana y de golpe estalló en llantos.

Al final, no hubo partida de *bridge* aquella noche después de la cena.

Capítulo 7
Reacción química

—¿Por qué no me habías contado nada de esto hasta ahora?

—Querida, no quería preocuparte.

—¡Preocuparme! —La risa de Hilda siempre era excepcionalmente agradable y musical, pero en aquella ocasión parecía un poco forzada—. ¡Querido William, qué ideas tan extraordinarias tienes! Has estado a punto de provocarnos a los dos bastante más que una preocupación esta noche.

—Lo siento, Hilda —respondió el juez en tono humilde—, pero de verdad que no me esperaba ni por asomo que ocurriese algo así tras una carta anónima normal. Y, después de todo, fue sugerencia tuya que dejásemos los bombones para la cena.

—Pero mira que eres infantil, William. ¿Crees que habría soñado siquiera con permitir que tú o cualquier otra persona hubiese tocado una caja de bombones aparecida de un modo así de misterioso si hubiese tenido la mínima idea de que estabas amenazado de muerte?

—Es que no estaba amenazado de muerte, exactamente —objetó el juez—. Y, después de todo, no hay prueba alguna de que los dos hechos estén conectados.

—¡Prueba! —dijo *lady* Barber en un tono de menosprecio que demostraba que la mujer que llevaba dentro, por una vez, había sacado lo mejor de la abogada—. Es de lo más obvio. Tienen que estar conectados. —De golpe, pasó a otra línea de ataque—. Bueno, ¿hay alguna cosa más de Markhampton que no me hayas contado?

—¡No, no! —contestó Barber algo irritado—. De verdad, Hilda, cualquiera pensaría que me paso la vida ocultándote secretos. Te repito que solo fue un deseo muy natural de ahorrarte ansiedad…

—¿Dices que la policía de Markhampton acordó darte protección especial?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué la policía de aquí de Southington no ha hecho lo mismo?

—Entiendo que les informaron de la situación y no han considerado necesario hacer nada más que mantener una vigilancia especial sobre… sobre ese tipo.

—¿De qué tipo estás hablando ahora?

—¡Ah! ¿No te lo he dicho? Bueno, la cosa es que, Hilda, el jefe de policía de Markhampton parecía tener cierta idea de que ese tipo, el que escribió las cartas, pues que…

—¡Sabía que me estabas ocultando algo más! —dijo Hilda triunfante—. Venga, ¿quién es?

—Solo es una teoría, claro, pero el jefe de policía pensaba que podía ser Heppenstall. Está en la calle, no sé si lo sabías.

—¡Heppenstall! Si lo condenaste a cinco años…

—Lo sé. —El tono del juez era sombrío—. Pero siempre hay reducciones de penas por buena conducta y cosas así, claro.

Hilda se quedó callada un momento.

—Ojalá no hubieses juzgado ese caso —dijo al fin.

—Hilda, querida, no tenía más opción que hacerlo.

La mujer negó con la cabeza.

—Fue en el Tribunal Penal Central —le recordó Hilda—. Hay cuatro salas de audiencias ahí. No había ningún motivo para que no se hubiese podido encargar el juez auxiliar. Nunca te lo he dicho, William, pero la gente comentaba que habías puesto el caso de Bob, de Heppenstall, perdón, en tu lista a propósito. ¿Fue así?

Barber hizo un gesto de desprecio con la mano.

—No sirve de nada sacar estas cosas ahora —murmuró.

—Y ojalá no lo hubieses condenado a cinco años.

—Cumplí con mi deber —respondió el juez. Y al ver que esa afirmación no generaba respuesta alguna, añadió con cierta sensación de pasar a algo más trivial—: Además, el Tribunal de Apelación Penal declinó intervenir en la sentencia.

Lady Barber introdujo entonces un comentario sobre dicho tribunal que, en deferencia a tal augusta institución, se omitirá aquí.

—No lo conocían, pero tú sí, ese es el problema —siguió—. ¿Nunca se te ha ocurrido que ese hombre a lo mejor pensó que se iría de rositas porque lo juzgabas tú?

—Habría sido de lo menos apropiado… —empezó a decir Barber.

—Lo sé, lo sé —replicó su esposa impaciente—. Y esa es precisamente la razón por la que he dicho esos «ojalá». Pero tal y como dices tú, no tiene

sentido sacar estas cosas. Heppenstall está suelto y está intentando matarte…

—Te lo repito, Hilda, no hay pruebas…

—… Y debemos protegernos de todos los modos que podamos hasta que la policía le ponga los grilletes. Ahora, me voy a ir a la cama, y tú, también. Mañana te toca un pleito por difamación, ¿no? Por las declaraciones, me parece que se va a ganar por incomparecencia del acusado. Me apuesto diez a uno a que resulta que el demandado ha hecho un pago por consignación.

—Me da la sensación de que así va a ser, querida. Buenas noches.

La indagación sobre los bombones de Bechamel's, de la que la conversación anterior fue solo un eslabón, terminó siendo animada pero nada provechosa. Las averiguaciones hechas más de cerca no sirvieron para aclarar nada sobre el misterioso origen de los dulces. En vano, convocaron a Savage, a Beamish y a Greene. Savage, a quien mandaron a llamar primero, sencillamente dijo que el paquete que contenía los bombones se lo había entregado Beamish. Llegó entonces Beamish, quien le recordó con cierto mal humor a *lady* Barber cómo ella misma le había dado una serie de paquetes que le habían llegado en el correo de aquella mañana. Dio por hecho que se trataba de varias cosas que la mujer había encargado en Londres el día anterior. Por supuesto, se las había dejado al mayordomo; no era tarea del secretario del juez, dejó implícito Beamish, ocuparse de ese tipo de cosas. Uno de los elementos de discordia entre ambos era que Hilda insistía en considerarlo una especie de criado doméstico superior y él no tenía reparos en recordarle a la mujer cuál era la realidad. Beamish repudió con altanería todo conocimiento o responsabilidad en relación con los bombones. A él le habían puesto en las manos unos cuantos paquetes. No, no podía confiar en su memoria para decir con precisión cuántos. Insinuó que se había desembarazado de ellos en cuanto había podido pasándolos a la sección adecuada. Y ahora, si su señoría lo disculpaba, tenía ciertos trabajos apremiantes que hacer…

Savage volvió a reanudar el relato con tristeza. Había abierto los paquetes que le habían entregado, explicó en tono dolido. Pensaba que era lo correcto y estaba seguro de que no tenía motivos para suponer que hubiese nada malo en ello. En todos sus años de experiencia, nadie había sugerido nunca tal cosa… Reafirmado en este aspecto, continuó diciendo que los paquetes que había abierto, además de los bombones, contenían dos libros de la biblioteca, un par de guantes para la señora y un tarro de ciruelas en conserva. Se había ocupado de cada uno de esos artículos como era debido: los libros los había colocado

en el salón, los guantes se los había entregado a la criada para que ella los guardase en la habitación de la señora, las ciruelas fueron a la cocina, y los bombones, al comedor. Eso era todo lo que podía decir y humildemente sugirió que había cumplido con su deber.

Fue Pettigrew quien planteó el siguiente punto.

—La prueba más importante es el envoltorio en el que llegaron esas cosas —comentó—. ¿Dónde está?

Savage no sabía decirlo. Se había encargado de desenvolverlo todo en su alacena. No había hecho más que terminar cuando había llegado el momento de vestir con la toga a su señoría para el tribunal. Había dejado que Greene se ocupara de limpiar el desorden. A lo mejor él podía ayudarlos.

Greene era un asistente sin expresión alguna que llevaba lo taciturno al borde del mutismo. Derek, quien, recordando a Dumas, lo había bautizado hacía mucho tiempo en privado como Grimaud[8], tenía interés en ver si una emergencia como aquella lograba inducirlo a pronunciar más de dos palabras seguidas. Según quedó demostrado, el interrogatorio de Greene se asemejó más bien a ese juego navideño en el que las preguntas solo pueden responderse con un sí o un no.[9] Poco a poco, le fueron extrayendo la información y supieron que había retirado los envoltorios de la alacena; que, aunque algunos habían sobrevivido, en el que había ido la caja de bombones, no; que creía haberlo usado para reavivar la chimenea del *marshal* que se había apagado; y que no alcanzaba a recordar cómo era, pero se imaginaba que sería un papel fino y marrón. No sabía decir si llevaba alguna etiqueta, ni tampoco si había alguna dirección escrita a mano o a máquina. Y ahí se acabaron las pruebas.

—En realidad, Hilda, creo que tú eres la siguiente testigo propiamente dicha —había dicho Barber—. Después de todo, fuiste tú quien manejó ese misterioso envío. ¿No reparaste en él?

—No. Vi que había tres o cuatro paquetes y, como había encargado un montón de cosas por teléfono en Londres, pensé que sería eso. No me molesté en mirarlos de cerca. Pero creo que me habría dado cuenta si hubiese visto el nombre de Bechamel’s en el envoltorio de fuera, si los bombones hubiesen llegado directamente de la tienda.

—Está claro que no fue así —intervino Pettigrew—. Pero ¿no se sorprendió al ver que alguien le había enviado ese regalo de bienvenida?

—Me agradó más que sorprenderme. La verdad es que la gente me sigue enviando regalos a veces, Frank.

Pettigrew arrugó la nariz como forma de aceptar la pulla y la conversación pasó entonces a tratar sobre qué medidas debían tomarse.

—Es obvio que debemos contárselo a la policía —dijo Hilda—. Ponlo directamente en manos de Scotland Yard, William. Esta gente de provincias no trabaja nada bien.

—Lo primero que hay que hacer es mandar los bombones a analizar.

Con eso, Flack hizo su primera contribución a la discusión.

—Por supuesto. La policía se ocupará de hacerlo. Después, supongo que podrán indagar en Bechamel's y tratar de seguirles la pista a los compradores más recientes de estos bombones. De todo eso deben encargarse ellos.

—Me gustaría evitar meter a la policía en este asunto, si es posible —dijo el juez.

—Pero, William, querido, ¿por qué? Cuando alguien atenta contra tu vida…

—Es un poco complicado de explicar, pero en esta fase, en cualquier caso, preferiría investigar un poco por mi cuenta.

—Pero, William…

—Lo primero es mandar a analizar los bombones.

—Querido señor Flack, eso ya lo ha dicho. La policía sabrá cómo hay que proceder.

—… Y a mí me gustaría hacer el análisis personalmente.

—¿Hacerlo usted?

—Lo cierto es que siento algo de interés por la química, *lady* Barber. A decir verdad, dispongo en casa de un pequeño laboratorio bastante bien equipado. Mi esposa lo llama mi «habitación de la peste». Tiene un gran sentido del humor. Sería maravilloso que se conociesen…

—Parece una mujer encantadora —murmuró Hilda encogiéndose de hombros.

—… Y para mí sería un placer poner a prueba mi habilidad con un trabajo de investigación por una vez. Es una oportunidad que no creo que vaya a repetirse.

Pese a la obvia reprobación de su esposa, Barber había aceptado entusiasmado aquel ofrecimiento. La noche acabó con Flack saliendo triunfante con la caja de bombones y las dos unidades a medio comer, todo envuelto cuidadosamente en un sobre. Prometió llamar a la residencia oficial a la mañana siguiente con lo que describió como sus «observaciones preliminares».

—Puedo conseguir algunos reactivos simples en la capital, o eso espero. —Fueron sus palabras al marcharse—. La mayoría de los venenos es de una naturaleza bastante común y corriente y fácilmente detectable. Puedo hacer una cierta investigación en mi habitación del hotel. Cualquier cosa más elaborada tendrá que esperar hasta que vuelva a Londres.

En cuanto marido y mujer estuvieron solos, Hilda dijo desafiante:

—Y ahora, William, a lo mejor puedes explicarme por qué prefieres dejar las cosas en manos de esa criatura ridícula en vez de llamar a unos expertos.

Y de las subsiguientes negativas, evasivas y confesiones del juez resultó la escena antes descrita.

Fiel a su promesa, Flack se pasó por la residencia a la mañana siguiente. Llegó temprano. De hecho, el juez estaba aún desayunando cuando el abogado se presentó, con aspecto de estar plenamente satisfecho consigo mismo.

—He de disculparme por esta intrusión a deshoras, juez, pero voy a coger el tren de las diez de la mañana y quería darle mi informe lo antes posible. —Con gran solemnidad, sacó un paquetito envuelto en papel de estraza que le entregó a Barber—. Le devuelvo las muestras, a excepción, claro, de la mitad de un bombón, que temo que ha perecido con mi experimento.

—Pero ¿no se los iba a llevar a Londres? —dijo el juez sorprendido.

—Ha quedado demostrado que no es necesario. Lamentándolo mucho, no habrá que recurrir a los elementos de mi habitación de la peste. Mis investigaciones concluyeron anoche antes de irme a la cama. Resultaron ser muy simples; mucho, la verdad —añadió con cierta decepción.

—¿Sí?

—¿Está usted lo bastante seguro, señor Flack? —intervino Hilda—. A lo mejor, si la policía los manda a un laboratorio de verdad… Bueno, quiero decir, a sus laboratorios, que estarán muy bien equipados, y quizá encuentren algo que usted haya pasado por alto, ¿no cree?

—Quizá, *lady* Barber, es posible, aunque no creo que haya muchas probabilidades. En cualquier caso, las muestras están aquí al servicio de la policía o de quien sea, en gran medida intactas, salvo, como acabo de decir, la mitad de un bombón, que no creo que me vayan a escatimar. Lo que se haga con ellos es cosa suya enteramente, y del juez, claro.

—¿No crees, Hilda —comentó Barber terminándose el café—, que ahorraríamos tiempo si dejásemos que el señor Flack nos contase, muy

brevemente, lo que ha descubierto tan rápido?

Sin esperar a la aprobación de la señora, Flack procedió a verter sus opiniones.

—Anoche, en la privacidad de mis aposentos, diseccioné uno de los bombones que usted me dio. De hecho elegí, creo, el mismo que, disculpe, se le extrajo a usted de la boca, juez, si me permite que lo mencione. Con ayuda de una cuchilla de afeitar, retiré la capa externa de chocolate que, como imaginará, ya estaba consumida casi hasta la mitad de su grosor original (no superior, diría, a un milímetro y medio) por el trajín al que se había sometido. Por dentro de esa capa, descubrí una sustancia blanca y dura. A esta sustancia le apliqué la forma más común y más fácil de conseguir de todos los reactivos, esto es, agua del grifo… —Hizo una pausa dramática—. Con resultados inmediatos y, debo decir, llamativos. —Otra pausa, diseñada evidentemente para que la rompiesen las exclamaciones excitadas de su público. Sin embargo, como estas no llegaron, el abogado continuó—: ¡La sustancia siseó, chisporroteó y se desintegró delante de mis ojos! Se generó un olor acre e inconfundible. La aplicación del agua a la sustancia había producido no otra cosa que gas de acetileno. En otras palabras, el contenido de esas delicias dulces resultó ser…

—¿Carburo? —dijo el juez.

Flack sonrió satisfecho. Su público, pese a ser menos sensible al estímulo que el chocolate, al fin había mostrado signos de reaccionar.

—Nada más y nada menos. Carburo normal o, como diría mi esposa, carburo común o de jardín.

—Qué cosa tan extraordinaria —comentó Hilda.

—Sorprendente, ¿verdad? Aunque por supuesto mis investigaciones no acabaron ahí —continuó Flack con rapidez, decidido a concluir su relato—. Procedí entonces a examinar el resto del contenido de la caja (esforzándome, huelga decir, por no destruir ninguna huella dactilar que hubiese podido tener) con vistas a determinar: a) el *modus operandi* del individuo que hubiese manipulado los bombones de ese modo tan insólito y b) la cantidad de bombones que se habían sometido a dicha manipulación. Primero me ocupé de la segunda cuestión (si se me perdona el salto en el orden cronológico) y descubrí que, de los tres pisos de bombones de la caja, solo el superior, aparentemente, había entrado en contacto con alguna mano tras salir de la tienda. Puedo garantizar que no correrá ningún peligro, *lady* Barber, si decide satisfacer su gusto por los dulces siempre que centre su atención estrictamente en lo que calificaría como planta baja y primer piso. —Se relamió en señal de

agrado por su propia ocurrencia y continuó—: El peligro reside solo en la «buhardilla». Un examen más de cerca (y esta cuestión no requiere ningún conocimiento de química, es una cosa perfectamente visible al ojo de Scotland Yard sin más ayuda o, si lo prefieren, al ojo de un juez del Tribunal Supremo, que yo, a título personal, y si se me permite decirlo, consideraría la más suprema de estas dos instituciones), un examen más de cerca, repito, muestra con bastante claridad (y me estoy ocupando ahora de la letra *a*, juez) que todos esos bombones en algún momento se han bisecado con gran destreza por el diámetro de su circunferencia con algún instrumento afilado (como, por ejemplo, la humilde pero eficaz cuchilla de afeitar que empleé yo mismo) y, seguidamente, las dos mitades de cada uno se han vuelto a juntar, fijando el punto de unión resultante mediante la aplicación del calor suficiente en ese punto en concreto para lograr su unión (o re-unión, más bien). ¿Me estoy explicando? —Dado que, tradicionalmente, quien calla otorga, Flack continuó—: Cuando digo que los bombones se han bisecado no se debe entender más que eso. No quiero decir que el interior original que, según veo, era de una naturaleza dura y frágil, también se dividiese. Eso habría supuesto imponer sobre el operador una labor ardua e innecesaria, además de implicar el riesgo de despuntar el delicado instrumento que, como premisa, he dicho que se habría utilizado. ¡No! Con toda probabilidad, lo que se cortó fue solo el caparazón (si se me permite usar el término, en cierto modo impreciso, lo admito, para describir una cobertura blanda para un interior duro), revirtiendo así la operación que sin duda aplicaría el artesano original tras el relleno (creo que ese es el término) a las dos mitades del bombón que, al presionarlas juntas, se unirían una a la otra para dar lugar a la pieza entera comercializada. En resumen, lo que se infiere sin remedio es que el malhechor, en este caso, retiró una mitad de la capa externa del modo que he descrito, extrajo el núcleo comestible y lo sustituyó por la sustancia nociva que he identificado.

Flack se secó la frente y se inclinó ante el juez del modo en el que lo hacía siempre al concluir sus alegatos en el tribunal.

Derek fue el primero en romper el sosegado silencio que siguió al torrente de palabras de Flack.

—Pero ¿carburo por qué? Me parece una elección extraña para un envenenador.

—Eso, ¿por qué? «Extraña» es la palabra, mi joven amigo. Tan extraña, de hecho, que nos vemos ahora mismo frente al siguiente problema (que, admito, no es estrictamente un problema para mí, pero quizá se me permita

hablar a este respecto como *amicus curiae*): ¿es esta persona un envenenador? ¿No llevaría esto más bien el estigma de una broma bastante cruel y estúpida?

—¿Una broma? —dijo Hilda molesta.

—Piénselo —continuó Flack, agitando un índice rollizo en dirección a la mujer—. Piénselo. Quizá determinarlo sea un asunto para toxicólogos expertos, cosa que yo no afirmo ser, pero juzgaría que tragarse entera, al modo de una píldora medicinal, una cantidad como esta de carburo conllevaría unos resultados desagradables, probablemente mortales incluso. No puedo decirlo con seguridad, pero es posible. No pretendo ir más allá de eso. Pero ¿quién ha oído alguna vez que alguien consuma los bombones así? La mera *raison d'être* de estos productos es el placer del paladar, que quedaría por completo elidido procediendo de tal modo. ¡No! Solo hay dos métodos para consumir estos dulces. Uno, el procedimiento que creo que usted prefiere, *lady* Barber, y que consiste en morder y mascar (disculpen la crudeza de mi expresión, pero no tengo otra manera de expresarlo). El otro es la técnica más lenta y suave adoptada por el juez, es decir, la de chupar y absorber lentamente. Queda claro por su propia y desagradable experiencia vivida anoche (confío, por cierto, en que estén bastante recuperados; disculpen que no les haya preguntado al respecto antes), está claro, digo, que en el mismo momento de morder, el contacto de la saliva con el carburo libera gas de acetileno, el fraude queda expuesto, y el intruso, expulsado de inmediato. Mediante el principio de la succión, por su parte, el descubrimiento tarda más en hacerse, pero en cualquier caso… —Y negó con la cabeza en gesto solemne—. En cualquier caso, llega. Posiblemente, antes del momento de la revelación y el repudio, habría tiempo para que una nimia cantidad de carburo se absorbiese en el organismo, cantidad suficiente, me atrevería a decir, para provocar unas reacciones internas muy desagradables, pero no, y de eso estoy convencido, lo bastante para resultar una dosis letal. E insisto: como medio para lo que se podría calificar, de un modo extraño e inapropiado, de broma, el carburo es lo mejor que podría buscarse; como veneno, directamente no entra en el terreno de juego. —Como si su propio descenso al lenguaje más coloquial lo hubiese pillado desprevenido, Flack se detuvo de golpe y murmuró—: Voy a perder el tren, tengo que irme.

Y se esfumó.

Capítulo 8

Camino a Wimblingham

—Así que al final todo queda reducido a eso —dijo el juez plácidamente mientras se tomaba el té a última hora del día—. Alguien ha decidido gastarme una broma con bastante mala baba. Alguien más me ha escrito un par de cartas anónimas en términos agresivos. Y un tercer alguien (de quien se puede decir que me tiene algo de rencor) anda por ahí suelto. No hay ni un solo motivo para sospechar que ninguno de esos tres hechos estén relacionados entre sí de ninguna manera. Ninguno de ellos, ni por separado ni juntos, debe causar la más mínima alarma. Propongo no notificar nada de esto.

—Creo que te equivocas, William —dijo su esposa en tono firme.

—Querida, he pensado mucho en este asunto desde que Flack hiciera su exposición esta mañana. Sé que tiendes a subestimarlo, pero me parece una persona sensata y creo que sabe bien de lo que está hablando. Como digo, me he parado a pensar bien en esto…

—Ya me di cuenta de que estabas con la mente ocupada esta tarde en el tribunal y me preguntaba qué sería —lo interrumpió con brusquedad Hilda—. Pero en lo que a mí respecta, no se trata de pensar. Sé que todas estas cosas no son meras coincidencias. Lo sé. Y no sirve de nada discutirlo. Mi instinto me dice…

—¡Tu instinto!

El juez hizo unos aspavientos con las manos en un gesto de burla educada.

—Mi instinto —repitió ella con firmeza—. Instintivamente, siento que desde que dio comienzo este circuito has estado envuelto en una atmósfera de peligro que te acecha y creo que deberíamos hacer algo para combatir eso.

—Es muy complicado combatir una atmósfera, diría yo. Mi instinto, si esa es la palabra que vamos a usar, me lleva precisamente a la conclusión opuesta. Creo que el circuito, de ahora en adelante, estará dominado por la paz y la normalidad absolutas; a no ser, claro, que esos ataques aéreos de los que tanto habla la gente terminen por producirse, cosa que no creo que ocurra. *Marshal*, otra taza de té, por favor, si no le importa.

Derek le sirvió la taza y aprovechó la ocasión para sugerir que la cuestión podría quedarse abierta un poco más de tiempo.

—Mañana nos vamos a Wimblingham —dijo—. Hasta el momento, se ha producido un incidente sospechoso en los dos sitios en los que hemos estado. Si ocurre algo en un tercero, entonces creo que podremos estar bastante seguros de que no es una coincidencia.

El juez aceptó la sugerencia categóricamente.

—Suspendamos en cualquier caso las opiniones al respecto —afirmó—. Si me reúno contigo después de Wimblingham sano y salvo, confiemos en que sea porque esta racha de mala suerte (que es como yo lo veo) ha pasado.

—Muy bien —añadió Hilda—. Pero no hace falta hablar de reunirse después. Voy a ir contigo a Wimblingham.

Barber se quedó asombrado, cosa que en un principio Derek no entendió.

—¿Que vas a venir a Wimblingham? No puedes estar hablando en serio, Hilda. Sabes muy bien que allí no va nunca la esposa de ningún juez.

—Voy a ir a Wimblingham —repitió ella—. Y al resto de ciudades del circuito, también. Creo que es mi deber cuidar de ti.

—Me siento muy halagado ante tu preocupación por mi seguridad, pero no creo que te des cuenta de en qué te estás metiendo. La residencia oficial de allí es…

—La residencia oficial es repugnante —dijo su señora secamente—. Eso lo sabe todo el mundo. De todos modos, prefiero asumir algo de incomodidad a correr algún riesgo en lo que a tu seguridad respecta.

Barber se encogió de hombros.

—Muy bien. Si insistes… Pero luego no digas que no te avisé. Con suerte, pasaremos poco tiempo allí. Convencido como estoy de que no hay nada detrás de estos incidentes, solo siento que vayas a trastocar tus planes para nada.

—No hay ningún plan que trastocar. Tampoco es que haya en Londres ninguna actividad de la que merezca la pena hablar ahora mismo. Quería regresar para ver a Michael, pero puedo esperar. Y eso me recuerda que he recibido una carta suya de la que tenemos que hablar tú y yo en algún momento.

La indirecta fue demasiado evidente para pasarla por alto, así que Derek se marchó de la habitación poco después, con mucho tacto.

Hilda siguió con la mirada el avance del oficial hasta que este salió de la habitación y en cuanto se hubo ido sacó una carta del bolso.

—Michael ha tenido noticias de la gente de Sebald-Smith.

—Ah, ¿sí?

—Pide quince mil libras.

—¡Quince mil! —El juez saltó con tanta violencia que casi se cayó de la silla—. Pero ¡eso es absurdo!

—Obviamente. Según parece, su argumento es que se ha quedado lisiado de por vida y que su carrera como pianista ha acabado. Desde luego, los honorarios de Sebald de los últimos años han sido…

—Me hago una idea. Pero ¡quince mil…!

—Por supuesto, voy a escribirle a Michael y le voy a decir que es de locos. Quiere saber qué contraoferta plantear.

Barber se frotó la coronilla perplejo.

—Es una situación muy complicada —dijo.

—Lo sé, pero con decirlo no se avanza demasiado. —Entonces, mientras su esposo permanecía en un silencio alicaído, la mujer continuó impaciente—: Al fin y al cabo, William, más de una vez has aconsejado a clientes en casos similares a este. Intenta pensar en esto como en un caso sobre el que alguien te hubiese pedido opinión. ¿Qué recomendarías hacer?

El juez negó con la cabeza en gesto apenado.

—Eso no me sirve —se quejó—. No ha habido ningún caso así… ¡Nunca!

—Todos los litigantes piensan lo mismo de sus problemas. Te he oído decirlo a menudo.

—Y así es, desde luego. Pero este caso es diferente, lo es. Después de todo, Hilda, soy juez del Tribunal Supremo.

—También te he oído decir que nadie es competente para asesorar sobre un caso propio —continuó ella, siguiendo su propia línea de pensamiento—. ¿Por qué no pides consejo… a alguno de los otros jueces, por ejemplo?

—¡No, no! —casi gritó Barber—. ¿No entiendes, Hilda, que una vez que este tema salga a la luz estoy perdido? Por eso ese maldito pianista me tiene a su merced. Sabe que no puedo permitirme batallar esta demanda ni por asomo, así que puede fijar los daños en la cifra que se le antoje. En resumidas cuentas, si no hay manera de hacerlo entrar en razón, estamos arruinados.

—Entonces tendrá que entrar en razón —respondió Hilda.

Se esforzó por imaginar cómo estaría reaccionando Sebastian Sebald-Smith a aquella situación. En otros tiempos lo había conocido muy bien, pero nunca había tenido que pensar en él como en un posible litigante. Para ser un artista, Hilda lo consideraba un hombre razonable y eso ya era algo. Entonces, pasó a pensar en Sally Parsons, la mujer menos razonable del mundo, y el corazón se le llenó de dudas. No obstante, volvió a hablar con valentía:

—Está claro que esa cifra es solo para regatear. Incluso las ganancias de Sebald-Smith deben de ser bajas durante la guerra, en comparación con antes. Supongo que podemos convencerlo para bajar a cinco mil… El ingreso de un año…

—El de dos años por lo menos, con los impuestos en los niveles actuales, y seguro que eso asciende a más.

—Bueno, de dos años, si quieres. Podemos acordar el pago a plazos y… —la voz le titubeó—… vivir con mucha sencillez…

El juez negó con la cabeza.

—No te das cuenta de la situación, Hilda. En cuanto algo de esto se haga de dominio público, me obligarán a dimitir y ya no será cuestión de los ingresos de uno o dos años. Sebald-Smith solo tiene que presentar una demanda judicial para hacer que mi posición sea insostenible. Y me quedan diez años para conseguir la pensión.

—A Battersby le concedieron la pensión aunque solo había estado cuatro años en la magistratura —comentó Hilda.

—Ese caso era distinto. Battersby dimitió únicamente porque su salud se fue a pique.

—¿Por qué no ibas a dimitir tú también por motivos de salud? Después de todo, el invierno pasado tuviste unos resfriados feísimos y estoy segura de que el doctor Fairmile diría cualquier cosa que yo le pidiese.

—¡De verdad, Hilda! ¿Es que no tienes conciencia?

—Pues claro que no, en lo que a esto respecta. Y no voy a permitir que tú la tengas tampoco. William, creo que he encontrado la solución. Voy a escribirle a Fairmile mañana. Será un esfuerzo espantoso intentar vivir de la pensión, pero eso, mejor que nada; y cuando haya pasado un periodo decente de tiempo y todo mejore, me atrevería a decir que podrías conseguir trabajos relacionados con la guerra, o presidir comisiones y cosas así. Una vez que hayas dimitido de una forma segura, podremos regatear con Sebald-Smith más o menos en términos de igualdad. Si consigue una sentencia en tu contra, no podrá embargarte la pensión, ¿no? Lo miraré cuando llegue a casa.

En ese momento, Hilda se percató de que su esposo había dicho algo varias veces seguidas, pero hasta entonces había estado demasiado absorta en su discurso para prestarle atención. Al hacer una pausa para tomar aliento, el hombre aprovechó la oportunidad de volver a repetirlo.

—¡Para! ¡Para, para, para ya!

—¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que tu plan es increíblemente poco práctico, además de ser de una deshonra flagrante. Aunque Fairmile estuviese dispuesto a arriesgar su reputación profesional contribuyendo a un fraude así, estoy bastante seguro de que el Tesoro no autorizaría, en una época como esta, el pago de una pensión que alguien no se hubiese ganado. De inmediato pondría a investigar a todo el mundo. Se plantearían preguntas ante el Parlamento. —Al no haber sido nunca diputado, Barber era notoriamente susceptible a las preguntas planteadas en la Cámara—. Además, en cualquier caso, entenderás que no me vea capaz de formar parte de un plan así, de ninguna manera.

—En serio, eres de lo más deprimente. No te entiendo, William. Menosprecias todos estos atentados intencionados contra tu vida, pero cuando se trata del dinero, te derrumbas por completo.

—Eso es porque veo las cosas con la perspectiva adecuada. No creo que se haya cometido ningún atentado contra mi vida, ni intencionado ni de ningún tipo. Pero esto sí es serio y confieso que me preocupa… Me preocupa muchísimo.

Seguidamente, subió las escaleras con ánimo triste para vestirse para la cena.

Derek se preguntó por qué, cuando esa noche le mencionó por casualidad a Greene que *lady* Barber iba a viajar a Wimblingham, el hombre recibió la noticia con tan obvia aversión; no había dicho nada, cierto (en realidad, tampoco cabía esperar que lo hiciera), pero su mirada fue reveladora de su desaprobación y en ella parecía mezclarse una angustia personal ante esa perspectiva. Para sondear mejor el asunto, puso a prueba las reacciones de Savage a la misma cuestión y descubrió que aquel individuo, por lo general lúgubre, adoptaba un semblante firmemente sepulcral al tocarse el tema. En todo caso, Beamish, sin que nadie le preguntase, arrojó algo de luz. Más bien para fastidio de Derek, Beamish había decidido convertir al *marshal* en algo así como su confidente. Parecía considerarlo una especie de intermediario mediante el que sus opiniones podrían transmitirse, según fuese necesario y de manera discreta, a la autoridad superior, y nada de lo que Derek pudiese decir o hacer lo convencería de que él no estaba en posición de tomar partido en ninguna riña doméstica que se produjese. Esa noche en concreto, enganchó a Derek cuando este iba camino de la cama, lo llevó a la cómoda salita que ocupaba el secretario en la planta baja y lo sentó para mantener una charla.

—Bueno, pues mañana nos vamos de Southington, *marshal* —empezó a decir—. Me da a mí que a usted tampoco le va a dar pena. No puedo decir que este sitio me agrade mucho, pese a que el vicegobernador sea un caballero bastante decente. Pero las cosas no han sido demasiado fáciles por aquí en el ámbito doméstico, como bien sabe, así que estaba deseando disfrutar de un poco de paz y tranquilidad en Wimblingham.

Derek no dijo nada. Beamish dedicó unos momentos a fumar en su pipa, a la que daba caladas cortas y airadas. Obviamente, estaba rumiando una queja, que estalló enseguida.

—¡Y ahora resulta que la señora viene a Wimblingham! Bueno, pues que la señora lo disfrute, *marshal*, no digo más… Que lo disfrute. ¿Sabe usted, señor, que ninguna mujer de un juez se ha alojado en Wimblingham desde mil novecientos doce? Salvo *lady* Fosbery, pero ella desde luego no cuenta.

Derek se sentía dividido entre las ganas de saber por qué la señora del juez Fosbery no contaba y la sensación de que era hora de emprender la difícil tarea de poner a Beamish en su sitio. El orgullo ganó por la mínima.

—En serio, Beamish, no puede esperar que discuta yo con usted la decisión de *lady* Barber.

—Yo no estoy discutiendo a la señora —respondió Beamish Barber con cierta altivez—. Estoy discutiendo sobre la residencia oficial de Wimblingham. Y ese es un tema que nos afecta a todos, como descubrirá usted mismo por su cuenta. Lo que digo es que no es justo para el *marshal* ni para el secretario del juez, y mucho menos para el personal doméstico, que se les endilgue a la esposa de un juez en esa residencia.

—Entiendo que es un sitio muy incómodo, pero aun así no veo por qué…

—Ya ha oído a la señora decir que era un lugar repugnante y aceptaremos ese término a falta de uno mejor —lo interrumpió Beamish—. Ese no es el caso, o al menos, no solo, no sé si me sigue. De lo que no se da cuenta usted, señor Marshall, es de lo siguiente: en esa residencia solo hay dos dormitorios decentes y solo uno que sea pasable.

Entonces, todo el misterio quedó aclarado y, con él, las quejas de Beamish, la pesadumbre de Savage y la muda desesperación de Greene. En un establecimiento de solteros, es decir, lo que se había convertido en la norma general en Wimblingham, la habitación más grande de las dos decentes estaba por supuesto destinada al uso del juez. Su *marshal* ocupaba la otra. El secretario, el siguiente en la jerarquía, se alojaba en la que Beamish describía como pasable. El mayordomo y el criado se turnaban la menos desastrada de las habitaciones restantes. En ese caso, con la incorporación de una dama que

tendría que alojarse en una de las dos mejores habitaciones, el resto del personal se vería obligado a bajar un escalón. Derek echaría a Beamish de la habitación de segunda clase y Beamish, a su vez, tendría que aguantarse con lo que apenas era bastante bueno para Savage, y por último Greene se vería expulsado por Savage y tendría que buscar alguna caseta anónima para perros bajo el mismo tejado, desocupada desde mil novecientos doce. Esas eran las multas que implicaba apartarse de los precedentes en cualquier asunto relacionado con la administración de la justicia.

El caso Fosbery, según supo Derek, no alteró en ningún modo la cadena de mando que iba a quedar rota entonces de un modo tan apresurado. La sencilla razón era que esa afectuosa pareja, pese a los años que tenía encima, nunca había abandonado la costumbre de compartir la misma cama. La presencia de *lady* Fosbery, por tanto, no supuso ninguna diferencia para la disposición del alojamiento.

—Ellos son de la vieja escuela, desde luego —comentó Beamish—. Ese juez ni siquiera pide una habitación propia para vestirse. Por qué, me dicen…

Y pasó a narrar detalles de una índole sorprendentemente íntima. Derek, en cierto modo contra su voluntad, estaba tan cautivado por la historia que casi se olvidó durante ese rato de una cuestión que lo tenía desconcertado desde que Beamish empezara su relato.

La recordó de nuevo cuando se estaba metiendo en la cama. ¿Cómo sabía el secretario que *lady* Barber había dicho que la residencia oficial era un sitio «repugnante»?

No había un testimonio mayor del poder del gobierno local en Inglaterra que el alojamiento ofrecido a los jueces de Su Majestad en Wimbleshire, capital del condado. En la residencia oficial de ese lugar, igual que en el resto de establecimientos similares del circuito, se facilitaba un libro en el que todos los jueces huéspedes anotaban su nombre y estaban invitados a añadir los comentarios que les pareciesen apropiados según la hospitalidad recibida. Durante más de treinta años, los jueces habían hecho uso de esa invitación y, sin excepción, sus comentarios habían ido todos en el mismo sentido. Desde la protesta quejica hasta el amargo sarcasmo y el insulto directo, todas las entradas ofrecían una contribución interesante a la literatura del mal temperamento. Aun así, durante treinta años, las autoridades del condado de Wimbleshire, con pura determinación británica, habían logrado resistir a las clamorosas demandas de sus exaltados huéspedes. Con el mismo espíritu que había inspirado al regimiento provincial de Wimbleshire a plantarse frente a la Vieja Guardia y no moverse ni un ápice de su posición en Waterloo, las

autoridades de ese condado habían resistido a aquel asalto masivo perpetrado por casi toda la fuerza de la magistratura del Tribunal Supremo de la Judicatura representante del rey.[10] Sin embargo, en 1938, esa resistencia pareció llegar a su fin. La autoridad lanzó su irresistible ataque definitivo y salió adelante un decreto según el cual, a no ser que se dispusiera un nuevo alojamiento para los jueces de Su Majestad, Wimblingham dejaría de formar parte del circuito judicial. Le arrebatarían así a la ciudad su rango de veteranía y su dignidad para transferírselas a su odiado rival, el advenedizo municipio de Podchester. Con hosquedad, los concejales del condado se prepararon para claudicar. Tras un prolongado y último debate glorioso en el salón de plenos, aceptaron los términos del enemigo. A un coste enorme, se compró y despejó una parcela, se elaboraron unos planos a cargo del arquitecto más caro que pudo encontrarse y, cuando ya estaban colocados los cimientos del nuevo edificio, llegaron por segunda vez en la historia los prusianos pisando los destrozados campos y la marea de la batalla viró una vez más.[11] Durante la guerra al menos, el libro de la residencia oficial de Wimblingham quedó a salvo para acumular unas cuantas páginas más de vituperios.

El hecho de que las autoridades de Wimbleshire hubiesen sido capaces de aguantar tanto tiempo en su exitosa defensa se debía en gran medida a que la residencia oficial no era un edificio independiente, sino que formaba parte de una manzana mayor en la que se encontraban, además, el propio salón de plenos y el tribunal en el que se celebraban las sesiones judiciales. Se trataba de un conjunto pintoresco. Levantado sobre unos cimientos presuntamente romanos, y con una mampostería en las paredes sin duda normanda, el complejo pasó por diferentes manos que lo remodelaron y llenaron de parches siguiendo los gustos y las necesidades de las sucesivas generaciones hasta que, a finales del siglo XVII, alguien —que según afirmaba la tradición local, de manera firme pero incorrecta, había sido Wren— enmascaró la diversidad de los edificios con la encantadora fachada que ahora preside la plaza central de la ciudad. Después de eso, aparte de la incorporación de una pequeña fontanería de la primera era victoriana, no se habían hecho más alteraciones estructurales; tras la ordenada pantalla renacentista, un laberinto de pasillos y escaleras daba acceso a oficinas, estancias y salones, entre los que se encontraba la serie de habitaciones que habían sido sujeto de tantas notas indignadas.

Derek se enorgullecía de saber subsistir con lo básico si era necesario, pero la consternación lo dejó sin aliento cuando Greene le abrió la puerta de su habitación y con muda elocuencia le enseñó lo que había al otro lado. Se

trataba de un espacio adusto y frío, demasiado alto para el tamaño que tenía. Estaba iluminado por una ventana de tejado por la que Derek, si se ponía de puntillas, solo podía verificar el hecho de que el clamor metálico que llenaba la habitación procedía de la última parada del tranvía municipal, situada justo debajo. El techo mostraba unas agoreras manchas de humedad y, en la cama, el hundido colchón de muelles emitió un crujido cansado de protesta cuando Derek, incauto, lo probó con la mano. Con el recuerdo de que esa era la habitación que Beamish había descrito como «pasable», tembló pensando en los decrecientes grados de incomodidad a los que se vería sometido el personal.

Al salir de la habitación, Derek, como era de esperar, se tropezó con los dos escalones que había al otro lado de la puerta y que daban al oscuro pasillo. Se recuperó y siguió bajando otros tres o cuatro escalones hasta un pasillo más amplio, al que daban las habitaciones principales de la residencia. Ese segundo pasillo, en apariencia, tenía también otros usos. La primera puerta que había probado conducía directamente a la galería pública del tribunal; la segunda, a lo que había sido en otros tiempos la sala destinada al gran jurado y que por entonces era, según parecía, un almacén de máscaras antigás para bebés. Por último, guiado por el sonido de unas voces, llegó al salón de estar. Allí, con una decoración que había cambiado poco desde que la encargasen en sus orígenes, en el año de la Gran Exposición de Londres, encontró a *lady* Barber en un sorprendente buen estado de ánimo.

—¿No le parece un sitio exquisitamente infame? William y yo hemos intentado fraguar algo bien hiriente que poner en el libro. Estoy segura de que en mi habitación hay ratas. Me siento la mujer más valiente de Inglaterra, aventurándome donde no se ha atrevido a hacerlo la mujer de ningún juez antes.

—Salvo *lady* Fosbery.

Derek repitió el grueso de lo que Beamish le había contado y recibió como recompensa una carcajada a la que el juez, que parecía deprimido y malhumorado, se unió de mala gana.

—¡Magnífico! —dijo Hilda—. Me invitarán durante meses a cenar solo para que cuente esta historia. Bueno, eso si se siguieran organizando cenas a las que acudir. Hablando de cenas, no sé qué tipo de comida nos darán aquí. La señora Square dice que el fogón está completamente fuera de control. Gracias a Dios, la lista de casos es muy corta en esta ciudad y no hay ninguno civil, así que dentro de un par de noches estaremos listos. Supongo que se alegrará de tener unos de días de descanso en sus obligaciones antes de las

siguientes sesiones, ¿no, señor Marshall? Es un alivio ver que, aparentemente, casi nadie comete crímenes en Wimbleshire.

—Es muy singular —comentó Barber—, pero he observado que este condado suele librarse de los delitos graves con más frecuencia que el resto.

Los acontecimientos demostrarían que había excepciones para confirmar esa regla.

Capítulo 9

Un golpe en la oscuridad

Derek dio la enésima vuelta en la cama y por enésima vez la cama registró una diminuta protesta. El movimiento no tuvo ningún efecto en su comodidad, pues debido al hoyo en el que estaba tumbado, su cuerpo regresaba siempre al mismo punto. Los nudos y las protuberancias que surcaban la superficie del colchón se le metían en el costado derecho, en vez de en el izquierdo, y punto. Comparándose tristemente con san Lorenzo en su parrilla, Derek se preparó para esperar el amanecer.

Al igual que la mayoría de gente sana que no sabe lo que es de verdad el insomnio, Derek contemplaba con horror la perspectiva de una noche sin dormir. Habría buscado un libro con el que ocupar el tiempo, pero se acobardó ante el esfuerzo que implicaría volver a colocar las cortinas necesarias por el apagón, difíciles de manejar y que había quitado imprudentemente antes de acostarse. Además, se dijo, la luz estaba colocada de manera que se hacía imposible leer en la cama sin forzar la vista. No había nada que hacer más que soportar su suerte con coraje. Era su segunda noche en Wimblingham y la última, pensó agradecido. Las sesiones, no menos grandiosas y costosas que sus predecesoras en Markhampton y Southington, apenas habían ocupado un breve día de trabajo. Solo se habían presentado tres presos y dos de ellos, amablemente, se habían declarado culpables. En los demás casos, Pettigrew, que se ocupaba de la defensa en nombre de alguien con mucha menos experiencia que él al que habían llamado a filas, había logrado engatusar con habilidad al jurado para dictar la absolución frente a la decidida oposición del magistrado. Derek recordaba haber percibido más que un atisbo de antagonismo personal hacia Pettigrew en la recapitulación del juez, así como una malicia nada disimulada en la sonrisa con la que el abogado se había inclinado ante este cuando, durante las conclusiones del caso, había solicitado formalmente la puesta en libertad de su cliente. ¿Por qué esos dos hombres se tenían tanta antipatía?, se preguntó Derek. ¿Guardaba eso alguna relación con Hilda? (Ya había llegado a la fase de pensar en ella por su nombre de pila y se planteaba en cierto modo si alguna vez tendría el valor de llamarla así abiertamente). Desde luego, la mujer

parecía lograr mantenerse en los términos más amistosos posibles con ambos. ¿Había algo de cierto —siguió divagando— en la idea de Hilda de que algún peligro amenazaba al juez? ¿Y quién era ese tal Heppenstall cuyo nombre surgía siempre que se hablaba del tema? Heppenstall, en cierto sentido, había sido el responsable del accidente de Markhampton. Al menos, después de que se mencionase su nombre el juez había empezado a beber todo aquel brandi. A lo mejor Beamish sabía explicárselo. El secretario parecía guardar bajo la manga todo tipo de conocimientos de carácter personal. Aunque no era del todo agradable alentar demasiado a Beamish, que ya de por sí mostraba la suficiente confianza. Un tipo peculiar, Beamish. No puedo decir que me caiga muy bien. Hilda no soporta ni verlo. Me gustaría saber qué tiene en su contra. Aunque no creo que fuese a decirlo nunca con claridad. Se le da de maravilla insinuar sin más sus sentimientos, sin usar palabras directas. Como la cita esa, «limítate a denotar el defecto y a indicar el desprecio».[12] No, no era así… No era «indicar», sino otra palabra parecida… ¿Insinuar? No… Se me ha olvidado… Qué raro eso que Pettigrew le dijo esta mañana a Beamish, antes de que se abriese la sesión. «¿Ha jugado mucho a los dardos últimamente?». A Beamish pareció molestarle, además… Dardos… Beamish… «¿A incoar el desprecio?». Menuda tontería, claro que no… Se incoa un procedimiento, no el desprecio… Proceso por dardos en la Sala de la Corte del Rey…

Derek cayó dormido.

Cierto tiempo después se despertó sobresaltado. Había tenido un sueño ligero, perturbado por imágenes fantásticas, y pareció recobrar de golpe el estado de conciencia plena de un modo bastante distinto a su despertar matutino, lento y remolón. Se incorporó en la cama. Aparte del inevitable ruido ocasionado por el movimiento, no oía nada más. El último tranvía de Wimblingham hacía mucho que se había marchado con sus ruidos metálicos a descansar y la calle, fuera, estaba en absoluto silencio. En cualquier caso, Derek estaba seguro de que había sido un ruido lo que lo había despertado y, además, algo le decía que la interrupción, cualquiera que hubiera sido, no había venido del exterior, sino de un punto muchísimo más próximo. Se quedó escuchando un momento y, cuando ya había decidido intentar volver a dormirse, el silencio quedó interrumpido de un modo bastante inconfundible por una serie de sonidos bien distintos unos de otros. *A posteriori*, le fastidiaría descubrir la cantidad de dudas que tenía al intentar recordar el orden preciso en el que se habían producido esos ruidos, aunque no dudaba en absoluto de la naturaleza de los sonidos. En algún sitio había habido un portazo fuerte, unos pasos se movieron acelerados por el pasillo (por el

principal, pensó Derek, no por el que había nada más salir de su habitación), se había oído un golpe seco que indicaba con bastante certeza que alguien se había tropezado con uno de los tramos de escalones ocultos y, en cierto momento de aquel batiburrillo de ruidos impropios, había surgido un grito agudo, muy alto. Fue esto último lo que hizo saltar a Derek de la cama.

Buscó a tientas con las manos en plena oscuridad la bata y las zapatillas, hizo lo propio con la linterna, pero sin éxito, y abrió la puerta de la habitación. Se detuvo a escuchar un momento y oyó el murmullo confuso de alguien de la casa que salía de su sueño de manera repentina. Tras dar un paso adelante en la oscuridad, de nuevo perdió pie con los escalones tan ingeniosamente dispuestos nada más cruzar la puerta. En aquella ocasión, casi se cayó bocabajo con las prisas y mientras intentaba enderezarse recibió el golpe de una figura invisible que avanzaba hacia él desde el pasillo auxiliar. Derek cayó al suelo y el recién llegado tropezó con él y le propinó unas firmes patadas en las costillas. El *marshal* sintió como si hubiese caído sobre el balón ante un montón de delanteros de rugbi que fuesen en avanzada.

Respirando con mucha dificultad, Derek se preparó para forcejear con su desconocido asaltante, pero en ese momento se encendió una linterna que le iluminó la cara y la voz de Beamish dijo:

—¡Ah, es usted, señor Marshall! Ha estado a punto de provocarme una caída muy fea.

Derek no respondió a lo que creyó que era una crasa sutileza.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Eso es lo que he salido a averiguar. Menuda desgracia que no haya luces en este pasillo. Solo están las claraboyas, ¿lo ve? Y el ayuntamiento no se va a gastar dinero en ocuparse del apagón como debe ser.

Agitando la linterna, Beamish avanzaba delante de Derek por aquel pasillo hacia el otro, el principal, que estaba solo ligeramente iluminado, aunque en contraste parecía bañado en un resplandor de luz. Ahí, Derek reconoció a los demás integrantes del personal doméstico: siluetas lo bastante familiares, pero extrañamente metamorfoseadas con sus atuendos nocturnos. El juez parecía más demacrado y desgarbado que nunca, con una bata de estampado inesperadamente alegre. La señora Square tenía un aspecto sin duda dickensiano con los papillotes puestos. Savage, despeinado pero de lo más respetuoso, se las ingeniaba en cualquier caso para parecer un mayordomo, sin duda. Beamish, según percibió entonces Derek, llevaba un abrigo cruzado de cuadros enorme, que tenía bien abotonado y le llegaba casi hasta el suelo, y que le daba un aspecto singularmente elegante. Había además

un individuo con pinta arisca y una pose bastante desvalida, que Derek supuso que sería un sereno. El *marshal* observaba todo aquello con la irreal claridad de las cosas que se ven en una pesadilla, antes de percatarse de la causa y del centro de aquel alboroto. No obstante, una vez que la vio, ya no tuvo ojos para nada más: en el suelo, con la cabeza sujeta por los brazos de su esposo, descansaba Hilda Barber. Estaba muy pálida. Tenía un ojo medio cerrado y, justo debajo, le goteaba un hilo de sangre por un corte. Se sujetaba la garganta con una mano y parecía costarle respirar. No estaba inconsciente, ya que de vez en cuando murmuraba palabras que Derek no lograba captar.

Durante un rato, que no pudo superar los pocos minutos pero que pareció infinito, todo el mundo se vio en apariencia atacado por la parálisis que a veces producen las emergencias repentinas. Sin embargo, esa parálisis en concreto no afectaba a la lengua: estaban todos hablando a la vez. La señora Square no dejaba de repetir «¡Pobre mujer!» y «¡Habrase visto!». El juez dijo varias veces «¡Hilda! ¿Me oyes?», como si estuviese hablando por un teléfono estropeado. Luego añadió: «¡Que alguien busque a un médico!» y «¿Dónde está la policía?». El sereno replicó en tono agraviado: «Ya he llamado a la policía. Llegarán dentro de un momento».

Derek irrumpió en el diálogo dando un valiente paso adelante para agarrar a *lady* Barber por las rodillas.

—¡Hay que tumbarla en una cama, señor! —casi le gritó a aquel hombre mayor y estupefacto que seguía sujetando el otro extremo de la paciente.

—¡Sí, sí, claro! —respondió el juez, volviendo de pronto a la vida.

Juntos, la levantaron y la llevaron hasta su dormitorio, un poco más allá, en el mismo pasillo. Derek se dio cuenta entonces de que el lugar donde había estado tumbada la mujer quedaba ante la puerta de la habitación del juez. Cuando la dejaron en la cama, Hilda levantó la cabeza y dijo, con bastante claridad:

—¿Estás bien, William?

—¡Sí, sí! ¿Me oyes, Hilda? —respondió Barber.

—Me ha dado… —dijo ella, y se quedó en apariencia inconsciente.

Por la puerta abierta del dormitorio, Derek vio que el pasillo se había llenado de repente de agentes de policía.

Después de lo que le parecieron siglos, el *marshal* estaba sentado desayunando con el juez. Tras la agitación de la noche, que desde luego en un momento tuvo visos de no acabar nunca, la mesa del desayuno, con el café y

el bacón, resultaba agradablemente normal. Cuando Derek había entrado, el juez estaba ya sentado leyendo *The Times* como siempre, con el apetito en apariencia intacto. Tenía los ojos algo inyectados en sangre, pero por lo demás no mostraba señal alguna de lo que debía haber sido una noche sin dormir.

Derek preguntó por *lady* Barber.

—Se encuentra todo lo bien que cabría esperarse. —Fue la respuesta—. Por supuesto, necesita estar muy muy tranquila. —El juez volvió a fijar la vista en el periódico y anunció—: No me gusta cómo pintan las cosas en Finlandia.[13] Póngame otra taza de café, *marshal*, por favor. Tiene un sabor bastante peculiar, no sé lo que le pasa. Seguro que no han hervido bien el agua al prepararlo. —Agarró la taza y siguió hablando—: Me gustaría saber cómo se coló ese hombre aquí anoche. Voy a tener unas palabras con el jefe de policía cuando aparezca. —Le dio un buche al café, puso un mohín mirando la taza, volvió al periódico y concluyó—: Es una cosa espeluznante.

Derek murmuró algo como constatación, aunque por el contexto se quedó con la duda de si esas últimas palabras se referían a la situación con respecto a Finlandia, a la insatisfactoria naturaleza del café o a las aventuras de la noche anterior. Estaba tratando de encontrar algo que comentar que fuese igual de apropiado para los tres temas cuando lo distrajo la apertura de la puerta, por la que entró Hilda.

—¡Querida! —gritó el juez, poniéndose en pie de golpe—. ¿Qué es esto?

—Siento haberte sobresaltado —dijo Hilda calmada—. Sé que tengo una pinta horrible, pero pensaba que estarías preparado para eso. Mira, el señor Marshall se lo ha tomado con mucha tranquilidad.

Dirigió a Derek un rostro desfigurado por un enorme ojo morado. Estaba pálida bajo el maquillaje y llevaba el cuello envuelto en un pañuelo de gasa que no conseguía ocultar del todo unos moratones feos que tenía a cada lado de la garganta.

—Pero, Hilda, ¡deberías estar en la cama! El médico ha dicho rotundamente…

—El médico no sabe cómo son las camas en esta residencia —replicó la mujer, mientras se agenciaba una tostada y la mantequilla—. He estado ahí tumbada todo el tiempo que he podido soportarlo, hasta que he decidido levantarme. Aunque es lo único que he logrado hacer para salir de mi habitación. Había un policía gordo y grande bloqueando la puerta, curando en vez de previniendo, supongo.

—El jefe de policía no tardará en llegar —dijo el juez—. Acaba de mandar un mensaje para preguntar si estarías en situación de prestar declaración. Le he dicho que…

—Estoy más que lista para prestar declaración ante cualquiera, siempre que pueda largarme de Wimblingham esta misma mañana y no volver a ver este sitio nunca más —respondió Hilda de forma categórica.

—Bueno, cuéntame, ¿qué fue lo que pasó?

—Querido William, lo que pasó fue exactamente lo que te advertí que pasaría. Alguien trató de atentar contra ti anoche y yo me interpuse en su camino, nada más. ¡Y no me pidas detalles, por favor! Si voy a contarle toda la historia a ese policía no quiero tener que pasar por lo mismo dos veces. Fue bastante desagradable ya de por sí.

—¿Atentar contra mí?

—Pues claro. ¿O es que crees que alguien se iba a tomar la molestia de irrumpir aquí por el puro entretenimiento de ponerme un ojo morado a mí? Además, te vas a enterar de todo de primera mano. ¿Puedo echarle un ojo a *The Times* si has terminado con él?

Barber entregó resignado el periódico.

—Cuando pienso en el follón que monta cualquier mujer normal ante la más mínima adversidad que le ocurre y lo encantadas que están todas de aprovechar cualquier oportunidad para contar su historia veinte veces, de verdad que me quedo impresionado contigo, Hilda —dijo el juez.

Hilda, sin dejar de pasar las páginas del periódico entre los crujidos del papel, levantó la vista con lo que habría sido una sonrisa encantadora, de no haber estado desfigurada.

—Así deberían ser las cosas —comentó.

A las diez en punto llegó el jefe de policía de la ciudad, un hombre amigable pero muy preocupado. Con él, se presentaron también un inspector de policía y un médico. Este último se quedó impactado desde un punto de vista profesional al encontrar a su paciente fuera de la cama, aunque tras examinarla no pudo más que felicitarla por su espléndida constitución. Le extendió una receta que Hilda tranquilamente convirtió en una mecha para su cigarrillo en cuanto el médico se dio la vuelta y la mujer se quedó con los dos policías.

La declaración de *lady* Barber fue bastante breve y directa.

—Me levanté en plena noche. No, no se molesten en preguntarme la hora. No miré el reloj y en cualquier caso ese cacharro no es nada fiable. Creí oír a alguien moviéndose fuera, en el pasillo, así que me acerqué a la habitación de

mi esposo a investigar. Como estaba bastante oscuro, avanzaba palpando la pared. Cuando llegué a la puerta de mi marido me tropecé con alguien. Dije «¿Quién es usted?» o algo similar. Lo siguiente que recuerdo es tener una linterna apuntándome a la cara. El hombre, fuera quien fuese, me agarró por el cuello, por aquí… —Se señaló los moratones por debajo del pañuelo—. Y luego sentí un golpe horrible en el ojo. Creo que me tuvo que dar con la linterna, porque todo quedó a oscuras. Me soltó tras golpearme y caí al suelo. Supongo que entonces grité. Y eso es todo lo que recuerdo.

Hubo una pausa y a continuación el inspector dijo en tono suave:

—¿Por qué fue a la habitación de su esposo, *lady* Barber?

—Porque sospechaba que había alguien rondando y pensé que podía estar intentando atentar contra la vida de mi esposo… Y no me equivocaba —añadió triunfante.

—¿Tenía motivos para temer por la seguridad de su señoría?

—Desde luego que sí. Si no, no habría venido a Wimblingham… Qué sitio tan detestable…

El jefe de policía palideció ante aquella calumnia vertida contra su ciudad, de la que estaba extrañamente orgulloso.

—Puede que nos sirva de ayuda si nos explica sus motivos —intervino.

Hilda asintió mirando al juez.

—Cuéntales —lo interpeló.

Un poco titubeante, Barber relató la historia de las cartas anónimas de Markhampton y el incidente de los bombones envenenados.

—Admito sin tapujos que no me tomé ninguno de estos incidentes especialmente en serio —añadió—. Pero al parecer me equivoqué.

El jefe de policía tenía pinta de sensato y no dijo nada. En un tono bastante tímido, el inspector asumió la tarea de hablar.

—Suena a un asunto extraño. Las piezas no parecen encajar, si se me permite decirlo. La cuestión es que la persona que envió las cartas amenazantes bien pudo enviar los bombones envenenados (aunque fuese un tipo de veneno vulgar, cierto es) o quizá intentar cometer un delito violento, pero no creo que hiciera las dos cosas. Es decir, señor —y se dirigió entonces a su superior—: no solemos toparnos con hombres que intenten cometer dos crímenes de distinta índole, ¿verdad? Los delincuentes tienden a conservar una marca.

—Así es —respondió el jefe de policía—. Por supuesto, no tenemos pruebas de que el asaltante, en este caso, viniera con intención de cometer un

acto de violencia. Quizá no fuese más que un ladrón. ¿Tenía algún objeto de valor especial en su habitación, señoría?

El juez negó con la cabeza.

—No —dijo—. Y, sinceramente, lo que pretendiese hacer aquí ese hombre es una cuestión que no me interesa mucho en estos momentos. Lo que quiero saber es cómo consiguió entrar en esta residencia y cómo logró salir de nuevo sin que nadie lo atrapase. Me parece una situación bastante extraordinaria que la residencia del juez de comisión, representante de Su Majestad, la pueda visitar un intruso con una impunidad en apariencia absoluta, una situación que, debo decir, considero que refleja escaso mérito por parte de la fuerza policial de esta ciudad.

El rostro del jefe de policía adoptó la expresión de un hombre que ha pasado mucho tiempo previendo un golpe que no va a poder evitar. Ante su angustia, se le cayó la máscara de la burocracia y se hizo bastante humano.

—Lo único que puedo decir, señoría —respondió—, es que si hubiese recibido algún tipo de advertencia sobre la necesidad de adoptar precauciones especiales, cualquier indicio de la historia que me acaba de relatar, por ejemplo, habría apostado a un agente en la puerta de la habitación de su señoría toda la noche. A falta de eso, sinceramente, no hay nada que pueda hacer para que este sea un lugar seguro. ¡Nada! Lo he hablado con el secretario de paz centenares de veces, pero no han hecho nada. ¡Es desesperante!

Continuó hablando, con una elocuencia nacida de lo más profundo de su ser, para ahondar en las peculiaridades y las desventajas del edificio en el que se encontraban. Había veinte entradas y salidas reconocidas. Aparte de eso, dos de los laterales irregulares daban a unos pasillos estrechos desde los que no había ninguna dificultad para acceder por las ventanas de la planta baja, muy mal protegidas, y con las calles asoladas por el apagón sería pura casualidad que un agente de patrulla pillase en el acto a un asaltante. Una vez dentro, no había nada que impidiese a cualquier intruso pasearse por todo el edificio.

—Hay serenos, por supuesto —añadió el jefe de policía—, pero nunca han sido suficientes, y la mitad de ellos o más se han ido a servir en la guerra de un modo u otro. Pese a que las puertas están cerradas con llave, no hay ni una sola cerradura en este sitio que yo no me atreviese a forzar con una mera horquilla.

—No obstante, a cualquiera le resultaría muy complicado no perderse aquí, a no ser que conociese el sitio bastante bien de entrada —señaló Derek

—. Yo me perdí en el camino de aquí a mi habitación el día que llegué. ¿No cree que eso apuntaría a un hombre con conocimiento de la zona?

—Podría ser, pero no —respondió el jefe de policía más abatido que nunca—. Por seis peniques se puede conseguir en cualquier librería de la ciudad una guía local con un plano completo del edificio, que muestra las habitaciones principales, incluida, por supuesto, la residencia del juez. El motivo es que se trata de un edificio de patrimonio. Lo único que puedo añadir es que los edificios de patrimonio están muy bien siendo lo que son, es decir, museos, pero no tiene ningún sentido que metan en estos sitios a jueces y esperen que la policía los custodie. Si me disculpa la apreciación, su señoría.

—Además, me gustaría señalar que es del todo necesario allanar el edificio —intervino el inspector metiendo el dedo en la llaga—. Lo único que hay que hacer es entrar durante el día con uno de los varios pretextos posibles, como por ejemplo consultar los honorarios del juez, las precauciones ante los bombardeos aéreos o algo así, y luego esconderse en algún sitio hasta que se haga de noche. No tiene ninguna dificultad.

Derek tuvo una inspiración.

—A la galería pública del tribunal se accede desde este pasillo —comentó.

—Exactamente. Y es una opción muy probable. Le agradezco la sugerencia, señor.

—Bueno, esto desvela sin duda una situación muy poco satisfactoria —dijo Barber—. No estoy del todo seguro de que no sea mi deber presentar una queja oficial al respecto. No obstante, me queda bastante claro que, a la vista de lo que me han contado, mis críticas a la fuerza policial que usted dirige, señor jefe de policía, quizá hayan sido un tanto…, bueno…, un tanto más severas de lo apropiado dadas las circunstancias. Entretanto…

—Entretanto —lo interrumpió el jefe de policía, con un aspecto bastante más animado del que había mostrado desde el inicio de la conversación—, entretanto, por supuesto haremos todo lo que podamos para llevar a ese hombre ante la justicia. Si es una persona de la zona, no habrá mucha complicación. Para el mediodía de hoy, todos los hombres de la ciudad con antecedentes por delitos violentos estarán bajo custodia y no permitiremos que ninguno de ellos salga hasta que hayan proporcionado un relato completo de su noche de ayer, minuto a minuto. He hablado con el jefe de policía del condado y está haciendo lo mismo con su jurisdicción. Si ese hombre no es de aquí, entonces la cosa será distinta. Pero nos esforzaremos al máximo de

nuestras posibilidades. Querrá que se lo notifiquemos a Scotland Yard, ¿verdad, señoría?

El juez vaciló un momento y luego asintió.

—Sí. Creo que sería necesario hacerlo.

El jefe de policía se puso en pie y estaba a punto de marcharse de la habitación cuando su subordinado le murmuró algo al oído que le hizo darse la vuelta.

—Hay otra posibilidad más, señoría, que quizá considere muy descabellada, pero que creo que debo mencionar. ¿Ha pensado que este asalto lo haya podido cometer alguien de dentro de la residencia, un miembro del personal, es decir, no un intruso?

Hubo un momento de estupefacción y entonces el juez se echó a reír.

—Aparte de nosotros, solo hay cuatro personas que durmiesen aquí anoche y una de ellas es una mujer. Creo que estoy en posición de decir con tranquilidad que, por lo que sé de ellos, puede usted descartar esa teoría.

—Gracias, señoría. Es lo que suponía, pero pensé que debía mencionarlo.

Más tarde, esa misma mañana, el grupo se marchó a Londres. Hilda se había agenciado un velo elegante que le caía desde un lateral del sombrero y le ocultaba por completo el ojo morado, además de ser increíblemente favorecedor. No obstante, no había necesidad de preocuparse por la presencia de público en la estación de Wimblingham, pues un impresionante cuerpo de policía mantuvo despejada casi una mitad del andén hasta que estuvieron todos a salvo en el vagón. Evidentemente, el jefe de policía no quería correr ningún riesgo. Al mirar por la ventanilla, Derek vio cómo el amplio pecho del agente se elevaba en señal de alivio cuando el tren salía echando humo.

—Cierre la ventanilla, *marshal* —dijo Barber.

Mientras tiraba de la correa del cierre, Derek se hizo consciente de un dolor intenso en el costado. Se dio cuenta de que aún estaba magullado por su encuentro con Beamish la noche antes. ¡Cómo lo había pateado! Nunca habría pensado que unas zapatillas de casa dolerían tanto. Se echó la mano a las costillas e hizo una mueca de dolor. ¿Podía ser eso resultado de unas zapatillas de casa? Y si no eran unas zapatillas, ¿por qué Beamish llevaba otro calzado? Trató de recordar el aspecto del secretario. Veía un abrigo cruzado largo que ocultaba todo lo demás. Había estado demasiado ocupado para mirarle los pies… Una idea fantástica, nacida de las últimas palabras del jefe de policía, empezó a flotarle en la cabeza y se negaba a irse.

—Señor Marshall, parece usted un poco turbado —dijo Hilda amablemente—. Tómese uno de los caramelos del juez. Son bastante seguros. Los compré yo misma.

Capítulo 10

Té y teoría

—¿Vendría mañana a tomar el té conmigo? —le preguntó de pronto Hilda a Derek, justo antes de separarse en la estación.

Aquello era más que una invitación, pensó Derek. ¿Una orden? No exactamente. ¿Una petición entonces? Algo entre medias, quizá. En cualquier caso, sin saber con certeza el motivo, aceptó, sencillamente porque creía que no tenía otra opción. No era ni por asomo lo que quería hacer. Pensaba irse esa misma noche a casa con su madre, a Hampshire, y no le hacía ninguna gracia la perspectiva de interrumpir sus breves vacaciones. No obstante, cuando una anfitriona del calibre de *lady* Barber mira a un joven firmemente a los ojos (aunque dé la casualidad de que en esos momentos solo tenga uno de los dos ojos disponibles), el joven tiene que ser muy decidido para rechazar la hospitalidad propuesta.

Al final resultó que, al día siguiente, Derek estuvo encantadísimo de tener una excusa para regresar a Londres. Al haber pasado un tiempo fuera, se le había olvidado hasta cierto punto la exasperante sensación de inutilidad que lo oprimía desde que un oficial médico le había dicho sin delicadeza alguna que no era apto bajo ningún concepto para el servicio militar activo. De vuelta en casa, esa sensación le regresó de pleno. Todos sus amigos del pueblo habían desaparecido para ocuparse de alguna labor relacionada con la guerra. Su madre se pasaba los días en el centro de prevención de bombardeos, esperando con paciencia ante el teléfono unas advertencias de ataques aéreos que nunca parecían llegar, así que no tenía tiempo para su hijo. Por otro lado, las dos habitaciones vacías que quedaban en la casa (una casa pequeña) estaban ocupadas por un par de madres de Londres y sus hijos pequeños, con quienes, por mucha voluntad que le pusiera, Derek no lograba entablar conversación, y mucho menos alcanzar unos términos amistosos. Había estado acostumbrado a llevar la vida bastante mimada de ser el hijo único de una madre viuda y el contraste resultaba algo doloroso.

Derek se pasó la tarde redactando otra carta más para alguien que esperaba que pudiese encontrarle un trabajo entre las filas del servicio civil temporal y rellenando otro formulario para esa desalentadora institución que

era el Registro Central del Ministerio de Trabajo. Al día siguiente, cogió un tren innecesariamente temprano a Londres.

Hilda había organizado el encuentro en su club. Derek acudió con la vaga esperanza de toparse con algo similar a una fiesta. Se encontró a su anfitriona sola, en una salita que la mujer parecía haberse asegurado para su uso exclusivo, a juzgar por el hecho de que, mientras estuvieron juntos, solo entraron allí otros dos miembros, que volvieron a salir de puntillas con diversas disculpas apagadas. Hilda saludó a Derek a su usual modo amistoso y llamó para pedir el té. Mientras este llegaba, estuvo charlando de esto y aquello de un modo bastante entretenido pero sin objetivo ninguno. Derek empezó a preguntarse si ese aislamiento no se debería únicamente a la desfiguración de la mujer, a la que ella misma hizo algunas alusiones más o menos jocosas. No obstante, en cuanto llegó el té y la camarera se hubo retirado, las maneras de Hilda cambiaron y se convirtieron en seriedad, casi en solemnidad.

—Le he pedido que venga porque quería hablar con usted sin que nos molestasen.

Hilda no dijo de quién temía esa molestia, pero resultaba obvio a quién se estaba refiriendo. Desde luego, las palabras que siguieron apuntaron a la dirección a la que iban sus pensamientos.

—Derek —continuó con sinceridad—, esto es serio, y me parece que William no se da cuenta en absoluto de hasta qué punto lo es.

El oficial estaba tan impresionado de que lo hubiese interpelado por su nombre de pila que, durante un instante, prestó poca atención a lo que la mujer estaba diciendo, y durante ese instante creyó haber dado imagen de ser extraordinariamente estúpido. Hilda notó su falta de atención al momento y pareció adivinar el motivo, porque se ruborizó un poco y luego continuó, frunciendo el ceño mientras se esforzaba por concentrarse en el tema.

—William no se preocupa ni se ha preocupado nunca en lo más mínimo por su seguridad personal. En ese sentido, siempre ha sido descuidado como un niño chico para sus asuntos. Ya ha tenido usted cierta experiencia al respecto, Derek, lo que deja sobre sus hombros una gran responsabilidad.

El joven se movió bastante incómodo en su asiento bajo la mirada decidida de la mujer. Nadie le había indicado hasta el momento que el puesto de *marshal* de un juez implicase ninguna responsabilidad en especial, más allá de llevar sombrero de copa y servir el té, así que tuvo ciertas dificultades para hacerse a la idea.

Hilda, como siempre, pareció adivinar lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—¿Sabe usted lo que era en sus orígenes un *marshal*? Un guardaespaldas del juez. En los viejos tiempos, uno de sus deberes consistía en dormir al otro lado de la puerta de la habitación del magistrado para protegerlo de cualquier intruso.

Derek se vio impelido a decir que no podría haber dormido peor en Wimblingham de haber cumplido con esa vieja costumbre, aunque aquella frivolidad no fue bien recibida.

—Un guardaespaldas —repitió *lady* Barber—. Eso es lo que necesita el juez, y eso es lo que usted y yo juntos tenemos que proporcionarle para el resto de este circuito.

—Entonces, ¿cree usted de verdad que sigue habiendo peligro de que sufra otro ataque? —preguntó Derek.

—No tengo la más mínima duda. ¿La tiene alguien? No es solo que desde el principio del circuito hayan estado pasando cosas, es que cada vez han sido más y más graves. Piénselo. Primero, tenemos una carta anónima. Luego, llega el accidente de coche…

—Pero seguramente eso no tuvo nada que ver —objetó Derek.

—… Seguido de inmediato por otra carta —continuó triunfante Hilda—. Eso significa al menos que quien sea que esté planeando todo esto sabía lo del accidente y pretende usarlo para sus propios fines. Con respecto al accidente en sí… Ni siquiera de eso estoy segura. Quizá crea usted que es absurdo por mi parte, pero tengo la intensa sensación de que todas estas cosas están relacionadas de algún modo y eso significa que estamos tratando con una persona muy sutil y peligrosa. Luego vinieron los bombones envenenados y, por último, el ataque contra mí, que por supuesto iba destinado a él. ¿Qué será lo próximo? Porque algo más va a pasar, de eso estoy totalmente segura, y tenemos que permanecer vigilantes.

—Estoy listo para hacer todo lo que pueda, por supuesto, aunque habría pensado que un juez, en el circuito, dispondría de la máxima protección posible. Además, de entrada, ¿esta labor no corresponde a la policía?

Hilda sonrió.

—No me he olvidado de la policía. Quizá se haya preguntado usted por qué he salido hoy sola en vez de quedarme vigilando a William mientras está en Londres. Bueno, la respuesta es que lo ha estado siguiendo todo el día un hombre de Scotland Yard vestido de paisano. Probablemente esté esperándolo en estos momentos a la puerta de su club, el Athenaeum. William no sabe

nada. Me ocupé yo de disponerlo. Resulta que uno de los subcomisarios es amigo mío. Y eso me recuerda que… —Miró el reloj—. Estoy esperando a alguien aquí directamente, alguien a quien quiero que usted conozca. Debería haber llegado ya. Mientras tanto —dijo con su sonrisa más encantadora—, ¿acepta ayudarme en esto, Derek? Significa mucho para mí, ya lo sabe.

Sin saber cómo, Derek se vio con la mano de Hilda entre las suyas. Con una voz de pronto muy ronca, dijo en tono chirriante:

—Haré todo lo que pueda…, Hilda.

El breve momento de emoción pasó tan de repente como había llegado. Un instante después, Hilda estaba recostada en su asiento, hablando en tono de conversación de negocios sobre las precauciones que habrían de tomarse para salvaguardar al juez durante el resto del circuito.

—No sabemos de dónde llegará el siguiente ataque. Y tras mi experiencia en Wimblingham, creo que tenemos que estar preparados para cualquier cosa. La única manera segura de hacerlo es estar de acuerdo en que, en todo momento, día y noche, William debe permanecer bajo la protección de alguno de nosotros dos. Habría que turnarse, por supuesto, como centinelas, y no hay ningún motivo por el que, si lo hacemos en condiciones, mi esposo tenga que enterarse de que está pasando algo inusual. A lo mejor piensa usted que esto es un poco absurdo… —Derek protestó con una negativa—. Pues muy bien. Entre hoy y el lunes prepararé un pequeño plan y…

Llamaron a la puerta y se presentó una empleada.

—Ha venido un caballero que dice que tiene cita con usted, señora.

Tras la empleada, apareció un hombre como un armario de grande.

El recién llegado se quedó muy en silencio en mitad de la salita (que, a causa de la enorme masa del hombre, parecía incluso más pequeña de lo que era) hasta que la empleada se retiró llevándose con ella los avíos del té. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, el hombre dijo en voz baja:

—Inspector Mallett, de la policía metropolitana.

A invitación de Hilda, acercó una silla a la mesa y se sentó. Derek vio que, pese a su envergadura, el hombre se movía liviano como un gato. De repente, Derek estaba mirando a un par de ojos grises muy claros, dispuestos en un rostro grande y rojo cuya afabilidad se veía extrañamente contradicha por un bigote militar, fiero y en punta. Hubo un breve escrutinio, amable pero apreciativo, y al final Derek se sintió evaluado, apuntado, descrito y registrado para referencias futuras. Bastante gente tenía motivos para recordar (y temer) esa mirada rápida y expresa.

—¿Ha tomado ya el té, inspector? —preguntó Hilda.

—Sí, gracias, señora —respondió Mallett con voz educada, en la que un oído afilado quizá hubiese detectado en todo caso un tono de arrepentimiento.

Se aclaró la garganta y de inmediato se convirtió en el agente de policía.

—Por instrucción del subcomisario, he hecho ciertas averiguaciones esta mañana en Bond Street, en el local que ocupa el negocio Messieurs Bechamel's. —Pronunció el nombre sin ninguna vergüenza, «Beshamels»; con ese tono policial y bastante rígido que había adoptado, cualquier pronunciación que no hubiese sido la puramente correcta habría parecido ridícula—. Me indicaron que debía informarle a usted sobre los resultados de mis investigaciones y seguir después sus instrucciones al respecto de este tema en el que, de momento, estoy bastante perdido. Quizá sería más conveniente que primero expusiera yo mi informe. Luego, podrá usted juzgar hasta qué punto eso afecta al resto de cuestiones para las que se requiera la ayuda policial.

Sacó del bolsillo un cuaderno policial de notas, buscó con cuidado la página correcta y luego lo dejó sobre la mesa junto a él. De un modo un cierto ostentoso, no volvió a mirarlo durante el transcurso de su presentación. Mallett se mostraba comprensiblemente vanidoso con respecto al poder de su memoria y la presencia del cuaderno quizá se explicase como una especie de vestigio de una etapa anterior en su evolución como inspector.

—Hoy, a las once de la mañana, visité la tienda de Messieurs Bechamel's en New Bond Street. Llevaba conmigo una caja de bombones de medio kilo que el subcomisario me entregó esta mañana, junto con la información de que *lady* Barber se la había dado a él en el mismo estado en el que la recibí yo. En la tienda, hablé con la encargada, una tal *mademoiselle* Dupont. La informé de que era agente de policía y de que estaba haciendo unas pesquisas relacionadas con la caja que en ese momento le enseñé. Le expliqué que había motivos para suponer que el contenido había sido alterado, por lo que era necesario determinar en lo posible la fecha en la que se había vendido la caja y la persona a la que se había efectuado la venta. *Mademoiselle* Dupont me informó de que los bombones de ese tipo en concreto, conocidos por el nombre de Bouchées Princesses, los elaboraba y vendía la empresa en cantidades pequeñas en comparación al resto, tan solo unos veinte kilos por semana. De esa cantidad, más o menos la mitad iba a restaurantes y a otros clientes que hacían pedidos frecuentes, de los que me facilitaron una lista. Con respecto a la fecha de la compra, la mujer estaba en posición de afirmar que la caja en cuestión se había empaquetado en la fábrica el día 2 o después. Lo sabía determinar así por el envoltorio de papel de los bombones sueltos.

Dadas las dificultades de suministro por las condiciones de la guerra, a partir de esa fecha en concreto se empleaba un papel de calidad ligeramente inferior. Por lo general, los bombones se ponen a la venta en la tienda al día siguiente del empaquetado de la caja en la fábrica. Por tanto, se deduce que la caja en cuestión debió adquirirse entre el día 3 y el día de su llegada a Southington, esto es, el día 7.

—A no ser que alguien cambiase el envoltorio —dijo Hilda rápidamente.

—Emplacé a *mademoiselle* Dupont a que tuviese en cuenta esa posibilidad —continuó Mallett con soltura—. Me informó de que, en cuanto a la capa superior de los bombones, sin ningún género de duda el envoltorio se había cambiado, aunque usando un papel idéntico o similar al original. Sin embargo, la capa inferior, con dos excepciones, estaba al parecer intacta, y la mujer opinaba que nadie más que un experto de la fábrica de la empresa podía haber dispuesto esos envoltorios en el estado en el que se encontraban. Le pregunté entonces por las ventas de bombones de esa clase durante el periodo en cuestión. Me facilitó una lista de empresas y particulares a los que se habían enviado cajas de medio kilo por correo esos días. Aquí la tengo. Quizá podría indicarme usted si alguno de estos nombres le dice algo.

Le entregó a Hilda un trozo de papel con una lista breve de nombres y direcciones. La mujer lo examinó un segundo y negó con la cabeza.

—Con respecto a las ventas en efectivo en el mostrador —continuó entonces Mallett, tras recuperar la lista—, como es normal, no había ningún registro con los nombres de los compradores y las dependientas tampoco fueron capaces de darme la descripción de ninguno de ellos. No obstante, pude determinar el número de cajas vendidas cada día. Los datos son los siguientes: el día 3, tres cajas; el día 4, una caja; el día 5, al ser domingo, no hubo ventas, claro; el día 6, cuatro cajas; y el día 7, dos.

—Eso hace un total de diez cajas —dijo Hilda—. ¿Y dice usted que no hay manera de concretar quién compró ninguna de ellas?

—Así es.

—Entonces no veo que sus pesquisas hayan servido de mucho.

—Yo no me atrevería a decir tanto —replicó educadamente Mallett—. Hemos tenido bastante suerte al poder estrechar el cerco de la fecha en la que se compró la caja a uno de esos cuatro días. Eso acorta dos caminos. Significa que podemos descartar de nuestras cavilaciones a cualquier sospechoso que no hubiese podido estar en Bond Street en esas fechas y significa, además, que sabemos exactamente en qué periodo debemos centrar nuestra atención cuando pasemos a investigar los movimientos de cualquier persona en

concreto. Y eso, créame, es muchísimo más de lo que la policía consigue en la gran mayoría de sus investigaciones. —Tras hacer una pausa, continuó—: Debo añadir que hemos mandado a examinar el contenido de la caja a nuestros laboratorios y el resultado confirma por completo el análisis que entiendo que ya se hizo de forma privada.

—¡Vaya! —dijo Hilda con voz en cierto modo decepcionada.

Evidentemente, no le hacía mucha gracia que se demostrase que el odioso señor Flack tenía razón.

—Creo que con esto concluye el tema de los bombones —añadió el inspector, dejando a un lado el cuaderno—. Por supuesto, continuaremos con las indagaciones, aunque no parece que vayamos a poder avanzar mucho más de momento. Llegamos así a la otra cuestión sobre la que me han comunicado que quería usted darme algunas instrucciones.

—Tal y como le estaba explicando al señor Marshall hace un segundo, creo que todo forma parte integrante del mismo asunto —respondió Hilda.

El inspector parecía en cierto modo dudoso.

—Ah, ¿sí? Hemos recibido un informe de la policía de Wimblingham sobre lo ocurrido allí y a primera vista no apunta a que haya ninguna conexión entre ambos hechos.

—Pero no ha oído usted la historia entera todavía —objetó Hilda.

—Cierto, por supuesto —dijo Mallett antes de recostarse pacientemente en su asiento.

Hilda pasó a relatar entonces una vez más toda la lista de infortunios que había marcado el avance del circuito.

Cuando acabó la historia, el inspector dijo:

—¿Y tiene usted alguna sugerencia sobre quién es el responsable de todo esto, suponiendo que lo sea una sola persona?

—En mi opinión, hay un sospechoso totalmente obvio —afirmó *lady* Barber.

—¿Se refiere a Heppenstall?

—Sí. Cuando le pongan las manos encima a Heppenstall…

—Bueno, eso ya lo hemos hecho. Es decir, se le ha interrogado. Yo mismo he estado con él esta mañana.

—¿Está intentando decirme que no lo han arrestado?

—Por desgracia, señora, no había nada de lo que acusarlo para poder detenerlo.

—Pero es un preso de permiso…

—Exactamente, e incluso en casos así nuestro poder está muy limitado. Lo disponen las leyes del Parlamento.

—Lo sé —respondió con rapidez Hilda—. La ley sobre prevención de la delincuencia de 1871.

Mallett la miró con respeto.

—Justo esa. Lo único que le exige esa ley a un hombre en la situación de Heppenstall es notificar a las autoridades su dirección postal y personarse una vez al mes. Y es lo que ha hecho. Heppenstall admite haber ido a Markhampton mientras se celebraban las sesiones judiciales allí y me ha dado lo que, a mi parecer, son unos motivos genuinos para esa visita. Niega haberse acercado en ningún momento a Wimblingham y no estoy en posición de desautorizarlo. Por supuesto, estoy comprobando sus declaraciones, pero no puedo ir más allá.

—¿Quiere decir que ese tipo está por ahí libre y puede matar a mi esposo cuando le plazca, y que no pretenden hacer nada al respecto?

—Por supuesto que no —respondió Mallett con una sonrisa indulgente—. No he afirmado eso exactamente. Lo único que digo es que no hay pruebas para arrestar a Heppenstall, pero eso no significa que no vayamos a seguir teniéndolo bajo vigilancia.

—Entonces, ¿puede garantizar la seguridad de mi esposo?

—En lo que respecta a cualquier peligro que pudiera derivarse de Heppenstall, creo que sí, por ahora.

—¿Quiere decir que cree que puede haber otras fuentes de peligro?

Mallett se encogió de hombros.

—No me he quedado satisfecho con este asunto —se limitó a decir—. Verá, hay tres cosas distintas que debemos tomar en consideración. Primero, las cartas anónimas. Segundo, los bombones. Y tercero, el ataque contra usted. O bien las tres forman parte de un plan orquestado o no. En caso afirmativo, y si Heppenstall está detrás de ellas, podemos eliminar la probabilidad de que se produzcan más ataques con éxito, pero solo si ambas suposiciones son certeras. No me gusta dar garantías basándome en una doble suposición como esa. Pensemos en las probabilidades. Puede que Heppenstall escribiese las cartas anónimas, cosa que me parece que se ajusta bastante a lo que sé de ese personaje. No puedo descartar la posibilidad de que Heppenstall haya estado en Wimblingham. Por otro lado, el caso de los bombones me parece un asunto bien distinto y, personalmente, no creo que él haya metido mano ahí. Ninguna de las dependientas de la tienda reconoció su fotografía cuando se la enseñé esta mañana, aunque por supuesto eso no es nada

concluyente. Heppenstall pudo haber comprado la caja recurriendo a un intermediario. Pero ¿tendría manera de saber él algo tan necesario como que al juez le gustaba esa marca en concreto?

—Si su memoria es excepcional…, sí —intervino Hilda.

Mallett levantó las cejas, pero no trasladó a sus palabras la sorpresa que evidentemente sentía.

—Incluso así —continuó—, no creo que el hombre que cometió el violento ataque en Wimblingham la semana pasada hubiese precedido ese acto, por lo que en realidad no fue más que una broma muy estúpida. Quizá me equivoque, pero no me parece que esas dos cosas estén relacionadas.

—Pues yo creo que se equivoca —dijo con rotundidad *lady* Barber—. Estoy convencida de que todas esas cosas guardan relación y de que mi esposo está siendo víctima de un acoso organizado.

—Bueno, mirémoslo desde ese punto de vista —replicó el inspector de buen humor—. Me refiero a dejar a Heppenstall fuera de todo esto. ¿Hay algún rasgo común en los tres casos? O más bien cuatro, pues cabe recordar que hubo dos cartas. ¿Hay alguna persona que pudiera físicamente haber sido responsable de esos cuatro incidentes?

Se produjo una pausa y entonces Derek dijo:

—Veamos. Para empezar por el principio, la primera carta la dejaron en la residencia oficial de Markhampton mientras estábamos almorzando.

—¿Quiénes?

—El juez, yo mismo, el gobernador civil y su esposa, el capellán y el señor Pettigrew.

—El personal doméstico también estaba en la residencia en ese momento, ¿no?

—Sí, es decir, Beamish, que es el secretario, aparte del mayordomo, el asistente del *marshal* y la señora Square, la cocinera.

—Según creo, nadie vio en realidad cómo se entregaba la carta.

—No.

—Entonces es posible, y solo estamos evaluando las posibilidades, que la carta pudieran haberla introducido en la casa, pero también que alguna de esas personas la hubiese preparado desde dentro, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y eso mismo se puede aplicar a la segunda carta?

—Creo que Beamish la encontró en el buzón, o a lo mejor fue Savage. No me acuerdo.

—¿Y alguien había ido a la casa esa mañana antes de que llegase la carta?

—Solo el jefe de policía y el señor Pettigrew. El vicegobernador civil llegó un poco después para llevar al juez al tribunal.

—Otra cosa más de esa segunda carta. Según parece, en ella se mencionaba un incidente algo desafortunado ocurrido la noche anterior. ¿Quién sabía lo ocurrido?

—Bueno, nadie, salvo la policía y los tres que viajábamos en el coche. Además, estaba el hombre que vi yo por la calle justo después, que huyó.

—No podemos olvidarnos de ese hombre. ¿Los tres del coche eran el juez, usted y…?

—El señor Pettigrew.

—En realidad… —dijo Hilda, aunque Mallett, rebajando sus buenas maneras usuales, no le hizo caso.

—Pasemos ahora a Southington —continuó—. Ahí nos metemos en un terreno bien distinto. Los bombones llegaron por correo, ¿no?

—Eso dijo Beamish, pero el envoltorio del paquete quedó destruido y tanto él como los demás sirvientes tenían recuerdos vagos al respecto.

—En cualquier caso, procedían de Londres y los habían comprado unos pocos días antes. ¿Quién se encontraba en Southington que hubiese estado en Londres poco antes?

—*Lady* Barber.

—¿Alguien más?

—Nadie más que estuviese en la residencia.

—Eso descarta a todas las personas que hemos considerado para el caso de Markhampton, a excepción de…

Hilda no permitió seguir ninguneada.

—Inspector Mallett —intervino—, no puedo seguir escuchando estas tonterías. ¡Es completamente absurdo suponer que el señor Pettigrew pudiera tener algo que ver con esto! Está perdiendo el tiempo.

—No lo creo, señora —dijo Mallett con mucha gentileza—. Lo único que intento hacer es poner a prueba su teoría de que estos asuntos están de algún modo conectados y ver qué posibilidades hay. Si eso nos conduce a una conclusión absurda, pues peor para esa teoría. Solo por continuar avanzando de momento, ¿estaba el señor Pettigrew en Wimblingham, por algún casual?

—Sí —reconoció Hilda—. Estaba allí. Pero eso no demuestra…

—Bueno, andamos muy lejos de demostrar nada todavía. Ahora, eliminemos los bombones, ¿se amplían de algún modo nuestras posibilidades?

—No quiero eliminar los bombones —dijo Hilda obstinada—. Usted mismo acaba de decir que los podría haber comprado un intermediario. Eso significa sin duda que cualquiera de los que estaban en la residencia oficial podría haber dispuesto el envío, ¿no es cierto?

—Desde luego. Cualquiera de dentro o de fuera de la residencia, en realidad. Pero si nos vamos a limitar a la gente que tuvo oportunidad también de verse implicada en los incidentes de las otras dos ciudades, eso nos deja solo al señor Marshall y a los miembros del personal doméstico. ¿Hay alguien en particular de quien sospeche?

—Hay una persona en la que desde luego no confío —respondió Hilda de inmediato—. Y esa persona es Beamish.

—¿El secretario de su señoría? —dijo Mallett sorprendido—. ¿No depende su sustento de que su jefe continúe con vida y en la magistratura?

—Quizá, pero desconfío de él igualmente. Es un hombre nada fiable, peligroso.

—¿Qué es lo que la lleva a formarse esa opinión sobre él en concreto?

Pero Hilda no quiso, o no pudo, precisar nada en ese sentido. Solo alcanzó a repetir en términos generales que estaba segura de que, si había un asesino en potencia entre el personal del circuito, el único candidato era Beamish.

—Y no sirve de nada sugerir que no podría haber escrito la segunda carta —concluyó—. Estoy segura de que supo lo del accidente en cuanto ocurrió. No ha nacido jurista capaz de ocultarle un secreto a su secretario.

Mallett no intentó debatir ese dato de la tradición popular del ámbito jurídico, pero continuó presionando en busca de hechos concretos.

—¿Recuerda usted alguna ocasión durante el periodo que coincide con los incidentes en la que el comportamiento de Beamish le llamase la atención por ser sospechoso o inusual de algún modo?

—Yo sí —respondió Derek—. La noche de lo ocurrido en Wimblingham.

Pasó a describir entonces su doloroso encuentro con Beamish en el pasillo y sus motivos para pensar que el secretario no estaba en realidad acostado y dormido antes de que el personal de la casa se despertase.

—Todavía me noto la zona de las costillas en la que me golpeó —concluyó.

—¡Ahí está! —dijo Hilda triunfante, dirigiéndose al inspector—. ¡Siempre he sabido que había algo en ese tipo que olía a podrido! ¡Y ahora lo hemos demostrado!

—Suena raro, desde luego —admitió Mallett con reservas—. Pero ha dicho usted, señor Marshall, que aparte del abrigo largo que ha mencionado

no sabe decir cómo iba vestido, ¿verdad?

—Así es. No me fijé en el momento. Fue al día siguiente cuando empecé a intentar dilucidar las cosas.

—Creo que puedo ayudarlo con eso —intervino Hilda—. Recuerdo que al día siguiente el juez me comentó la pinta tan graciosa que tenía Beamish con las perneras verdes del pijama asomándole debajo del abrigo. ¡Vaya! —añadió, en tono decepcionado—. Eso contradice nuestro argumento, ¿no?

—No necesariamente —dijo Mallett—. En realidad, es lo que cabría esperarse de un hombre completamente vestido que quisiera disimular estar recién salido de la cama: se pone el pijama encima de la ropa de calle y luego se coloca un abrigo para ocultar lo que no quiere enseñar.

—Entonces perfecto —añadió Hilda.

—Lo que me preocupa es el hecho mismo que en principio despertó las sospechas del señor Marshall —continuó el inspector—. Es decir, las botas o los zapatos causantes del daño. Si un hombre va a escabullirse por la casa en la que está durmiendo para cometer un crimen, no es de esperar que lleve calzado de calle. Sería más probable que, de tenerlos, se pusiera unos zapatos blandos de suela de goma, y si no, que fuese en calcetines. No, me temo que la ropa de Beamish contradice la teoría de que sea la persona que la asaltó, *lady* Barber.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo vestido a esas horas de la madrugada? —quiso saber la mujer.

—Ese es otro tema totalmente distinto, que quizá tenga un sinfín de respuestas interesantes. Lo único que digo es que no es un argumento a favor de que ese hombre haya cometido este delito en concreto.

—¿De verdad? —dijo Hilda irritable—. Pensaba que había venido usted aquí a ayudarnos, inspector, y en vez de eso no parece hacer otra cosa que poner impedimentos.

—Siento que piense así, señora. Como ya he dicho, lo único que he hecho ha sido poner a prueba las probabilidades de diversas teorías y me temo que, sin más remedio, la impresión sea que estoy planteando impedimentos, como dice usted. Verá… —El inspector se puso entonces en pie y empezó a recorrer la habitación a grandes zancadas—. Verá usted, este no es un caso normal, en ningún modo. Por lo general, nos piden que intervengamos cuando ya se ha cometido un crimen y nuestro trabajo se limita a identificar a la persona culpable del delito. A veces, tenemos razones para creer que alguien está pensando en cometer un crimen y entonces debemos mantenerlo bajo vigilancia y asegurarnos de que no pueda poner en práctica su plan. Pero esto

es algo más indefinido, muchísimo más indefinido. ¿Qué se nos está pidiendo? Evitar que alguien, no sabemos quién, haga algo, no sabemos qué. No es fácil, entiéndame. Pero haremos todo lo que podamos.

Seguidamente, casi antes de que sus acompañantes se diesen cuenta, aquel hombre grande y de peso se había esfumado y Hilda y Derek se quedaron solos en la sala.

El *marshal* salió del club unos diez minutos después. Esos minutos estuvieron ocupados en gran medida por una conversación en cierto modo intrascendente, durante la cual se abordó el mismo tema una y otra vez sin hacer ningún progreso tangible. Antes de que Derek se marchase, Hilda volvió a insistir y el hombre reiteró su promesa de ayudarla a proteger al juez de todos los peligros que pudieran acecharlo. No obstante, al joven le resultó imposible recuperar nada de la emoción que había acompañado a su promesa inicial. Bajo la luz intensa del razonamiento del inspector Mallett, todo aquel asunto parecía haber quedado reducido a un problema bastante aburrido, cuya clave quizá la hallase el inspector, pero a él le resultaba obviamente irresoluble. Al salir del club a la creciente oscuridad de Piccadilly, los pensamientos de Derek quedaron ocupados principalmente por la reflexión de que se iba a ganar sus dos guineas diarias con mucho más trabajo del que le habían dado a entender cuando aceptó ser el *marshal* del señor juez Barber.

Capítulo 11

Whisky y recuerdos

Derek tropezó con alguien en la acera al darse la vuelta después de decirle adiós a *lady* Barber. Automáticamente, murmuró una disculpa y siguió adelante, pero no había dado ni dos pasos cuando sintió que lo agarraban del brazo y una voz le advertía en tono bajo al oído:

—¡No diga ni una palabra! ¡Quizá nos estén vigilando!

El joven volvió la mirada y vio que se trataba de Pettigrew, que tenía un dedo en los labios a la manera de un conspirador teatral; seguidamente, el abogado miró por encima del hombro, sin soltarle el brazo a Derek, y continuó con su voz normal:

—¡Perfecto! La señora se está subiendo a un taxi. Ahora podemos irnos a tomar algo.

—Qué amable por su parte —dijo Derek algo confuso—, pero no puedo, lo siento. Tengo que irme a Waterloo a coger un tren.

—¡Tonterías! De Waterloo salen montones de trenes y seguro que a usted le da igual uno que otro. De todos modos va a viajar en mitad del apagón, así que no habrá diferencia. ¿Hace mucha falta su presencia sea donde sea?

Derek, con el recuerdo de sus decepcionantes vacaciones aún muy presente, se sintió obligado a responder:

—No.

—Muy bien. Bueno, pues su presencia sí me hace muchísima falta a mí. Porque voy a tomarme una copa. Varias copas. De hecho, hacia el final de la tarde no me sorprendería estar casi piripi, como todo un caballero, por supuesto, pero definitivamente casi piripi.

—Pero…

—Sé lo que va a responder. Como purista, por no decir idealista, me va a objetar que un «casi» no puede ser definitivo. Y por supuesto está en lo cierto. Nada podría ser menos definitivo que este «casi» en concreto. Muchas veces he intentado distinguir el momento preciso en el que lo traspaso, pero ha sido en vano. En un instante está uno triste y estúpidamente sobrio y al siguiente lleva una tajada gloriosa y feliz. Pero dónde ocurre la transformación con exactitud, nunca he podido determinarlo. Y Dios sabe que lo he intentado

bastantes veces. —Metiéndole prisa a Derek, y sin hacer ningún caso a sus intentos de protesta, Pettigrew continuó—: De todos modos, no le pido que me acompañe hasta ese «casi». Por un lado, un joven con sus obvios talentos seguro que tendrá la cabeza muy bien puesta para el alcohol, así que le saldría demasiado caro. Por el otro, el espectáculo de ver a personas mayores que usted en el casi o (¿quién sabe lo que deparará la noche?) pasado ese casi no es bueno para gente de su edad. Lo único que necesito de usted es su compañía durante la primera fase del viaje. Siempre me ha parecido —dijo mientras doblaba una esquina y subía un tramo de escaleras antes de abrir una puerta— que las primeras copas de la tarde resultan frías e insatisfactorias a no ser que haya un amigo con quien compartirlas. Después (deje el sombrero y el abrigo ahí), es probable que la mejor compañía de un hombre sea él mismo. Eso depende del hombre en cuestión, claro. Yo solo puedo hablar por mí mismo e incluso así no estoy del todo seguro. Voy a tomar un *whisky* doble, ¿y usted?

Derek se vio de pronto en un sillón cómodo de una sala para fumadores en lo que evidentemente era el club de Pettigrew: un sitio pequeño y desvencijado, todo lo diferente que se podría imaginar del elegante espacio del que acababa de irse. Mientras les servían las bebidas en la mesa, el *marshal* tuvo por primera vez la oportunidad de ver con claridad el rostro de su anfitrión. El torrente de palabras de Pettigrew había llegado a un abrupto final. El hombre parecía cansado, pensó Derek, y tenía una expresión de desaliento que no le había visto antes. Estaba sentado en silencio, mirando fijamente el fuego, como si se hubiese olvidado de la presencia del invitado sobre el que había impuesto su voluntad unos momentos antes.

La llegada del *whisky* recordó a Pettigrew lo que había a su alrededor.

—¡A su salud! —dijo, y dio un buen trago—. ¿Cómo van esos ideales? ¿Tan exuberantes como siempre?

—Todavía no los he perdido, desde luego —respondió Derek.

—Muy bien. Yo también los tenía a su edad. Ideales, ambiciones y, ¡bueno!, un montón de cosas. Pero no duran mucho. ¿Ha visto por casualidad el periódico de la tarde?

—No. ¿Dice algo sobre los ideales?

—No exactamente. Pero sobre ambiciones, sí. No me refiero a sus ambiciones en concreto, claro, que confío en que sean asunto de primera plana con grandes titulares. Esto es muy poca cosa…, un parrafito en una esquina perdida. —Le dio otro trago a su copa—. No han tenido otra cosa que hacer que nombrar juez de condado a Jefferson. —Derek intentó aparentar

saber de qué hablaba el hombre mientras Pettigrew repetía en tono despreciativo—: ¡A Jefferson!

—¿Era un puesto que usted, quiero decir, esperaba usted…? —empezó a decir tímidamente Derek.

—¿Que si lo había solicitado? ¿Es eso lo que intenta preguntarme? Por supuesto que sí. Es una costumbre arraigada que tengo. Para ser precisos, es la quinta vez que solicito ser juez de condado. La quinta y última.

Pettigrew vació la copa.

—Ah, entiendo —dijo Derek—. No sé por qué tendría que ser la última. Es mala suerte, claro, pero la próxima vez…

—¡No! —intervino Pettigrew con tono irritado—. No está entendiendo nada, mi joven e indocto amigo. (Toque esa campanita que tiene al lado, ¿quiere?). Lo que me angustia y me lleva a beber no es que no me hayan dado el puesto a mí, sino el hecho de que se lo hayan dado a Jefferson. ¿Lo capta ahora?

—No conozco a Jefferson, así que la verdad es que no.

—Muy bien. Si no conoce a Jefferson, eso que me lleva de ventaja, sin duda. (Otros dos *whiskies* dobles, por favor, camarero). Pero no quiero predisponerlo a usted en su contra. Después de todo, está pensando en hacerse abogado y quizá tenga que comparecer ante él. El carácter odioso esencial de Jefferson, porque es odioso, no es la cuestión aquí. Ni tampoco el hecho de que le hayan endilgado a la gente un juez malísimo pudiendo haber tenido a uno normal, uno bueno. La cuestión es que nadie, ni siquiera el lord canciller más borracho, va a nombrarme nunca juez de condado después de Jefferson. ¿Lo entiende? Si él y yo hemos estado en una lista de aspirantes juntos y lo han elegido a él, con todas las imperfecciones de su peluca y cinco años menos de experiencia que yo, eso significa sencillamente que la próxima vez yo ya ni siquiera seré candidato. Aunque solo sea porque, tal y como tendrá usted ocasión de comprobar algún día, uno no se va haciendo más joven con el tiempo. Supongo que tenía que pasar antes o después, pero preferiría que hubiese sido con cualquiera menos con Jefferson. (Gracias, camarero). Bueno, mejor olvidémonos de él.

Pettigrew se llevó la segunda copa a los labios.

Derek no solía beberse dos *whiskies* tan seguidos y vio que el efecto, al principio en cualquier caso, fue el de generarle una claridad mental inusual. No tenía un interés especial en Jefferson, pero sí en Pettigrew y en una buena cantidad de cosas con las que el abogado estaba vinculado de algún modo; y

aquella parecía ser una buena oportunidad para saber más al respecto. Las siguientes palabras pronunciadas por su anfitrión le dieron el pie que buscaba.

—Bueno, ¿y cómo está la señora? ¿Ha disfrutado usted de una tarde de galanteo?

—Se encuentra bastante bien, aunque algo preocupada de más —respondió Derek.

—Me imagino, sí. Un ojo morado es muy preocupante para una mujer guapa.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Derek sorprendido.

Lo ocurrido en Wimblingham, a petición personal del juez, no se había hecho público por ninguna vía.

Pettigrew sonrió.

—Las cosas circulan, ya sabe usted. Además, yo estuve personalmente en Wimblingham.

—Lo sé —dijo Derek bastante incómodo—. Aunque desde luego no es solo el ojo morado lo que tiene preocupada a *lady* Barber.

—No. Por unas o por otras, el Padre William está teniendo un circuito bastante incómodo. ¿Qué piensa Hilda al respecto?

—Cree que hay alguien detrás de todo.

—¿De todo?

—Sí, las cartas, los bombones, el ojo morado… Cree que hay una sola persona responsable.

—Hum. —Pettigrew arrugó la nariz. Tenía la segunda mitad del *whisky* olvidada a su lado—. Bueno, siempre existe esa posibilidad, claro. ¿Y quién cree ella que es esa persona?

—Pues el primer nombre que le sugirió al inspector fue el de Heppenstall.

—¿Inspector? Entonces, ¿lo suyo no ha sido un cara a cara? ¿Scotland Yard también estaba presente?

—Sí. Vino un tipo llamado Mallett.

—¡Ajá! Parece que alguien anda preocupado de verdad… ¿Y qué opinaba Mallett de Heppenstall?

—No mucho. A decir verdad, no pareció quedarse muy impresionado por esa teoría. Pero me resultó muy difícil seguirlo todo, me falta demasiada información. Me gustaría que me contase usted quién es el tal Heppenstall. Su nombre no para de salir y no entiendo qué es lo que ocurre.

Pettigrew vació la copa y se recostó en el sillón, con las piernas estiradas y la mirada en el fuego. Parecía estar viendo algo ahí e interesarle lo que veía.

—Dele otra vez a la campanita, haga el favor —dijo—. El maldito camarero no está nunca cerca cuando se le necesita. Gracias. ¿Heppenstall? Bueno, era un abogado asesor que tiró por el mal camino. Malversó dinero de algún cliente, compareció ante el Padre William en el Tribunal Penal Central y se llevó una sentencia muy severa. Eso es todo.

—Ah —respondió Derek con tono decepcionado.

—Sí. Ah, aquí está usted, camarero. ¿Quiere otra, Marshall? Bueno, quizá sea más sensato, sí. Otro *whisky* doble entonces, por favor. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí, de Heppenstall. Un caso triste, como pasa siempre en estas ocasiones.

No se pronunció ni una palabra más hasta que llegó el nuevo *whisky*. Pettigrew le echó el más mínimo pellizco de soda, se lo bebió de golpe, soltó el vaso y dijo en tono violento:

—¡No!

Derek lo miró sorprendido y empezó a preguntarse si el abogado habría llegado ya al «casi». Sin embargo, Pettigrew hablaba entonces más sereno que nunca, aunque con mayor soltura, si tal cosa era posible.

—El tercer *whisky* tiene algo que prácticamente te imposibilita mentir, aunque sea de forma implícita. Para mí en cualquier caso, el tercer *whisky* es como el tercer grado. Caen las últimas barreras y salgo limpio, o sucio, según el momento, pero salgo con la verdad por delante al menos. Le acabo de decir una mentira descomunal.

—¿Sobre Heppenstall?

—Sí. A ver, sí era abogado asesor y sí lo condenó el Barbero por birlar dinero a clientes. Pero eso no es todo, ni por asomo. Si lo fuese, a nadie le importaría ese hombre. Y no veo por qué no debería contárselo. Si no yo, alguien se lo contará, y yo puedo hacerlo mucho mejor que cualquiera que se pusiera a hablar de este tema. Además, dado que usted está más o menos metido en sus asuntos, no estoy del todo seguro de que no sea mi deber contárselo, de hecho. —Pettigrew se encendió un cigarrillo y, mientras observaba de forma distraída el remolino ascendente de humo, continuó—: Heppenstall fue cliente mío al principio de mi carrera. Me caía bastante bien. Era listo, en el amplio sentido de la palabra, inteligente para su profesión y también para saber moverse por la ciudad, tanto en la zona empresarial de la City como en la zona de ocio del West End. Me traía bastante trabajo. En su mayoría, eran casos menores, aunque por entonces Heppenstall era un personaje menor, claro. Yo estaba en el mismo bufete que el Barbero. El abogado de mayor rango entonces era… Bueno, eso no es de su interés. El

Barbero era superior mío y estaba muy por encima del tipo de historias con las que trataba Heppenstall. Bueno, entonces llegó la guerra y, por supuesto, yo fui. Y mientras estuve ausente fue cuando empezó a crecer de verdad su carrera profesional.

—¿A qué carrera se refiere? ¿A la de Heppenstall o a la de Barber?

—A la de los dos. De manera simultánea y conjunta. Heppenstall empezó a meterse en negocios de auténtica primera fila. Consiguió a algunos clientes importantes de la City y al mismo tiempo logró hacerse con algunos pleitos llamativos de la alta sociedad, de esos que dan titulares en prensa. Y mi secretario, que también era el del Barbero, por supuesto se ocupó de que Heppenstall permaneciese fiel al bufete. Imagino que tampoco haría falta mucha persuasión, después de finiquitarse los dos o tres primeros casos. El Barbero se portó bien con Heppenstall y este hizo lo propio con el juez. No es muy exagerado decir que Heppenstall convirtió al Padre William en lo que es ahora. Verá, Heppenstall apareció en el momento crucial, cuando el Barbero era ya demasiado veterano para andar enfrascado en las minucias que yo estaba encantado de hacer, pero todavía no se había establecido bien entre los abogados auxiliares de más peso. Fue Heppenstall quien le dio el empujón que lo colocó donde debía estar, entre la gente importante. Y cuando llegó el gran *boom* de los litigios, inmediatamente después de la guerra, los dos estaban en todo el meollo, y seguramente Heppenstall permitió que el Barbero se embolsara miles de libras mientras duró la cosa. —El hombre bostezó y tiró el cigarrillo al fuego—. Para entonces yo había vuelto de la guerra, claro. Naturalmente, regresé al bufete de siempre, en el que el abogado de mayor rango era entonces el Barbero, pero no me quedé mucho tiempo. No… No me parecía un ambiente del todo agradable, así que me marché a otra parte. Nunca recibí más asesoría de Heppenstall. No puedo culparlo, porque él estaba perfectamente donde estaba. Y cuando al Barbero lo nombraron consejero del rey, entró en su puesto otro abogado auxiliar de lo más competente para continuar la tarea. Aunque eso no tiene nada que ver aquí. No estoy contando mi historia, sino la de Heppenstall. Después de que el Barbero pasara a primera línea de la abogacía, Heppenstall siguió asesorándolo. Cenaban y tomaban vinos juntos, el asesor le sujetaba la mano a Hilda tras las cenas, mientras debatían sin duda sobre leyes de herencias y otros temas de esos que le encantan a la entendida dama…

—¿Y todo ese tiempo estuvo robándoles dinero a sus clientes? —preguntó Derek horrorizado.

—Querido idealista, verá, esas cosas pasan. A decir verdad, no fue hasta 1931 cuando Heppenstall empezó a mostrarse poco convencional en el trato que daba a los fondos de otras personas. Había estado especulando muchísimo. Supongo que el Heppenstall de la City tuvo que trabajar horas extra para mantener las apariencias del Heppenstall del West End, y la Depresión lo pilló corto de dinero. Cogió prestado un poco de una cuenta para arreglar sus cosas, se sirvió de otra cuenta más para enmendar la primera y así sucesivamente. Y entonces, cuando la comunidad jurídica estaba empezando a interesarse por el asunto Heppenstall, el Barbero entró a la magistratura y los dos volvieron a encontrarse ante el Tribunal Penal Central, ¿*comprenez*?

—Sí. Debió de ser un momento bastante terrible para ambos.

—Si piensa eso, es porque no ha entendido en absoluto la clave de la historia. Fue bastante terrible para Heppenstall, sin duda. Se declaró culpable, claro, y alguno que otro se ocupó de soltar las típicas palabras en su descargo. Pero el Barbero, que, de haber tenido alguna vez en su vida algo de compasión, nunca se habría permitido a sí mismo juzgar ese caso, se cebó en el pobre hombre. No fue solo la sentencia que le impuso, pese a que resultó ser bastante dura, sinceramente, sino la manera en la que se comportó. Yo no estuve presente, gracias a Dios, pero he hablado con personas que sí asistieron y he leído luego reportajes en la prensa, y le digo que fue un bestia, un bestia, ¡un auténtico animal!

El *whisky* le dio atrevimiento a Derek.

—¿Es por eso por lo que le cae a usted tan mal?

Pettigrew pareció encogerse sobre sí mismo.

—Acabo de decir que no estoy contando mi historia, sino la de Heppenstall —respondió con frialdad—. Pero voy a llegar al punto de confesar que, si Heppenstall le está haciendo pasar unas cuantas malas noches al Barbero, no me da ninguna pena, y tampoco creo que sea el único que se siente así. Natural, ¿no? —Miró el reloj y añadió—: ¿Qué pasa con sus trenes?

Derek vio que se había despistado por completo y se puso en pie.

—Tengo que irme. Pero he de mencionar que el inspector no se mostró muy partidario de la idea de que Heppenstall fuese el responsable de todo lo que ha pasado.

—Ya me lo ha dicho, sí. ¿Sugirió a alguien más?

Derek empezó a arrepentirse entonces de haber hablado, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

—Bueno. Repasó todas las posibilidades de una manera muy metódica y, según parece, pensaba que si había una sola persona detrás de todo… Idea que no terminaba de convencerlo…

—¿Sí?

—Que esa persona debía ser usted.

Por mucho que se esforzó, Derek no logró determinar si a Pettigrew le hizo gracia aquello o no; desde luego, retorció la comisura de los labios como si estuviese a punto de reírse, pero sus ojos permanecieron serios y la voz, cuando al fin habló, tenía un tono bajo y severo.

—Gracias —dijo—. Lo tendré en cuenta.

—Pero, por favor, no crea que yo… —tartamudeó Derek confuso.

—¡Querido amigo…!

—Solo fue una sugerencia del inspector. No creo que lo dijera en serio. Y Hilda no quería ni oír hablar de eso. Casi le echa una bronca.

—Ah, ¿eso hizo Hilda? Qué amable por su parte. Puede darle las gracias en mi nombre. No, pensándolo mejor, no. Por cierto, ¿ha habido algún avance en relación con aquel desafortunado incidente con el coche en Markhampton?

—Ninguno, que yo sepa. Creo que el juez ha recibido algunas cartas al respecto, pero desde luego a mí no me han dicho nada…

—Hum. Por si sirve de algo, tengo el pálpito de que eso es lo más serio que amenaza ahora mismo al Barbero, con mucho. Dada su posición, una citación judicial puede hacerle más daño que una docena de bombones envenenados. En fin, buenas noches y gracias por su compañía. He disfrutado mucho de la charla. De hecho, he disfrutado tanto de ella que, no sé por qué, creo que no voy a acercarme más al casi de lo que ya lo estoy, que es mucho. Así que, si alguien le pregunta por qué ha llegado tan tarde a casa esta noche, puede explicarle que ha estado ocupado salvando a un viejo caballero de sufrir un dolor de cabeza horrible mañana por la mañana. ¡Buenas noches!

Derek se marchó a casa en un tren lento en plena oscuridad. Sentía que había pasado un día interesante. Solo lamentaba que fuese a ir seguido por otro día más de aburrimiento y letargo en casa. Nunca un lamento estuvo menos justificado. Y es que, a la mañana siguiente, la casualidad lo pondría en contacto con Sheila Bartram y todo su mundo se transformaría al instante.

Capítulo 12

Alguien ha hablado

Sheila Bartram era alta y rubia, con unos ojos grises, grandes y algo saltones, y una tez pálida que algunos habrían clasificado de anémica, pero otros encontrarían «interesante». Tenía diecinueve años y su ocupación era tratar de conseguir la cualificación para ser enfermera de la Cruz Roja. Su padre era el director de una importante empresa manufacturera y pasaba la mayor parte del tiempo viajando por el país, de una sede a otra de la empresa, supervisando los diferentes contratos con el Gobierno. A Sheila y a su madre, entretanto, las habían evacuado de Londres y se habían ido a la casa de una tía en los alrededores. Todo eso, y mucho más, supo Derek en la primera media hora de su encuentro. Con cierta dificultad, su madre lo había convencido para llevarla al pueblo de al lado a una reunión del comité en la que iban a abordar las comodidades de las tropas, así que el joven se había quedado la mayoría de la mañana rondando y allí se había encontrado con Sheila, que estaba en su misma situación prácticamente. Antes de que se diesen cuenta de lo que había ocurrido, el aburrimiento de la mañana se había convertido en embeleso; Derek llevó de vuelta a su madre a casa y Sheila regresó a su hospital, ambos en un estado de puro enamoramiento, totalmente natural pero por completo inexplicable, que el resto del mundo envidiaría o compadecería, según los gustos o la experiencia del resto del mundo.

Eso ocurrió un sábado. Derek debía volver a reunirse con el juez en la estación el lunes por la tarde, cuando el circuito reanudaría sus viajes. Logró pasar el domingo casi entero en compañía de Sheila y las horas que no estuvo con ella en persona las invirtió en meditar sobre la perfección de la muchacha y en maravillarse ante su buena suerte por haberla conocido. Cómo pasó Sheila esas mismas horas solo puede juzgarse por su sorprendente y desastroso fracaso en el examen, unos días después. El lunes, tras una despedida tan intensa que parecía que Derek partiese camino del Frente Occidental, el amante regresó reacio a Londres.

Al ver a Hilda, elegante y esbelta, charlando con un guarda servil a la puerta del vagón reservado, Derek sintió un ligero pero inconfundible vértigo. Fue un vértigo que suprimió de inmediato, pero el recuerdo perduró y con él

también una leve sensación de culpa; y es que, en el estado mental en el que se encontraba entonces (si fuese correcto decir que su mente tenía algo que ver con ese estado), era inevitable que ver a Hilda, o a cualquier otra mujer, desencadenase irremediablemente una comparación con su adorada. En ese caso, los primeros frutos de la comparación estuvieron muy próximos a la deslealtad hacia Sheila; o, más bien, hacia la idea de Sheila que él mismo se había ocupado de construir durante los últimos dos días. Derek se había olvidado de lo atractiva que era Hilda. Por supuesto, era una mujer mucho mayor; de hecho, estaba entrada en años, sin duda. No era posible hacer una auténtica comparación. Al mismo tiempo, tomando como referencia la desenvoltura y el tacto de Hilda, su fresca seguridad en cualquier entorno, ¿no sería Sheila demasiado naíf, no le faltaba a su deliciosa ingenuidad un poquito de sabor?

La sospecha desapareció casi tan rápido como había surgido y mucho antes de que la mente consciente de Derek hubiese reconocido su existencia. Cinco minutos después, habría jurado concienzudamente que nunca había ocurrido tal cosa. Sin embargo, aquello no pasó sin dejar huella, después de todo. En adelante, eso se quedaría profundamente incrustado más allá del alcance de su memoria, como una mínima fuente de irritación; mientras tanto, las fuerzas compensatorias de la imaginación irían disponiendo por encima una capa tras otra de fantasías glamurosas, hasta generar una perla de perfección inhumana: una Sheila ideal, en la que el producto de carne y hueso descubriría con el tiempo a su más peligrosa competidora.

Por su parte, la fuente de toda esta perturbación no estaba exenta de problemas propios. Si a ojos de Derek Hilda parecía en aquellos momentos calmada y serena, esa apariencia hacía mayor honor a su autocontrol de lo que el hombre imaginaba. De hecho, la mujer había pasado un fin de semana de inquietud. Había regresado a casa del club con la sensación de haberse tranquilizado mucho más gracias a la plácida impasibilidad de Mallett de lo que había considerado oportuno reconocer en el momento; allí se había encontrado al juez recién llegado del Athenaeum, hundido en un absoluto abatimiento. Ante él, había abierta una carta de su cuñado, en la que se expresaba la opinión más pesimista posible sobre la perspectiva de negociar con los abogados de Sebald-Smith. No obstante, el juez no tardó en dejar claro que eso, pese a ser muy serio, era la menor de sus preocupaciones. Lo que de verdad le carcomía la cabeza era un incidente que había ocurrido esa

tarde dentro del tranquilo recinto del propio club. Mientras tomaban el té, se había enfrascado en una conversación con otro juez compañero, mayor que Barber unos cuantos años, un hombre cuyo inmenso poso de conocimiento Barber admiraba abiertamente y cuya lengua cáustica temía en secreto. Durante el intercambio de unas pocas palabras informales, que a cualquier tercera persona no le habrían transmitido más que un amable interés por los quehaceres del Circuito del Sur, se le había dado a entender claramente al desventurado Barber que su interlocutor sabía muy bien todo lo que había ocurrido en Markhampton. Tras instilar el veneno del modo suave y paternal que le hacía famoso, el torturador se había encendido un puro sin ninguna piedad y se había marchado, dejando tras de sí a un hombre enfurecido y terriblemente asustado.

—¡Alguien ha hablado! —se quejó Barber cuando le relató el episodio a su esposa—. ¡Después de todas nuestras precauciones, alguien ha hablado!

—Bueno, parece obvio que sí —dijo Hilda, llegando rápido a la conclusión de que un soplo de vigorosa eficiencia por su parte sería el mejor antídoto para la situación de hundimiento de su esposo—. Después de todo, era esperable, ¿no? Las cosas así terminan saliendo antes o después.

—¿Quién puede haber sido? Habría jurado que el chaval era de fiar. Y Pettigrew insistió hasta límites insospechados en sus ansias por mantenerlo en secreto… Por supuesto, el agente de policía era muy joven e inexperto, pero aun así… No creerás que Pettigrew ha podido fallarme, ¿no, Hilda? Después de todo, somos amigos desde hace mucho…

Hilda apretó los labios.

—No. No creo que él te haya fallado. En mi opinión, una vez que el asunto ha salido a la luz, no creo que importe en lo más mínimo quién haya sido el responsable. Pero si para ti tiene algún interés, William, diría que la respuesta es bastante obvia. —El juez la miró sorprendido y ella continuó en tono impaciente—: Parece que te has olvidado por completo de que en un accidente hay dos partes. Y de las dos, la persona atropellada y sus amigos son quienes tienen todas las papeletas para haber hablado. Sally Parsons tiene muchísimos conocidos y no me cabe duda de que se lo ha contado a todos.

Barber agitó las manos en gesto de desesperación.

—A estas alturas se sabrá en todos los juzgados —se lamentó—. ¡En todos los juzgados!

—¡William! ¡Tienes que recobrar la compostura! ¿Qué diferencia tan sustancial va a suponer que se sepa en todos los juzgados? Puedes estar bastante seguro de que, si el asunto se soluciona sin ir a juicio, nunca llegará a

la prensa, y eso es lo único que importa. ¡En serio, te estás comportando como un crío!

Tras la reprimenda de su esposa, Barber recuperó algo de dignidad.

—Hay cosas que a un hombre de mi posición le importan tanto como una acusación abierta en los periódicos. ¿No entiendes, Hilda, lo insoportable que será para mí la situación cuando este tema esté en boca de todos mis compañeros jueces? No sé cómo de lejos ha llegado la cosa, pero en cualquier momento me podría mandar llamar el presidente del Tribunal Supremo para sugerirme que…

—¿Sugerirte el qué?

—Sugerirme que dimita.

—¿Dimitir? —dijo Hilda con un tono de voz animado—. ¡Qué tontería! No puede obligarte a dimitir. Nadie puede. Nada puede.

—Salvo una resolución de las dos cámaras del Parlamento.

—Bueno, pues eso.

Pero el juez se negaba a recibir consuelo.

—No podría hacer frente a algo así. Solo hace falta una pregunta en la Cámara para que mi situación se haga insostenible. Y no solo sufriría yo, sino toda la judicatura…

Se estremeció ante esa perspectiva.

—Todo esto se resume en que debemos llegar a un acuerdo extrajudicial con Sebald-Smith y eso ya lo sabíamos —siguió ella en tono seco—. Una vez quitado eso de en medio, ni el presidente del Supremo ni nadie más querrá airear ningún escándalo. Y la gente tiene una memoria muy corta para este tipo de cosas, como bien sabes, sobre todo ahora que hay una guerra en la que pensar. Déjame ver la carta de Michael.

La misiva desde luego no estaba pensada para dar ningún consuelo. Los abogados del herido, decía, no mostraban signo alguno de reducir sus exigencias. Se adjuntaba una carta de su parte en la que reclamaban una pronta respuesta. Se había llevado a cabo una consulta entre profesionales médicos designados por ambas partes y el informe enviado por el doctor que había examinado al paciente en nombre del juez era, en todo caso, peor de lo temido. Aparte de la amputación del meñique, se recogían daños en los músculos de la mano que, por el momento, limitarían seriamente el uso de esa extremidad y quizá acabaran siendo permanentes. En cualquier caso, el tratamiento correctivo sería prolongado y caro. Una opinión de un distinguido músico reforzaba la aseveración del demandante de que la ausencia de un dedo casi con toda seguridad reduciría a cero su rentabilidad como pianista.

Había más testimonios en el mismo sentido. La carta concluía solicitando instrucciones.

Hilda soltó la misiva con el alma por los suelos. Se levantó y se fumó un cigarrillo hasta la mitad antes de tomar una decisión.

—Creo que debería ir a verlo —dijo entonces.

—Quizá sea lo mejor, sí —respondió el marido—. Pero a la vista de su carta, temo que no haya mucho más que pueda hacer por nosotros.

—¿Quién? ¿Michael? No me refería a él, aunque probablemente vaya a visitarlo de todos modos. Me refiero a ir a ver a Sebald-Smith.

—¡Hilda! No hablas en serio, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Pero eso no es ni siquiera una posibilidad. No… No puedes hacer algo así.

—¿Por qué no?

—Porque, para empezar, sabes tan bien como yo que cuando un asunto ha pasado a manos de los asesores legales es más que impropio que una de las partes vaya a sus espaldas y…

—Me da igual lo que sea propio o impropio. Hay que hacer algo y me parece que esto es lo único que puede hacerse. Y si insistes con los tecnicismos, yo no soy una de las partes del caso.

—Hilda, te suplico que pienses dos veces lo que vas a hacer. Una intervención de ese tipo no puede ser buena. De hecho, quizá provoque un daño irreparable. ¿Cuál crees que va a ser la reacción de un completo desconocido…?

—No es un completo desconocido.

—Vale, admito que ha estado en esta casa un par de veces aunque yo no fuese consciente de ello, pero a todos los efectos prácticos es un desconocido.

—Yo conocí muy bien a Sebald-Smith —respondió Hilda con palabras lentas—. De hecho, hubo un tiempo en el que lo conocí muy muy bien.

El juez la miró sorprendido, con una sospecha impactante asomándole en el rostro.

—¡Ay, no! ¡Así de bien, no! —protestó Hilda con una carcajada y le besó la coronilla a su esposo. A continuación, se sentó en un reposapiés junto al sillón de él y le dijo sugerente—: Lo hacemos así entonces, ¿no?

—Si vas, será decididamente sin mi autorización —protestó el juez en tono débil.

—Y podrás repudiarme si es necesario. Perfecto, pues eso haremos. Ahora, el siguiente punto que debemos decidir es qué podríamos ofrecerle.

Desde ese momento en adelante, el tono de la discusión degeneró, como suele ocurrir con el tono de cualquier discusión cuando el tema central pasa a ser el dinero. Del análisis de la situación financiera del juez en aquellos momentos, la conversación viró al espeluznante asunto de los posibles ahorros del futuro. Hilda, de forma inesperada, se mostró resignada a este respecto en lo que se refería a sus gastos personales, pero pertinaz con los del juez, planteando lo que este último consideró unas exigencias nada razonables. No obstante, el coloquio se resintió notablemente y Hilda aumentó su locuacidad cuando la cosa pasó, como era inevitable, al estéril terreno del pasado. ¿Qué había ocurrido con los cuantiosos honorarios que había ganado él durante sus últimos años en la magistratura, cuando el impuesto sobre la renta y los impuestos adicionales eran inferiores a los actuales y nada comparables a lo que serían en un futuro? Hilda, con los nervios a flor de piel por una tarde perturbadora, perdió su acostumbrado autocontrol al ver cómo se desenterraban viejas acusaciones de despilfarro. En vez de dejarlas pasar, empezó a justificar airada el coste de los vestidos usados años atrás y de las cenas digeridas hacía mucho. Primero se indignó y luego se puso a gritar en defensa propia. Todo penique gastado había sido para honor y gloria de su esposo, había contribuido a promover su carrera profesional, a la que ella había dedicado (los estupefactos oídos de Hilda se oyeron a sí misma proferir el cliché en voz alta) los mejores años de su vida. De no haber sido por los sabios dispendios de su esposa, su esposo nunca habría alcanzado la posición que ocupaba, como bien sabía él, una posición que, además, su propia imprudencia criminal había puesto en peligro. Y si la cosa iba de despilfarros… Ahí llegó el turno de Barber de repeler un ataque que, para ser sinceros, no estaba muy bien fundamentado, pues los gustos del juez siempre habían sido bastante sencillos.

La injusticia de ese reproche alentó al hombre a proferir algunas réplicas que a su vez carecían de toda justificación y que llevaron aquella lamentable escena hasta su apogeo, con Hilda bañada en lágrimas de ira, el juez tartamudeando unas disculpas y el tema original del debate olvidado por completo.

A la mañana siguiente se había restablecido la paz, pero el problema que había originado la disputa no estaba más próximo a solucionarse. Si Sebald-Smith no rebajaba sus exigencias, Barber estaría económicamente, arruinado. Y si las exigencias no se podían cumplir y de ello resultaba un proceso judicial, estaría arruinado no solo económicamente, sino también en el plano profesional. La única esperanza parecía ser que el demandante, o sus asesores,

se diesen cuenta a tiempo de que no les interesaba llevar el asunto hasta el extremo y de que un juez del Tribunal Supremo, con un sueldo que le permitiese pagar una suma razonable a plazos, era mejor deudor que un hombre arruinado sin ingresos ni perspectivas de futuro. Tal y como Barber acabaría aceptando con reticencias, un acercamiento directo por parte de Hilda quizá fuese su mejor oportunidad para hacerlo entrar en razón.

Hilda puso el plan en marcha sin demora, aunque se topó con un escollo nada más empezar. Había podido confirmar que Sebald-Smith se encontraba en su casa de campo, así que ese mismo día la mujer llamó allí por teléfono. Sin embargo, no logró hablar con el pianista. La voz que respondió la llamada fue la de Sally Parsons y Hilda colgó el auricular de inmediato sin desvelar su identidad. Por nada del mundo iba a hablar con esa mujer ni a arriesgarse a tener un encuentro con ella. El recuerdo de ciertos desaires en sociedad que había tenido ocasión de infligirle le volvió con claridad a la mente, y estaba segurísima de que Sally Parsons tampoco los había olvidado. Esa idea la estremeció un poco. Si la actitud de Sebald-Smith, según quedaba reflejada en las cartas de los abogados, era vengativa, ¿se debía a la influencia de ella? Pero no todo estaba perdido. Si Hilda conseguía ponerse en contacto con él a solas, quizá desplazaría esa influencia lo suficiente como para arañar una victoria. La casa del pianista se encontraba cerca de Rampleford, la siguiente ciudad del circuito, y Sally Parsons no era capaz de soportar el campo más de un par de días seguidos. Seguro que Hilda encontraba alguna oportunidad de presentarse por allí; es decir, si era seguro dejar al juez desprotegido…

El recuerdo de ese otro peligro oscuro y más misterioso que los amenazaba regresó con fuerza añadida por haber quedado temporalmente en el olvido. Hilda lo descartó con mucho esfuerzo y volvió al teléfono. Esa vez, habló con el despacho de su hermano y concertó una cita para verlo el lunes por la mañana.

Michael era más joven que su hermana, aunque parecía varios años mayor. Como ella, era bajo y moreno, pero al contrario que ella, se había permitido engordar. Tenía una mente sutil e inteligente y era capaz de mostrar gran encanto y tacto, que sabía cómo intercambiar de tanto en tanto por una sinceridad brutal. En aquella ocasión, optó por ser sincero.

—Tu noble esposo está en un apuro. Nos tienen bien cogidos y lo saben.

—No hace falta que dejes claro cuánto lo estás disfrutando —se quejó su hermana—. Aunque William no te caiga bien.

Michael dejó pasar el comentario sin decir nada.

—Mira, algo hay que hacer —añadió el abogado—. La gente está empezando a hablar.

—Lo sé.

—Bueno, ¿cuál es la propuesta de tu marido?

—Mi propuesta es ir a hablar con Sebald-Smith —respondió Hilda, subrayando ligeramente el cambio de posesivo.

—Un enfoque directo, ¿eh? Supongo que eso lo desconcertará un poco, pero no estoy seguro de que sea lo mejor. ¿Cuándo vas a ir?

—En los próximos días, espero.

—No queda mucho tiempo que perder. Entretanto, hay que responder a la última carta. Si no, son muy capaces de presentar directamente una demanda judicial.

—Lo he pensado. Creo que lo mejor es decirles sin más que el juez está en el circuito y que te pondrás en contacto con ellos en cuanto tengas instrucciones.

—Bueno, esperemos que con eso se queden callados un tiempo. Por suerte, son un bufete bastante tranquilo y quizá no caigan en que el juez ha tenido unos días libres en los que podría haber dado todas las instrucciones que hubiese querido. En realidad, tenemos una suerte tremenda de que no estén muy espabilados. Si llevase yo este caso en nombre de la acusación, habría dejado caer algunas insinuaciones en manos de la policía de Markhampton.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Me habría bastado con sugerir que estaban omitiendo procesar una flagrante violación de la ley y se habrían visto obligados a iniciar el enjuiciamiento. Habría sido una vuelta de tuerca en la línea de la venganza. Eso sí, aún pueden hacerlo. El riesgo existe.

—Veamos. Según la ley, la demanda judicial por conducción temeraria debe iniciarse en un plazo de catorce días, a no ser que en el mismo momento se emita un aviso de la intención de hacerlo, y en este caso no ocurrió así, por lo que en ese sentido estamos a salvo. No obstante, sigue existiendo la posibilidad de que lo enjuicien por conducir sin seguro. Tienen seis meses para hacerlo, o más tiempo en algunas circunstancias.

Michael sonrió.

—Ay, mi Hilda… Siempre fuiste la mejor abogada de todos nosotros. Se me había olvidado ese detalle, y tendría que haberlo revisado para asegurarme, pero lo aceptaré viniendo de ti.

—Creo que haces bien —dijo Hilda con delicadeza—. La prescripción de acciones legales siempre fue un tema que me interesó mucho y me ocupé en especial de estudiarlo.

—Seguro. Qué bestia inhumana fuiste siempre, Hilda.

—No veo que haya nada de inhumano en ser abogada.

—Lo hay, para una mujer, en todo caso. Cuéntame, ¿por eso te casaste con William, para hacerte abogada de éxito por poderes?

—¿Siempre eres así de grosero con tus clientes, Michael?

—¡Dios mío! ¡Claro que no!

—Bien, porque en estos momentos te estoy haciendo una consulta como abogado asesor y no esperaría esa pregunta de mi abogado a no ser que estuviese solicitando el divorcio, y no es el caso.

—Tú ganas —respondió Michael de buen humor—. Bueno, haré lo que pueda por ti, y por William. Enviaré una carta en la línea que has sugerido y entretanto cuéntame si tienes suerte con Sebald-Smith. Ve con Dios.

Hilda cruzó su mirada con la de Derek mientras el *marshal* avanzaba por el andén y lo saludó con una sonrisa. El ojo morado de la mujer estaba totalmente curado, o en cualquier caso, enmascarado bajo un eficaz maquillaje. Hilda tenía un aspecto tan despreocupado y seguro de sí misma como es legítimo en una mujer de buen parecer y posición asegurada. Un momento después, Derek subió al vagón y lo recibió un apretón de manos una pizca más cálido de lo que exigía la buena educación; lo suficiente para recordarle la afable conspiración que se había sellado entre los dos, y nada más. Cinco minutos después, el hombre de paisano del andén se dio media vuelta cuando el tren salió echando humo, cargado con el curioso y surtido grupo de seres humanos que conformaban la compañía del juez y que iban acompañados por una mezcla aún más extraña de esperanzas y miedos, ambiciones y preocupaciones.

Capítulo 13

Gato y ratón

Rampleford es un sitio que no necesita descripción. Aparece en todas las guías. Tras ser una ciudad próspera en el siglo XVII y un municipio en deterioro y corrupto en el XVIII, empezó a hacer méritos como una pintoresca ciudad superviviente en el XIX, hasta que el surgimiento de la gran industria turística le proporcionó una nueva carrera de prosperidad. El afortunado descubrimiento de que uno de los firmantes de la Declaración de Independencia había nacido en la ciudad y la aún más afortunada, aunque no fortuita, identificación de su lugar de nacimiento con la casa más pintoresca de la calle principal de la ciudad colocaron a Rampleford en la primera línea de esa importante rama del comercio. Había quien afirmaba que, en las temporadas buenas, las ventas de postales de Rampleford superaban a las de Stratford.**[14]** Eso sin duda era una exageración, pero el mero hecho de que dicha afirmación pudiera hacerse en serio bastaba para indicar la posición de la ciudad en dicha industria comercial.

Por lo demás, en tiempos de guerra Rampleford era un lugar deprimido y deprimente. Sus únicos visitantes foráneos eran soldados canadienses**[15]** aburridos, acuartelados (para disgusto de la ciudad) en los mejores hoteles, que no conocían a Jonathan Pennycuick, fundador de la Constitución, y se mostraban abiertamente críticos con los salones de té antiguos que llenaban la calle principal. Dado que un gobierno desalmado había elegido construir una enorme fábrica de munición a unos tres kilómetros, la zona ni siquiera pudo sustituir a sus desaparecidos turistas por evacuados de las áreas fijadas como objetivos. Tristemente enfrentados a lo peor, los dueños de los negocios de la afligida ciudad apartaron sus existencias de *souvenirs* y figuritas de recuerdo y se prepararon para encarar el asedio hasta que llegaran tiempos mejores.

Sin embargo, ninguna angustia económica podía alterar la verdadera belleza de la catedral de Rampleford ni el encanto del recinto en el que se alzaba. Según una costumbre antiquísima, el juez se alojaba en la casa de uno de los canónigos menores. Derek estaba encantado con aquel entorno. Para un joven enamorado, habría sido difícil encontrar un lugar más agradable. Por la mañana se despertaba con el estrépito de las grajillas posadas sobre la aguja

de la catedral, saliendo de un sueño que los repiques del campanario no parecían perturbar. De noche, cuando se cerraban las puertas del recinto y la gran mole de la catedral se alzaba negra con las estrellas de fondo por encima de la ciudad oscurecida, se imaginaba a sí mismo en la Edad Media. Esas condiciones son aptas para generar mala poesía, y en Rampleford Derek logró escribir un montón.

Hilda se percató rápidamente de que la ubicación de la residencia oficial tenía otras ventajas más allá de su atractivo romántico. En el recinto se cerraban las puertas y las rejas al ponerse el sol, así que cualquiera que buscara entrar después de ese momento tenía que pasar por el escrutinio del portero, reforzado para el periodo de las sesiones judiciales con un policía de paisano. Además, en todo momento había un agente de uniforme montando guardia en la puerta de la residencia. De noche, Derek oía sus pasos medidos en la gravilla de fuera. Obviamente, nadie iba a asumir ningún riesgo con la seguridad del juez. En cualquier caso, Hilda no se permitió quedarse satisfecha con las precauciones oficiales. La tarde que llegaron a Rampleford, le describió a Derek un plan que había elaborado y según el cual uno de ellos estaría siempre de guardia vigilando al juez, de día y de noche, sobre todo de noche. Un año después, cuando contemplar la chimenea se había convertido en costumbre para él, Derek recordaría entretenido la ardua tarea que le había parecido esa propuesta en el momento. Insinuó que era un deber que debía compartir con Beamish o Savage, pero Hilda rechazó dicha sugerencia con desdén. No se podía confiar en ellos. No se podía confiar en nadie. El trabajo recaería sobre ellos dos únicamente.

Como resultado, desde entonces Derek estuvo montando guardia en horas alternas, custodiando el sueño de su señoría de once a tres o de tres a siete. En contra de lo que había esperado, no resultó ser tan fastidioso después de todo, aunque parte del mérito de que así fuera se debía a su estado mental de entonces. Estar despierto unas pocas horas escribiendo otra interminable carta a Sheila, o tratando de expresar sus sentimientos en rimas que, si no exactamente originales, eran al menos sinceras, no le suponía una tarea muy dura, ni siquiera aunque tuviese que alternarla cada media hora o así con deslizarse a hurtadillas por el pasillo y escuchar el tranquilizador vigor de los ronquidos del juez.

De día, la cosa era bastante sencilla. Hacía frío y el juez no mostraba disposición alguna de hacer ningún tipo de ejercicio. La cosa se reducía a acompañarlo al tribunal y de vuelta. Ya fuese por motivos de un ahorro recién adquirido o no, su señoría tampoco invitó a nadie a la residencia, así que más

allá del gobernador civil o de su capellán (que no parecían estar dispuestos a perpetrar un asalto criminal contra el juez), ninguna persona de fuera accedió al lugar. Dentro del tribunal en sí, tan solo mirar las filas de policías apostados en todo posible punto de vigilancia dejaba claro que era bastante innecesaria la presencia de ningún aprendiz de guardaespaldas.

En resumen, las sesiones judiciales de Rampleford terminaron no solo por estar más bien exentas de incidentes, sino por ser insoportablemente aburridas. De hecho, de no haber sido por la distracción que suponían las cartas de Sheila —bastante frecuentes, aunque de una brevedad y falta de comunicación en cierto modo decepcionantes—, Derek se habría aburrido más que en ningún otro punto del circuito. Se dio cuenta de que incluso la vivacidad de Hilda había flaqueado un poco. A menudo se mostraba apática y silenciosa durante largos periodos de tiempo. Obviamente, era presa de la inacción, más que de las noches sin dormir que se había autoimpuesto. Con respecto al juez, percatarse del peligro en el que se encontraba su carrera profesional había tenido una curiosa reacción en él. Como si hubiese decidido que, en cualquier caso, pensaba caer con todos los honores, había asumido unas formas que eran una exageración, casi una caricatura, de su yo cotidiano. Nunca se había mostrado tan solemne, tan pomposo, tan altivo y condescendiente con el abogado auxiliar, tan fríamente crítico con el abogado principal. Sus alocuciones ante presos convictos eran más largas que nunca e iban seguidas, tal y como descubrían los presos en su propio detrimento, por sentencias proporcionadamente largas. El conjunto del sistema de la justicia inglesa depende de la inmunidad y la seguridad de quienes la administran. Un psicólogo habría observado con interés los efectos de amenazar con la pérdida de su posición a uno de esos administradores. Quizá la única persona con pleno conocimiento de los hechos y capacidad para haber apreciado esa situación fuese Pettigrew, quien, para pesar de Derek, no había asistido a esas sesiones.

Una vez transcurrida la primera semana, Hilda pensó que la situación en Rampleford era lo bastante segura para que estuviese justificado abandonar a su esposo durante un día. No dijo adónde iba; sencillamente, alquiló un coche con chófer y mandó que la recogiesen en la residencia. Barber mostró una casi ostentosa falta de interés por los movimientos de su esposa, aunque esa mañana se pudo observar en él una conducta en el estrado incluso más pontificia de lo usual. Pareció esforzarse por proyectar la sensación del poder

y de la importancia que ostentaba más allá de los estrechos confines del tribunal, para influir de algún modo en el espectáculo que se estaba representando a quince kilómetros y del que dependía su suerte.

Hilda eligió bien el momento. Había visto anunciado para ese día un concierto en la National Gallery al que sabía que Sally Parsons se vería obligada a asistir, y tras estudiar la guía de horarios de los trenes se había asegurado de que la mujer estuviese de camino a Londres para cuando ella llegase. Salió del coche ante la puerta de la casa de Sebald-Smith (que era en realidad una sala enorme de música con una casita diminuta anexa) y se acercó a ella con mucho atrevimiento. La criada que le abrió la puerta tenía evidentemente instrucciones de no dejar pasar a ninguna visita, pero le echó un vistazo asustado al rostro decidido de Hilda y se rindió a discreción. Rápidamente, abrió la puerta de la sala de música y murmuró:

—¡*Lady* Parker, señor!

Y con esas, huyó de vuelta a la cocina.

Sebastian Sebald-Smith estaba tumbado en un sofá en el centro de aquella estancia amplia y desnuda. Tenía el brazo izquierdo en un cabestrillo y con la mano que le quedaba libre pasaba las páginas de una partitura musical. Levantó la cabeza cuando Hilda entró y la miró con unos preocupantes ojos castaños amarillentos.

—¡Hola, Hilda! —dijo sin rastro alguno de sorpresa ni incomodidad en la voz—. Estoy repasando esta nueva *suite* de Katzenburg. ¿Has oído hablar de ella?

—No —respondió Hilda. Recordaba lo ausente que podía mostrarse Sebastian cuando estaba absorto en algo que fuera de su interés y se dio cuenta de que, de momento, el hombre no veía nada inusual ni inesperado en su presencia allí. Repitió—: No. ¿Te gusta?

—Hum, todavía no estoy seguro. Sí estoy bastante seguro de que al gran público británico no le va a gustar. Me han pedido que la dirija en Bristol en enero, si estoy lo bastante recuperado.

«¡Mitigación de daños!» fue la reacción mental instantánea de Hilda. En voz alta, dijo:

—¡Eso suena maravilloso, Sebastian! Es un nuevo camino muy bueno para ti, ¿no? Estoy segura de que tendrás un éxito tremendo como director.

—Seguro que sí, si tuviese la más mínima noción sobre cómo funciona una orquesta, cosa que no ocurre. Supongo que la BBC pensó en mí porque toqué en el quinteto para piano de Katzenburg la primera vez que lo trajeron aquí. Pero algo tendré que hacer.

—Claro, claro —murmuró admirada Hilda. Seguidamente, en un tono angustiado, añadió—: ¡Sebastian, no te imaginas lo mal que estoy por lo de ese horrible accidente!

—¡Es una mierda, una mierda, una mierda! —exclamó Sebald-Smith con una violencia repentina, golpeando con el puño las páginas abiertas que tenía al lado—. ¡Dios! Cuando pienso en lo que me ha hecho ese cerdo… Quiero decir… ¡Hilda! Lo siento, ¡ni lo he pensado! Tú…, yo…

—¡Sigue! —respondió Hilda trágica—. No hace falta que midas tus palabras por lo que a mí respecta. Nos las merecemos. Si hablar sirve de algo…

Y repasó entonces todos los movimientos conocidos popularmente como retorcerse las manos. Tenía unas manos largas, con una forma preciosa, y el efecto fue muy atractivo.

Hubo un momento de silencio. Sebald-Smith, incorporándose en el sofá, la miraba con mucha atención.

—Es un detalle maravilloso que hayas venido a verme, teniendo en cuenta todo —dijo al fin, en un tono de voz algo avergonzado.

—Era lo mínimo que podía hacer.

Entrecerró los ojos pálidos.

—Pero no termino de entender para qué lo has hecho —continuó el pianista endureciendo notablemente ese tono.

—¿Para qué? Pero, Sebastian, tenía que venir, ¿qué iba a hacer? Desde que me enteré de este asunto tan feo no he dejado de pensar en ti, aquí tumbado, corroyéndote por dentro…

—¡Ni lo intentes, Hilda! Vamos a dejar de irnos por las ramas. Has venido aquí para algo. ¿No sería mejor que me lo dijeses?

Hilda dejó caer las manos a los costados y levantó la cabeza.

—Tienes toda la razón —dijo con firmeza—. Ha sido una tontería intentar fingir ante ti. He venido para algo. ¿Adivinas para qué?

—Si es para pedirme que deje que tu esposo se vaya de rositas, será mejor que te lo pienses dos veces.

Las maneras de Hilda experimentaron otro cambio más. En esa ocasión, se convirtió en la mujer de negocios enérgica y sensata.

—Sebastian, somos personas adultas. ¿No podemos discutir esto de manera razonable, sin caer en la charla infantil de dejar a la gente «irse de rositas»? Solo quiero ver qué se puede hacer en beneficio de los intereses de todos.

—Lo de «intereses de todos» es muy bueno. Tus intereses no son los míos… En realidad, son diametralmente opuestos. Tu marido te ha mandado venir para ver cómo salir de esta con el menor coste posible.

—Eso no es así, Sebastian. A decir verdad, ni siquiera le he dicho que venía aquí hoy. Quería plantearte directamente a ti la situación, tal y como afecta a William.

—¿Por qué me iba a importar cómo le afecte esto? Yo pienso en mí mismo.

—Te explicaré el porqué dentro de un momento. Si insistes en las exigencias que han estado haciendo tus abogados, William se quedará en la ruina.

—Lo siento, Hilda —dijo Sebald-Smith con frialdad—, pero por muy bien que me caigas, por muy bien que me cayeses, nada me aportaría mayor placer que arruinar a tu esposo.

—¿Y arruinarme a mí?

—¡Ajá! ¡Ahora estamos llegando a lo importante!

—No, no es así. Ese asunto en realidad es secundario. Solo lo he preguntado por curiosidad.

—Vale, muy bien. Personalmente, sentiría verte privada de los lujos que siempre has querido tener. —Hilda creyó detectar un énfasis notable en el «personalmente». Sabía muy bien que había otro miembro en esa casa a quien no se le ocurriría una idea mejor; y era contra la invisible influencia de esa persona contra lo que Hilda estaba luchando—. Pero es imposible hacerse una tortilla sin romper los huevos y tú, hermoso huevo, tendrás que correr la misma suerte que ese huevo podrido de tu marido. Así que la respuesta es que sí: ¡Sí, arruinarte a ti, también!

—¿Y arruinarte tú mismo?

—Yo ya estoy arruinado, querida mía, y de por vida, te lo recuerdo. Lo único que quiero ahora es obtener la máxima compensación que pueda a cambio.

—Que es precisamente lo que no conseguirás si sigues por este camino —le espetó Hilda—. Dejemos el sentimentalismo a un lado y vamos a hablar de esto como de un asunto de negocios puro y duro. Todo el mundo sabe que eres el ejemplo vivo de un artista que, además, es un buen hombre de negocios.

Sebald-Smith, que había derrochado gran parte de sus amplísimas ganancias con las más salvajes de las especulaciones, se tragó con mucho gusto esa flagrante mentira.

—Muy bien. Hablemos de negocios, no tengo problema. Pero te advierto de que esta mano tiene un valor muy alto para mí.

—No es cuestión de cuánto valga, sino de cuánto hay para darte. Un deudor en bancarrota no le sirve a nadie de nada. Escúchame: tienes la opción de forzar a mi marido a dejar la magistratura o de dejarlo ahí, ganando un sueldo. Voy a decirte cuánto puedes esperar recibir en cada caso, y tus abogados podrán convencerse de que digo la verdad.

Hilda expuso su caso de forma clara y meridiana. A oídos del pianista, vertió un chorro infinito de cifras y cálculos, entrando en todo lujo de detalles sobre la situación financiera pasada, presente y futura del juez, considerando cualquier posible contingencia. La clave de su argumentación, por supuesto, estaba en la incapacidad del juez de abonar con inmediatez una suma que se acercase remotamente a una indemnización adecuada a los daños que había infligido, y en el disparate que suponía emprender acciones que lo privasen de la única fuente de ingresos de la que podrían derivarse futuros pagos.

Sebald-Smith escuchó, incrédulo y bastante resentido en primer lugar, luego con interés y por último con resignación, mientras el torrente de palabras caía sobre él. Hilda veía claramente que lo que decía surtía efecto. Era evidente que el pianista estaba empezando a contemplar el asunto desde una nueva perspectiva. Por el momento, en cualquier caso, había dejado a un lado la idea en bruto de la venganza que al principio lo había obsesionado y estaba considerando la cuestión desde un aspecto puramente económico. Para ser justos con los abogados asesores que actuaban por ambas partes, esos mismos argumentos casi se los había sugerido ya Michael discretamente a Faraday, Fothergill, Crisp & Co., quienes a su vez le habían trasladado la información a su cliente. La cuestión era que Sebald-Smith había permanecido inmune a la voz de la razón expresada por sus asesores y se había mostrado mucho más dispuesto a oír esa misma voz en boca de Hilda. Esta, pese a reconocerse debidamente encantadora y persuasiva, sabía muy bien cuál era el principal motivo de su éxito: podía exponer sus argumentos sin tener ninguna oposición. Las cartas de los abogados, por su parte, las leía alguien más aparte del hombre a quien iban dirigidas, un alguien que, con toda seguridad, las engalanaría con comentarios maliciosos de cosecha propia; un alguien que seguro que estaría más interesada en humillar a Hilda usando a su marido que en garantizar una indemnización para Sebald-Smith. La única esperanza de Hilda era conseguir convencer a Sebastian de la sensatez de lo que le estaba diciendo hasta el punto de que el pianista

resistiese a la presión a la que Sally Parsons lo sometería sin ninguna duda en cuanto regresase.

Con todo, la conversación entre Hilda y Sebald-Smith duró una buena hora. Cuando la mujer se marchó, lo hizo con la sensación de haber cumplido su misión con éxito. En principio, Sebastian había llegado a aceptar que sería inútil para sus intereses hacer pública la caída en desgracia del juez. Prometió escribir a sus asesores para pedirles que llegasen a un acuerdo extrajudicial en los mejores términos posibles. Naturalmente, no estaba dispuesto a fiarse de las cifras con las que Hilda lo había atiborrado (y de las que, además, la mujer se había cuidado de dejarle una copia clara por escrito), pero ella le aseguró que desde Faraday & Co. tendrían la oportunidad de constatarlas a su antojo. Hilda no había logrado obtener una decisión final de parte del pianista, pero todo aquello era más de lo que se había permitido esperar. El hombre le había prometido replantearse la cuestión teniendo en cuenta sus argumentos y asesorarse adecuadamente al respecto, y con eso quedó muy satisfecha.

Hilda creyó sensato rechazar la invitación de Sebastian de quedarse a almorzar, aunque sí aceptó una copa de jerez y los dos se despidieron como buenos amigos. Las palabras que le dijo el pianista para terminar se le quedaron grabadas en la cabeza: «Desde luego, has presentado una buena batalla para defender a ese marido que tienes. Me alegra ver que lo consideras digno de tanta molestia. ¿O solo estás tratando de proteger tus lujos?».

Era la segunda vez en pocos días que alguien le sugería que el vínculo entre el juez y ella era, en esencia, por interés común.

«En todo caso —reflexionó Hilda orgullosa—, nadie ha sugerido nunca que no le haya sido fiel».

Esa noche, el grupo que se alojaba en la residencia estuvo más animado que los días anteriores. Era como si una sombra oscura se hubiese apartado de ellos. Hilda, a su regreso, le había dicho unas palabras en privado al juez que derritieron su gélida dignidad para convertirla en algo semejante a la humanidad común. El hombre estuvo inusualmente charlatán durante la cena y aludió más de una vez al hecho de que Derek era Marshall de nombre y oficial *marshal* de oficio. Respecto a Derek, tenía sus propias fuentes de contento. Había completado con éxito un soneto que incluía dos símiles nuevos y de lo más eficaces y había recibido una carta excepcionalmente larga de Sheila. Era cierto que la carta destacaba sobre todo por un relato exhaustivo de una avinagrada disputa entre la monja del hospital y el

comandante de la Cruz Roja sobre unas férulas de Thomas que se habían perdido; para una mente imparcial, no habría sido un tema de mucho interés o importancia muy universal, pero la mente de Derek era muy parcial y el *marshal* estaba feliz. La atmósfera general de relajación afectó incluso a Savage, que repartió el oporto con aires de servil cordialidad. Si se extendió también a Beamish, eso solo lo supieron los participantes de una partida de dardos en las proximidades, adonde había acudido el secretario a última hora de la tarde.

Aquella noche, le tocaba a Derek el segundo turno de la guardia. En consecuencia, estaba despierto cuando el resto de la casa empezaba a desperezarse. Naturalmente, como resultado también, se había afeitado, bañado y vestido para cuando el cartero hizo su entrega de primera hora de la mañana. Por supuesto, fue pura coincidencia que estuviese además en el recibidor en el momento en el que entraban las cartas por la hendidura de la puerta principal. Un hombre de edad madura no se queda a esperar el correo así, ni siquiera aunque dé la casualidad de que está enamorado. Al mismo tiempo, Derek pensó que era una muy afortunada coincidencia cuando lo primero que vio, tirado bocarriba sobre la moqueta, fue un sobre exquisitamente abultado dirigido a él con la letra marrullera de Sheila. Lo cogió y luego miró con curiosidad el resto del correo. No había nada más para él, pero observó con interés un paquetito mal envuelto en papel de estraza dirigido al juez con unas letras mayúsculas mal escritas. Lo examinó con interés. Tras el episodio de los bombones, cualquier cosa que llegara por correo para el juez era, a su parecer, objeto de sospecha, y ese paquete, por algún motivo, le parecía especialmente sospechoso. Estaba intentando descifrar el matasellos cuando oyó unos pasos que se acercaban.

A nadie le gusta que lo encuentren a unas horas irracionalmente tempranas investigando el correo dirigido a otra persona. Sin pararse a pensar, Derek se metió el paquetito en el bolsillo y había subido ya la mitad de las escaleras cuando el criado que se acercaba llegó al recibidor. Una vez en su habitación, el *marshal* por supuesto dirigió primero su atención a la carta.

Quizá sea siempre un error leer cartas con el estómago vacío, a no ser que se esté bastante seguro de que el contenido va a ser agradable. Derek tenía todos los motivos para no esperar otra cosa más que puro placer de esa misiva en concreto, pero para cuando hubo acabado de leerla no le quedaba apetito para el desayuno. No era que la carta careciese de afecto. Todo lo contrario. Empezaba con las palabras «Querido Derek», y el adjetivo llevaba doble subrayado. Pero continuaba de un modo ominoso: «¡Tenemos un problema

terrible!», y ahí el adjetivo llevaba tres subrayados. La lógica desazón de Derek ante esa introducción no se vio apaciguada por el hecho de que, cuando terminó la carta, seguía sin tener ni la más remota idea de la naturaleza de ese problema. Estaba relacionado con «padre» (hasta la fecha, una figura borrosa en el horizonte a quien Derek nunca había conocido y en quien nunca había pensado), eso quedaba claro. Pero cuál era el problema de padre y por qué debía afectar a Sheila y, aparentemente, también al propio Derek, el muchacho no logró determinarlo ni siquiera con una segunda ni una tercera lecturas. Según Sheila, era algo «demasiado horrible», aparentemente demasiado horrible para expresarse con palabras precisas. La joven aseguraba en varias ocasiones que, en lo que a ella respectaba, no supondría «ninguna diferencia» en sus sentimientos hacia él, pero al mismo tiempo contemplaba con tristeza la posibilidad de no poder volver a mirarlo «a la cara». Si por su parte él no quería tener nada más que ver con ella nunca, Sheila «lo entendería» perfectamente; lo que ya era mucho más de lo que experimentaba el destinatario de su carta.

La única conclusión que pudo extraer Derek fue que, de algún modo no especificado, padre había llevado la desgracia a la familia. El *marshal* intentó reunir fuerzas pensando que, como Sheila misma había dicho, para él no supondría ninguna diferencia. Al mismo tiempo, se habría sentido mucho más seguro incluso en ese sentido de haber sabido qué era lo que no iba a suponer ninguna diferencia. En cierto modo, es complicado ignorar con noble caballerosidad una mácula en el blasón familiar cuando no puedes ver esa mácula. A lo mejor padre se había largado con la mujer de otro, sin más. Por otro lado, quizá lo hubiesen arrestado por asesinato o, aún peor, hubiesen descubierto que era un quintacolumnista de incógnito. Resultaba de lo más desconcertante.

Envuelto en tristeza, Derek bajó a desayunar, envuelto en tristeza, jugó con la comida y, envuelto en tristeza, acompañó al juez al tribunal. Hasta que no estuvo sentado en su sitio en el estrado y se llevó la mano al bolsillo para sacar y leer una vez más la confusa carta no encontró el paquete que se había guardado ahí unas horas antes. Hasta ese momento, se había olvidado por completo de su existencia.

Tras encontrarlo, se sintió muy perdido respecto a lo que hacer con él. Desde luego, no tenía derecho a guardarlo en su poder, en absoluto, y el espíritu de sospecha que esa mañana lo había inducido de primeras a examinarlo se había evaporado hacía mucho. Si lo descubrían interceptando lo que probablemente fuese un paquete normal e inocente destinado al juez,

su posición sería, cuando menos, incómoda. Entretanto, ¿qué puñetas iba a hacer con eso?

Lo sacó del bolsillo y, semicubierto como estaba por un reborde del mobiliario que tenía delante, le echó un vistazo. Se dio cuenta de que la cuerda, mal atada, casi se había salido por una esquina. Claramente, sería de lo más fácil quitarla sin ni siquiera deshacer el nudo. Bueno, ya que había llegado tan lejos, podía hacer la gracia completa. Después de todo, siempre cabía una posibilidad…

Abandonó el estrado con discreción y fue hasta el pequeño estudio mal ventilado que había en la parte de atrás y que servía como sala privada de su señoría. En la puerta estaba el inevitable policía, pero por suerte las autoridades no habían llegado a tanto como para apostar a un agente en el interior. Tal y como esperaba Derek, la cuerda se desprendió con facilidad del papel de estraza. El papel envolvía una caja de cartón para jabones. En la caja iba guardado el cadáver de un ratón. Atada al pescuezo del animal con un trozo de cuerda había una etiqueta en la que, escrito con las mismas letras mayúsculas toscas que la dirección, Derek leyó: CUANDO EL GATO FALTA…

«Bueno —se dijo Derek unos minutos después, mientras escuchaba uno de los discursos más floridos de Flack—, me apuesto a que soy el único hombre que ha estado en el estrado de un tribunal de justicia con un ratón muerto en el bolsillo».

Capítulo 14

Reflexiones y reacciones

Se encontraban en el intervalo entre el té y la cena. Barber, que había declarado su intención de preparar una sentencia que tenía aplazada, estaba (tal y como demostró un sigiloso reconocimiento) dormitando en un sillón de la sala para fumadores. Derek lo consideró una buena oportunidad para enseñarle el paquete y su contenido a Hilda. La mujer lo examinó con el mayor interés y, para contento del *marshal*, en apariencia pensaba que Derek había actuado adecuadamente al quitarlo de en medio por creerlo sospechoso. Estaba claro que Hilda le daba cierta importancia a aquel pequeño y desagradable incidente, que para Derek era tan carente de sentido como repulsivo. En cualquier caso, parecía reacia a contarle el motivo.

Hilda miró primero la leyenda de la etiqueta (que Derek había quitado del ratón a petición de ella, antes de consentir tocar nada) y, tras leerla, dijo con elocuencia:

—¡Ajá!

Derek esperó a algo más informativo, en vano.

A continuación, *lady* Barber examinó el envoltorio de papel de estraza. En esa ocasión comentó:

—Dirigido a él y no a mí. ¡Qué típico!

Derek cada vez estaba más perplejo.

Entonces, Hilda dirigió su atención al matasellos emborronado.

—¿Es usted capaz de ver qué pone? —le preguntó a Derek.

—No estoy seguro, pero parece que es «Rampleford».

—Sí, creo que tiene usted razón. Y la hora es… ¿Cuál?

—Las algo y 45. A mí me parece que son un uno y un ocho.

—Un ocho o un nueve —dijo Hilda dudosa—. Podemos enterarnos de a qué hora se hace la última recogida del correo en la oficina de aquí.

—A lo mejor la policía puede hacernos ese favor —sugirió Derek.

—No creo que este sea un asunto por el que debamos molestar a la policía. Si es lo que creo que es, estoy segura de que no.

—Entonces, ¿no cree que…?

—¿Sería usted tan amable, Derek, de traerme una guía Bradshaw? Sé que Beamish tiene una en su habitación. Y deshágase de esta cosa horrible en algún sitio. Me pone enferma solo mirarla.

Derek incineró el ratón en la chimenea del salón y fue a por la guía como le habían pedido. Cuando se la hubo llevado, Hilda se lo agradeció encantadora, le pidió bastante innecesariamente que no le mencionase el asunto al juez ni a nadie más y se retiró con la guía y las pruebas instrumentales del caso a su habitación, dejando a Derek triste mientras se preguntaba por qué las mujeres tenían tanta pasión por el secretismo.

Nada más ver el mensaje que acompañaba al ratón, Hilda se había convencido de que lo había enviado Sally Parsons. Quedaba por comprobar si le había sido o no físicamente posible hacerlo. Si no, concluyó, tanto peor para esa posibilidad. Pero por suerte para la fe que tenía en su instinto, Bradshaw parecía respaldar su idea. Vio que, saliendo puntual de Trafalgar Square a las 14:15, Sally podría haber cogido un tren rápido que la habría dejado en Rampleford a las 16:35. Suponiendo que fuesen a recogerla a la estación, habría estado en casa para las cinco de la tarde. Con media hora, pudo haberle sacado a Sebald-Smith un relato de la visita de Hilda de esa mañana, en otra media hora decidiría qué réplica sería la apropiada y prepararía el paquete, lo que le dejaría tiempo suficiente para llegar a Rampleford ya a oscuras y estar en la oficina de correos principal antes de las 18:45.

En todo caso, pese a que el plan parecía posible en teoría, Hilda no estaba segura de si en la práctica podía haberse hecho. Por un lado, eso apenas le dejaba tiempo a Sally para atrapar el ratón; a no ser, claro, que la encantadora criatura tuviese un alijo de ratones ya preparados para distribuirlos entre sus «amigos». Lo más importante quizá fuese el hecho obvio de que, por muy ansiosa que estuviese Sally en dejar clara su opinión sobre la interferencia de Hilda y por muy diestra que hubiese sido al idear su réplica, había pocas posibilidades de que hubiese hecho nada al respecto hasta que no se hubiera tomado un té. Después de todo, quizá no hubiese almorzado nada más allá de un tentempié rápido en la cafetería de la National Gallery; y la guía Bradshaw no especificaba que el tren tuviese vagón restaurante. Todo, por tanto, dependía de si Derek estaba en lo cierto al ver en el matasellos ese 18:45. Hasta poder confirmar eso, el asunto seguía sin estar aclarado.

Después de guardar bajo llave y con cuidado la etiqueta, la caja y el papel, Hilda regresó al salón. Allí, Derek levantó la vista del periódico de la tarde para informarla con un aire de deprimente martirio (que la mujer no entendió

en absoluto) de que había llamado a la oficina de correos y se había enterado de que la última recogida para envíos locales se hacía, en efecto, a las 19:45. En la mente de Hilda, eso desterraba toda duda al respecto. Recibió la noticia con tal satisfacción personal que Derek, que había decidido firmemente no complacer a la señora mostrando ninguna curiosidad en absoluto, se vio incitado a hacer más preguntas.

—¿Cree saber de dónde llegó el paquete?

—Sí, estoy bastante segura.

—¿Y sigue sin querer decírselo a la policía?

—No, no. Derek, sabiendo lo que sé, tengo la certeza de que no guarda relación con las amenazas contra el juez que hemos estado viendo hasta ahora. Es solo una desagradable vulgaridad que va dirigida contra mí, en realidad, y lo siento, pero no puedo contarle nada más sobre esto.

—Diría que no hay una gran diferencia entre mandarle un ratón muerto a una persona y enviarle una caja de bombones rellenos de carburo, pero supongo que sabe usted de lo que habla.

Seguidamente, y con cierto mal humor, Derek subió a vestirse para la cena.

Hilda estaba tan encantada con su perspicacia a la hora de detectar la identidad de la remitente del ratón (aunque, la verdad, era algo bastante obvio, y obvio también que la remitente así lo había pretendido) que aún no se había parado a pensar en serio en lo que aquello implicaba. Sin embargo, al empezar a hacerlo, vio que había ciertas vías abiertas para la inquietud. En primer lugar, la comparación de Derek de ese paquete con el otro que había causado tantos problemas en Southington estaba desde luego justificada. Había una diferencia clara entre ambos. El primero había sido una forma de ataque cuidadosamente disfrazada, aunque quizá no muy seria, mientras que el segundo era un caso evidente de bravuconería. De cualquier modo, parecía bastante probable que una misma mente hubiese concebido ambas cosas. Y de ser así, se trataba de la mente de Sally Parsons.

De eso se deducía (los pensamientos de Hilda seguían avanzando) que el inspector Mallett tenía razón, y ella, no. Su teoría de que todo lo desafortunado que había ocurrido durante el transcurso del circuito conduciría a una sola fuente no se sostenía. Resultaba obvio que Sally Parsons no era responsable de la carta anónima enviada antes del accidente de coche; y Hilda dudaba de que fuese probable que hubiera buscado a alguien para ir a Wimblingham a ponerle a ella un ojo morado. Ya era lo bastante mortificante tener que admitir que su instinto le había jugado una mala pasada; el hecho

además de que hubiese al menos dos enemigos sobre el terreno le dio la molesta sensación de estar cercada por peligros.

Sin embargo, fue cuando empezó a pensar en el significado del mensaje del paquete en sí cuando se sintió de verdad triste. Se trataba por supuesto de un mensaje de desafío. Pero ¿no lo era también de triunfo? Al volver de visitar a Sebald-Smith, Hilda había tenido la certeza de haber logrado persuadirlo para llegar a un compromiso razonable en cuanto a su reclamación de daños. Ya no estaba tan segura. El insolente gesto de su enemiga parecía sugerir que Sally había recuperado al vacilante Sebald-Smith para su causa y que los argumentos de Hilda, que abogaban por la razón y el interés, quedarían olvidados bajo la influencia de aquella mujer. Si eso ocurría, el panorama que se les presentaba a Hilda y a su esposo pintaba bastante negro. Nunca se había hecho ilusiones sobre la intensidad de la aversión que Sally Parsons le tenía, pero de haber sido así, la más reciente manifestación de esa antipatía le habría abierto los ojos. Por otro lado, el hecho de que Sally hubiese dirigido su repugnante gesto de comunicación al juez dejaba claro que estaba ansiosa por rebajar a Hilda a ojos de su esposo y añadir desavenencias domésticas a todos los demás problemas que tenían. Gracias al cielo, esa parte del plan al menos no había salido bien. Entretanto —y para la naturaleza activa de Hilda esa era la parte más complicada de soportar—, no había nada que hacer más que esperar el desarrollo de los acontecimientos. La noche antes, le había escrito a Michael para contarle lo que entonces creía que había sido el éxito de sus negociaciones y para pedirle que les plantease una propuesta a los abogados de la otra parte. No podía hacer nada más hasta que recibiesen una respuesta, aunque en su fuero interno estaba demasiado segura de cuál iba a ser.

Por suerte para su tranquilidad mental, aquella noche la cena le proporcionó a Hilda cierta distracción, y fue de la clase de distracciones que más le gustaban a ella. Su esposo, tras haber dedicado a dormir el tiempo que tenía previsto invertir en redactar la sentencia, enmendó ese descuido llevando a debate los puntos en cuestión durante la comida. Hilda, más que nada para mantener la mente alejada de otros temas, discutió con vigor cada giro de la argumentación; como resultado, Derek recibió una soberbia exposición de mano de unos expertos sobre, entre otras cosas, las responsabilidades de los posaderos según el derecho consuetudinario y el significado y el efecto precisos de la violación de la propiedad privada *ab initio*. No obstante, cabe temerse que las preocupaciones propias del joven le

impidieran aprovechar como debería lo que habría sido una valiosa contribución a su formación jurídica.

Llegado el final de la cena, se habían debatido todos los aspectos del caso, tanto de hecho como de derecho, el juez había afirmado cuál sería su decisión al respecto, su señora había consentido coincidir con él y ahí, se podía pensar, había concluido el asunto. Pero al igual que Pettigrew bebía *whisky* para intentar olvidar que hubiesen preferido a Jefferson como juez de condado, Hilda se sumergió en una discusión jurídica para intentar apartar su cabeza del hecho de que Sally Parsons la hubiese superado. Ese era el tipo de distracción de la desagradable realidad al que acudía instintivamente la señora Barber, del mismo modo que la gente de constitución más ordinaria recurre al cine, al *pub* o a la biblioteca. Su forma de escapar desde luego era más intelectual que las habituales. Por otra parte, ese recurso tenía la desventaja de que, según la hora del día, se convertía en algo extremadamente aburrido para cualquiera que estuviese por casualidad en su compañía.

El juez desplegó una paciencia ejemplar durante un rato mientras Hilda continuaba aferrándose a un tema que desde hacía ya mucho tiempo había perdido interés. Recostado en su asiento, se contentaba con proferir palabras monosilábicas de aceptación entre un caramelo de chocolate y el siguiente. Sin embargo, al final pensó que había llegado la hora de virar de rumbo.

—Querida, creo que, dado que tienes tanto interés, deberías refrescar tu memoria con las obras de referencia originales. *Marshal*, encontrará usted algunos de esos libros en mi mesa. ¿Le importaría traerlos?

Desde ese momento, el silencio reinó en el salón. Hilda enterró la cabeza en los pesados tomos de archivos judiciales como si fuesen las historias de aventuras más emocionantes del mundo. Al poco, Barber subió a acostarse y supuestamente también a redactar la sentencia, pues debía exponerla a la mañana siguiente. No poco después, Derek siguió sus pasos. Lo último que vio fue a Hilda, aún enfrascada en su lectura y ajena aparentemente al hecho de que, según su acuerdo, tendría que despertarse a las tres de la madrugada para su turno de guardia. Estaba sentada con un tomo de los archivos de la magistratura del rey sobre las rodillas. Parecía haberse desviado mucho del tema que en sus orígenes la había llevado a coger ese libro: estaba pasando las páginas, leyendo esto y aquello, como un amante de la poesía que se sumerge primero en un texto y luego en otro de una antología. Era una estampa curiosa, pensó Derek en aquel momento, y una que, más adelante, tendría razones para recordar.

Capítulo 15
¿De dentro o de fuera?

Las sesiones de Rampleford duraron otra semana más. Para Derek, al menos, fue una de las semanas más aburridas de su vida. Las largas guardias nocturnas, en las que Hilda siguió insistiendo pese a que no parecía tener el más mínimo sentido hacerlas, se habían convertido en un lastre para su cuerpo. Su ansiedad por Sheila no se alivió con ningún mensaje de la joven, así que Derek pasaba las horas de vigilancia en un estado de triste impaciencia. De día, las cosas no iban mucho mejor. El juez estaba tan distante y olímpico que apenas parecía humano, y desde el incidente del ratón muerto, Hilda se había vuelto bastante asocial, encerrada en pensamientos y cavilaciones que había decidido no compartir.

A decir verdad, el único miembro de la casa que parecía estar plenamente satisfecho con su suerte era Beamish. Según le dijo a Derek en confianza, Rampleford le encajaba a la perfección. En realidad, le iba «como un guante». Más allá del hecho de que el gobernador civil era un caballero decente, no especificó en qué consistía la idoneidad concreta de esa ciudad; sin embargo, Derek se dio cuenta de que Beamish había cogido por costumbre escabullirse de la residencia a diario al poco de volver todos del tribunal y regresar a veces bastante tarde por la noche, en un estado de alegría inusual. Más por aburrimiento que por otro motivo, Derek empezó a frecuentar al secretario, o a dejarse frecuentar por él, en realidad. Contra su voluntad, debía admitir que era una compañía bastante entretenida. Tenía todo un cupo de anécdotas vinculadas a jueces y abogados, que eran una especie de versión de las historias de Pettigrew sobre esos mismos temas, pero contadas por los sirvientes. No obstante, lo que le llamaba la atención a Derek en todas ellas era la malicia subyacente que parecía caracterizarlas. Los ojitos de Beamish, similares a los de un cerdo, brillaban con enorme placer al relatar la historia del desconcierto o de la humillación de alguien. Derek creía que había una importante veta de crueldad en algún punto de la personalidad vanidosa y egocéntrica del secretario.

Una noche, cuando el juez y Hilda ya se habían ido a la cama, Derek, a quien le correspondía el primer turno de la guardia, estaba en el recibidor a

punto de subir las escaleras cuando Beamish entró por la puerta principal. Lo saludó con el tono de suave afabilidad que Derek había aprendido a asociar con las expediciones nocturnas del hombre. El *marshal* pensó que en esa ocasión el secretario estaba ligeramente más suave que de costumbre. De hecho, aquella había sido en cierto modo una velada notable para Beamish. Tras un periodo que en comparación podía tildarse de fracaso, de repente había adquirido una forma espléndida ante los dardos y su victoria sobre el campeón de las fuerzas canadienses locales se había celebrado como se merecía.

—Venga a mi habitación un momento, *marshal*, y charlamos y fumamos en pipa tranquilamente.

—No, muchas gracias. Es algo tarde y estaba a punto de subir.

La hospitalidad canadiense había soltado la lengua normalmente bien guardada de Beamish.

—De subir, ¿eh? Pero no me vaya a decir que se va a la cama. Le toca turno, ¿no?

—¿Qué sabe usted de eso? —dijo Derek sorprendido.

Beamish soltó una risita.

—¡Dios mío! No pensaría que no sabía nada, ¿no? Que no nací ayer… —Dicho esto, se dirigió al salón. Después de dudar un poco, Derek lo siguió—. Habría dejado bastante que desear como secretario si no me hubiese percatado de ello, con todo lo que ha estado pasando en este circuito —continuó Beamish mientras se tiraba en un sillón y llenaba la pipa—. El trabajo de un secretario es saber cosas, *marshal*, que no se le olvide. Seguramente pueda decirle un par de detalles que usted no sepa.

A Derek le irritaba un poco que Beamish se dirigiese a él como «*marshal*». Sí, el hombre se había molestado en explicarle que cuando lo hacía lo estaba llamando por el nombre de su cargo y no por su apellido, y que no pretendía con ello faltarle al respeto, pero aun así a Derek seguía sonándole mal. Por eso, su respuesta fue en un tono en cierto modo enfurruñado.

—Supongo entonces que todo el mundo de la casa lo sabe.

—Bueno, no puedo responder por la señora Square. No le interesan muchas cosas más allá de su cocina. Y con respecto a las dos criadas internas, no se darían cuenta de nada que no tuviesen delante de sus narices; y ni siquiera eso, si da la casualidad de que sea algo que necesite una limpieza. Si la señora estuviese remotamente centrada en sus tareas de siempre, se les habría echado encima hace mucho. —Abandonó el intento de encender la

pipa y cerró los ojos. De repente, incorporándose con un sobresalto, continuó —: ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Savage lo sabe todo, *marshal*, eso seguro, y Greene, también. No es que haya chismorreado con ellos. Sé cuál es mi sitio y les he enseñado cuál es el suyo. Pero en una pequeña comu-comunidad como la nuestra, las cosas se saben, entiéndalo.

Derek no dijo nada. Estaba intentando pensar en cuáles eran las implicaciones de esa sorprendente noticia cuando Beamish empezó a hablar de nuevo.

—Personalmente, creo que están ustedes perdiendo el tiempo. Y me da pena ver a un joven caballero como usted dejando de lado el preciado sueño nocturno por nada. Tampoco digo que no tenga usted otras cosas que lo mantengan despierto por las noches, según sé. —Al hablar, adoptó una mueca malintencionada que provocó el sonrojo en Derek—. A ver, las cosas son así, *marshal*. O lo está haciendo alguien de fuera o alguien de dentro, si es que alguien está haciendo algo y no es todo una alu-alucinación. Si es de fuera, ¿para qué está la policía? Andan todos vigilantes y el recinto está repleto de agentes ahora mismo. Y si es de dentro, bueno, las únicas opciones somos Greene, Savage y yo, y no sé para qué íbamos a querer ninguno de nosotros perder nuestro puesto de trabajo. Sin embargo, si la señora se divierte con todo esto, pues supongo que no pasa nada. Y si una de estas noches se lleva otro ojo morado como resultado, yo por lo menos no voy a lamentarlo. —Cerró de nuevo los ojos, así que Derek empezó a pensar que se había quedado dormido, pero de golpe, con los ojos aún sin abrir, añadió—: En cualquier caso, *marshal*, yo mismo podría haberle dicho ya que no iba a pasar nada en estas sesiones. Hay una gran diferencia entre estas y las demás. Una gran diferencia.

—¿Cuál? —preguntó Derek impaciente.

Beamish abrió un ojo bastante agotado.

—¿No lo adivina? —respondió con voz pastosa—. La diferencia está en la comp-composición del estrado. Falta Pettigrew. Ya está.

—¿Qué puñetas está usted diciendo? —le gritó enfadado Derek.

—No hace falta montar tanto escándalo, *marshal*. Solo he hecho una observación, ya está. Hay mala sangre entre esos dos… Siempre la ha habido. Se sabe desde hace mucho. Los secretarios lo saben… todo. Es su trabajo, saberlo todo. Mala sangre…

En esa ocasión, Beamish se quedó definitivamente dormido.

Ni el día siguiente ni ninguno de los que vinieron después Beamish hizo ninguna alusión de palabra ni de gesto a ese deshonroso episodio. Derek, por su parte, estaba encantadísimo de que hubiese caído en el olvido; lo que significaba, por supuesto, que permanecería en su recuerdo (junto con aquel breve instante en la estación de trenes) como algo que se negaba a quedar por completo olvidado. Naturalmente, a Hilda no le dijo nada, salvo sugerirle tímidamente, por supuesto, que podrían relajar el sistema de vigilancia, sugerencia que quedó declinada de inmediato.

En todo caso, se demostró que Beamish estaba en lo cierto en lo que a las sesiones de Rampleford respectaba. No ocurrió absolutamente nada que alterase el curso monótono de la justicia. Es decir, nada más allá de dos incidentes, uno tan trivial que en circunstancias normales nadie lo habría notado y el otro tan tardío en el tiempo que casi no podía vincularse a esas sesiones.

Dos días después de las confidencias alcohólicas de Beamish y el día antes de que las sesiones llegaran a término, el vicegobernador civil debía, como siempre, escoltar al juez al tribunal. Al haberse acabado los casos penales, el hombre acudió solo, pero aparte de eso el procedimiento fue calcado al del día anterior. A las diez de la mañana, llegaba puntual el vicegobernador, y Greene lo recibía y lo conducía a una salita de la primera planta, que se utilizaba aparentemente solo para eso. Allí, entablaba una conversación (que con el paso de los días se hacía cada vez menos entusiasta) con Derek y, si decidía aparecer, también con Hilda. Savage, por su parte, se encontraba mientras tanto en la habitación de su señoría, ataviándolo con la peluca, las bandas, la toga y la faja, ese curioso trozo de tela transversal que los iniciados llamaban «el estuche del arma». Tras el oportuno intervalo de tiempo, el juez, con todo el despliegue de su cargo, descendía hacia sus expectantes acólitos. La residencia oficial estaba construida en varios niveles, por lo que el pasillo en el que se encontraba la habitación de Barber comunicaba directamente con la sala de espera a través de un breve tramo de escalones pronunciados. Al bajarlos, el Barbero tenía por costumbre descender con un paso lento y solemne y una expresión ceremoniosa en el rostro, como para enfatizar el hecho de que, aunque en el desayuno, una hora antes, había sido simplemente un caballero anciano bastante irritado, en esos momentos era el juez de comisión representante de Su Majestad. Resultaba evidente que esa pequeña ceremonia le proporcionaba un enorme e inofensivo placer.

Lo que ocurrió en esa ocasión en concreto se puede narrar con mucha brevedad. Al juez le quedaban unos cuatro escalones para llegar al final de su recorrido, con sus guantes blancos de cabritilla en una mano y la otra ocupada en subirse la toga, cuando Hilda, que por casualidad estaba presente, dio un grito repentino de alarma y salió disparada hacia delante mientras su marido perdía pie y entraba de cabeza en la estancia. Durante un momento, pareció que iba a ser un accidente bastante feo, pero la entereza de su esposa evitó lo que habría supuesto una caída muy desagradable para un hombre corpulento de articulaciones rígidas. Así las cosas, Hilda llegó a tiempo de recibir el peso del hombre sobre su hombro y los dos cayeron tambaleándose al suelo, de forma vergonzosa pero ilesos.

El *marshal* y el vicegobernador los ayudaron a ponerse en pie, recuperaron la peluca del juez del suelo y se la colocaron de nuevo en la cabeza, le cepillaron la toga apresuradamente y los presentes soltaron las típicas exclamaciones que se hacen por lo general en ocasiones de desastres menores. Hilda, sin embargo, no exclamó nada. Tras asegurarse de que su marido no estaba herido y de responder con bastante petulancia que ella se encontraba bien, pero su vestido, no, interrumpió con brusquedad el torrente de conmiseración y felicitaciones diciendo firmemente:

—Lo que quiero saber es cómo ha ocurrido esto.

Recibió una respuesta desde el otro extremo de las escaleras, donde Savage había permanecido todo ese rato como espectador del contratiempo.

—Creo que falta la barra para la moqueta en uno de los escalones, señora.

—Pero ¿por qué puñetas va a faltar una barra? —siguió la mujer, acercándose a los pies de la escalera para verlo ella misma.

Nadie estaba en posición de responder a aquello.

—Las barras de las escaleras son cosa peligrosa —comentó el vicegobernador—. Me acuerdo de…

—Señor vicegobernador, si está usted listo, creo que deberíamos irnos —intervino Barber, que no tenía ganas de escuchar recuerdos de accidentes ajenos.

—No creo que vaya a ir esta mañana al tribunal —dijo Hilda.

—Como veas, querida. Supongo que te apetecerá descansar un rato. Debes estar bastante agitada, me temo.

—No. Estoy perfectamente, como ya he dicho. Solo he cambiado de opinión, nada más.

Cuando el grupo salió de la sala, Hilda buscó los ojos de Derek y le dedicó lo que por lo general se describe como una mirada significativa. Derek

no tuvo dificultad en reconocerla, pero por desgracia no fue capaz de determinar exactamente qué significaba. Desde luego, la mujer parecía tener una intención clara, y estar en cierto modo emocionada, pero ¿por qué? Era imposible que se le hubiese metido en la cabeza que ese accidente tuviera algo que ver con la supuesta conspiración contra el juez, ¿no?

Pero resultó que eso era exactamente lo que se le había metido en la cabeza a Hilda. Esa noche, se llevó a un lado al oficial.

—Derek, quiero hablar con usted —le dijo muy seria—. Estuve revisando exhaustivamente las barras de la escalera esta mañana. Están todas colocadas a la perfección. Es muy difícil moverlas. La que falta la quitaron de forma deliberada.

—Pero eso no puede ser —objetó el joven—. ¿Quién iba a querer hacer algo así?

—Eso mismo me estoy preguntando yo —respondió Hilda solemne.

—Bueno, solo puedo suponer que haya sido una criada. Tendrá que quitar esas cosas para limpiarlas, ¿no?

—He hablado con la que limpia. Está bastante segura de no haber tocado las barras de la escalera en el tiempo que llevamos aquí.

Derek, acordándose de los comentarios de Beamish sobre las sirvientas de la residencia, tuvo que admitir para sí que eso sonaba bastante plausible. Trató de calibrar las posibilidades, suponiendo que la asombrosa sospecha de Hilda estuviese bien fundada. La última persona en usar esa escalera había sido, con toda probabilidad, Savage. ¿No se habría dado cuenta el hombre de que faltaba una barra? No necesariamente, quizá, si la había subido. Desde luego, pareció sorprenderse bastante al presenciar la caída del juez desde arriba. Pero ¿era de verdad asombro lo que había mostrado Savage? Costaba recordar la expresión de un hombre *a posteriori*. A lo mejor había algo de peculiar en ella…

—¿Entiende ahora por qué creo que debemos seguir montando guardias? —dijo Hilda—. Ahora sabemos que tenemos que estar preparados para enfrentarnos al peligro procedente tanto de dentro como de fuera. Es una situación horrible y no sé en quién puedo confiar.

De nuevo, a Derek se le vinieron a la cabeza los comentarios de Beamish. ¿«Alguien de dentro» o «alguien de fuera»? Y si era «de dentro», ¿por qué no podía ser Savage como cualquier otro? Pero ¿por qué Savage más que cualquier otro? ¿Qué sabía de verdad Derek de esa gente con la que había estado compartiendo una existencia ambulante durante las últimas semanas? ¿Qué había en realidad tras la taciturnidad de Greene, la humildad de Savage,

la familiaridad de Beamish? ¿O era todo aquello, por usar la expresión de Beamish nuevamente, una alu-alucinación? Desde luego, parecía demasiado absurdo para ser real, los incidentes estaban demasiado desligados unos de otros, la teoría guardaba demasiada poca relación con la vida normal… El único hecho indudable era que la señora se encontraba en un estado nervioso extremo. Y si aquello se alargaba un poco más, el *marshal* no se vería en una situación mucho mejor.

Derek se alegró profundamente de marcharse de Rampleford. Su último día allí se había distinguido —aunque sin mucha algarabía— por una carta de Sheila, en la que la joven le decía que le resultaba «demasiado difícil» explicárselo por carta, pero que si pudieran «verse pronto» se lo contaría «todo». Aquel paso supuso al menos un nuevo tramo en el camino hacia ese momento deseado aunque angustioso, y ni siquiera el hecho de que Beamish describiese lacónicamente Whitsea —la siguiente parada del circuito— como un sitio «temible» impidió que Derek esperase su llegada con impaciencia. Por tanto, supuso un auténtico alivio verse de nuevo en el vagón reservado, mirando por la ventanilla a la inevitable guardia policial y al vicegobernador que, como era su deber, estaba manteniendo alguna conversación, con unos cuantos soldados canadienses por detrás que parecían considerar aquel espectáculo una enorme fuente de divertimento.

El silbido había sonado y el último de los muchos no privilegiados se había embutido en algún hueco del atestado tren cuando un agente de policía apareció corriendo en el andén. Saludó al jefe de policía apresuradamente, le entregó algo y dijo unas palabras inaudibles. El jefe de policía, por su parte, golpeó en la ventanilla del juez, que Derek acababa de cerrar.

—Ha llegado esto ahora mismo desde la residencia oficial, señoría —dijo cuando la ventanilla por fin consintió abrirse de nuevo—. Debieron recibirlo allí tras marcharse usted. Espero que no sea nada importante.

Por la ventanilla, el hombre tendió una carta. El juez la cogió, la abrió y miró el contenido.

—¡Oiga! —gritó airado—. ¿Cómo ha…?

Era demasiado tarde. El tren había echado a andar. El jefe de policía, con la mano en gesto de saludo y una sonrisa fija en la cara, se había quedado ya atrás. El vicegobernador, tras haberse puesto de nuevo (afortunadamente) el sombrero de copa en la cabeza, estaba casi fuera de su vista. Y en las rodillas

del juez había un trozo de papel pequeño, mecanografiado, y un sobre sin sello.

Hilda cogió el papel. No le llevó mucho tiempo leerlo. Decía:

> Que sepas que esta vez no vas a salirte con la tuya tan fácilmente.

Una vez más, Hilda le dedicó a Derek una mirada significativa. En aquella ocasión, era bastante fácil entender qué quería decir.

Capítulo 16
Gas

Whitsea era, como había presagiado Beamish, «temible». Habría resultado imposible imaginar un mayor contraste con respecto a la belleza serena y tímida de Rampleford que aquel puerto de mar sombrío, sin atractivo y, en tiempos de guerra, sumamente ajetreado. En lugar del aislamiento monástico de la casa del canónigo en el recinto, el equipo del juez se alojaba en una adusta mansión victoriana, con habitaciones enormes mal amuebladas que conseguían ser al mismo tiempo frías y sofocantes, y cuyas enormes ventanas de cristal cilindrado daban a un paisaje de chimeneas humeantes de día y aumentaban las perpetuas complicaciones del apagón durante la noche.

De hecho, la negritud fue la principal impresión que Derek tuvo de Whitsea. Por entonces los días eran cortos. El trabajo en las sesiones judiciales era duro y en consecuencia pasaban muchas horas sentados. Barber, que parecía haberse vuelto aún más concienzudo ante la amenaza que se cernía sobre su posición, se quedaba hasta tarde todos los días en un esfuerzo por terminar la lista de casos y nunca se levantaba hasta muy pasado el atardecer. Derek tenía la sensación de que solo veía la luz del sol por las ventanillas del coche del gobernador civil a mediodía, cuando salían a comer del tenebroso tribunal en el que se investigaban delitos aún más tenebrosos. De pronto, envidiaba a Beamish, caminando penosamente bajo la lluvia que caía sin cesar —y es que ¿no era el gobernador un mal bastardo?—, casi tanto como ese atormentado hombre sin duda lo envidiaba a él.

A esas alturas, estaba hartísimo del circuito y de todo lo relacionado con él. Estaba harto del sombrero de copa con el que tenía que cargar a todas partes, harto del frac en cuyos bolsillos nunca le cabía nada de lo que quería llevar. Las ceremonias y formalidades que le habían entretenido tanto al principio le resultaban rancias ya por la repetición. Sabía exactamente cuándo el secretario de las sesiones se perdería en la lectura de los dictámenes de la comisión, conocía todas las modulaciones de la voz de Beamish en el tribunal. Se sabía casi al dedillo la exhortación que el juez dirigiría al primer delincuente al respecto de su obligación de mantener la paz, el desprecio mordaz que reservaba para el estafador, la triste seriedad con la que mandaba

al ladrón habitual a cumplir su décima pena de inútil prisión. Incluso los criminales y sus delitos empezaban a estar envueltos en un aire de semejanza. Las variedades de las fechorías son limitadas, y hombres más viejos y sabios que él han pasado más tiempo en los tribunales de justicia sin darse cuenta de que las variedades de la naturaleza humana no lo son.

Los únicos casos de los que extraía algo de disfrute eran los que contaban con la presencia de Pettigrew. Al menos, en él podía confiar siempre para escuchar algún giro expresivo nuevo, alguna ocurrencia inesperada que aliviase la monotonía. Y las sesiones de Whitsea, por fortuna, eran la tabla de salvación para el ejercicio profesional de Pettigrew. Ahí había empezado por primera vez a dejar su marca y ahí tenía a varios clientes que le seguían siendo fieles. A decir verdad, no hacía tanto tiempo que había albergado con toda confianza las esperanzas de conseguir ser el juez municipal en Whitsea. Sin embargo, cuando el puesto quedó vacante, resultaba que el Ministerio del Interior en ejercicio era el equivocado y ese premio, como tantos otros, se le había escapado.

En la residencia oficial, la vida era casi tan anodina como fuera de ella. Las jovialidades sociales que Hilda había introducido en el circuito en Southington eran cosa del pasado. Casi la primera carta que recibió la mujer al llegar a Whitsea fue de su hermano, y en ella le indicaba muy claramente que su misión con Sebald-Smith había sido un fracaso. El pianista no pensaba aceptar nada por debajo de una cifra ruinosa y sus abogados presionaban cada vez más para acelerar el acuerdo extrajudicial. «Por suerte —escribía Michael—, son una empresa a la vieja usanza y respetable, y creo que están bastante asombrados ante la perspectiva de demandar a un juez del Tribunal Supremo. Si no fuese por eso, ya tendríamos una demanda judicial por delante. De todos modos, me da la impresión de que su cliente los está presionando y solo será cuestión de tiempo que desaparezca el respeto que le tienen a su señoría». Hilda, más que consciente de quién estaba presionando al cliente, emprendió desesperadamente el camino del ahorro estricto. Intentó lo imposible, lo inaudito, y trató de ajustarse a la asignación concedida por el Estado a los jueces de comisión a modo de dietas, e incluso procuró sacar dinero de ahí. Para horror de la señora Square, el nivel de las comidas se redujo hasta un punto que, a sus ojos, quedaba muy poco por encima de la inanición. Hilda tuvo mala suerte, en el sentido de que su necesidad surgió solo unos seis meses antes de que el país entero se viese en esa situación, y lo que un poco después se habría considerado como el mayor de los patriotismos, parecía entonces de tacaños.

Un elemento tradicional de ocio imposible de eludir era la cena que, por imposición de la costumbre, debía dar el juez para el alcalde de Whitsea. Lo que Hilda aguantó esa noche solo lo supo ella. Tenía una doble reputación que mantener: la de la hospitalidad de la magistratura y la suya propia como encantadora y brillante anfitriona, de la que era más que consciente. Resplandecer como debía hacerlo una mujer de la sociedad londinense entre los dignatarios de provincias, ser ingeniosa, tener tacto y mostrarse agradable al mismo tiempo, y a la vez acumular rencor hacia sus invitados por cada bocado que comían y cada gota que bebían, estar sentada en el salón rezando para sus adentros para que su esposo no creyese necesario decantar otra botella de oporto… Todo ello fue una tensión complicada de soportar incluso para su resistente espíritu. Cuando la velada hubo acabado y la compañía se había marchado, confesó tener un abrumador dolor de cabeza.

Por supuesto, el plan de vigilancia seguía plenamente en vigor. Daba la casualidad de que a la mujer le tocaba cubrir el primer turno. Derek, conmovido por las mejillas pálidas de Hilda, aprovechó una oportunidad, mientras el juez estaba ausente de la habitación, y le propuso ocuparse él solo de toda la noche. Aseguró no estar disimulando ningún bostezo, no tener nada de sueño. Pero Hilda negó con la cabeza.

—Estaré bien si puedo tumbarme unas cuantas horas. ¿Le importa, Derek, volver a hacer hoy el primer turno? Llame a mi puerta y despiérteme a las…

—No pienso despertarla a ninguna hora —protestó el *marshal* muy caballeroso.

—Es usted un cielo. —Hilda sonrió—. Entonces, me despertaré yo sola. Me pasa de manera natural ahora. Pero si llego media hora tarde o así, no me lo tendrá en cuenta, ¿no?

Y Derek, con el corazón caldeado por el altruismo bajo su chaleco blanco, le respondió que en absoluto, por supuesto.

En realidad, Hilda no llegó media hora tarde, sino casi una hora y cuarto. Para entonces, Derek estaba, si bien no dormido profundamente según los estándares más estrictos, sí lo bastante para no ser muy consciente de lo que pudiera estar ocurriendo a más de unos pocos metros de él. Aquella noche se había abierto la segunda botella de oporto cuando la expresión vidriosa del alcalde había dejado claro que la reputación de toda la judicatura estaba en juego, y Derek se había bebido su buena ración. Eso contribuyó a convertir las largas y quietas horas en una cruenta lucha contra el sueño en la que este último anduvo muy cerca de salir victorioso. En la primera parte de su vigilia, Derek había estado bastante atento. Por primera vez desde que se le hubiese

impuesto aquella tarea nocturna, notó conscientemente una sensación de aprensión. Tras la última carta anónima, había empezado a creer a regañadientes en los fantasmas que acechaban a Hilda. En su opinión, la cuestión ya no era si iba a ocurrir algo en Whitsea, sino cuándo iba a pasar y qué iba a ser. Y aquella noche en concreto, por ninguna razón en especial, Derek sintió que de algún modo el peligro estaba muy cerca. Pero si ese peligro se materializaba, y cuando ocurriese, ¿estaría él en condiciones de reconocerlo o de combatirlo?

Cuando estaba empezando a preguntarse cuánto tiempo más podría permanecer despierto, se sobresaltó con el sonido de un timbre y con unos golpes fuertes en la puerta. Bajó las escaleras y vio fuera a un agente de policía deferente pero resuelto. En la parte de atrás de la casa se veía una luz y el policía le pedía que se ocupase de solucionarlo de inmediato, por favor.

Derek salió con el agente y, no sin cierta dificultad, encontró el hilito de luz que era la fuente del problema. Procedía de una las pocas habitaciones que hasta entonces no habían supuesto ninguna preocupación: una biblioteca poco usada que contaba con unas sólidas contraventanas. El viento fuerte que soplaba en aquel momento evidentemente había roto los cierres de las contraventanas, así que se habían abierto por la mitad. Dado que la puerta de la habitación, que daba al salón, se había quedado abierta, se reflejaba un poco de luz procedente del rellano de arriba, donde Derek tenía montada su guardia. Una vez aclarado eso, el problema se solventó con solo volver a entrar en la casa y cerrar la puerta de la biblioteca.

Tras darle las buenas noches al agente, Derek regresó a su puesto. Ese pequeño episodio, se dijo, era lo que necesitaba. Así no le costaría nada mantenerse despierto. Nada de nada. Nunca había tenido menos ganas de dormir en su vida…

En el momento en el que la proximidad de Hilda lo despertó, Derek estaba hundido en una silla, delante de su propia habitación, una posición desde la que (con los ojos abiertos) tenía una vista excelente de la puerta del dormitorio de Barber. Con la esperanza de que no se le notara la somnolencia, Derek se esforzó por ponerse rápidamente en pie.

—¡Aquí estoy por fin! —dijo en voz baja Hilda.

Parecía muy recuperada. Tenía las mejillas sonrosadas más que pálidas y lucía indudablemente atractiva con un atuendo que, pese a tener el nombre técnico de negligé, no era en absoluto negligente, ni en su diseño ni en la manera en la que iba puesto.

—Ha sido un detalle por su parte dejarme dormir —continuó—. Debe estar cansadísimo. ¿Todo en orden?

—Sí, sí. No ha ocurrido nada —respondió Derek.

—Bien. No sé por qué, pero esta noche me he sentido especialmente nerviosa.

La mujer avanzó hacia la habitación del juez mientras Derek la seguía, pensando que en todo caso los nervios de Hilda no la habían impedido dormir más que bien. A cierta distancia, Derek oía con bastante claridad la respiración fuerte de Barber, más sonora y profunda de lo normal incluso, pensó. ¡Nada de lo que alarmarse!

Estaba a punto de dar las buenas noches y volver al fin a su cama, cuando vio que Hilda se detenía ante la puerta de su esposo con una expresión peculiar en el rostro.

—Venga aquí un momento, Derek —dijo con voz incierta—. ¿Nota algún olor?

Derek olió. Tenía los sentidos bastante atontados, ya fuera por el sueño o por los efectos del oporto, y no estaba muy seguro.

—Creo… creo que no —murmuró.

Pero Hilda estaba ya en el suelo, con la nariz pegada a la ranura de la puerta.

—¡Gas! —exclamó, levantándose con dificultad—. ¡Sabía que olía a algo! ¡Rápido!

Abrió la puerta de golpe y Derek la siguió al interior de la habitación, que estaba por completo a oscuras.

—¡Siempre duerme con las ventanas cerradas! —dijo enfadada.

La habitación, aparte de la oscuridad, olía considerablemente a cerrado. Sin embargo, en ese momento Derek se hizo consciente además de un olor fuerte muy inconfundible y, entre la respiración estertórea procedente de la cama, pudo oír un siseo continuo y leve que venía del otro lado de la habitación.

Los dos se tropezaron el uno con el otro en mitad de la oscuridad mientras buscaban a tientas la llave de la estufa de gas. Al fin, tras lo que pareció una demora exasperante, Hilda la encontró y el sonido serpentino de siseo cesó. Entonces, Derek fue a la ventana, retiró las pesadas cortinas y la abrió de par en par. Un viento fresco y frío entró en la habitación, llevando con él un rocío de lluvia. Hilda, entretanto, había ido hasta la cama y estaba zarandeando con vigor al hombre dormido.

—¡William! —repetía insistente—. ¡William! ¿Estás bien?

Los ronquidos pararon y, tras una pausa, Derek oyó una voz adormilada decir:

—¿Qué pasa? ¿Qué puñetas pasa? —Entonces, la cama crujió y el juez se incorporó y preguntó de malas maneras—: ¿Para qué está abierta la ventana?

Hilda dio un profundo suspiro de alivio.

—Había un escape de gas. Podías haber muerto.

—¿Sí? —respondió la voz adormilada—. Qué tonto soy. Pensaba que lo había cerrado bien. ¿Ya está solucionado? Gracias, Hilda.

Se oyó otro crujido y el hombre se hundió de nuevo en la cama. Al momento, reanudaron los ronquidos.

Derek y Hilda salieron de la habitación de puntillas con una precaución innecesaria. Fuera, la mujer se dirigió al *marshal*, con los ojos muy brillantes y la respiración agitada.

—¡Gracias a Dios! Hemos llegado justo a tiempo.

—Sí. Qué suerte que haya percibido usted el olor.

Derek hablaba sin pensar, con la cabeza ocupada en la idea de que, si hubiese montado bien su guardia, nunca se habría corrido ese riesgo.

—¿Cree usted que estará bien? —preguntó Hilda ansiosa—. ¿O deberíamos llamar a un médico?

A esas alturas, la mente de Derek empezaba ya a funcionar bien.

—No veo que sea necesario. En realidad, en la habitación no podía haber mucho gas, o nos habría afectado a nosotros también. Y para cuando hemos salido el aire estaba limpio. A lo mejor se despierta con un poco de dolor de cabeza, pero aparte de eso estoy seguro de que no le pasará nada malo. Es raro que no hubiese mucho más gas —continuó, mientras su cerebro asumía la claridad antinatural de la que a veces disfrutan los fatigados—. La llave debía estar muy poco abierta.

—No me he dado cuenta. La he girado todo lo que daba hasta que el ruido ha parado.

—No sé mucho de estas cosas, pero a estas alturas el juez lleva en la cama bastante más de cinco horas. Diría que, si no hubiese cerrado la estufa bien al acostarse, la habitación entera apestaría a gas ahora mismo, aunque hubiese sido por un escape pequeño. Pero cuando entramos el siseo era bastante perceptible…

—Eso significa que la llave se ha tenido que abrir muy poco rato antes.

—Es lo que parece, ¿no cree?

—Que alguien ha entrado en la habitación y lo ha hecho… —La voz de Hilda se alzó ominosa—… Mientras se suponía que debía estar usted

vigilando… Pero estaba durmiendo…

—No estaba durmiendo —objetó Derek.

—Podría haber llegado hasta su puesto sin que se hubiese dado cuenta si me hubiera acercado caminando tan en silencio como ahora. Cualquiera podría haber entrado y salido de la habitación y usted no se habría enterado de nada.

Aquella acusación, Derek bien lo sabía, no estaba lejos de ser cierta, pero viniendo de Hilda, y dadas todas las circunstancias, al *marshal* le pareció de lo más injusta. Eso lo llevó a decir algo de lo que después se arrepentiría.

—No creo que nadie pudiese haber hecho eso. Después de todo, que no haya sido un accidente no quiere decir que no lo hiciese el propio juez.

No tuvo que mirar a Hilda a la cara para saber que estaba profundamente dolida. Tras un silencio gélido, la mujer se limitó a replicar:

—Creo que es mejor que se vaya a la cama y discutamos esto bien por la mañana, cuando… cuando esté usted más centrado.

Sin añadir ni una palabra más, Derek se fue a su habitación, aunque tardó un poco en dormirse. Todo aquel episodio le preocupaba bastante, mucho más, de hecho, que cualquier otra cosa que hubiese pasado antes en la accidentada historia del circuito. Ahí, por primera vez, había algo que no podía desdeñarse como una mera amenaza o una broma vulgar. Solo podía explicarse como un intento deliberado de asesinar al juez. Si Hilda no hubiese entrado en escena cuando lo hizo y no hubiese detectado el olor del escape de gas, el hombre se habría asfixiado. Derek siempre se había mostrado reacio a creer en la posibilidad de un peligro auténtico, y esa sensación, además de su deseo de excusar su indiscutible descuido como guarda, lo había llevado a hacer aquella impulsiva sugerencia de intento de suicidio; una sugerencia en la que no creía en realidad.

No obstante, si de verdad había sido un intento de asesinar a Barber, había que enfrentarse al hecho de que lo había perpetrado algún miembro de la casa. La residencia estaba bien custodiada y las posibilidades de que hubiese entrado alguien de fuera eran muy escasas. Volvió a hacer un repaso de los hombres a los que tanto había visto y de los que sabía tan poco. Vincular a cualquiera de ellos con un delito que, por no decir más, les supondría la pérdida inmediata de unos trabajos especialmente confortables y cómodos parecía, de entrada, algo absurdo. Además, recordó que Beamish (sospechoso número 1, como seguro que lo habría bautizado su novelista de detectives favorito) conocía a la perfección el plan de vigilancia en boga. ¿Era probable que, en ese caso, hubiese corrido el riesgo de que lo pillasen en el acto,

cuando en el desarrollo normal de su trabajo tenía innumerables oportunidades mucho mejores de intentar cometer el asesinato?

En ese momento, a Derek se le pasó por la cabeza una curiosa teoría. ¿Y si Beamish se había colado en la habitación de Barber y había abierto el gas, no con intenciones asesinas, sino sencillamente como una broma macabra, para demostrar la ineficacia de la vigilancia del *marshal*, con intención de volver después para cerrarlo y reírse del centinela somnoliento? Por fantástica que fuese, la idea parecía ajustarse a lo que Derek conocía del malicioso sentido del humor de Beamish. De ser así, la inesperada aparición de Hilda había arruinado la broma. Decidió vigilar de cerca a Beamish al día siguiente para ver si se le escapaba alguna información sobre los acontecimientos de la noche.

Pasó a darles otra vuelta a Savage y a Greene y le molestó comprobar que sus personajes, como potenciales asesinos, seguían igual de vacíos en su cabeza. Concluyó que en adelante debía cultivarlos y hacer un estudio de ambos como individuos, aunque no tenía la menor idea de cómo proceder. Pensó que a la señora Square quizá había que dejarla directamente fuera de la ecuación. No hacía falta más que mirarla para ver que no era la típica mujer que sale de su cama a las tres de la madrugada para asesinar a nadie, ni para ninguna otra cosa, salvo caso de obligación extrema. Ya solo quedaba un sospechoso: Hilda. Ahí se le ocurrió otra idea aún más disparatada: que Hilda hubiese abierto el gas en la habitación de su esposo meramente para tener la satisfacción de «descubrir» el peligro y evitarlo. Aparte del placer de demostrar la necesidad de hacer guardias por las noches, Derek no lograba concebir ningún propósito para hacer algo así, aunque estaba bastante preparado para reconocer que esa mujer podía tener motivos que se escapasen a su comprensión. Quizá estuviese un poco loca y esa locura hubiese adoptado la forma de inventar toda la historia de un complot contra el juez, urdiendo además los incidentes que la respaldasen. Al fin y al cabo, la manía persecutoria era una anormalidad reconocida y aquello podía ser una forma inusual de dicha aberración, nada más. Derek pasó un rato jugueteando con esa idea y durante un momento casi creyó haber encontrado la clave del misterio. Pero al poco entendió que no podía ser. Había visto el rostro de Hilda en el momento de probar el bombón envenenado y la había visto también justo después del asalto en Wimblingham. Ninguno de esos dos infortunios se los había inventado. De eso estaba bastante seguro.

El *marshal* se dio por vencido. Cuando al fin se estaba quedando dormido, se le ocurrió algo más. Si alguien de fuera, el inspector Mallett, por ejemplo,

se pusiera a investigar el intento de intoxicación por gas del señor juez Barber, la lista de sospechosos incluiría un nombre añadido a los que él acababa de repasar: el de Derek Marshall. Y eso, curiosamente, le pareció la idea más fantástica de todas.

Capítulo 17
Reflexiones

Hilda no cumplió del todo su promesa, o amenaza, de hablar sobre los incidentes de la noche a la mañana siguiente. De hecho, resultó curioso que, como continuidad a aquel suceso, ninguna de las tres personas implicadas mostrase disposición alguna a mencionarlo. Que Derek estuviera o no en lo cierto al profetizar un dolor de cabeza para el juez fue algo que no pudo determinarse por la conducta de este último. Desde luego, el juez se mostró bastante melancólico en el desayuno, pero poco más de lo usual. También fue imposible definir si guardaba algún recuerdo de que lo hubiesen despertado en mitad de la noche para decirle que estaba en peligro de intoxicarse por gas. En consecuencia, la mesa del desayuno se convirtió en el escenario de una extraña y pequeña conspiración de silencio, con dos de los conspiradores preguntándose si el tercer miembro del grupo era de verdad un compañero de conspiración o no.

Sin embargo, durante un día especialmente aburrido en el estrado, Derek (en los intervalos entre una hojeada y otra al Primer Libro de Samuel) se había entretenido en cavilar más sobre todo el asunto y, como resultado, había decidido hablar con Hilda esa tarde. Empezó la conversación en cierto modo incómodo, acordándose de los términos en los que habían interrumpido la discusión en las primeras horas de la mañana.

—Hay algo que quería contarle sobre anoche. Siento mucho haber…

—Siento mucho haber… —dijo Hilda al mismo tiempo.

Los dos se echaron a reír y el hielo se rompió sin ninguna duda.

A Derek le parecía imposible permanecer mucho tiempo enfadado con Hilda. Asimismo, se sintió bastante agradado, de un modo un tanto infantil, por ver que ella ya no estaba enfadada con él.

—Ocurrió algo antes de que usted llegara que no le mencioné —continuó Derek—. No me pareció importante en el momento, pero lo he estado pensando y creo que puede serlo.

Pasó entonces a relatar la visita del agente de policía y su descubrimiento de la contraventana defectuosa en la biblioteca. Hilda estaba perpleja.

—Qué fastidio. Tendremos que ocuparnos de que arreglen la contraventana, claro. Pero no veo qué puede tener esto que ver con lo que pasó en la habitación del juez. No creerá que alguien pudo haber entrado en la casa por ahí, ¿no? Si es así, ¿cómo subiría las escaleras sin que usted lo viese?

—No, estoy bastante seguro de que nadie entró por ahí. Las ventanas de la biblioteca estaban cerradas y el cerrojo estaba intacto. Pero ¿qué impedía que alguien entrase por la puerta principal mientras yo estaba detrás con el policía? Tuve que dejar la puerta abierta, porque no llevaba la llave encima.

—Entiendo —reflexionó Hilda dubitativa.

—Suponga que alguien hubiese estado rondando por ahí, esperando tener la remota posibilidad de entrar. Bien podría haber aprovechado ese momento.

—Es posible, sí, supongo —dijo Hilda claramente nada convencida. Se quedó pensando un momento; de pronto su expresión perpleja se aclaró y dijo con brusquedad—: ¡No! Tengo una idea mucho mejor. Era una contraventana exterior, ¿verdad? ¿No es mucho más probable que ese hombre rompiese el cierre de forma deliberada para que se viese la luz? Sabría que eso llamaría la atención del agente y lo apartaría de la puerta principal, dándole la oportunidad que esperaba.

—Y yo hice de esa oportunidad una posibilidad clara al salir y dejar la puerta abierta. Tiene razón, Hilda. Quien fuese habría tenido tiempo de sobra para subir, bajar y marcharse antes de que yo volviese. ¿Entiende lo que esto significa? Llevo horas preocupado, preguntándome quién de la casa podría haber hecho algo así. Ahora es obvio que, después de todo, no tiene que ser por fuerza alguien de dentro.

—Y sigue habiendo por ahí alguien suelto tratando de matar a mi esposo —dijo Hilda en tono amargo—. ¡Demasiado para Scotland Yard! En cualquier caso, es un peso que me quito de encima, en cierto modo. No resulta muy agradable verse movida a creer que alguien de la casa es sin más remedio un criminal o un maniaco. Aunque no me voy a dejar llevar por su teoría, Derek. Después de todo, no hay ninguna prueba de que ocurriera del modo en el que usted sugiere. Debemos seguir montando guardia en todos los sentidos, y ahora más que nunca.

—Entretanto, supongo que querrá poner este asunto en manos de la policía.

Hilda negó con la cabeza.

—No. Comprendo que eso supone más trabajo y más ansiedad para nosotros, pero no podemos hacer eso.

—Pero sin duda alguna, si como usted dice hay alguien por ahí suelto tratando de matar al juez, tenemos que hacer lo posible por protegerlo.

—Lo sé, aunque he estado dándole vueltas igual que usted al asunto y hay una gran objeción para contarle a la policía esto en concreto de la que no se ha percatado. Si lo hacemos, ¿qué cree que sería lo primero que harían?

Derek llevaba leídas a esas alturas suficientes declaraciones de testigos para tener cierta idea de cómo trabajaba la policía.

—Supongo que empezarían a tomarles declaraciones a los testigos.

—Exacto. ¿Y cuál sería la primera persona a la que se acercarían en busca de su declaración?

—Al juez, supongo.

—Exacto.

—Desde luego, no sabemos si podría decir algo al respecto —siguió Derek algo confuso todavía—. A no ser que le haya contado a usted…

—No, no me ha dicho nada. Lo más probable es que no recuerde absolutamente nada de lo que pasó anoche.

—Entiendo. Y claro, no quiere generarle ansiedad contándoselo.

—Sí —respondió Hilda lentamente—. Está eso, por supuesto. Pero hay otra razón más por la que no quiero que la policía se pasee por aquí tomando declaraciones sobre este asunto. Supongamos, después de todo, que sí se acuerda… Que se acuerda de todo.

—No la entiendo bien.

—¿No? Ojalá sí, Derek, porque me resultaría algo más fácil. Verá, anoche hizo usted una sugerencia con respecto a cómo podría haber pasado esto. Yo me mostré bastante grosera en ese sentido, lo siento. Pero supongamos, y es solo un decir, que tenía usted razón, que mi esposo de verdad quería… ¡Ay, Derek! No hace falta que lo diga claramente, ¿no?

La mujer estaba al borde del llanto. Derek, incomodísimo ante aquel espectáculo, se vio en la embarazosa situación de tener que consolarla de forma apresurada.

—Mire, yo no creía de verdad en lo que dije anoche. Solo estaba molesto porque usted dijese que me había dormido… Y es que me había dormido, o casi. Por favor, no se lo tome en serio. Nunca he pensado que el juez intentara suicidarse. Después de todo, no hay la más mínima razón para suponer que haría algo así.

—Gracias, Derek —dijo Hilda secándose los ojos—. Es muy bonito por su parte decirme eso. Pero me temo que no es tan fácil obviarlo sin más. Verá, usted no conoce tan bien como yo a mi esposo. —Esbozó una sonrisa

lánguida—. Tampoco es muy sorprendente que sea así, ¿no? Qué situación más extraña. Solo nos conocemos desde unas semanas y ahora me encuentro en la tesitura de tener que contarle cosas que nunca pensé que hablaría con nadie. Bueno, no sirve de nada andarse por las ramas. Lo que pasa es que yo sí creo que mi esposo es un hombre que, en algunas circunstancias, podría querer suicidarse. —Derek estaba a punto de decir algo, pero Hilda lo detuvo con un gesto—. Ahora que he empezado, debe dejarme continuar. Verá, como habrá comprobado usted mismo, William es un hombre muy orgulloso, sumamente orgulloso de su persona y de su posición. Sabe usted bien el riesgo que corre ahora mismo de perder esa posición por lo ocurrido en Markhampton; quizá no pase, pero el peligro está ahí y es muy real. Mi esposo ha estado terriblemente preocupado por eso, aunque no lo haya demostrado de forma abierta. Y eso, añadido a las preocupaciones que este otro asunto debe haberle causado, quizá lo haya llevado a… No sé. Es muy complicado adivinar lo que de verdad le pasa por la cabeza. En muchos sentidos, es un hombre muy reservado. Le acabo de decir, Derek, que no lo conoce usted tan bien como yo, pero al pararme a pensarlo, empiezo a plantearme si alguna vez lo he conocido en realidad.

Para Derek, con su corta experiencia en las veredas del mundo, supuso un cierto impacto darse cuenta de que existía la posibilidad de que dos personas viviesen juntas durante años y aun así desconociesen en lo esencial la verdadera naturaleza la una de la otra. Espontáneamente, la imagen de la Sheila ideal le apareció en la cabeza. Pensó en lo diferente que sería la perfecta comunión entre mente y alma de su matrimonio con ella.

—¡Bueno, pues eso! —concluyó Hilda, con un repentino aire de luminosidad no del todo convincente—. Yo ya he dicho lo que tenía que decir, porque era necesario decirlo, aunque no hace falta que se lo tome muy en serio. Ahora, debemos apresurarnos los dos si no queremos llegar tarde a la cena.

Derek estudió al juez con interés esa noche. En realidad, podía afirmarse que lo estaba mirando de verdad por primera vez. Al final de su escrutinio, debía admitir que no había descubierto nada en la apariencia de aquel hombre que sugiriese ninguna disposición a suicidarse. Desde luego, igualmente debía admitir que no tenía una idea muy clara sobre el aspecto normal de un suicida en potencia. Sin embargo, por lo que podía juzgar, no había nada que destacase en ese hombre más allá de que la taciturnidad que se había hecho habitual en él quizá tuviese una capa de grosor más de lo normal.

No obstante, Hilda, de quien se podía presumir que sería mejor juez en este sentido, evidentemente pensaba de otro modo. Su ansiedad se manifestó en un decidido intento de animar a su señoría, que al final resultó tener éxito. Era la primera vez en muchas semanas que Derek la veía poner en práctica sus dotes sociales con su esposo y le pareció un espectáculo cautivador. Dedicando a esa tarea cada gramo de tacto y encanto que poseía, poco a poco Hilda logró disipar la tristeza que envolvía al juez. Hacia el final de la cena, Barber, para su propia y obvia sorpresa, hablaba por los codos y estaba casi animado. Derek, que se había visto contagiado por el torrente de chismorreos, comentarios y alusiones de Hilda, de manera que sin saberlo había contribuido en no poca medida al éxito de aquel intento, se dio cuenta de repente de que él también estaba disfrutando de verdad de la velada. Mientras se tomaba el café después de la cena y escuchaba una anécdota judicial que, pese a ser muy técnica, no carecía de entretenimiento, pensó que, en realidad, si todas las noches del circuito fuesen así no tendría ningún motivo de queja. Savage entró para llevarse la bandeja del café y, antes de hacerlo, llenó la chimenea con brasas del carbón de la Whitsea Corporation. Un suave brillo empezó a extenderse incluso por el frío espacio del salón. El juez sacó un puro y se puso a comentar con entusiasmo lo inexpugnable de la línea Maginot.[16] Hilda, tras haber cumplido su propósito, se había quedado en silencio. Por el rabillo del ojo, Derek percibió que parecía cansada pero contenta. Le gustó ver que le tenía la mano cogida a su esposo. Fue un momento de paz y confort.

Al mirarlos entonces, a Derek le parecía imposible haber estado, solo un rato antes, discutiendo en serio con uno de los componentes de la pareja la posibilidad de que el otro se suicidase. Después de todo, pese a lo que dijera Hilda, la gente no se suicidaba; es decir, la gente que uno conocía. Pero si el suicidio parecía una idea ridícula, allí sentados, en mitad del esplendor victoriano de la residencia oficial de Whitsea, aún más absurdo resultaba pensar que aquel hombre largo y lacio, que se estaba fumando un puro al otro lado de la chimenea, pudiera estar en peligro de que lo asesinaran. Al fin y al cabo, el asesinato era una de esas cosas que, sencillamente, no ocurrían, nada más que en los libros y en los periódicos. El hecho de que desde el comienzo del circuito Derek hubiese asistido a tres o cuatro juicios por asesinato no alteraba ni un ápice su convicción. La gente del banquillo no era real, es decir, no era gente normal. Si no, ¿por qué iban a estar allí? Y, con respecto a sus desafortunadas víctimas, de cuyos restos mutilados la policía mostraba

fotografías con tanto deleite… Por suerte, y para tranquilidad de Derek, esas personas seguían siendo fotografías.

La mejora del ánimo del juez, conseguida a costa de tanto esfuerzo, no duró mucho. Durante el resto de las sesiones judiciales, volvió a mostrarse distante, pontificio e irritable. El último día de trabajo en Whitsea, Barber se permitió caer en un altercado bastante gratuito y de algún modo penoso con Pettigrew durante la vista de una demanda de divorcio sin comparecencia del demandado. Derek nunca llegó a entender del todo de qué iba el asunto (salvo que guardaba relación con una de esas normativas totalmente artificiales sobre pruebas que son el elemento natural de los auténticos juristas), pero partiendo de una leve diferencia de opinión la trifulca se terminó convirtiendo en lo que la prensa local del día siguiente describió inevitablemente como un «espectáculo». Por una vez, Pettigrew perdió por completo sus típicos aires de deferencia irónica. Levantó la voz, se le enrojeció bastante el rostro, interrumpió a su señoría sin ninguna ceremonia y, cuando se hubo dictado la sentencia en su contra, dio un golpetazo con el expediente en su mesa y salió del tribunal sin la más mínima pretensión de hacer una reverencia hacia el estrado. No es que le faltasen excusas, pues se le había tratado con la descortesía más clamorosa, pero fue un arrebato sorprendente para un hombre de su temperamento, por lo general contenido.

Aparte de ese desafortunado incidente, hubo pocos momentos dignos de registrar durante los últimos días en Whitsea. Arreglaron la contraventana de la biblioteca y no hubo más quejas de la policía. Los vigilantes nocturnos añadieron a su rutina un husmeo ocasional bajo la puerta del juez, sin nunca llegar a detectar de nuevo el menor trazo de un escape de gas. No aparecieron más indicios de peligro que alterasen la monotonía de los días y las noches de la casa.

Un efecto de los acontecimientos posteriores a la cena en honor del alcalde y del Ayuntamiento, y que Derek agradeció, fue que Hilda y él se acercaron más. Aunque el tema de conversación de aquella ocasión nunca se volviese a mencionar, la confidencia hecha y recibida cuajó hasta convertirse en un vínculo entre ambos. De pronto, Derek hablaba con ella tranquilamente sobre cualquier tema y casi en términos de igualdad, una experiencia bastante nueva para él. Ya no se asombraba ante el mayor conocimiento que Hilda tenía del mundo. De un modo bastante repentino, Derek se percató de que, por fin, después de mucho, había madurado. Sin embargo, aunque se viese en

esa nueva posición de confianza con ella, seguía tratándose, en jerga diplomática, de una confianza unilateral. Ni una sola vez el joven se sintió inclinado ni en lo más mínimo a desahogarse con respecto a su propia relación romántica. Con una recién hallada facultad de percepción, entendía con mucha claridad que, aunque Hilda tenía una amplia variedad de intereses, había algunas cosas que no le interesaban en absoluto, y entre esas cosas estaban las demás mujeres.

Derek disfrutaba cultivando su amistad con Hilda especialmente porque ya no se veía sometido a las confianzas no tan agradables que Beamish se tomaba con él. Por algún motivo u otro, la actitud del secretario hacia él y hacia el resto de aquel pequeño universo había experimentado un cambio notable. Hasta entonces, y pese a sus defectos, Beamish había sido una persona siempre animada, o en cualquier caso serena, en apariencia alentada frente a todas las dificultades por un sentido de importancia de su propia persona. No obstante, conforme avanzaron las sesiones judiciales de Whitsea, quedó patente que Beamish estaba agobiado y demacrado hasta un punto que no se explicaba solo con las humillaciones que le imponía el gobernador civil. Pasó a mostrarse inusualmente taciturno y permanecía muchísimas horas solo en su habitación. Derek sospechaba que bebía bastante, aunque si así era, la bebida no tenía en él el efecto apaciguador que Derek había observado antes. A decir verdad, el temperamento de Beamish se había deteriorado de forma considerable. No perdía oportunidad de responderles de malas maneras a Savage y a Greene y se complicaba la existencia manteniendo disputas menores enconadas con el secretario de las sesiones. A Derek no le había gustado nada que Beamish se mostrase ostensiblemente amistoso y condescendiente. Sin embargo, al verlo de aquella nueva guisa, y de forma inesperada, le dio pena aquel hombre. Resultaba tan evidente que su mal humor se debía a algún motivo oculto de infelicidad y preocupación que Derek casi deseaba estar en posición de consolarlo, o al menos de hablar con él sobre sus problemas. La oportunidad que había tenido de entrever la frustración y la insatisfacción subyacentes al matrimonio de Hilda le había generado un sentimiento general de caridad hacia el mundo en su conjunto, y desde luego le hacía daño ver a ese hombrecillo engreído y confiado tan obviamente presa de la desdicha.

Como era natural, Hilda tampoco permaneció ajena al cambio de carácter de Beamish, aunque su actitud al respecto era muy distinta a la de Derek. Para Hilda, Beamish sencillamente era una persona desagradable que con aquel cambio añadía un malísimo temperamento al resto de sus faltas. Esa ausencia

de caridad por parte de la mujer le daba a Derek un cierto sentido de superioridad, de carácter mojigato, aunque no por ello menos satisfactorio. En líneas generales, la creciente percepción del pequeño drama en materia de relaciones humanas vivido en la residencia oficial mantuvo a Derek más interesado y entretenido de lo que había esperado y, para él, la última semana de sesiones en Whitsea en ningún modo fue lo menos interesante del circuito. De todas formas, estaba ansioso por regresar a Londres y acabar con aquella servidumbre, con el mismo entusiasmo con el que un colegial espera la llegada de sus vacaciones.

Capítulo 18
Rex contra Ockenhurst

Con mucho trabajo propio y exigiendo además un esfuerzo similar a todos los de su alrededor, Barber logró acabar las sesiones judiciales de Whitsea antes de la fecha prevista para el comienzo de las de Eastbury. Así las cosas, al juez le pareció necesario saltarse el «día de viaje», que debería haberse consagrado a la tarea de transportar toda la parafernalia de la justicia de un condado al otro. Según los comentarios de los oficiales del circuito, eso suponía una ruptura de la tradición que difícilmente podía justificarse alegando exigencias bélicas. Las dos ciudades distaban menos de treinta kilómetros y estaban en la misma línea del ferrocarril. Por tanto, no era una proposición del todo imposible acabar el trabajo en Whitsea un día y reanudarlo al día siguiente en Eastbury. En cualquier caso, todo el mundo, desde el secretario de las sesiones hasta el asistente del oficial, estuvo de acuerdo en que, por principios, oponerse el día de viaje significaba atacar el alma misma de la justicia inglesa. Derek, al escuchar esas opiniones vertidas de forma tajante por personas con experiencia, no pudo más que concluir que había buenas razones para justificarlas, aunque no fingió entender cuáles eran.

Eastbury es una ciudad comercial modesta, el centro de un condado pequeño y aletargado. Su lista de delitos penales suele ser igual de modesta. Al encontrarse al final del circuito, las sesiones judiciales de Eastbury se asemejan a la naturaleza de un entremés ligero que complementa la comida judicial servida en Rampleford y Whitsea, copiosa y a menudo indigerible. Resulta al mismo tiempo inapropiado e inusual concluir un circuito judicial con la ciudad en la que habrá de esperarse la menor cantidad de trabajo. El Circuito del Sur está naturalmente de lo más orgulloso de hacer las cosas de un modo distinto a los demás y ha resistido con firmeza a cualquier intento de alterar su disposición.

No obstante, en esa ocasión, la lista de delitos de Eastbury, pese a ser tan breve como siempre, era cualquier cosa menos modesta. Solo se componía de tres casos, pero uno de ellos bastó para prolongar el periodo de las sesiones hasta una inaudita duración de cuatro días. Fueron cuatro días de intenso interés para quienes estuvieron presentes y de una incomodidad igual de

intensa. El tribunal, pese a estar diseñado para encajar en el volumen de trabajo que se le preveía, era diminuto. El estrado, la zona para el jurado, el banquillo de los acusados y la zona de los testigos se apiñaban entre las cuatro paredes de un cuadrado hueco en el que los abogados de ambas partes se daban empujones con los asesores y entre ellos mismos, y maniobraban intencionadamente hacia la esquina desde la que se podía interrogar a un testigo sin darle la espalda al jurado. En los bordes externos del cuadrado, el resto de quienes se veían obligados a acudir por deber o apetencia se sentaba en diversos grados de sufrimiento, en su mayoría, sobre bancos duros sin respaldo.

En esa ubicación, durante tres días y medio, John Ockenhurst se sometió a juicio por el asesinato del amante de su esposa. El caso nunca atrajo demasiada atención. Posiblemente, si el espacio destinado a los caballeros de la prensa hubiese sido menos exiguo, o si Ockenhurst hubiese tenido una mejor posición social, se habría informado más al respecto, incluso en mitad de una guerra. Sin embargo, para la población de Eastbury y alrededores, aquello era de un interés apasionado, así que el diminuto tribunal estuvo repleto hasta el punto del agobio desde el principio hasta el final del juicio. En el pueblo en el que trabajaba el preso como herrero, de hecho, ese interés ha sobrevivido al juicio y a su protagonista; y pasarán muchos años hasta que un visitante pueda dejar de confiar en desencadenar una airada discusión en el bar de su pensión con tan solo preguntar si fue justo o no colgar a Ockenhurst.

La historia que *sir* Henry Babbington, consejero del rey, planteó para exponer los detalles de la acusación en nombre de la Corona la tarde del primer día de las sesiones era sencilla y melodramática. *Sir* Henry, que tenía ya de por sí tendencia al melodrama, la relató con una fuerza impresionante. En aquel pequeño recinto, toda modulación de su preciosa y resonante voz, toda fugaz expresión de su semblante móvil, cobraba pleno valor. Cualquiera que lo estuviese escuchando y pudiera resistir el encantamiento tanto como para desplazar su mirada a Pettigrew, sentado en la esquina, con la peluca algo abombada de forma que casi le tocaba la nariz arrugada, debió sentir cierta compasión por aquel hombre que tenía que batallar con un oponente de ese calibre y que había de enfrentarse a una causa tan abrumadoramente potente.

Desde luego, Pettigrew tenía motivos para estar preocupado. No le daba ningún miedo Babbington, en absoluto; lo conocía y le caía bien, y había estudiado a menudo sus puntos débiles. Sin embargo, sí le tenía mucho miedo a la vía que la defensa se veía obligada a seguir, y no menos porque creía en

su veracidad más que solo a medias. «En general, a veces no está tan mal que un joven crea en la inocencia de su cliente», le había dicho un sarcástico abogado de mayor rango cuando él estaba recién llegado a la abogacía. Pettigrew ya no era joven y sentía que aquella, sin duda, era una de esas ocasiones en las que habría preferido poder estar bastante seguro de que su cliente se merecía una condena. Dado que sabía juzgar un caso mejor que la mayoría, era consciente de que las apuestas estaban en su contra y no le hacía ninguna gracia sentir que, en ese caso, existía la posibilidad de que declarasen culpable a un hombre inocente.

—Para terminar, miembros del jurado —estaba diciendo Babbington—, la acusación demostrará ante ustedes que la víctima de este crimen estuvo entregado durante un largo periodo de tiempo a una pasión ilícita hacia la esposa del preso; que el preso tenía una sospecha considerable de que eso estaba ocurriendo, si no lo sabía explícitamente; que el acusado había amenazado al fallecido en más de una ocasión; y que la noche de los hechos encontraron al fallecido en la calle, frente a la puerta trasera de la casa del preso, apuñalado en la espalda con un arma fabricada por el propio acusado en su propia herrería. Escucharán ustedes los testimonios, que no es necesario que recapitule ahora, y que relatarán los sonidos y las voces oídos por los vecinos el día de la tragedia. Entrarán a considerar, y sopesarán detenidamente, las declaraciones hechas por el preso a los agentes de policía que se ocuparon de la investigación de este crimen, declaraciones que, me veo obligado a sugerir, son al mismo tiempo ambiguas y contradictorias. Y teniendo en cuenta todo esto y el resto de las cuestiones, les tocará decidir, cuando se hayan expuesto todas las pruebas por ambas partes, si la acusación ha logrado cumplir con su deber de convencerles de los fundamentos que basan este grave delito.

»Y ahora, con la ayuda de mi distinguido colega, pasaré a llamar a los testigos.

—Creo que este sería un buen momento para levantar la sesión —intervino Barber, mirando el reloj.

—Como guste su señoría.

Pettigrew no se había esperado otra cosa, pero de todos modos blasfemó en silencio susurrando para sí, mientras el juez explicaba al jurado que, pese a que según el sistema implantado a causa de la guerra tenían permitido regresar a sus casas durante el transcurso del juicio, estaban obligados por motivos de honor a no hablar del caso con nadie. Pettigrew sabía muy bien, nadie mejor, cuál era el efecto anodino que producía llamar, nada más

concluir la exposición inicial del abogado, a los dos o tres testigos formales que siempre iban primero, y cómo la discusión prosaica sobre las fotografías y los planos habría rebajado de inmediato la atmósfera emocional engendrada por las exquisitas frases de Babbington. Si el Padre William hubiese consentido continuar con la sesión otros veinte minutos, los miembros del jurado se habrían marchado con una vaga sensación de anticlímax, con la percepción de que la causa que tenían ante ellos, pese a estar ligada a la vida y a la muerte, era, como la mayoría de la vida misma, algo básicamente rutinario. Tal y como se sucedieron las cosas, el jurado iba a salir del tribunal con el eco de esa preciosa voz resonándole en los oídos y a la mañana siguiente regresaría con una opinión firme sobre el caso, quizá fijada ya de manera irrevocable. «¡Seguro que no lo sabías, ¿eh, gañán?!», dijo Pettigrew para sí, mientras se inclinaba con respeto ante la figura en retirada de Barber. En eso, había sido injusto. El juez solo estaba pensando en tomar el té.

Cualquiera que desee leer un informe completo del caso Rex contra Ockenhurst deberá buscarlo en los expedientes del *Eastbury Gazette and Advertiser*, donde se recoge palabra por palabra. Basta con decir aquí que los testimonios aportados ante el tribunal confirmaron todo lo que *sir* Henry había dicho en su exposición inicial y —dado que el abogado de la acusación era bien consciente del valor de la sutileza— también buena parte de lo que se había dejado sin decir o solo se había insinuado por encima. El joven Fred Palmer, a quien Alice Ockenhurst había recurrido cuando se había cansado de los continuos malos tratos e infidelidades de su esposo, sin duda había sido asesinado. El arma utilizada era peculiar: la hoja de un cuchillo viejo introducida con bastante habilidad en un mango de hierro para crear una daga pequeña y eficaz; no faltaban tampoco evidencias de que ese trabajo lo había hecho el propio Ockenhurst en su forja. Había pruebas asimismo de una amarga pelea entre el preso y su esposa, oída por los vecinos la tarde previa a la noche de la muerte de Palmer. Tan amarga fue que, según alegaba la acusación, la mujer huyó de la casa temiendo por su seguridad, y fue en su ausencia cuando Palmer, que acudió a la casa a la hora en la que normalmente Ockenhurst estaba en el *pub*, se encontró con el marido en vez de con su amante, enloquecido por los celos y armado con la daga de fabricación casera.

—Lo cierto es que no me suena muy a verdad —le había dicho Pettigrew en una reunión al asesor que lo instruía—. Sé que nuestro cliente es un mal bicho y no descartaría que fuese capaz de matar a alguien. Pero ¿qué hace un herrero con un estilete, como si fuese un sicario italiano? ¿Por qué no usó uno de sus martillos o algo más acorde a él?

—Parece extraño, sí. Pero no podemos pasar por alto el hecho de que fue él quien fabricó esa cosa. Y la explicación que da al respecto es increíblemente floja.

—Tan floja que tiendo a creérmela. Dice que vio una daga colgada en una tienda de antigüedades que valía diez libras, y como no tenía ni un penique por el poco trabajo que le llegaba a la forja, pensó que podía fabricar una parecida y hacerla pasar por una antigüedad auténtica. Es el tipo de imbecilidades que se le habrían ocurrido a un cenutrio como él. Pero ¿qué va a hacer con eso un jurado?

—Por lo que conozco a los jurados de este condado, temo que dirán: «Si Jack Ockenhurst no mató a Fred Palmer con ese cuchillo, ¿nos pueden decir quién lo hizo?».

Cuando Alice Ockenhurst, pálida, hermosa e inesperadamente distinguida en apariencia, concluyó su declaración como testigo principal, llegó el momento de que Pettigrew respondiese a esa pregunta tácita. Y la respuesta, facilitada por un contrainterrogatorio tan cortés como pertinaz, demostró ser la auténtica sensación en el juicio. Al principio, la deriva de las preguntas no había quedado del todo clara. El jurado estaba sencillamente perplejo y esa era la intención. Sus miembros se dieron cuenta, pregunta tras pregunta, de que la señora Ockenhurst no era tan transparente como la habían pintado, de que había tratado mal a su esposo y quizá también a Fred Palmer. De hecho, si todo lo que se estaba sugiriendo sobre ella era cierto, la mujer se había tomado muy a la ligera a Palmer. El caballero estaba empezando a ver que era una mujer frívola y que quería deshacerse de él para juntarse con otro. Desde luego, aquello parecía arrojar una luz muy distinta al asunto, pero aun así…

—¿Está usted sugiriendo, señor Pettigrew, que esta testigo asesinó al fallecido? —preguntó su señoría de repente.

Desde el punto de vista de la defensa, esa pregunta era incorrecta y se planteó en el momento inoportuno y con el tono de voz inadecuado. Con ella, un plan de campaña ideado con muchísimo trabajo y ejecutado hasta ese momento con gran habilidad quedaba violentamente desbaratado. Pettigrew se había entregado a infundir en las mentes de los miembros del jurado, con dosis lentas, una sospecha que quizá los condujese a una duda razonable respecto a la culpabilidad de su cliente. Antes o después, habría que plantear la acusación contra la esposa, pero no hasta haber minado la compostura de la mujer mediante una multitud de ataques hábilmente diseñados, hasta haber debilitado su reputación con un montón de reconocimientos forzados sobre cuestiones menores. Para entonces, el jurado habría estado preparado para

creer lo peor de una mujer ya expuesta como una persona despreciable. Pero en esos momentos, aquella acusación pura y dura, vertida ante sus ojos sin más, obviamente impactó y asustó a todo el jurado.

—Señoría, no es parte de mi deber sugerir que nadie sea culpable de este delito —respondió Pettigrew con toda la calma que pudo reunir—. Mi alegato será, en su momento, afirmar que la acusación no ha demostrado que el preso sea culpable hasta el punto de convencer razonablemente al jurado. Tengo derecho a plantear a la testigo las preguntas que puedan ayudar al jurado a llegar a esa conclusión.

—Por supuesto —dijo el Barbero con sequedad—, pero se han hecho ciertas sugerencias a esta testigo que, en mi opinión al menos, solo pueden conducir a un resultado. Para ser justos con ella, si no con nadie más, deberían hacerse esas sugerencias a las claras. No obstante, si es usted reacio a plantear la pregunta, lo haré yo mismo: señora Ockenhurst, ¿mató usted a Palmer?

—No, señoría.

—Muy bien. Continúe, señor Pettigrew.

Y el señor Pettigrew, asqueado, continuó. El arte del contrainterrogatorio es fundamentalmente el arte de la correcta elección del momento. La pregunta que puede ser definitiva cuando se plantea en el instante correcto durante la secuencia del interrogatorio resultará del todo plana si se hace cuando no toca. Y eso era lo que había ocurrido ahí. Además, la intervención del juez había puesto en guardia a la testigo de lo que estaba por venir. La mujer tuvo tiempo de prepararse para el golpe, así que cuando este llegó lo recibió con perfecto aplomo.

Y ese, tal y como admitieron Pettigrew y Babbington hablando *a posteriori* del caso, había sido el auténtico punto de inflexión del juicio. Siguió siendo una dura batalla hasta el final, pero el jurado nunca olvidó, y tampoco Barber en su resumen les permitió hacerlo, la impresión de que se había vertido una acusación sin fundamento contra una mujer injustamente tratada (y, ya de paso, increíblemente bien parecida). Junto al testimonio de la esposa, quizá lo que más contribuyó en realidad a la condena de Ockenhurst fue el testimonio del propio acusado. La mujer había sido una testigo excelente. Él, feo, pesado, lento de entendederas y claramente falto de sinceridad, fue un testigo muy malo. En cualquier caso, el asunto seguía equilibrado en la balanza cuando llegaron las fases concluyentes del juicio. La exposición final de Babbington fue una obra de arte, un discurso razonado, convincente y de lo más justo. Solo en los últimos pasajes se permitió de forma inconsciente caer en su tendencia al dramatismo para sacar un poco lo

mejor de él. En esos fragmentos, hubo un rastro de excesiva calidez, de excesiva energía en sus gestos para lo que correspondía a un consejero de la Corona. El defecto no era de Babbington en sí, sino de cómo estaba hecho él mismo. Por muchas buenas intenciones que pusiera al comienzo, para cuando llevaba suficiente tiempo de pie ese demonio se apoderaba de él, y de nuevo el abogado se convertía en el Babbington del Magdalen College, presidente de la Sociedad de Arte Dramático de la Universidad de Oxford, destinado, según creía todo el mundo, a tener una carrera espectacular sobre los escenarios.

Pettigrew, mientras escribía unas notas indescifrables en el papel que tenía delante, se preguntaba a sí mismo si se atrevería a usar el exordio con el que en una ocasión anterior había lanzado por los aires a Babbington durante una querella por libelo:

> Como en un teatro, tras abandonar la escena un apreciado actor,
> los ojos de los hombres se fijan, indiferentes solo,
> en el que entra a continuación…

Miró al jurado. No, esas personas no disfrutarían con Shakespeare. Lo considerarían poco serio además y, por una vez, Pettigrew debía renegar de la falta de seriedad. Joder, es que ese caso era serio, en conciencia. A esas alturas de su vida, resultaba absurdo ponerse nervioso ante un juicio, pero en aquella ocasión lo estaba, sin ninguna duda. Deseaba no tener tantísimas ganas de que aquel hombre saliese libre, y deseaba también no sentir que tenía todas las apuestas en su contra; un hombre contra tres: Babbington, que ya se limpiaba el rostro tras sus esfuerzos; el propio preso, con su cara de villano como su peor enemigo; y el Barbero, sentado por encima de él con los labios cerrados.

Sabiamente, Pettigrew no intentó superar en elocuencia a Babbington. La cantidad de retórica que un público puede absorber en un momento dado, Pettigrew lo sabía bien, tiene unos límites muy estrictos; y aquel público en concreto estaba narcotizado no solo por el flujo de palabras al que lo habían sometido, sino también por el aire nauseabundo que habían respirado durante los tres últimos días. Si lo volvían a someter entonces a una apelación emocional, el jurado sencillamente se hundiría otra vez en un desconcertado trance del que habría emergido con la sensación de tenerle un profundo respeto a la labia del distinguido caballero, pero sin ninguna idea de en qué consistía la defensa. Grandes reputaciones se habían ganado con discursos

expuestos en circunstancias similares, pero una proporción sorprendentemente elevada de las personas en cuyo nombre se habían proferido dichas exposiciones había terminado ejecutada. Por tanto, en aquella ocasión, se invirtieron los papeles típicos de la acusación y la defensa. Pettigrew se mostró seco, carente de emociones, casi coloquial a veces. Al poco, fue consciente de que su método estaba surtiendo el efecto deseado. El jurado, decepcionado al principio por no verse agasajado con otro exquisito discurso, empezó a enderezarse y a tomar buena nota. Para su propia sorpresa, a los miembros del jurado les pareció que estaban empezando a pensar. Y poco a poco, con frases sencillas llenas de lugares comunes, Pettigrew tejió un hilo que los llevó por las líneas de pensamiento que el abogado pretendía.

Y entonces se produjo la debacle, una debacle ataviada con un disfraz tan trivial y poco heroico que probablemente solo cinco o seis personas de las presentes en el tribunal la percibiesen como tal. Pettigrew estaba comentando el testimonio de las amenazas vertidas supuestamente por el preso contra el finado y fue abordando una a una lo que sugería que eran solo unas pocas palabras apresuradas, recopiladas mucho después de que se produjesen los hechos, a cargo de testigos poco fiables y exageradas en el relato más allá de todo reconocimiento.

—Y llegamos entonces al testimonio del señor Greetham —dijo Pettigrew —. Ese hombre afirmó, como bien recordarán, que se había encontrado con el preso en la puerta de la forja de este último el lunes anterior a la noche de la tragedia y…

—El martes —intervino de repente Barber—. El lunes fue cuando el señor Rodwell vio el cuchillo. El testimonio del señor Greetham habla del martes, el día siguiente.

—Le agradezco la puntualización, señoría —respondió Pettigrew, en cierto modo molesto por la interrupción—. Miembros del jurado, seguro que recuerdan el incidente del que les estoy hablando. El lunes o el martes, da igual, el señor Greetham…

—Creo que no da igual —insistió Barber—. En un caso tan grave como este, es importante ser precisos con todos los detalles. Mi anotación dice indiscutiblemente que fue el martes. *Sir* Henry, ¿se acuerda usted de qué día fue? —*Sir* Henry, lamentándolo mucho, no lo recordaba, y así lo dijo—. En mis notas pone que el martes —repitió el Barbero—. Por supuesto, puedo estar equivocado, pero…

En ese momento, el propio señor Greetham se puso en pie en su asiento en mitad de la oscuridad, al fondo del tribunal, y trató de hacer un comentario,

pero lo mandaron callar entre mucha indignación.

—Señoría, el lunes o el martes… —empezó Pettigrew.

—Creo que habría que determinar exactamente lo que dijo el testigo, dado que parece haber una discrepancia. Señor taquígrafo, ¿sería tan amable de buscar en sus notas el testimonio del señor Greetham y decirnos cuáles fueron sus palabras exactas?

A continuación, se produjo un silencio incómodo mientras el taquígrafo luchaba con una masa de papeles; por fin, tras varios inicios fallidos, logró encontrar el pasaje que buscaba.

—Fue el lunes o el martes, no estoy seguro del día, pero creo que fue el martes —leyó con una voz débil y acento *cockney*.

—¡Ajá! «Creo que fue el martes». Gracias, señor taquígrafo. Continúe, señor Pettigrew.

El incidente no había durado más de dos o tres minutos en total, pero había sido lo bastante desastroso para interrumpir el hilo del discurso de Pettigrew. Y lo peor: había interrumpido el hilo invisible que une a hablante y oyente. La relación que con tanto cuidado el abogado había estado construyendo entre su persona y sus oyentes se había disuelto y debía rehacerlo todo de nuevo. Eso habría importado menos si Pettigrew hubiese estado menos nervioso, menos preocupado por dar un traspiés en el difícil camino que tenía por delante. El hecho de que la interrupción fuese tan irrelevante e innecesaria no hacía más que aumentar su enfado. Que hubiese venido de Barber, nada menos, lo irritaba en lo más hondo. En sus tiempos, había comparecido ante jueces que sencillamente no podían parar de hablar. Las palabras brotaban de ellos de un modo irresistible, ya fuese en mitad de la exposición de la defensa en un delito capital o en ocasiones menos graves. Pettigrew había aprendido a hacerles concesiones, a aguantar con ecuanimidad una carga que caía sobre los hombros de todos los demás tanto como sobre los suyos. Pero, por lo general, el Padre William no era un juez hablador. Durante el transcurso de aquel juicio en concreto había dicho poca cosa, y todas habían sido para ir al grano. Aquella incursión sin sentido y agravante quizá la hubiese hecho expresamente con intención de interrumpirle el ritmo.

Fue un Pettigrew más que agitado el que reanudó su exposición cuando al fin se dio por cerrada la cuestión del señor Greetham, y un hombre más que agitado no es capaz de hacer una buena exposición. Tras haber permitido que lo pillasen en una imprecisión menor, se preocupó hasta el punto del nerviosismo por pequeños detalles y en consecuencia, por supuesto, se vio

cometiendo nuevas meteduras de pata igual de insignificantes, todas ellas seriamente corregidas desde el estrado. El jurado, Pettigrew lo sabía, empezó a perder interés. Sentía cómo sus miembros se le escapaban de las manos conforme avanzaba el reloj. Si hubiese dominado los potentes registros de la elocuencia de Babbington, quizá le hubiera sido posible recuperarlos con una ráfaga de frases exquisitas en su peroración. Pero era incapaz. Les dio todo lo que tenía: sinceridad, claridad discursiva, un argumento bien cerrado… Había hecho todo lo que había podido, pero al final se sentó desanimado y con una sensación nauseabunda de insuficiencia.

El resumen de Barber fue una actuación magistral. Pettigrew, que lo leyó y releyó después, buscando motivos que justificasen presentar una apelación, tuvo que admitir que, técnicamente hablando, había sido impecable. Aun así, nadie que lo escuchase podía albergar ninguna duda de que, en esencia, consistió en una encarecida recomendación al jurado para que declarase culpable al acusado. Y la recomendación quedó expresada en buena medida por medios que no aparecían en las notas del taquígrafo: con sutiles inflexiones de la voz, con pausas elocuentes, con miradas expresivas…

Quizá el momento más letal en el resumen, desde el punto de vista de la defensa, llegó hacia el final. El Barbero se había reservado para sus últimas consideraciones la teoría de que la esposa del preso fuese la persona culpable. Comentó la sugerencia con frases claras y frías que, leídas después, parecían carentes de color y muy académicas, pero el tono de desprecio que les inyectó no dejaba duda de lo que pensaba al respecto y lo que deseaba que el jurado pensara. Al final, con el único gesto dramático que se permitió en el transcurso de sus comentarios, cogió de la mesa que había ante él la daga de fabricación casera, que había tenido una presencia de lo más prominente en el caso, y se la mostró al jurado.

—Se ha argumentado —dijo en tono chirriante, con aquel objeto pequeño y malvado en alto, la aguja aún oxidada por la sangre del pobre Fred Palmer —, se ha argumentado que este no es el tipo de arma que uno esperaría que usara un herrero si tuviese en mente cometer un asesinato. Son ustedes doce hombres y mujeres razonables con los pies en la tierra y están en posición de juzgar si ese argumento es razonable o no. Lo que sí saben al menos, porque las pruebas así lo han demostrado y la defensa no ha intentado negarlo, es que es el tipo de arma que fabricaría un herrero y que, de hecho, este herrero en concreto fabricó esta arma en concreto. ¿Con qué finalidad? Ya han oído su explicación y queda en sus manos determinar si les convence o no. Y pueden ir más allá y preguntarse si este es el tipo de arma que podría utilizar la señora

Ockenhurst, a quien han visto en el estrado prestando testimonio; o si ella es el tipo de mujer que usaría un arma del tipo que fuese. Depende únicamente de ustedes, pero si el resto de pruebas los ha convencido de que la acusación está en lo cierto al señalar al preso como el hombre responsable de la muerte del finado, no creo que le otorguen mucho peso a la circunstancia de que el método escogido por ese hombre para perpetrar el delito, en vez de ser uno de los cientos que podría haber elegido, resultara ser… este.

La daga cayó sobre la mesa con un pequeño repiqueteo.

El resumen se concluyó con unas pocas palabras generales y el jurado se retiró.

Tres cuartos de hora después, todo había concluido. El tribunal atestado se había vaciado, el jurado iba de camino a casa, cada uno por su lado, y el preso se dirigía a la celda del condenado a muerte. El secretario de las sesiones estaba peleándose por las costas de la acusación, mientras los testigos del caso esperaban impacientes a que la disputa se aclarase para que el tesorero del condado estuviese en disposición de pagarles sus correspondientes gastos. Babbington y su auxiliar estaban chismorreando sobre el caso en la sala de togas, mientras el juez disfrutaba de la taza de té que Greene ya le tenía preparada en su estancia, detrás del estrado. En el tribunal, los agentes de policía ocupados del caso limpiaban los restos del juicio.

—Esto es todo, pues —dijo un animado sargento mientras metía un chaleco manchado de sangre en una maleta ya llena hasta los topes—. Todo salvo la prueba número 4. ¿Ha visto por algún lado la prueba 4, Tom?

—¿Qué es, sargento? —le preguntó su ayudante.

—Pues el maldito cuchillo que ha causado todo este follón, claro. ¿Dónde está?

—Se habrá quedado en el estrado. Su señoría lo estaba zarandeando la última vez que lo vi. Voy a mirar.

Sin embargo, el estrado estaba completamente vacío, salvo por unos cuantos trozos de papel.

—Supongo que se lo habrá llevado el juez mezclado con sus libros y sus cosas —dijo el sargento—. Pregúntele a su secretario si lo ha visto.

Mandaron llamar a Beamish, que se presentó de muy mal humor.

—Todo lo que ha subido al estrado ha bajado del estrado —dijo el secretario con irritación—. No forma parte de mi trabajo hacer de niñera de la policía. Ahí arriba no hay ninguna prueba, y en los bolsillos de su señoría,

tampoco. Tendrán que encontrar sus despreciables cuchillos en otro sitio. Me largo a casa.

—Pues qué curioso —respondió el sargento de buen humor después de que Beamish se hubiese ido—. Habría jurado que fue el juez el último en tocarlo. Tampoco es que me importe lo que haya pasado con esa cosa, pero tendremos que dar alguna explicación. ¿Quizá a *sir* Henry se le haya antojado llevárselo?

Pero *sir* Henry, al que dieron alcance cuando ya se iba del tribunal, tampoco sabía nada, aunque se mostró bastante más educado al respecto que Beamish.

—Ahora me acuerdo —dijo Tom—. Oí al asesor del señor Pettigrew preguntarle si quería llevárselo de recuerdo.

—¡Eso es! —dijo el sargento—. Lo vi subir al estrado cuando el juez salió después del resumen. Le preguntaré para asegurarme.

Sin embargo, no pudieron encontrar a Pettigrew por ninguna parte. Se había marchado del tribunal inmediatamente después de que el jurado hubiese regresado para dar su veredicto y, según las pesquisas posteriores, resultó que se había ido de la ciudad también.

—Bueno, pues nada —comentó el sargento resignado—. Sea como sea, ha desaparecido. No merece la pena preocuparse más, y tampoco creo que vaya a venir nadie a hacer preguntas sobre ese cuchillo.

Los hechos demostrarían que su profecía estaba equivocada.

Capítulo 19
El final del circuito

Esa noche en la cena en la residencia oficial había un ambiente de fin de curso. El personal, un grupo pequeño y ambulante, tantas veces disuelto y tantas otras vuelto a reunir en un nuevo entorno, quedaba separado con carácter definitivo. Se trataba de una ocasión alegre y al mismo tiempo levemente sentimental, a la que cada miembro del grupo reaccionó de un modo distinto. Savage, sin llegar a estar contento, dejó a un lado su típica capa de tristeza. Greene, tras recibir de parte de Derek la guinea que, según dicta la inmutable costumbre, se le debe dar al asistente del oficial, se había vuelto de lo más charlatán ante la proximidad de la Navidad y esperaba sentado a la mesa con aires de un ángel de bondad y amabilidad. El propio Derek tenía sus razones para alegrarse de que concluyese aquel periodo de exilio.

Para Hilda, pese a que sin duda tenía suficientes problemas de los que ocuparse, lo único que importaba era el hecho de que el circuito y todos sus peligros e infortunios hubiesen acabado sin lamentar desastres, según le confesó a Derek. Le parecía un resultado del que buenamente podían felicitarse los dos, y el uno al otro, y que merecía una leve celebración. La señora Square, sin pararse a pensar en los motivos, se alegraba de que Hilda al fin hubiese considerado oportuno ordenar una cena que era una cena, y la comida resultante, si bien no estaba en la escala lujosa de sus banquetes en Markhampton y Southington, sí era mucho más propia de las tradiciones del circuito que las que la habían precedido durante un tiempo.

Tras la cena, quedaba por cumplir uno de los últimos ritos del circuito. Era lo que se llamaba «ajustar las cuentas». Entre sus otros múltiples deberes, durante la ronda de sesiones judiciales el secretario del juez actúa como lo que, en círculos aún más elevados, se califica como «interventor» de su empleador. El grado de responsabilidad que ostenta la persona encargada de cumplir esta función varía naturalmente según los individuos implicados. En el caso de Barber, tan descuidado para sus asuntos personales como puntilloso con las tecnicidades legales, hacer las cuentas se había reducido a una fórmula muy sencilla. El último día del circuito, Beamish dejaba sobre su mesa un

libro de cuentas ordenadísimo y un fajo de recibos y talones de cheques. Eso iba acompañado por un breve balance económico en el que se desglosaban las cantidades gastadas, los cheques cobrados durante el circuito y la suma necesaria para cuadrar las cuentas. El juez miraba ese último documento, refunfuñaba sonoramente, firmaba el cheque ya cumplimentado en su nombre y le devolvía toda la masa de documentación a Beamish. El proceso solía durar un minuto y medio en total.

Sin embargo, en aquella ocasión, las cosas no se desarrollaron como dictaban los precedentes. El hecho de haberse permitido cierta extravagancia para la cena no había llevado a Hilda a olvidar la apremiante necesidad de ahorro que la obsesionaba desde hacía tanto tiempo. Más bien, como reacción, la había incitado a apreciar con más viveza que nunca el valor del dinero. En consecuencia, cuando al entrar en el salón vio el típico montoncito de papeles tan bien dispuesto, con el cheque a la espera de firma al lado, se adelantó a su esposo antes de que este pudiese coger la pluma y dijo tajante:

—Voy a repasar todo esto, William, si no te importa.

Barber emitió una ligera protesta, que no recibió ninguna atención. Un minuto después, Hilda estaba sentada ante la mesa, sometiendo todo elemento de las cuentas a un escrutinio severo y rígido. Durante casi hora y media, permaneció entregada a esa ardua tarea, comprobando las cifras y constatando las sumas con el aire de un auditor profesional. Al término de ese tiempo, levantó la vista y declaró:

—William, hay un par de cosas aquí que no entiendo del todo.

El juez, reacio, dejó el libro que estaba leyendo y se acercó a su lado. Al hacerlo, le dedicó una mirada a Derek que decía: «Este es el tipo de cosas que cabe esperarse cuando las mujeres se ponen a preocuparse por asuntos que no comprenden». Esa al menos fue la interpretación que le dio Derek, que empezaba a considerarse un experto en miradas significativas. No se puede afirmar con certeza que Barber lograse trasladar ese sentimiento un tanto complicado solo con su expresión.

A una tercera persona siempre le resulta un poco incómodo ver a una pareja casada discutir sus asuntos económicos, así que Derek se abstuvo escrupulosamente de escuchar el coloquio que siguió. Sin embargo, no pudo evitar oír buena parte de él, y era demasiado evidente que desde el principio el juez estaba viviendo algo muy similar a un estricto contrainterrogatorio. Por otro lado, no mucho tiempo después, Derek cayó en la cuenta de que el hombre no lo estaba soportando muy bien. Claramente, había una serie de cosas que estaban mal en las cuentas. E igual de claramente, eran cosas que su

señoría no estaba en posición de explicar. Hilda acabó por llegar a un epígrafe, cerca del final de las cuentas, que la hizo exclamar:

—Pero ¡esto es indignante!

El juez no tuvo otra cosa que responder que:

—Bueno, querida, sé que le di un cheque a Beamish.

—¡Que le diste un cheque a Beamish! —dijo la señora con desprecio—. ¡Es decir, que habrás firmado cualquier cosa que te haya puesto por delante!

—Pero lo que iba a decir era que, desde luego, no pensaba que fuese por una cantidad así de alta. Creo —continuó el juez, con una voz bastante más firme— que habría que pedirle a Beamish que dé una explicación.

—Un momento, antes de hacer nada más. ¿Tienes aquí tus cheques pagados? Deberías tenerlos.

—Sí. Recuerda que me dijiste que pidiera el talonario en el banco cuando estábamos en Whitsea. Está aquí.

—A ver. —Hilda cogió el talonario y fue pasando rápidamente el fajo de cheques pagados. Sacó uno y lo analizó con atención—. ¡Este cheque está modificado! ¿Lo ves? El «senta» de sesenta está en una tinta de color diferente al resto y se ha añadido un cero a las cifras. Cuando Beamish te dio esto para que lo firmaras era solo de seis libras. Ahora pone sesenta. Te ha defraudado cincuenta y cuatro libras y ha falsificado las cuentas para ocultarlo. Y si yo no hubiera insistido en repasar las cifras…

—*Marshal*, ¿le importa darle a la campanilla? —dijo el juez con una calma terrible—. Hilda, te agradecería que fueses tan amable de dejar que me encargue yo de este asunto.

Savage respondió a la llamada y le pidieron que le dijese a Beamish que se requería su presencia allí de inmediato. A quienes esperaban les pareció que pasó bastante tiempo hasta que Beamish hizo su aparición. Cuando entró, tenía un aspecto algo desaliñado y la cara y las manos sucias. Pero por encima de eso, Derek percibió algo en su expresión que le recordó a aquella ocasión en Rampleford en la que se había mostrado tan inesperadamente revelador. Y cuando habló, había un rastro de ronquera claro en su meliflua voz de barítono.

—Debo disculparme por estar tan sucio, señoría, pero he estado empaquetando los libros y otras cosas.

Avanzó con unos pasos que fueron demasiado cuidadosamente firmes hacia la mesa, donde, en condiciones normales, lo habría estado esperando el cheque para cuadrar las cuentas.

—¡Beamish! —dijo el juez en un tono que hizo al secretario pararse en seco—. ¿Sería tan amable de explicarme qué significa esto?

Y le extendió desde la distancia el cheque abonado por valor de sesenta libras.

—¿Este cheque, señoría? —respondió Beamish inexpresivamente mientras se lo cogía de la mano.

Lo miró alelado, de pie en mitad de la habitación, dándole una vuelta y otra entre las manos sucias.

—Me gustaría saber de dónde sale que ese cheque sea de sesenta libras.

—Desde luego, no sabría decirle sin pararme a pensarlo, señoría. Está todo ahí en las cuentas, no tengo ninguna duda.

—¿Quiere tomarse algún tiempo para pensar su respuesta? Si es así, le doy la libertad de llevarse estos documentos y darme esa posible explicación mañana. Sin embargo, debo decirle desde ya que el cheque que tiene en las manos muestra signos de haberse modificado. ¿Prefiere pensárselo?

Beamish no levantó la mirada. Seguía estudiando el trozo de papel, que sujetaba con una mano mientras con la otra se rascaba el pelo oscuro, normalmente brillante. Para entonces, se balanceaba adelante y atrás de manera ostensible.

—No —musitó en voz baja—. No creo que haga falta.

—¿Significa eso que no tiene ninguna explicación?

En aquella ocasión, Beamish levantó la cabeza y respondió en voz alta, casi desafiante:

—Eso es lo que significa, señoría.

—Está usted despedido —dijo Barber en un tono que mezclaba pena y severidad.

Beamish abrió la boca como para decir algo, pero evidentemente se lo pensó mejor y se dirigió con pasos dubitativos hacia la puerta.

Aquel desagradable y breve episodio habría acabado ahí si Barber no se hubiese visto incitado por algún genio maligno para hablar de nuevo.

—¡Beamish! —dijo cuando el secretario llegó a la puerta.

El hombre se dio la vuelta y se quedó quieto en silencio, mirándolo. Seguía con la misma expresión aturdida, pero el color le estaba regresando a las mejillas y con la boca formó una mueca firme y dura.

—No estoy completamente seguro de que no sea mi deber llevarlo a juicio —continuó su señoría—. Pero no tengo intención de hacerlo. No quiero añadir nada más al castigo que se ha impuesto usted mismo mediante su mala praxis delictiva. Ha traicionado la confianza, la confianza implícita que yo,

quizá ilusamente, tenía depositada en usted desde hace varios años. Si se trata o no de un incidente aislado, no voy a intentar averiguarlo. El golpe que he recibido al descubrir esta deslealtad cuando había esperado encontrar lo contrario no puede medirse por las cantidades o las cifras de sus desfalcos. Ni tampoco le voy a preguntar por los motivos que han llevado a alguien de su posición a poner en peligro todo lo que un hombre apreciaría en aras de…

—¡Ya está bien! —gritó de repente Beamish, y se produjo un silencio horripilante—. A mí no me va a echar uno de sus malditos sermones —continuó en tono áspero—. No estoy en el banquillo de los acusados ahora, y si alguna vez llego ahí no será usted quien me juzgue, eso desde luego, ¡gracias a Dios! Estoy despedido, ya lo sé. Bueno, ¿y qué? No soy el único de aquí al que le corresponde un despido, y punto. En cualquier caso, no habría seguido haciendo este asqueroso trabajo ni seis meses más, ¡y bien lo sabe usted! Me hace gracia que diga que no va a llevarme a juicio, como si me estuviese haciendo un favor. Usted es el que debería estar en el banquillo, y si la justicia fuera igual para ricos y para pobres, ahí es donde estaría.

—¡Cállese! —rugió el juez.

—¿Llevarme a juicio? —continuó Beamish, decidido—. ¡Tendrá valor! Pruebe a ver, es lo único que le digo. Si lo hace, podré contar muchas de las cosas que han estado pasando en este circuito, cosas suyas y también de esa buena mujer que lo ha metido en todo esto. Y para cuando llegue mi juicio usted ya no será juez, no lo olvide. No soy el único que sabe cosas, eso se lo aseguro. Voy…

—¡Salga de esta habitación ahora mismo!

—Muy bien, amigo mío, ya me voy. Aunque no se olvide. Ya ha recibido advertencias de sobra, pero aquí va la última: ¡Se le viene algo gordo encima!

Y la puerta se cerró con violencia tras él.

Fue un grupo apagado el que regresó a Londres al día siguiente. Habría costado determinar en qué parte del tren el ambiente era más opresivo, si en el vagón de tercera clase, donde Savage, Greene y la señora Square discutían la caída de su colega entre susurros estupefactos, o en el de primera clase, donde Derek, Hilda y Barber iban sentados en un silencio avinagrado. La tensión se vio agravada por una serie de contratiempos menores que arruinaron el tránsito, normalmente sin incidentes, del representante del rey de un sitio a otro. Cuestiones mundanas como sacar los billetes, buscar porteadores o colocar el equipaje, de las que Beamish se había ocupado con una eficacia tan

impecable que parecían hacerse por sí solas, se fueron entrometiendo con una desagradable insistencia. Savage, cuando recurrieron a él, protestó afirmando en tono humilde pero con firmeza que no era su trabajo hacer las tareas de un secretario, así que al final Derek tuvo que ocuparse de la mayoría de esos asuntos. Cometió varios errores que el juez, envuelto en una tristeza que solo se veía aliviada por trozos de chocolate con leche, no pareció percibir y que Hilda soportó con resignación de mártir.

El viaje al fin había acabado. Derek le buscó un taxi a la pareja y los vio alejarse: un caballero mayor preocupado y su joven y apuesta esposa. La comisión del rey había llegado a su fin y el *alter ego* de Su Majestad ya no era tal, hasta que llegase el siguiente circuito, si es que lo había.

El tren que llevaba a Derek a casa salía de esa misma estación y el joven tenía una hora de espera aproximadamente. Le dijo a su porteador que metiese su equipaje en la consigna y cuando se dirigía allí oyó una voz baja que le habló de cerca:

—¿Podría dedicarme usted un momento, señor?

Derek se volvió sorprendido. Un segundo antes había estado mirando en esa dirección y habría jurado que no había nadie ahí. Además, en la desnuda extensión que ocupaba la estación no había cubierta para ocultar a nadie, y mucho menos al hombre enorme que paseaba entonces a su lado y que parecía haberse materializado de la nada. Se trataba de una costumbre desconcertante del inspector Mallett, para la que solo él conocía el secreto.

Derek le explicó que tenía un poco de tiempo libre.

—Pensé que, si iba directo a casa, cogería usted el tren de las 12:45 —comentó el inspector—. Eso nos dejaría tiempo para una charla tranquila, si no tiene objeción.

El tono de Mallett era tan informal que en aquel momento a Derek no le llamó en absoluto la atención que Scotland Yard estuviese al tanto de sus posibles movimientos. Cuando luego se dio cuenta de ello, notó una sensación de frío incómodo en el espinazo. Pero para entonces era demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Caminó con el inspector hasta la consigna en silencio. Se preguntaba en qué punto de la estación, envuelta en ecos y jaleo, iban a poder tener una charla tranquila. Pero Mallett también se había ocupado de eso.

—El jefe de estación ha sido muy amable y nos ha dejado su salita —dijo, y encabezó la marcha hacia una oficina pequeña y en calma—. Ya he visto que el pequeño grupo ha regresado ileso —continuó, y se sentó y empezó a

llenar la pipa—. Todo el mundo, salvo el secretario del juez, según he podido observar. ¿Qué le ha pasado?

—Ya no es el secretario del juez. Lo despidieron anoche. Por malversación.

El rostro de Mallett, o lo que se podía ver de él tras una nube cada vez más densa de humo de tabaco, no mostró ninguna sorpresa.

—Eso lo explica, sí —comentó únicamente. Fumó en silencio durante un momento y a continuación dijo—: Bueno, señor Marshall, la última vez que nos vimos estuvimos discutiendo sobre unas situaciones desagradables ocurridas en el circuito de una naturaleza bien distinta. *Lady* Barber estaba desde luego muy preocupada entonces. No he vuelto a saber nada más de ella. Pero se me ocurrió preguntarme si habría pasado algo fuera de lo normal durante el resto del circuito y pensé que a lo mejor usted podía ayudarme.

—No estoy seguro de saber qué quiere decir con «fuera de lo normal». Verá, nunca he estado antes en un circuito, así que no puedo saber qué cosas son esperables.

Mallett no se tomó a mal las evasivas.

—Ah, bueno, ya sabe usted a qué tipo de cosas me refiero. Llegó una carta anónima a Rampleford, por ejemplo…

—¿Se ha enterado de eso?

—Claro. De hecho, la tengo aquí, en algún sitio, creo. —Sacó una cartera repleta de papeles del bolsillo interno del abrigo—. El juez se la envió a la policía de Rampleford en cuanto llegó a Whitsea y ellos nos la mandaron.

—No sabía que había hecho eso.

—Ah, ¿no? Bueno, era de esperar que lo hiciera. Ha estado un poco nervioso con las cartas anónimas desde lo de Markhampton, entiéndalo. Aunque después de todo no hay motivos para que no se lo haya mencionado. Diría que han pasado un montón de cosas de las que usted no sabe nada.

—Y yo diría que sé mucho más que el juez sobre lo que ha estado pasando —replicó Derek precipitadamente.

—Bueno, me congratula oír eso. Porque, después de todo, es justo lo que voy buscando. ¿Qué ha pasado exactamente? —Entonces, al ver que Derek seguía dudando, añadió—: Por supuesto, tendré una charla con la señora del juez en breve. Solo se me ocurrió que estaría bien contar con el punto de vista de alguien de fuera, por así decirlo, y al coincidir con usted ahora, seguro que me lo podrá facilitar mientras aún esté fresco en su cabeza.

Derek tenía una vaga idea de que, en ausencia de Hilda, no debía decirle nada a nadie sobre los infortunios de la última parte del circuito, pero las

últimas palabras del inspector le soltaron la lengua con total eficacia, así que para cuando llegó su tren le había contado todo lo que recordaba. De hecho, cuando se acopló en la inusual incomodidad de su vagón de tercera clase, dispuso de tiempo para reflexionar sorprendido sobre lo mucho que recordaba. Guiado por la discreta mano del inspector, Derek había descubierto que le volvían a la memoria detalles de todo tipo y en los que nunca habría reparado si hubiese dependido de él mismo. No era que le hubiesen puesto palabras en la boca, no. Por el contrario, nada podía haberse parecido menos a un contrainterrogatorio que aquella entrevista amable que acababa de concluir. Era sencillamente una especie de instinto lo que parecía indicarle al inspector Mallett con exactitud qué faltaba en una descripción o relato, talmente como si hubiese estado él mismo presente, así que sus preguntas siempre llegaban en el momento oportuno para estimular la indolente memoria; y había sido una cantidad sorprendentemente escasa de preguntas. En gran medida, el inspector se había contentado con escuchar en silencio y, para asombro de Derek, no había tomado notas. En cualquier caso, el joven estaba segurísimo de que nada de lo que hubiese dicho había pasado inadvertido. Tenía la impresión de haber ido introduciendo datos en una especie de máquina que, en su debido momento, produciría… ¿Qué tipo de producto acabado?, se preguntó.

Más o menos a la misma hora del día siguiente, Mallett estaba dándole su informe al subcomisario que dirigía su departamento.

—Esta mañana he visto a *lady* Barber, señor. Su historia es prácticamente la misma que la del señor Marshall, con un par de variantes.

—Era de esperar, pero ¿alguna de esas variantes tiene importancia? —preguntó el subcomisario.

—Solo una me ha parecido relevante. La mujer no ha hecho mención alguna al incidente del ratón muerto.

—Ah, ¿no? ¿Y le ha preguntado usted al respecto?

Mallett sonrió.

—No, señor. He pensado que, en general, era mejor no hacerlo.

—Supongo que ocurrió de verdad, ¿no? ¿O cree que el muchacho se lo ha podido inventar?

—No, diría que no tiene una mente muy inventiva. Creo que ocurrió seguro.

—Entonces, ¿por qué lo habría ocultado ella?

—Creo que principalmente porque no encajaba con la teoría que tiene para el resto de la historia, señor.

—Bueno, así funciona la naturaleza humana, supongo. ¿Cuál es esa teoría exactamente?

—No es una teoría en sí. Son varias. Su favorita sigue siendo la de que todos esos incidentes diversos son obra de Heppenstall.

—Entonces ¿no le ha contado que…?

—No, señor. Si recuerda usted, acordamos en su momento que no debíamos mencionar el arresto de Heppenstall hasta que el circuito hubiese acabado. Me aventuré a ampliar el plazo un poco más en lo que a estas dos personas respectaba, porque pensé que contárselo solo serviría para meterles ideas en la cabeza… Y, después de todo, son hechos lo que queremos conocer ahora, no ideas, ¿verdad, señor?

El subcomisario asintió. A continuación, con un suspiro, dijo:

—Es una situación curiosa en general. ¿No cree aconsejable tratar de extraerle una declaración al propio juez?

—En estas circunstancias, no, señor. Solo hay otra persona con la que sí me gustaría hablar… Por diversos motivos.

—Se refiere a Beamish, supongo.

—Exacto, señor. Diría que podremos dar con él más pronto que tarde. Debe andar escaso de dinero.

El subcomisario sonrió y miró el expediente de papeles que tenía delante.

—Sí —dijo—. Acabo de estar repasando el informe sobre el asunto de ese club nocturno, el Corky’s. Aquella redada tuvo que ser un golpe duro para él.

—Me imagino que era ahí donde iban todos sus ahorros, legales y no tanto, desde hace mucho. Es una actividad suplementaria algo curiosa para el secretario de un juez, ¿no cree? Desde luego, supo cubrir bien sus huellas. Ni siquiera el gerente sabía quién era su jefe. Creo que el cierre del club lo ha dejado endeudado hasta las cejas y eso explicaría por qué intentó servirse de un pellizco del dinero del juez de esa manera tan descuidada.

—Sin duda. Bueno, en realidad ese asunto es secundario. Lo que me interesa principalmente es esta serie de ataques contra el juez. ¿Cuál es su teoría al respecto? —El inspector permaneció callado y su superior añadió, en tono de reproche—: Porque tiene una, ¿no?

—Bueno, sí, señor, tengo una —respondió Mallett vacilante—. Solo temo que le parezca demasiado ridícula. Es decir, creo que sé cuáles son los hechos, pero no entiendo los motivos. Y sin los motivos, no tiene ningún sentido. Lógicamente, es una teoría sólida, pero psicológicamente nada

encaja. A no ser, claro, que estemos tratando aquí con uno de esos curiosos casos psiquiátricos que…

—¡Suficiente! Somos policías, no especialistas en psiquiatría. Vaya al grano y dígame qué es lo que piensa usted.

Mallett hizo lo que le pidieron. Y solo recibió un comentario:

—¡Es absurdo!

—Sí, señor —respondió Mallett resignado.

—¡Muy absurdo!

—Estoy de acuerdo, señor.

Los dos reflexionaron juntos sobre la absurdez en silencio durante medio minuto entero.

—Supongamos que tiene usted razón —dijo de pronto el subcomisario—. ¿Qué propone hacer?

—Nada, señor.

—¿Nada?

—Nada de nada, señor. Me parece lógico pensar que todas esas amenazas, ataques y demás que se han reiterado con tanta regularidad durante el circuito se acabarán ahora que las sesiones han terminado y que la causa concreta y, digamos, predisponente ha desaparecido.

—Solo espero que esté en lo cierto. No nos podemos permitir correr ningún riesgo en lo que respecta a un hombre de ese calibre. ¿De verdad cree que estará a salvo de ahora en adelante?

—No, señor. No llego a tanto. No me atrevería a afirmar eso sobre ningún hombre, y mucho menos sobre el señor juez Barber. Lo único que digo es que si se ve amenazado por algún peligro, este vendrá de un terreno completamente distinto. A no ser, claro, que haya algún elemento en toda esta historia que desconozcamos todavía. Pero usted es quien sabe juzgar mejor este tipo de cosas, señor. Le he trasladado todos los hechos y creo que están completos.

—Gracias, Mallett. Me ha contado una historia de lo más extraordinaria y ha propuesto una teoría de lo más ridícula para explicarla. Acepto la historia, por supuesto, y que me cuelguen si le encuentro algún defecto a la teoría. Dicho esto, solo puedo esperar que su previsión sea igual de sólida. Por cierto, ¿qué pasará entonces con el próximo circuito del señor juez Barber? ¿Tiene algún pronóstico para eso?

—Entiendo que será uno de los jueces que se quede en la ciudad para el próximo ciclo —dijo el inspector—. Y después…

Los dos hombres se miraron con los labios bien cerrados y expresiones de entendimiento. Los dos eran muy conscientes de que la carrera judicial de Barber estaba en la cuerda floja.

Capítulo 20
De un hilo

Unos dos meses después, Derek Marshall iba caminando en dirección este por la acera sur de The Strand. Estaba frente a los tribunales de justicia cuando vio a Pettigrew cruzar la carretera hacia él, acompañado por su secretario. Pettigrew le hizo gestos para que se parase y un momento después llegó a su lado.

Era la primera vez que se encontraban desde la conclusión del circuito de otoño y los dos se miraron como para comprobar qué tal les había ido en un intervalo de tiempo que era casi tan largo como lo había sido su relación previa. Pettigrew se alegró de lo que vio. Derek tenía aspecto de ser mayor, de estar más seguro. La cara se la surcaban unas líneas que Pettigrew desconocía y que parecían contar una historia de largas horas de mucho trabajo, pero al mismo tiempo el joven mostraba aspecto de estar sin duda más feliz que cuando había tenido que ocuparse del Barbero. Derek, por su parte, notó que Pettigrew estaba sumamente encantado consigo mismo. Tenía una alegría en los andares que se reflejaba en el comportamiento de su secretario, quien lucía una sonrisa amplia bajo la carga de un montón de papeles y media docena de libros encuadernados en piel.

—Bueno —dijo Pettigrew tras intercambiar unos saludos—, ¿y a qué se dedica ahora? ¿A qué terrenos lo ha conducido su idealismo?

—Tengo trabajo —respondió Derek orgulloso.

—Eso me ha parecido por sus aires casi agresivos de importancia. ¿Qué es? Obviamente estará usted aderezando algún ministerio. Siempre supe que había nacido para escribir breves e ingeniosas minutas sobre expedientes oficiales.

—Estoy en el Ministerio de Contratación —aclaró Derek.

—Puedo respirar tranquilo. Durante un momento, me he temido que fuese a decir el Ministerio de Información. ¿Y qué se disponía a hacer ahora mismo?

Derek le explicó que había salido a almorzar.

—La oficina está aquí, al doblar la esquina, y como no conozco muy bien la zona, pensé en salir y probar el…

Dijo el nombre de un establecimiento que a los periodistas les gusta calificar en la prensa escrita como «un célebre mesón», pero que en la práctica se cuidan mucho de evitar.

—¡Ese sitio! —dijo Pettigrew horrorizado—. Mi querido amigo, es obvio que no conoce usted esta parte de Londres. ¡Es un timo, un auténtico timo! Hasta los yanquis habían empezado a caer en la cuenta antes de la guerra. No, no puedo permitir que haga eso. Debe celebrar su nuevo empleo almorzando conmigo.

—Es muy amable por su parte, pero…

—No voy a escuchar ninguna de sus objeciones. ¿Siempre hay que imponerle la hospitalidad de esta manera? Además, será una celebración doble. Yo también tengo mis pequeños triunfos, pese a que sean efímeros. Esta mañana —añadió orgulloso, mientras guiaba la marcha bajo un antiguo arco de ladrillo—, he estado molestando a Hilda.

—¿Molestando a Hilda?

—Justo eso. En el tribunal de apelaciones. No me diga que se ha olvidado usted del gran caso de las sesiones de Southington. En confianza, entre usted y yo y este arco (que, por cierto, no es de Christopher Wren como dicen las guías, sino de James Gibbs), la sentencia de Hilda, según la expuso el Padre William, no tenía ni una grieta, pero he conseguido convencer a sus señorías de lo contrario. Hemos llegado.

Derek nunca había entrado antes en la parte de los colegios de abogados. Se quedó boquiabierto como un turista cualquiera ante los apacibles y plácidos edificios de los diversos colegios, acechados por los fantasmas de las eminencias muertas, que al año siguiente iban a desaparecer convertidos en feos montones de madera quemada y polvo de ladrillo.[17] Tras un almuerzo bajo los famosos techos tallados de uno de los comedores, el Outer Temple Hall, el joven aceptó la sugerencia de Pettigrew de dar un paseo digestivo, recorriendo dos veces los jardines aún sin mancillar que bajaban hacia el río. El encanto del entorno, la agradable compañía y la excelente comida se combinaron para soltarle la lengua a Derek, que, antes de que hubiesen terminado la primera vuelta al circuito, le había confesado a Pettigrew los motivos por los que, aparte de su nuevo empleo, la vida le parecía especialmente maravillosa en esos momentos.

Pettigrew simpatizó a la perfección con él.

—¡Que está prometido! ¡Prometido y al mismo tiempo con trabajo! Desde luego, no hace usted las cosas a medias. ¡Enhorabuena! Cuéntemelo todo sobre esa mujer.

Y eso procedió a hacer Derek, con un tono titubeante en la voz, pero con el adecuado entusiasmo.

«¡Maravilloso, maravilloso», introducía Pettigrew a intervalos mientras poco a poco se desplegaba ante él el retrato, imperfecto, eso sí, de un serafín femenino.

—¡Maravilloso! De todos modos… —El abogado detuvo sus pasos de golpe y miró de cerca a su compañero—. Quizá me equivoque, pero no lo veo tan exultante como lo merecen las circunstancias. Le noto una sombra de preocupación. ¿De verdad las minutas en el ministerio son tan problemáticas? ¿O puede ser que haya un escollo en alguna parte?

Derek, molesto por haberse delatado a sí mismo y al mismo tiempo aliviado por poder compartir sus inquietudes, admitió que ese escollo existía.

—En realidad, no tiene nada que ver con Sheila —se apresuró a explicar —. Es su padre. Verá, está metido en un problema bastante feo. Con la policía.

Pettigrew chasqueó la lengua en gesto comprensivo.

—Ese tipo de historias no facilita las cosas con la familia de uno —comentó.

—No, desde luego que no. Aunque mi madre no se ha podido comportar mejor. En cualquier caso, no es nada deshonroso, ni tan malo como para eso. El padre atropelló a un hombre con el coche…

—¡Bueno, bueno! Incluso los jueces hacen esas cosas, como bien sabemos.

—Sí, pero en cierto sentido, esto es peor, porque ahora ese pobre hombre ha muerto, así que van a juzgarlo por homicidio.

—Mala suerte… Muy mala suerte. Aunque eso no debería preocuparlo a usted mucho. Hay más de un resquicio para casos así. Cualquier abogado le dirá que el porcentaje de condenados por homicidio en accidente de tráfico es inferior al de cualquier otro delito. Además, los jurados en tiempos de guerra no consideran la vida humana tan importante como en tiempos de paz. ¿Y quién podría culparlos? Aun así, es una historia muy desafortunada y entiendo perfectamente cómo se siente. Eso me recuerda algo —continuó, como si estuviese ansioso por cambiar de tema—. ¿Se han puesto en contacto con usted para que declare por el asunto de Markhampton?

—Sí. Recibí una carta de una gente llamada Faraday tal y cual. Les dije que no quería tener nada que ver con ese asunto.

—Error. Así solo conseguirá que le manden una citación. Haga como yo y declare exactamente lo mismo ante ambas partes. Pero tenga en cuenta que

esta demanda nunca va a llegar a los tribunales. Van a tener que alcanzar un acuerdo extrajudicial, *pro bono publico*.

Derek enrojeció encolerizado.

—Es horrible —murmuró.

—¿El qué?

—Que tengan que juzgar al padre de Sheila y este hombre se vaya de rositas solo porque…

—¡Querido amigo, esto ya lo hablamos en su momento, acuérdese! No se deje llevar por sus ideales, que Dios sabe qué contratos se verá firmando en el ministerio. Además, no olvide que este tipo de cosas son armas de doble filo. Me atrevería a apostar a que el Barbero está pasando ahora mismo por peores momentos que su suegro electo. Consuélese con eso. Corren rumores por los colegios de abogados de que… Bueno, de eso hablaremos en otro momento. Veo que está usted ansioso por volver a sus archivos. Y yo debería estar en mi bufete. Después del milagro de esta mañana, puede ocurrir cualquier cosa. No me sorprendería ni siquiera que se presentara un cliente nuevo con un caso.

Pettigrew tenía razón. Las preocupaciones de un hombre normal a la espera de una acusación, incluso de naturaleza grave, ante un tribunal penal raras veces podrían alcanzar la intensidad de la ansiedad con la que Barber esperaba ante la perspectiva de una demanda civil por negligencia. En realidad, el procedimiento aún no se había iniciado. De algún modo, hasta ese momento Hilda, a quien el juez, sumido en su desgracia, había entregado prácticamente el manejo del asunto, había logrado posponer ese maldito día. Mediante ofertas y contraofertas, mediante todos los mecanismos posibles de retraso y demora, su hermano y ella habían conseguido dejar el asunto pendiente mes tras mes. Desde luego, era una maniobra de postergación exquisita, una batalla librada con habilidad y tenacidad, aunque no podía ser más que eso, un retraso. El juez sabía perfectamente que la lucha solo podía acabar de dos maneras: o con un escándalo estridente en los tribunales o con un acuerdo extrajudicial que lo arruinaría por completo.

Tras su regreso del circuito, la secuencia de amenazas e infortunios que lo había estado siguiendo había cesado de golpe. Siempre indiferente al peligro personal, lamentaba con mucho la placidez de su vida. Quizá fuese con eso en mente por lo que insistió rotundamente en la retirada de los dos hombres de Scotland Yard que estuvieron siguiendo sus pasos sin disimulo durante las primeras semanas del nuevo ciclo judicial, de camino a los tribunales y

vuelta. No hubo diferencia. En apariencia, a nadie le merecía la pena seguir amenazándolo de muerte, así que el juez continuó, infeliz y sin acosos, cumpliendo con sus deberes judiciales en un estado de ánimo cada vez más amargado y taciturno.

Durante esa época, mientras el duro invierno empezaba a dejarle sitio a la encantadora y angustiosa primavera de 1940, Barber tomó consciencia más profundamente de que el conocimiento de su desgracia se había ido generalizando. Desde el memorable encuentro con su colega el juez en el Athenaeum, no había oído decir nada en su presencia que apuntase ni remotamente a la cuestión, pero con los nervios a esas alturas más sensibles de lo usual por la infelicidad, Barber sentía que el tema estaba siempre presente. Se daba cuenta de la vergüenza que se extendía entre sus compañeros de magistratura cuando se unía a ellos para almorzar en la mesa principal del colegio profesional. Estaba seguro de que los propios ujieres de su tribunal lo miraban de un modo especial. Su nuevo secretario —y se había topado con inesperadas dificultades para sustituir a Beamish— parecía mostrarle algo menos del respeto debido, como si fuese consciente de haber entrado a servir en un barco a la deriva. De vez en cuando, además, cuando iba caminando por la zona de los tribunales y colegios de abogados, veía de lejos a Beamish, que sin duda estaría rondando el recinto en busca de trabajo y, a la vez, invirtiendo su tiempo en expandir el veneno del chismorreo entre sus antiguos colegas.

El chismorreo, por muy extendido que esté, tarda algún tiempo en permear hasta terrenos oficiales. O quizá sea que quienes se mueven en terrenos oficiales prefieren hacer caso omiso del chismorreo hasta que una discreta indagación logra confirmarlo. Fuera lo que fuese, hasta la última semana de aquel ciclo judicial Barber no supo que su caída en desgracia había pasado de la fase del chismorreo a convertirse en una cuestión que preocupaba a personas de gran relevancia. Desde hacía mucho, el juez era consciente de que eso iba a ocurrir antes o después, pero saberlo no atenuó en ningún modo el *shock* que sufrió cuando un muy eminente personaje de la esfera judicial fue en su busca y sacó a colación con mucho tacto el tema de su dimisión.

Dicha eminencia fue de lo más considerado al respecto. Hizo todo lo que pudo para suavizar el golpe. Mencionó en varios momentos la salud de Barber, que, a decir verdad, se había deteriorado notablemente bajo la presión a la que había estado sometido durante los últimos meses. Al mismo tiempo, dejó más que clara su intención. Un hombre en la situación de Barber no

podía seguir siendo juez. Si el desafortunado incidente se arreglaba con un acuerdo rápido y terminante, bien. El escándalo aún podría acallarse y olvidarse antes de que la confianza de la opinión pública en la administración de la justicia se viese alterada sin remedio. No obstante, si se iniciaba un procedimiento judicial o se permitía que el asunto se filtrase a la prensa… Bueno, la eminencia no se hacía cargo de las consecuencias en ese caso. En líneas generales, la eminencia, que parecía estar sorprendentemente bien informado, pensaba que las posibilidades de un acuerdo inmediato eran muy remotas. ¿No sería mejor solución dimitir ya, antes de que la podredumbre tuviese tiempo de esparcirse? Seguro que Barber lo entendía así también, en aras de los intereses de la magistratura en su conjunto, en realidad, de todo el tejido de la justicia británica…

El desventurado Barbero se vio de repente rogando desesperado por un indulto. No podía dimitir en esos momentos, en mitad de un año judicial. Hacerlo, argumentaba, sería casi equivalente a confesar públicamente una mala conducta. Provocaría el mismo escándalo que todo el mundo estaba tan ansioso por evitar. Además, aún albergaba esperanzas de encontrar un punto intermedio con sus oponentes; de hecho, estaba seguro de que el asunto se arreglaría con un acuerdo amistoso en una fecha muy próxima. En cualquier caso, necesitaba tiempo para pensar…

La eminencia siguió mostrándose considerado. No tenía, protestó, ningún ánimo de ejercer una presión excesiva sobre Barber. «A decir verdad —señaló—, constitucionalmente no tengo potestad para hacerlo. Al mismo tiempo…». En resumidas cuentas: siempre que no se presentase una demanda, momento en el que la situación se haría desde luego insostenible con carácter inmediato, Barber podría permanecer en su puesto hasta el final del ciclo judicial del verano. Si para entonces el asunto de Sebald-Smith no estaba muerto y enterrado más allá de cualquier tipo de resucitación, esperaban que la dimisión se produjese en el siguiente periodo vacacional.

«¡No pueden obligarte a dimitir!». Las desafiantes palabras de Hilda le regresaron a la mente a Barber cuando emprendió el camino a casa. ¿Que no podían? Quizá no, si uno era igual de duro e indomable que Hilda. No por primera vez en su vida, mientras arrastraba los pies cansados por las escaleras de su casa y entraba desganado por la puerta principal, deseó tener la vitalidad de su esposa, su indiferencia ante todo lo que no fuesen sus propias ambiciones y su bienestar. En el fondo de su corazón, sabía que sí podían obligarlo. ¿De qué servían las salvaguardias constitucionales, la Declaración de Derechos, la preciada inviolabilidad de su cargo, frente a ellos, cuyas

armas eran la irresistible presión de la opinión pública, las leyes no escritas por las que él mismo y sus predecesores se regían y que transgredían por su cuenta y riesgo?

Cenó en soledad, envuelto en un abatimiento que no hizo más que aumentar con el avance de la noche. Daba la casualidad de que Hilda pasaba esa noche fuera. Se había ido al campo para asistir a la boda de la hija de su hermano y al mismo tiempo, sospechaba el juez, para discutir con él una vez más los planes para apaciguar al implacable adversario. La casa parecía fría y silenciosa. Barber se tomó dos copas de oporto, miró el decantador y decidió que con una copa más prácticamente lo vaciaría y que no merecía la pena dejar ahí una cantidad tan escasa. Vio que había subestimado el contenido restante del decantador en más de la mitad, pero se lo terminó igual. El efecto de la bebida no fue otro que deprimirlo aún más. Cuando el oporto se acabó, el juez siguió sentado, contemplando los rescoldos que se descomponían en la chimenea, pensando en su futuro. ¿Qué futuro había para una antiguo juez del Tribunal Supremo, jubilado bajo una sombra? Cuando Sebald-Smith se hubiese cobrado lo suyo, ¿cómo iba a vivir él? La eminencia le había dejado claro y meridiano que, en aquella coyuntura, pedirle al Tesoro que aprobase el pago de una pensión después de solo cinco años de servicio no era una posibilidad. Quizá las cosas hubiesen sido distintas si Barber hubiera sido popular, como el pobre Battersby, y no simplemente un buen juez. Porque había sido un buen juez, se dijo enfadado, como desafiante, diez veces más capaz de lo que lo había sido nunca Battersby. Eso no podía negarlo nadie. Y entonces, solo por un ridículo accidente que podría haberle ocurrido a cualquiera, toda su carrera iba a verse sacudida y a nadie le importaba lo más mínimo si se moría de hambre. ¡Menudos hipócritas!, pensó airado, apostrofando a todo el sistema jurídico, desde la propia eminencia hasta los secretarios de las capas más bajas de la judicatura.

El brote de enfado remitió y se vio reemplazado por unos ánimos de depresión aún más profunda. «Es el fin», se repetía una y otra vez. «Es el fin». Siguió sentado ante los restos del fuego, sin pensar ya, sencillamente aguantando, con la mente en blanco salvo por el hecho de que el mundo se había desmoronado a su alrededor. Y entonces, de repente, supo lo que tenía que hacer.

En el último momento, Hilda decidió que no se iba a quedar a pasar la noche después de todo. Posteriormente, declararía que fue su instinto el que le dijo

que debía estar en casa. Nadie rebatió nunca esa aseveración, por supuesto, aunque se puede suponer que en este caso el instinto se vio reforzado por la fuerte antipatía que sentía Hilda hacia uno de los parientes, a quien también le habían ofrecido quedarse y a quien le habían dado, además la mejor habitación. Fuera cual fuese la causa, Hilda se marchó de casa de su hermano de inmediato al terminar la cena y cogió el último tren a Londres. Tuvo ciertas dificultades para encontrar un taxi en la estación y no llegó por fin a casa hasta casi la medianoche. Para su sorpresa, la luz eléctrica seguía encendida en el salón. Al entrar, encontró a su esposo inconsciente en el sillón. En el suelo, junto a él, había un vaso vacío y en la mesa de al lado vio dos cartas escritas a mano por él. Una iba dirigida a la propia Hilda, y la otra, al forense.

El médico al que, tras una demora exasperante, la mujer logró encontrar al fin declaró *a posteriori* que, sin duda alguna, la prontitud y la entereza de Hilda le habían salvado la vida a su esposo. Para cuando el médico llegó a la escena, todo lo que podía haber hecho una persona sin preparación, con el único apoyo de los recuerdos del manual de primeros auxilios, estaba hecho. La cosa pendía de un hilo. Durante media hora, Hilda le estuvo haciendo desesperada la respiración artificial; la mujer rozaba el colapso físico cuando atisbó de nuevo signos de vida. Ni siquiera durante el momento de reacción que siguió a la constatación de haber salido victoriosa, Hilda perdió la cabeza. Pálida pero calmada, ayudó al médico con el temple de una enfermera profesional, y cuando todo hubo terminado mostró el suficiente autocontrol para contarle una historia coherente y plausible sobre cómo debía de haber ocurrido todo. Su esposo, según parecía, llevaba tiempo durmiendo mal. Había cogido la costumbre de tomar algo para dormir. Su miopía lo había llevado en más de una ocasión a leer mal las indicaciones de los frascos de las medicinas. Obviamente, en aquella ocasión, se había tomado una sobredosis por accidente. ¿No estaba de acuerdo el médico?

El doctor, más impresionado que nunca, coincidía en todo. En cualquier caso, a la mañana siguiente, antes de visitar al paciente en su convalecencia, pensó que era su deber informar del asunto en la comisaría de policía local. Era un profesional anciano, a quien habían sacado de su jubilación para sustituir a médicos más jóvenes llamados a filas, pero conservaba el buen juicio. Y había visto por el rabillo del ojo la carta dirigida al forense que Hilda había dejado sobre la mesa del salón.

Capítulo 21

El fin de una carrera

Hilda remató el triunfo de haberle salvado la vida a su esposo con otro menos espectacular pero más complicado. Al principio del siguiente ciclo judicial, el Barbero estaba de vuelta en el estrado, desempeñando sus tareas como si nada hubiese pasado, según las apariencias externas. Las lenguas que tanto habían hablado por todas partes cuando se hizo público que el señor juez Barber sufría de una indisposición se calmaron de inmediato. Todos los que afirmaban saber algo del asunto vieron en ese anuncio una previsión de su inminente dimisión. La reaparición del juez tuvo el efecto de acallar temporalmente los rumores.

Los métodos que Hilda utilizó para lograr inculcar en su esposo la vitalidad suficiente que le permitiese continuar con su vida normal bajo la sombra de una amenaza que lo había superado por completo siguieron siendo un secreto personal. Desde luego, no lo logró apelando a la Declaración de Derechos. Barber le había dado su palabra a la eminencia y trató de cumplirla. Ya fuese porque Hilda había conseguido convencerlo de que, contra toda evidencia, la situación aún se podía solucionar gracias a un cambio de última hora en la opinión de Sebald-Smith y de la mujer que lo controlaba, o de que la forma más varonil era jugar hasta el final, sin más, el resultado fue que la mujer logró su propósito, aunque no sin sufrir ella misma algún coste personal. Durante las siguientes semanas, quedó patente que Hilda estaba más pálida y lánguida. Parecía haber cedido parte de su fuerza vital para dar vida al autómata que seguía yendo a diario a los tribunales a sentarse y oír alegatos, a pronunciar sentencias con total seriedad, como si su situación fuese igual de segura que la de cualquier juez vivo, con diez años aún por delante hasta cobrar la pensión.

En consecuencia, una bonita mañana de abril, mientras el pueblo británico debatía ansioso sobre los nombres de unos remotos sitios de Noruega que de un modo terriblemente repentino se habían convertido en términos comunes y corrientes[18], Barber, que aún era el señor juez Barber, acudió al Tribunal Penal Central en un coche alquilado conducido por un chófer. Allí le tocaba ser el juez presidente de la sala. El sitio le daba igual. Se quejaría de que el

ambiente sintético del tribunal terminaba por darle siempre dolor de cabeza. Por algún motivo particular, ponía objeciones incluso al tradicional ramillete de flores con el que el núcleo económico de la ciudad protege todavía a sus legisladores frente a la amenaza de la fiebre de las cárceles.[19] En años anteriores, el juez raras veces había dejado pasar ninguna visita a aquel sitio sin mostrar alguna expresión encubierta de su desagrado. Sin embargo, en aquella ocasión no dijo nada. Lo llevaban a ocupar otro estrado más, a juzgar otro caso, y para él, condenado a una pena de muerte aplazada, ese destino y ese caso en cuestión no tenían ninguna consecuencia.

Hilda, sentada a su lado, viajaba en el mismo silencio. En esos tiempos solía acompañarlo al tribunal, como si temiese perderlo de vista. Aquella mañana apenas había podido mirar el periódico. El mapa de Noruega se había extendido delante de unos ojos que no veían. Toda su atención se había fijado en una carta que había llegado con el primer correo. La había leído sin hacer ningún comentario antes de doblarla y guardarla con cuidado. Barber no le había hecho ninguna pregunta al respecto, ni había mostrado signos de sentir ningún interés. Sin embargo, mientras el coche cruzaba los semáforos de Ludgate Circus, de repente el juez rompió el silencio.

—Has recibido una carta de tu hermano esta mañana, ¿no?

—Sí —dijo Hilda en tono plano.

—¿Y qué dice?

—Faraday ha hecho una oferta final. Es exactamente la misma que la última.

—¿Sí?

—Nos dan hasta pasado mañana para aceptarla. Si no, presentarán la demanda —continuó Hilda, mientras el coche doblaba la esquina para entrar en la calle del tribunal, Old Bailey—. Michael dice que esta vez van en serio.

Barber suspiró. Sonó casi como si le hubiesen quitado un peso de encima. No dijo nada más hasta que el coche se estaba aproximando a la entrada de los jueces al edificio, en Newgate Street. Entonces, habló en voz muy baja:

—En ese caso, Hilda, parece que estas serán las últimas sesiones a las que tendré que presentarme en Old Bailey.

El policía que le abrió al juez la puerta del coche casi se olvidó de ayudar al hombre a bajar. Según diría luego, el aspecto de la esposa lo sobresaltó bastante: Hilda parecía a punto de desmayarse, aunque seguidamente se recuperó y entró en el edificio con paso firme.

El banquillo de los acusados en la sala número 1 de los tribunales de Old Bailey es una cosa enorme. Ocupa tanto espacio que desde los asientos de detrás y de los laterales cuesta ver algo más que una imagen parcial de lo que ocurre en el extremo profesional del tribunal. Derek Marshall, carente de influencias, o del ingenio para hacer uso de las influencias a las que podría haber recurrido, no había logrado encontrar sitio para sentarse por delante de esa obstrucción. Emparejándose al amable secretario de un abogado litigante, había conseguido acceder al tribunal y allí se había apretujado hasta llegar al final de una fila reservada, debidamente, a los miembros preseleccionados del jurado, aún sin designar. Oía bastante bien, pero le exasperaba no ver mejor y, sobre todo, no tener ningún contacto con Sheila, que estaba con su madre en unos sitios reservados para quienes tenían legítimo interés en el caso. Sheila le había prohibido acompañarlas y él había obedecido por obligación, pero había contado con al menos poder darle ánimos desde lejos.

—Que comparezca Herbert George Bartram —dijo el secretario.

Derek pudo disfrutar de una buena vista de la nuca de su futuro suegro mientras este se declaraba no culpable del cargo de homicidio criminal de Edward Francis Clay. Entonces, tras los típicos preliminares que Derek se sabía al dedillo, el joven oyó un alboroto en la esquina opuesta de la derecha del tribunal, cuando el consejero del rey se levantó para inaugurar la sesión de lo que, por experiencia, Derek se dijo que sonaba a un caso muy feo de homicidio imprudente por accidente de tráfico.

Al final del día, el caso seguía inconcluso. Derek vio fugazmente a su adorada cuando esta salía del brazo de su padre, a quien le habían renovado la fianza. En general, pensó, no había ido demasiado mal. Acordándose de lo que le había dicho Pettigrew, creyó que la absolución tenía bastantes posibilidades. Hasta acceder al tribunal, no se había dado cuenta de qué juez lo presidía, así que se había quedado impactado al oír esos tonos de voz que tan bien conocía chirriando en el ambiente. Un impulso demente se había apoderado de él, y Derek quiso levantarse y protestar para decir que aquel hombre, entre todos los hombres, no era apto para juzgar un caso así. Sin embargo, tras reflexionar, tuvo que admitir que, hasta el momento, el desarrollo del juicio había sido totalmente justo e imparcial. Si acaso, el magistrado se había inclinado hacia la defensa. Quizá, después de todo, la presencia del Barbero en esas sesiones fuese un mal que viniera por bien. ¿No pensaría él mismo, o cualquiera en su situación, que si no fuese por la gracia de Dios…? Aquella idea lo consoló, hasta que se acordó del relato de

Pettigrew sobre el juicio de Heppenstall. Con eso, empezaron a volver las preocupaciones.

—Disculpe, señoría, ¿podría concederme unos minutos? Será solo una conversación breve, señoría…

Barber, en la acera a la puerta de su casa, volvió la mirada con lentitud. Pasó un poco de tiempo hasta que consiguió salir de las abstracciones que se habían apoderado de él en cuanto se había levantado al terminar las sesiones del día. Miró al hombre que se había dirigido a él con unos ojos totalmente en blanco, inexpresivos. Bien podría haber estado viendo a un completo desconocido. A decir verdad, hasta que no volvió en sí gracias a la presión de la mano de Hilda en su brazo, no reconoció a quien le había hablado. Entonces, con una voz seca y plana, pronunció seis palabras breves:

—No tengo nada que decirle, Beamish.

Fue como si hablase un cadáver. La voz tenía un deprimente carácter definitivo que congeló la súplica cuidadosamente preparada en los labios de Beamish. El antiguo secretario miró bien aquel rostro cansado e introvertido y salió corriendo. Hasta que no dobló la esquina, no logró acordarse siquiera de blasfemar. Cabe señalar que cuando lo hizo compensó de sobra el tiempo perdido.

«No tengo nada que decir». Aquellas palabras parecían encarnar la actitud de Barber hacia la existencia misma desde que había visto a Hilda leer la funesta carta aquella mañana. Después de todas las peleas y locuaces discusiones, la decisión final se tomó con las mínimas palabras posibles.

—Presentaré mi dimisión al final de la semana —dijo el juez—. Sería un inconveniente para todo el mundo si lo hiciera en mitad de una sesión. Para entonces, el trabajo estará terminado, y puedo acordar con el juez auxiliar que se ocupe de cualquier cosa que quede pendiente en mi lista de casos.

—Sí. Está bien pensado —respondió Hilda.

Más tarde, Barber rompió el silencio para comentar:

—Será mejor que le digas a Michael que confirme la comparecencia ante la demanda. Quizá la solución más barata sea no dar ningún paso más y dejar que un jurado consultivo evalúe la indemnización por daños y perjuicios.

—Le preguntaré qué opina.

Más tarde aún, cuando se iban a la cama, el juez dijo en un tono de voz casi cariñoso:

—Siento que las cosas hayan acabado así, por ti, Hilda. Quizá habría sido mejor si me hubieses dejado…

—¡No digas eso, William! —respondió la mujer rápidamente, y se dio la vuelta para que él no pudiese verle la cara.

A la mañana siguiente, Derek llegó temprano y consiguió asegurarse un sitio mucho mejor para las fases concluyentes del juicio de George Bartram. Los testimonios habían finalizado en un abrir y cerrar de ojos y solo quedaban las exposiciones finales y el resumen del juez. El efecto que eso tuvo en Derek fue aumentar su confianza en el resultado. La defensa estaba en manos del consejero del rey John Fawcett, un orador impresionante, cuya debilidad era tender a verse superado por su propia locuacidad. Derek se acordó de una broma de Pettigrew a costa de «un grifo a borbotones» mientras los excepcionales fragmentos discursivos se sucedían uno tras otro, sin pausa para pensar ni, según parecía, respirar siquiera. Pero, por lo que alcanzaba él a ver, la exposición estaba surtiendo efecto en el jurado y el resumen que la siguió resultó monótono e infructuoso en comparación. El Barbero, a decir verdad, hablaba como un hombre cansado, casi como si hubiese perdido todo interés en el caso. Cuando el jurado se retiró, Derek logró cruzar su mirada con la de Sheila. También en ella parecía haber desaparecido el agobiado aspecto de la preocupación y los dos intercambiaron unas miradas que hablaban de una esperanza casi aumentada a certeza.

El jurado estuvo deliberando más de media hora. Durante ese tiempo, Derek, por temor a perder el sitio, se vio obligado a escuchar la apertura de otro caso en el que no tenía el más mínimo interés. Sheila y su madre, entretanto, estaban enfrascadas en una íntima conversación con su abogado asesor en el pasillo de fuera. Al fin, el jurado regresó. Derek se esforzó por leer en sus rostros cuál iba a ser la decisión, pero fue en vano. Parecían de piedra, como les ocurre a todos los ciudadanos británicos en el momento en el que entran a servir en un jurado. Se interrumpió el procedimiento del caso siguiente. El señor Bartram volvió a ocupar el banquillo de los acusados mientras los miembros del jurado se apoyaban incómodos delante de los asientos ocupados ya por sus sustitutos.

Un momento después, el suspense había acabado. El presidente del jurado, con voz firme, había pronunciado las benditas palabras «No culpable» y el secretario, como para asegurar bien lo que ya era seguro, había repetido: «Declara usted que el acusado es no culpable y ese es el veredicto del jurado

en su conjunto». Derek tenía ganas de vitorear. Podía ver a Sheila secándose las lágrimas con el pañuelo y a la señora Bartram dándose la vuelta para estrecharle la mano a Fawcett.

Entonces, hubo una pausa que Derek no entendió al principio. En vez de ordenar la puesta en libertad del preso, el juez se estaba enredando en un coloquio susurrado con el secretario. El abogado de la acusación intercambiaba mientras tanto unas palabras con Fawcett. ¿Qué había pasado? Derek se acordó en ese momento de que había oído al señor Jenkinson, el abogado asesor de la defensa, decir algo sobre una segunda acusación, un cargo menor consecuencia del principal. Con la emoción que siguió al juicio por homicidio, se le había olvidado. No le habían dicho de qué se trataba exactamente y, en realidad, nadie parecía habérselo tomado muy en serio.

El secretario, tras concluir su conversación con el juez, se dio la vuelta de nuevo. El jurado se había quedado merodeando desconsoladamente, con aspecto más bien de ser una compañía de actores a la que, tras terminar una obra en la que el telón se había negado a cerrarse, le decían que ya nadie requería sus servicios. Entonces, le leyeron al demandado el segundo cargo. Se le acusaba de haber conducido un vehículo tal y tal día en tal y tal lugar sin disponer de un seguro válido de daños frente a terceros. El hombre se declaró culpable.

Poco dijeron los abogados de ambas partes. El delito era indiscutible y todos los hechos habían salido a plena luz durante el juicio anterior. Fawcett se aventuró a recordar a su señoría lo que este ya sabía: la importante labor bélica que su cliente estaba desempeñando en el momento del delito, la tensión que estaba sufriendo todo el mundo en aquellos tiempos y que podía hacer que cualquiera pasara por alto las exigencias de las leyes de tráfico y el inmaculado expediente del acusado hasta entonces, como hombre y también como conductor. El tribunal se quedó en silencio mientras el juez reflexionaba sobre la sentencia. Derek levantó la vista y vio la tez normalmente pálida del juez tornarse un poco rosada. De repente, empezó a sentir mucho miedo.

—George Herbert Bartram. —La voz de Barber sonó más dura que nunca —. No puedo compartir la opinión que se me ha presentado, según la cual el delito del que usted se declara culpable es algo meramente técnico, de tal manera que pudiera pasarse un poco por alto. Por el contrario, lo considero un delito muy serio. Las consecuencias de infringir esa sección de la ley…

La voz siguió rechinando. Derek empezó a pensar que no iba a callar nunca. Parecía como si Barber estuviese reuniendo valor deliberadamente

para alcanzar un tono de enfado mientras desgranaba lo atroz del delito y se explayaba en ello. Sabiendo lo que sabía, a Derek aquello le pareció una monstruosa parodia de la justicia. Se preguntaba por qué nadie se levantaba y denunciaba la hipocresía. En aquel momento, odió a Barber más de lo que nunca había odiado a nadie en el mundo.

Si Derek hubiera sido un psicólogo formado y no solamente un hombre muy joven y muy enamorado, quizá habría podido entender el significado interno de la desmedida diatriba del Barbero. Y es que no era a Bartram a quien estaba censurando, sino a sí mismo. En su imaginación, él era el culpable cuya delincuencia estaba reprobando. Fue con ánimos de autohumillarse por lo que el juez magnificó la crudeza de su propio delito, y al mismo tiempo era amargamente consciente de lo pequeña que sería la pena que podría imponer en ese caso, en comparación con la que estaba llamado a sufrir él. ¡Con cuántas ganas le habría cambiado el sitio al hombre que tenía delante en el banquillo de los acusados! Pero Derek no podía saber nada de aquello. Por lo que veía, Barber sencillamente estaba siendo injusto hasta un punto grotesco. Con respecto al preso, es fácil imaginar que lo único que le importó fue que al final le impusieron la sentencia máxima prescrita por ley, es decir, una multa de cincuenta libras y tres meses de cárcel.

Derek se reunió con Sheila a la puerta del tribunal. Los ojos azules de la joven, bastante prominentes, estaban secos y tenían una mirada vidriosa que Derek no había visto nunca antes; el pálido rostro se mostraba inflexible y la boca le dibujaba una línea fina y dura. Derek sabía desde hacía algún tiempo que su prometida era una joven de carácter firme, pero en aquella ocasión tenía una mirada de airada determinación que desde luego lo asustó. Estaba sola.

—¿Dónde has dejado a tu madre? —le preguntó Derek.

—Está abajo… abajo, con mi padre. Yo no puedo ir. Lo haría sentir peor. Mi madre se volverá al hotel más tarde. El señor Jenkinson se ocupará de ella. Quiero hablar contigo, Derek. No, aquí no. Llévame a algún sitio a comer.

Derek empezó a explicarle que solo le habían dado un día de permiso en la oficina y que debía volver al trabajo, pero a la vista de la determinación de Sheila entendió que no tenía sentido insistir. Incluso a riesgo de poner en peligro su empleo, ganado con tanto esfuerzo, no podía dejarla sola en aquellos momentos.

Comieron mal en el primer restaurante que encontraron. Aunque Sheila había dicho que quería hablar con él, Derek tardó un tiempo en sacarle alguna

palabra. Cuando la comida se había terminado, la joven lo miró por primera vez.

—¿Qué vamos a hacer, Derek?

Lo dijo de un modo que aquello sonó menos a una pregunta que a un desafío.

—Para nosotros esto no supone ninguna diferencia —la tranquilizó Derek por enésima vez.

—¡Ah, para nosotros! —dijo Sheila impaciente—. Estaba pensando en mi padre.

—Supongo que recurrirá. Es una sentencia escandalosa. No lo tendrían que haber mandado a prisión.

Pero los pensamientos de Sheila iban por otros derroteros.

—¿Por qué el bruto del juez ese se ha comportado como una bestia? —exclamó—. Cualquiera habría pensado que mi padre era un criminal de verdad. Mira, Derek, tú lo conoces, ¿no? ¿No puedes ir a verlo y decirle que ha cometido un terrible error? Cuéntale el tipo de persona que es mi padre de verdad y dile que tiene que cambiar de idea y dejarlo libre.

—Pero, Sheila, ¡yo no puedo hacer eso! Es… es una cosa que no se hace, nadie hace eso.

—¡Que no se hace! —Su voz sonaba a desprecio—. ¿Qué más da si se hace o no? Pensaba que te importaban mis cosas y te estoy pidiendo que hagas esto por mí, ahora.

—Pero, Sheila, de verdad, ¡no puedo hacerlo!

—Quieres decir que no vas a hacerlo. Vale. Sé lo que eso significa. Está muy bien que digas que esto no supone ninguna diferencia para nosotros, cuando no vas a hacer lo mínimo para ayudar.

Derek se dio cuenta de que Sheila se creía de verdad lo que estaba diciendo y se le hundió el alma a los pies. Vio además que, en aquel estado, sería inviable explicarle la inútil imposibilidad de lo que estaba proponiendo. Desesperado, buscó en su mente algún argumento que la pudiese convencer y en mala hora lo encontró.

—Mira, Sheila, sabes que haría cualquier cosa en el mundo por ayudarte. Si hablar con Barber sirviera de algo, saldría pitando a hacerlo, sin importarme lo que nadie pensara al respecto. Pero precisamente porque lo conozco sé que sería inútil. A ver… No entiendes en realidad lo horrible que ha sido que dijera todas esas cosas y que impusiera esa espantosa sentencia. Y supongo que nadie más en el tribunal lo ha entendido tampoco, salvo él mismo y yo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De algo muy simple. —Y Derek, con las menos palabras posibles, le desveló exactamente lo que había ocurrido la noche de la cena del circuito en Markhampton. Y concluyó—: Por supuesto, prometí no decirle a nadie ni una palabra al respecto y no lo he hecho hasta ahora, pero…

—Sí, vale —lo interrumpió Sheila—. No voy a contárselo a nadie más, si eso es lo que te preocupa. Pero me alegro de que me lo hayas dicho.

La joven respiraba con fuerza y parecía más ferozmente decidida que nunca.

—Así que ya ves que no serviría de mucho que intentase hacer nada —añadió Derek.

Sheila no respondió. En vez de eso, se levantó de golpe de la mesa.

—Vámonos, ¿vale?

Derek se ofreció a buscarle un taxi, pero ella negó con la cabeza.

—¿No te vas a casa? —le preguntó sorprendido.

—No. No hace falta que te quedes esperando, Derek. Sé que quieres volver a tu oficina.

—Pero ¿qué vas a hacer entonces?

—No es de tu incumbencia. Si no puedes ayudarme, mejor me quedo sola. Ay, Derek, cariño, sé que eso ha sonado horrible. No quiero comportarme como un animal contigo, pero si algo puede hacerse, entiendo que debo ocuparme yo. ¡No! —siguió rápidamente cuando Derek empezó a hablar—. Por favor, no me preguntes nada. No sé lo que voy a hacer. Vete y déjame sola. ¡Solo dime que me quieres, pase lo que pase!

Derek procedió a hacerlo repetidas veces y lo suficientemente en alto, para sorpresa de una serie de viandantes, antes de coger un autobús en dirección oeste y dejarla allí de pie: una silueta solitaria pero resuelta sobre la acera de Holborn. Sin embargo, el joven no regresó a su oficina. Sabía que sería incapaz de trabajar esa tarde. Tal y como estaba, enfadado, infeliz y perplejo, no podría centrar la cabeza en nada que no fuesen sus asuntos personales. Pensó que, a esas alturas del día, de perdidos al río, así que se tomó la jornada entera libre. Pero del mismo modo, la perspectiva de pasar la tarde ocioso y solo le resultaba apabullante. De pronto, sintió la urgente necesidad de hablar con alguien en confianza, alguien que lo ayudase a darles la perspectiva correcta a sus problemas. Por impulso, se bajó del autobús al principio de Chancery Lane y siguió caminando hacia los colegios de abogados.

Allí se topó con la decepción. Pettigrew, lo informó su secretario, estaba fuera. El hombre no sabía decirle exactamente cuándo regresaría, pero debía ser en cualquier momento. Quizá el señor Marshall podría esperarlo. Y eso hizo el señor Marshall, durante lo que le pareció una eternidad, en aquel bufete oscuro y polvoriento, hasta que ya no aguantó más.

Cuando al fin decidió marcharse, lo hizo de un modo que al secretario de Pettigrew le pareció entonces irracionalmente apresurado. Como si hubiese recordado de repente una cita apremiante, el joven salió casi corriendo del lugar, con una expresión decidida en la cara, en curioso contraste con las maneras azarosas con las que había llegado allí. El reloj de los tribunales situados frente al colegio de abogados marcaba las cuatro cuando Derek cruzó The Strand. Esperó impaciente un momento a que llegase un autobús y, como no aparecía ninguno, se dio la vuelta y enfiló Fleet Street al paso más rápido que le permitían sus piernas.

Para cuando había llegado a Old Bailey, por la puerta principal del Tribunal Penal Central salía un desfile que indicaba que los juicios habían acabado. Miró por todas partes en busca de Sheila, pero no la veía. Tras preguntarle a un portero, supo que la sala número 1, la que presidía el juez, había levantado la sesión hacía ya unos diez minutos. El éxodo de ese momento procedía de las otras dos salas, que acababan de concluir sus asuntos. El portero creía que la sesión de la sala del Sargento Común seguía en marcha. A Derek esa sala no le interesaba nada, salvo para preguntarse durante un irrelevante momento cómo había acabado teniendo un nombre tan poco común.[20] Caminó rápido hasta el final de la calle y giró a la derecha en la esquina del gran edificio. En ese lateral, tres puertas de los tribunales daban a Newgate Street. Por una de ellas, estaban saliendo algunos hombres con abrigos negros; obviamente, abogados y sus secretarios. De otra, la que daba acceso a las galerías públicas, salía un torrente de esos curiosos seres que hallan entretenimiento gratis en contemplar las desgracias de sus conciudadanos. Se amontonaron todos en la estrecha acera y momentáneamente obstruyeron la vista de Derek de la tercera puerta, la entrada para los jueces. Entonces, el joven divisó lo que creyó que era el sombrero de Sheila por delante de él y aceleró sus pasos.

Al acercarse, vio un coche que se aproximaba. Alguien, evidentemente el nuevo secretario de Barber, salió corriendo, depositó un fajo de papeles en el interior del coche y desapareció de nuevo. Un momento después, cuando Derek llegó a la altura de la puerta, el señor juez Barber, con su esposa pegada a él, salió y cruzó la acera.

La policía tomaría luego declaración a treinta y tres personas que afirmaron haber sido testigos oculares de los acontecimientos ocurridos durante los siguientes segundos. Tras eliminar de entre ellos a los inevitables cortos de entendederas, a los buscadores de publicidad y a los mentirosos deliberados o inconscientes, llegaron a la conclusión de que doce personas cuerdas y sobrias, incluidos dos agentes de policía, habían visto de verdad una u otra parte de lo que había pasado. Ninguna de esas declaraciones seleccionadas coincidían exactamente entre sí. Y, a decir verdad, hasta cierto punto eso era garantía de su veracidad. No obstante, revisándolas con minuciosidad, se pudo al fin llegar a un relato bastante fiable del orden de los incidentes en esos momentos tan bulliciosos.

La acera estaba repleta de viandantes en el instante en el que el juez y su señora salieron del edificio. Dos agentes, uno a cada lado, controlaban los movimientos para formar un carril estrecho entre la puerta y el coche que esperaba. Es el tipo de cosas que ocurren a diario cuando el Tribunal Penal Central está en época de sesiones, y se puede inferir que para ninguno de esos hombres su deber significaba otra cosa que pura rutina. El juez iba a mitad de camino por la acera cuando ocurrió el primer incidente anormal. Desde debajo del brazo del agente que contenía a los peatones en el lateral este de la entrada, un hombre pequeño y rechoncho se retorció abriéndose camino y se acercó al juez. Lo tuvo aún más fácil porque, tal y como indicó el policía, en ese momento ese brazo lo tenía en alto, a modo de saludo formal, como debía ser. Al hombre le oyeron decir unas palabras que empezaban por «Señoría, he de insistir en que…». No había llegado a más cuando el agente número dos, desde el oeste, se abalanzó sobre él y lo agarró del brazo. En ese momento, como beneficiándose de la interrupción en su lateral, una joven salió corriendo desde la dirección opuesta. Tras esquivar a *lady* Barber, que iba caminando pegada al hombro izquierdo de su marido, por detrás, llegó al juez sin ser vista. Se la oyó decir algo. La información varía con respecto a qué fue: «¡Escúcheme, animal!» o «¡Aquí tiene lo suyo, animal!», pero al menos un testigo fiable observó que la joven llevaba la mano alzada. Dijera lo que dijese, sus palabras estuvieron inmediatamente seguidas por un grito de «¡Sheila, quieta!». En apariencia, ese grito procedió de un joven que, quizá al ver que tenía bloqueado el acceso por lo que era ya una multitud exaltada, había dado un rodeo por el exterior de la acera y de repente apareció entre el coche y el juez, obligando a este a retroceder hacia la puerta por la que había salido. El joven alcanzó a la muchacha en el mismo momento que lo hacían dos oficiales, que se habían lanzado de forma coordinada hacia ella. Durante

unos instantes, el juez y *lady* Barber fueron el centro de una violenta lucha. Los dos policías habían agarrado a la muchacha y el joven los había agarrado a los tres. Cada uno tiraba en una dirección distinta. Un hombre alto de mediana edad, de algún modo, se había mezclado inextricablemente en el confuso grupo. Se oyó decir al joven, en apariencia dirigiéndose a él: «Pettigrew, no les dejes…». Entonces, se impusieron el peso superior y el entrenamiento, y la fuerza bruta alejó al joven y a la muchacha del coche. El hombre gordo que había iniciado el alboroto había desaparecido mientras el agente que lo había atrapado estaba ocupado en otras cosas. La multitud que se había amontonado procedente de ambos lados se abrió un momento. Entonces, una mujer gritó, y quienes estaban más cerca del señor juez Barber lo oyeron emitir un leve gemido y lo vieron caer hacia delante y desplomarse en el suelo, como un bulto arrugado y desgarbado.

Capítulo 22

Reunión de fuerzas

Tres días después, mandaron llamar al inspector Mallett al despacho del subcomisario encargado de su departamento en Scotland Yard.

—Tengo un trabajo algo inusual para usted.

—Usted dirá, señor.

—Supongo que lo sabe ya todo sobre el señor juez Barber, ¿no?

—Sé que lo han asesinado, señor, por supuesto —dijo Mallett sin comprometerse.

—Bueno, alguien de la policía local parece tener cierta idea de que usted sabe un poco más que eso. En cualquier caso, he recibido una petición formal para que lo enviemos a ayudarlos con su investigación.

—¿Cómo dice, señor?

El asombro de Mallett era auténtico y profundo. Las relaciones entre la policía local de Londres y las fuerzas metropolitanas en esos momentos eran, como es de esperar que lo hayan sido siempre, correctas, amistosas e incluso cordiales. Sin embargo, se trataba desde luego de las relaciones entre dos poderes distintos, aunque aliados. Que la policía local solicitase la ayuda de Scotland Yard en el asunto de un asesinato cometido directamente ante su puerta era todo un portento, incluso en la época que terminaría conduciendo a la aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo.[21]

El subcomisario estaba sonriendo.

—¿Y bien? —añadió.

—Por supuesto que iré, señor, si se requiere mi presencia. No se me habría ocurrido pensar que yo pudiera ser de ayuda en un caso así, pero…

—¿Ha visto esto? —lo interrumpió su superior con una fotografía en la mano.

Mallett la miró.

—Sí, señor. Entiendo que es el arma empleada en este caso. Un objeto de aspecto inusual. La fotografía ha circulado por todas partes, según creo.

—Exacto. Y la acaban de identificar. Ha llegado un informe de la policía de Eastbury en el que se afirma que es idéntica a la daga usada por un hombre

llamado Ockenhurst para cometer un asesinato en esa parte del mundo el pasado septiembre.

—¡Eastbury! ¿A ese hombre lo juzgaron allí entonces?

—Sí. Y este cuchillo estuvo naturalmente expuesto en el juicio. Y cuando el juicio acabó, el cuchillo desapareció, para volver a aparecer entre los omoplatos del señor juez Barber a la puerta del Tribunal Penal Central. Por tanto —concluyó el subcomisario, que creía en machacar bien las cosas—, a alguien del departamento de investigación criminal de la policía local se le ha ocurrido que este asunto puede tener algo que ver con lo que ocurrió en el Circuito del Sur. Y también se le ha ocurrido que usted tendría más información que nadie a ese respecto.

Mallett no dijo nada. Estaba de pie, muy firme y recio, delante de la mesa de su jefe, tirándose con vigor de las puntas largas del bigote y frunciendo el ceño. Su apariencia melancólica impresionó al subcomisario.

—¿Y bien? —continuó este bruscamente.

—Iré, sí, claro, señor. Esta tarde.

El subcomisario miró el reloj de la pared.

—Son las 10:32 de la mañana ahora mismo —replicó en tono de reproche —. Normalmente reacciona usted más rápido que eso, Mallett.

—No tiene sentido que me presente ante la policía local con las manos vacías, señor —explicó Mallett—. Con su permiso, propongo dedicar unas horas a reunir toda la información que pueda y que sea pertinente para el caso.

—Muy bien. Y además hay que pensar en su almuerzo, ¿no?

Mallett suspiró.

—En estos tiempos se puede pensar poco en los almuerzos, señor. Estoy perdiendo peso cada día que pasa, sin remedio.

El comisario Brough, de la policía local, le dio la bienvenida a Mallett a sus oficinas, en Old Jewry. Era un hombre racional y abierto de mente, que parecía disfrutar sin duda de la perspectiva de trabajar con Scotland Yard. Se rumoreaba incluso que en su muy temprana juventud lo habían oído sugerir que era ridículo mantener dos fuerzas policiales totalmente independientes en la capital, pero había logrado superar la vergüenza del recuerdo de ese comentario subversivo, tal y como demostraba su posterior ascenso.

—En primer lugar, querrá ver usted lo que tenemos y luego veremos nosotros lo que nos ha traído —empezó en tono enérgico mientras disponía ante el inspector un montón de declaraciones de testigos muy bien ordenadas.

Mallett suspiró al ver aquella cantidad ingente de papeles.

—Tienen mucha cosa, ya veo. Aunque creo que hay algo más aparte de esto, ¿no? Tres personas bajo custodia, según me han dicho.

—Sí. Las tres entraron ayer en prisión y estarán una semana bajo custodia. Se las acusa de alterar el orden y obstaculizar la labor policial. Parecía lo mejor que se podía hacer con ellas. Además, sí se produjo una alteración del orden de pleno derecho. Uno de mis agentes tiene un ojo morado precioso. Todas han prestado declaración de manera voluntaria. No sé si querrá leerlas antes de nada. Una en concreto le interesará mucho. —Sacó las tres hojas de papel—. Aquí tiene. Beamish, la hija de Bartram y Marshall.

Mallett las leyó una detrás de otra. La declaración de Beamish tenía un estilo muy florido, pero era bastante sucinta. Tras explicar que había perdido su empleo por un desafortunado malentendido que estaba ansioso por aclarar con su anterior jefe, pasaba a describir el vano esfuerzo que había hecho el día anterior por hablar con él. Luego, según su relato, desesperado por no tener ningún otro medio de atraer la atención del juez, había llegado a lo que describía como «la solución desesperada» de abordar a su señoría a la puerta del tribunal y atraer así su atención a su justa reclamación. Lamentaba profundamente el alboroto del que había sido responsable y deseaba declararse culpable de esa acusación. Con respecto a la muerte de su señoría, que lo había impactado más allá de toda medida, era inocente como un bebé nonato.

—Sí —dijo Mallett en tono serio, y soltó el papel—. Por cierto, ¿sabía usted que a Beamish lo conocían como Corky?

—No, no lo sabía —confesó el comisario.

—El del Corky’s, el club nocturno. El mismo. Y eso me recuerda a algo… algo… —Se golpeó entonces la frente con los nudillos—. ¡Dios mío! ¡Me está fallando la memoria! Debe ser porque estos días no estoy comiendo bien. ¡Da igual! Me acordaré pronto. Mientras tanto, veamos qué tiene que decir la señorita Bartram.

La declaración de Sheila era bastante sucinta. Al igual que Beamish, admitía los delitos de obstaculizar la labor policial y de alterar el orden que los agentes debían guardar. Al igual que él, pero en términos más sencillos, negaba saber algo sobre la muerte del juez y tener alguna conexión con ella. Con respecto a su participación en la reyerta de Old Bailey, decía: «Estaba tremendamente molesta porque habían mandado a la cárcel a mi padre y pensé en ir a ver al juez y decirle que debía cambiar de opinión. Me habían advertido de que no estaba bien hacer eso, pero no pude evitarlo. Cuando me

acerqué a él y le vi la cara, supe que no serviría de nada apelar a su persona y siento decir que perdí los estribos. Creo que lo llamé animal, aunque no pareció darse cuenta. Había mucho ruido por detrás de mí y temía que alguien me detuviese antes de poder hacer nada, así que le di un puñetazo. Entonces, un policía me agarró y hubo una confusión terrible. Me rodearon y el sombrero me cayó sobre los ojos. En realidad, no sé qué pasó después de eso».

Mallett dejó el documento a un lado sin hacer ningún comentario y alargó la mano para coger la tercera declaración. Leyó la primera frase y soltó un fuerte silbido.

—Pensé que le interesaría —dijo Brough con una sonrisa.

La declaración empezaba con las palabras: «Yo maté al señor juez Barber».

—No lo han acusado aún de asesinato, ¿no? —preguntó Mallett en un tono que sonaba casi ansioso.

—No. Verá, hemos pensado… Bueno, lea el resto y dígame qué opina.

Mallett siguió leyendo.

«Yo maté al señor juez Barber. Estaba indignado por la escandalosa conducta que había mostrado en el tribunal. Sabiendo lo que sé de él, pensé que su actitud con el señor Bartram era una parodia de la justicia. Tras pasar toda la tarde pensando en el asunto, me agencié un cuchillo y fui a la puerta por donde los jueces entran a los tribunales. Llegué allí justo cuando él salía. Vi a mi prometida, la señorita Bartram, intentando hablar con él. Un agente la agarró antes de que lograra acercarse a él. Eso me hizo perder la cabeza por completo, porque sabía que el juez era el único responsable de los problemas de mi prometida. Por impulso, cogí el cuchillo y lo apuñalé entre los hombros. No le dije a nadie lo que pretendía hacer y soy el único responsable de todo lo que ocurrió. No sabía que me encontraría a la señorita Bartram allí. Ella no tiene nada que ver con la muerte del juez. Me niego a decir de dónde saqué el cuchillo. Estoy preparado para asumir la responsabilidad total de lo que hice».

—Muy interesante —dijo el inspector.

—Interesante y bastante desconcertante también —comentó Brough—. Ya ve la cantidad de contradicciones en las que cae. Primero, cuenta que estaba enfadado por el comportamiento del juez y que por eso se agenció un cuchillo «tras pasar toda la tarde pensando en el asunto» y fue al tribunal con intención de matarlo, supuestamente. Pero entonces, un momento después,

dice que perdió la cabeza porque vio que un agente agarraba a su joven prometida y actuó por impulso. Las dos cosas no pueden ser.

—Cierto —dijo Mallett—. Y se habrá dado cuenta usted, seguro, de que se desvía para decir que la señorita Bartram no se acercó en ningún momento al juez. En cambio, sabemos por lo que ella misma reconoce que se acercó lo bastante para golpearlo.

—Exacto. Todo ese galimatías se lo ha inventado para proteger a la señorita Bartram, es lo que yo creo.

—Estoy bastante de acuerdo.

—Lo que desde luego no significa que no sea el responsable —prosiguió Brough.

Mallett no respondió. Estaba estudiando de nuevo el documento.

—«Me niego a decir de dónde saqué el cuchillo» —repitió.

—¡El cuchillo! Sí —intervino el comisario—. Tenemos una información muy interesante sobre él procedente de la policía de Eastbury. Déjame que le enseñe lo que…

—¡Un momento, comisario! Vamos a ir por partes, si no le importa. Dígame una cosa primero. ¿Le contaron a Marshall que este cuchillo era el de Eastbury?

—No. Eso no lo habíamos descubierto cuando le tomamos declaración.

—Claro. Bueno, ¿y le enseñaron el cuchillo?

—No. Lo estaban examinando en busca de huellas dactilares, me acuerdo bien. Por cierto, no había ninguna.

—Entiendo. Bueno, sugiero que sería un buen plan volver a ver a Marshall, enseñarle el cuchillo y preguntarle si lo reconoce. Si no, díganle lo que es y de dónde ha salido, y a ver cómo reacciona.

—¿Y cómo espera que lo haga?

—Si su confesión es falsa, inventada porque cree que la señorita Bartram es culpable, la retirará. —El comisario parecía perplejo, así que Mallett continuó—: Porque caerá de inmediato en el hecho de que su prometida no podía tener en su poder ese cuchillo. Ella no estuvo en las sesiones de Eastbury.

—Pero él sí —objetó Brough—. Y se lo podría haber dado a ella.

—Cierto. Aunque esa no es la cuestión. Si Marshall le dio el cuchillo, entonces la joven seguramente sea culpable, con o sin ayuda de su prometido. En tal caso, Marshall se ceñirá a su historia. Pero si no, sabrá que la mujer es inocente. Y cambiará su cantinela.

—Pero supongamos que su historia es cierta y que de verdad mató al juez…

—Entonces la cambiará con más motivo aún. Una vez que sepa que no va a ganar nada con eso, tendrá las mismas ganas de que lo ahorquen que cualquiera. Verá, si estoy en lo cierto y Marshall niega su versión, eso no demostraría su inocencia, pero sí la de la joven. Y algo habremos avanzado eliminando por completo a una sospechosa. —Mallett se atusó el bigote en gesto satisfecho, y añadió—: Ahora, supongo que será mejor que me ocupe de esta pila de papeles.

Tras separar el grano de la paja con ayuda del comisario, Mallett no tardó nada en estudiar los relatos de los testigos oculares de la tragedia. Solo se detuvo en dos de ellos. El primero era el de Hilda. Se trataba de un texto breve y bastante poco informativo. Como el resto de los testigos, las apariciones sucesivas de Beamish, Sheila Bartram y Marshall habían distraído su atención y no había estado pendiente de su esposo. Según creía, Marshall la había separado del juez, aunque ella había intentado seguir agarrada de su brazo. Entonces, había vuelto a entrar en contacto con él y en ese momento lo notó raro y el juez se desplomó en sus brazos. Eso era todo.

—No pudimos hacerle muchas preguntas al respecto —explicó el comisario—. Estaba muy angustiada. Pero dudo que de todos modos hubiese tenido mucho que añadir a su historia.

—Ya —dijo Mallett; de repente, tras una pausa, añadió—: Por cierto, me estaba preguntando si sabe por casualidad si *lady* Barber estuvo en el tribunal esa tarde.

—Pues da la casualidad de que sé que no estaba. Le tomé declaración por rutina al oficial auxiliar de la sala privada del juez y comentó que *lady* Barber había estado esperando allí toda la tarde hasta que el juez levantó la sesión.

—Entiendo. La otra declaración que me interesa de aquí es esta.

—¿La del señor Pettigrew? Bueno, desde luego se entiende mucho mejor que la mayoría, aunque parece que no vio más que el resto; salvo, si acaso, porque estuvo mezclado en todo el meollo, por así decirlo.

—Es el propio señor Pettigrew el que me interesa, más que lo que pueda decir. También me interesa lo que no dice.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, se dará cuenta de que no explica lo que estaba haciendo allí. Su declaración empieza sin más: «Sobre las 16:40 del 12 de abril de 1940, estaba frente a la entrada de jueces del Tribunal Penal Central».

—Todas empiezan así, más o menos —señaló Brough—. El oficial que tomó la declaración probablemente plantease una pregunta inicial para que el testigo continuase desde ahí. En cualquier caso, el señor Pettigrew es miembro de la abogacía, así que supongo que sería esperable encontrárselo en el entorno de un tribunal.

—Pero nunca he oído que el señor Pettigrew haya ejercido en el Tribunal Penal Central —objetó Mallett—. Desde luego, no es miembro de su club de abogados. Por supuesto, cualquiera podría tener algún que otro caso en esas salas de vez en cuando, sobre todo en tiempos de guerra, con tantas ausencias de los profesionales habituales, pero no habría esperado ver a Pettigrew en ese sitio en concreto y en ese momento. Creo que valdría la pena investigarlo. —Tomó nota y continuó—: Ahora, veamos el cuchillo. Tiene un informe de la policía de Eastbury, ¿no?

—Así es, y es muy bueno, además. Léalo usted mismo.

—La clave está aquí —dijo el inspector cuando había leído y releído los papeles que Brough le puso por delante—. Este pequeño y desagradable utensilio fue una prueba instrumental en el juicio de Ockenhurst en Eastbury el pasado mes de diciembre. Después de la vista, desapareció y a los cuatro meses resurgió entre los omoplatos del señor juez Barber. La última vez que alguien puede afirmar con seguridad haberlo visto fue durante el resumen del juez, cuando estaba sobre la mesa de este. Hum. Y la policía de Eastbury ha tenido el detalle de ofrecer una lista de las personas que había en el estrado en aquel momento. De izquierda a derecha: el capitán Trevor, jefe de policía; Beamish, secretario del juez; Marshall; el juez en el centro; luego *sir* William Candish, gobernador civil; *lady* Candish; *lady* Barber; y el vicegobernador civil, que era… ¡Vaya!

—¿Qué ocurre? —preguntó el comisario.

—Diría que no significa nada, pero me ha llamado la atención, bastante. El vicegobernador es Victor Granby, que será el socio principal de Granby and Co., claro, el bufete de abogados asesores más importante en esa parte del mundo. Lo recuerdo bien. Lleva años de vicegobernador civil.

—¿Y qué pasa?

—Nada, solo que ese bufete era Granby, Heppenstall antiguamente. Heppenstall padre murió y su hijo sacó el capital del bufete y se estableció por su cuenta en Londres. Es una historia muy vieja. Se acuerda usted del caso Heppenstall, ¿no?

El comisario asintió.

—¿Y…?

—Y Granby se casó con la hermana de Heppenstall. Eso es todo. Pero de ahí no va a salir nada, claro. El juez ha estado en ese circuito media docena de veces desde que sentenció a Heppenstall y Granby no parece guardarle ningún rencor.

—Bueno, para estar seguros, revisaremos sus movimientos del día en cuestión. Aunque no veo por qué, si cogió el cuchillo para matar al juez, iba a esperar cuatro meses para usarlo.

—Eso mismo puede decirse de todas las criaturas que estuvieron ese día en el tribunal —dijo Mallett. Hizo una pausa y continuó con prudencia—: Dígame por qué al juez lo mataron el día 12 de abril y le diré quién lo hizo.

»Bueno, ¿qué más nos cuentan los compañeros de Eastbury? Ah, sí. La entrada y la salida al estrado está justo detrás de la mesa del juez. Eso quiere decir que cualquiera que saliera del estrado pasaría por el sitio en el que se vio el cuchillo por última vez y tendría las mismas oportunidades de hacerse con él. Otras personas que pudieron tener la posibilidad de cogerlo sin generar comentarios: el abogado de ambas partes, es decir, *sir* Henry Babbington y su auxiliar, el señor Pott, y el señor Pettigrew; los abogados asesores que los instruían; la propia policía, que estuvo buscando después el arma y no la encontró; el secretario de las sesiones, el señor Gervase, que estaba sentado justo delante y por debajo del juez. Aunque no creo que nos tengamos que preocupar por el señor Gervase, un hombre ya mayor. ¡Ah, sí! También Greene, el asistente del oficial, que le servía el té al juez y estuvo revoloteando de un lado a otro entre la sala privada del juez y el estrado cuando el caso acabó. Eso es todo.

El comisario estaba haciendo algunos cálculos.

—Por lo que sabemos, de todas las personas que pudieron haber cogido el cuchillo, las siguientes se encontraban a una distancia del juez tal que les habría permitido apuñalarlo con él en el momento del asesinato: Marshall, Pettigrew y *lady* Barber.

—Y Beamish —añadió Mallett.

—No —lo corrigió Brough—. Todas las evidencias demuestran que, en el momento exacto en el que el juez se desplomó, Beamish estaba a cierta distancia. De hecho, nunca llegó a acercarse a más de un brazo de él. Recuerde que fue el primero en actuar y el agente saltó sobre él en cuanto apareció.

—Correcto. Se liberó cuando los agentes fueron a por los otros dos, pero parece que en ningún momento se acercó tanto. Así que parece que… —

Mallett se calló de repente y luego exclamó en tono de inmensa satisfacción —: ¡Los dardos!

—¿Cómo?

—Acabo de acordarme. Por eso era famoso el club Corky’s. Tenían un montón de dianas para jugar a los dardos. Era todo un centro para los aficionados a ese deporte, si se le puede llamar así. Los campeonatos de Londres se celebraban ahí. Ahora, supongamos que el propio Corky era un experto lanzador de dardos. ¿Qué iba a ser más fácil que lanzar este cuchillito a unos metros de distancia, mientras la policía estaba llevándose a los otros dos? Con eso, los agentes dejaron un espacio despejado en la acera, acuérdese. El juez lo llenó al caerse.

El comisario Brough no creía en las demostraciones externas de emociones. Si se entusiasmó ante la nueva sugerencia, no lo dejó ver.

—Muy bien —dijo—. Entonces, añadimos a Beamish a la lista. Eso nos deja a cuatro en total. Creo que sabemos más o menos todo lo que necesitamos saber por el momento de Marshall y Beamish. ¿Y de los otros dos?

—Pettigrew y el juez llevaban años en malos términos, era algo notorio —resumió Mallett—. *Lady* Barber era… Bueno, era la esposa del juez. Como supongo que habrá oído usted, parece que Barber estaba a punto de verse obligado a dimitir por el escándalo ese de Markhampton. Le contaré todos los detalles al respecto de inmediato. Quizá la señora pensara que no le salía muy a cuenta estar casada con él si el juez iba a perder su empleo. Además, era amiga de Pettigrew desde hacía mucho. Quizá estuvieran juntos en el ajo.

Cierto aspecto somero y poco entusiasta en el modo en el que Mallett enumeró estos hechos llevó al comisario a mirarlo con una pregunta en los ojos.

—Pero…

—Pero a lo mejor alguien podría preguntarme por qué, si así son las cosas, la señora iba a haberse tomado tantísimas molestias en salvar la vida de su esposo cuando este intentó suicidarse hace solo unas semanas, ¿no?

—¿Suicidarse? Primera noticia. ¿Cuál fue el motivo, lo sabe usted?

—Tengo todas las razones para suponer que fue porque no se veía capaz de afrontar la perspectiva de tener que abandonar la magistratura y el escándalo al que acabo de hacer referencia. Podemos verificarlo interrogando mejor a *lady* Barber, desde luego.

—¿Está seguro de que fue un auténtico intento de suicidio? Si de verdad su esposa pretendía deshacerse de él, a lo mejor pudo haber fingido algo…

—Ah, sí, fue un intento real. Verá… Bueno, estoy vendiendo la piel del oso antes de cazarlo. Todo esto está relacionado de nuevo con las cosas tan extrañas que ocurrieron mientras el juez estuvo en el circuito el pasado otoño. Entiendo que por eso me han mandado llamar, ¿verdad?

—Así es. Veamos qué tiene usted que contar.

Lo que Mallett tenía que contar llevó una considerable cantidad de tiempo. Su relato de los problemas que habían acosado al juez durante el desarrollo del circuito interesaron muchísimo a su colega. Las conclusiones que extrajo de esos hechos le interesaron aún más y también le sorprendieron; una barbaridad, de hecho.

—Sinceramente —dijo el comisario—, no termino de ver adónde quiere llegar usted.

—Y con la misma sinceridad le digo que yo tampoco —respondió Mallett —. Le he expuesto los hechos, todo lo que sé de ellos, y diría que son bastante precisos. Además, estoy más o menos seguro de que los he interpretado del modo correcto. Sin embargo, sigo sin entender adónde me llevan, o más bien, si dejo que me lleven en la dirección a la que parecen apuntar, acabo topándome con una absurdez absoluta. Pero bueno.

—Estoy empezando a plantearme si no llevamos todo este tiempo explorando un callejón sin salida. Tal y como están las cosas, tenemos una confesión firmada de Marshall. Supongamos que es cierta y que ni la joven ni Pettigrew, ni nadie más, han tenido nada que ver. En ese caso, este crimen tuvo bastante poca premeditación y todo lo que ocurrió entre octubre y el día antes del asesinato es bastante irrelevante.

—Si esto no fue premeditado, ¿por qué cogió Marshall el cuchillo en Eastbury?

—Para llevárselo de recuerdo, probablemente. Después de todo, cuesta pensar que quien lo cogiera, fuese quien fuese, estuviera planeando cometer un crimen con él cuatro meses después. Creo que Marshall decidió matar al juez esa misma tarde y luego se acordó de que tenía el cuchillo, fue a por él y…

—¿Adónde?

—Supongo que a su casa. Intentaremos obtener pruebas de eso, claro.

—Hágalo. Su residencia está en Lensington, ¿no? Deberíamos poder determinar si volvió allí durante el transcurso de la tarde. Pero no se olvide de que tiene que enseñarle el cuchillo y ver qué efecto le causa.

—Eso lo haremos esta misma tarde. ¿Cuál va a ser su siguiente paso, inspector?

—Mi siguiente paso será dirigirme al bufete del señor Pettigrew. Hay varios asuntos que quiero comentar con él. Tengo la profunda sensación de que ese hombre es la clave de toda la historia. Llámeme a Scotland Yard esta tarde cuando haya vuelto a ver a Marshall; quizá eso me ayude a saber qué vía tomar con Pettigrew.

Dicho esto, los detectives se despidieron.

Capítulo 23

Indagaciones entre abogados

Mallett estaba en el bufete de Pettigrew a la mañana siguiente, a primera hora. John, el señor mayor que era secretario de Pettigrew, lo recibió con seriedad y cortesía, y no sin una mezcla de sospecha, y le dijo que su jefe aún no había llegado. El inspector le respondió amablemente que esperaría y se dispuso a ocupar el tiempo conversando con John.

—Ya ha venido un joven de la policía local —dijo el secretario con una voz en cierto modo agraviada—. Para nosotros es un poco desagradable vernos mezclados en este tipo de cosas, usted me entiende.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Mallett en tono tranquilizador.

—Como si este asunto no fuese un impacto lo bastante desagradable ya de por sí, siendo amigos de hace tanto de la esposa de su señoría. Tampoco nos resulta nada fácil que nos involucren como testigos.

—Muy desafortunado todo, sí —admitió el inspector—. Pero estas cosas pasan, ya lo sabe usted. Fue mala suerte que el señor Pettigrew estuviese por causalidad en Old Bailey aquella tarde. Supongo que tenía algún caso allí, ¿no?

John lo miró con gesto de sospecha.

—Y supongo que si digo que sí, querrá usted mirar nuestro libro de citas. Bueno, pues le ahorraré las molestias. No. Ese día, a mediodía, estuvo ocupado con unas labores de arbitraje aquí enfrente. Pensamos que la cosa habría terminado para las tres y media o antes, pero no volvió hasta pasadas las cuatro de la tarde.

—¡Las cuatro de la tarde! Entonces, tuvo que irse directo para Old Bailey desde aquí.

—No es asunto mío decirle dónde se fue. Por otro lado, no lo sé porque no pregunté.

—Pero se marchó de aquí para ir a otro sitio en cuanto volvió, ¿no?

—No diría «en cuanto». Tuvimos una charla breve cuando llegó. Sobre el arbitraje y las citas del día siguiente, y sobre quién había venido mientras él estaba fuera y demás.

—¿Y había venido alguien? —preguntó al azar Mallett.

—Solo hubo una visita en toda la tarde. El señor Pettigrew no llegó a verlo por poco. Fue ese joven caballero que ya había estado aquí otra vez. Marshall, se llamaba.

—Marshall… ¿Y qué estaba haciendo aquí?

—Eso no sé decírselo, solo sé que pidió ver al señor Pettigrew. No era asunto mío preguntarle para qué.

—Pero quizá sea importante —insistió el inspector—. ¿Sabe que Marshall está bajo arresto por atacar a la policía en Old Bailey cuando mataron al juez?

—Ah, ¿sí? —dijo John con un gesto de sorpresa en apariencia genuina—. No, no tenía noticias. Verá, no me intereso mucho por leer la información sobre los juzgados de guardia en los periódicos, a no ser que por algo nos concierna en lo profesional. Me parecen bastante anodinos para mi gusto, si me disculpa el comentario. Pero, como ha dicho, esto sí es interesante, mucho, en realidad.

—¿Qué hizo Marshall mientras estuvo aquí?

—Bueno, nada en particular. Se limitó a pasar el rato casi todo el tiempo y luego, justo antes de las cuatro, se marchó apresurado. Si hubiese esperado cinco minutos más, habría visto al señor Pettigrew.

—¿Llegó a entrar en el despacho del señor Pettigrew en algún momento mientras estuvo aquí?

—Sí, claro. Lo dejé sentarse ahí dentro. Es donde está la única silla cómoda del bufete.

—¿No echó usted nada en falta tras su marcha, por casualidad?

—¿Echar algo en falta? ¡Claro que no! El señor Marshall no parece el tipo de caballero con cuyas visitas espera uno terminar echando algo en falta. Si no, ya le digo yo que no le habría permitido pasar al despacho del señor Pettigrew.

—¿Está seguro? —insistió Mallett—. ¿El señor Pettigrew no le ha mencionado que haya perdido nada?

—No… Y si quiere continuar con sus averiguaciones, será mejor que le pregunte a él mismo —añadió John al oírse unos pasos al otro lado de la puerta—. ¡Buenos días, señor!

—Buenas, John —dijo Pettigrew, que entraba en ese momento—. Buenos días, señor… Mallett, ¿no? ¿Quería usted verme?

—Si pudiera dedicarme unos minutos de su tiempo, señor…

Pettigrew guio a Mallett al interior del despacho, desvencijado pero cómodo, y se sentó tras la mesa con un suspiro. Parecía cansado y desalentado.

—¿Y bien? —dijo el abogado—. Supongo que ha venido por el maldito asunto de Barber, ¿no? ¿No ha visto la declaración que hice ante la policía inmediatamente después? Si la ha leído, creo que no tengo nada más que añadir.

—Solo hay un aspecto de su declaración que me gustaría ampliar. No mencionó por qué estaba a la puerta del Tribunal Penal Central en aquel momento en concreto.

—Cierto, inspector, no lo mencioné. No me pareció que afectase al valor de mi testimonio en ningún modo. Y —añadió Pettigrew cuando el inspector estaba a punto de hablar— sigue sin parecérmelo.

—¿Se niega a responder a la pregunta?

—Sí.

Mallett estuvo unos instantes sin decir nada. Entonces, preguntó de golpe:

—¿Se acuerda del caso Ockenhurst, en las sesiones de Eastbury?

Pettigrew levantó las cejas.

—Sí, claro.

—¿Sabe que el cuchillo con el que fue asesinado el señor juez Barber se ha identificado como el cuchillo expuesto como prueba en aquel juicio?

—¿Sí? —dijo Pettigrew lentamente, arrugando la nariz.

—Después del juicio, no encontraron el cuchillo por ningún lado. La policía de Eastbury tenía la impresión de que quizá se lo hubiese llevado usted. He estado hablando hoy por teléfono con el agente que se ocupó de ese caso y me ha dicho que intentó dar con usted, pero que ya se había marchado del tribunal, un poco apresuradamente, según parece.

—Sí, lo recuerdo. Quería hacer algo de ejercicio y me fui a dar un paseo antes de coger el tren. Quería caminar para soltar el mal humor.

—¿Su mal humor con el juez?

—Pues sí. —Pettigrew sonrió—. Estaba de un humor de perros con ese caso.

—¿Se llevó usted el cuchillo, señor Pettigrew?

—No.

—El señor Marshall se pasó buena parte del mediodía del día 12 en este despacho. De aquí fue directo a Old Bailey.

—Sí, lo vi allí.

—Después de eso, ha confesado haber matado al señor juez Barber.

El rostro de Pettigrew adoptó una expresión pesarosa.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre, qué desgraciado! ¡Es horrible, inspector! —Se quedó unos momentos en silencio y luego añadió—: En ese caso, parece

que no hay motivo alguno para que no responda a la pregunta que me ha hecho antes. Fui a Old Bailey porque tenía la sospecha de que a lo mejor Marshall hacía alguna tontería.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Verá, hace algún tiempo me habló de este caso en concreto y yo sabía que estaba un poco alterado con él. La mañana anterior a los hechos, por casualidad, vi en el tablón de anuncios de los claustros del colegio que la audiencia del caso se iba a celebrar en la sala número 1, que yo sabía que estaba presidida por Barber, y esa misma mañana me enteré de que el asunto estaba casi visto para sentencia. No me despertó especial interés hasta que a mediodía me senté junto a Fawcett en el comedor, por azar, y supe por él que Barber había tenido un comportamiento escandaloso, por decirlo sin paños calientes. Eso me preocupó un poco, porque le tengo bastante cariño al joven Marshall y sabía que se lo iba a tomar a mal. Entonces, cuando volví aquí por la tarde, John me dijo que el muchacho había venido a verme y me contó además que lo notó en un estado claramente muy nervioso y excitado, y que se había marchado de repente justo antes de las cuatro. De pronto, tuve una horrible sensación de preocupación por él. Me acordé de su absurdo idealismo con respecto a los jueces y a la justicia (muy encantador a su manera, pero peligrosísimo) y se me pasó por la cabeza que quizá hubiese vuelto al tribunal y, en tal caso, desde luego tenía que impedírselo. Así que, sin pensarlo, cogí un taxi y fui corriendo hasta allí. Llegué demasiado tarde, según parece. ¡Pobre muchacho!

—Gracias. Y ahora que me ha contado tanto, señor Pettigrew, ¿le importaría replantearse otra de sus respuestas?

—No lo sigo.

—Si no me equivoco, al principio se negó a decirme por qué fue a Old Bailey porque tenía miedo de que al hacerlo pudiera arrojar sospechas sobre Marshall, ¿no?

—Correcto.

—Me pregunto si también ha negado haber estado en posesión de ese interesante recuerdo de Eastbury por el mismo motivo.

—Temo estar un poco denso esta mañana, pero sigo sin entenderlo.

—Si se lo hubiese llevado usted de recuerdo —le explicó el inspector—, sería de esperar quizá que lo tuviese por algún sitio en este despacho, en su mesa, por ejemplo, como abrecartas. ¿Qué otra cosa sería más probable que pensar que, al verlo, a Marshall se le hubiese ocurrido que podría

devolvérsela al juez y por eso hubiese ido corriendo a Old Bailey justo antes que usted?

—Ya veo —dijo Pettigrew lentamente—. Muy ingenioso, si me permite decírselo. Pero no encaja, lo siento. Puedo asegurarle que el joven Marshall no cogió ese cuchillo de este despacho.

Mallett asintió.

—No me sorprende del todo oír eso. Verá, a Marshall le enseñaron el cuchillo anoche por primera vez desde que lo pusieron bajo custodia. Le recordaron qué era ese objeto y de dónde había salido, y en cuanto lo vio…

—¿Sí?

—De inmediato retiró su confesión.

—¡Que retiró su…! Pero bueno, ¡inspector! ¿Ha estado usted burlándose de mí?

—Espero que no piense eso de verdad, señor Pettigrew —dijo en tono de disculpa Mallett—. Verá, tenía verdaderas ganas de saber cuál era su explicación para su presencia en Old Bailey aquella tarde. Siendo justos, hacía falta justificarlo de algún modo. Y se me ocurrió que la manera más rápida de enterarme era llevarlo a pensar que ya no era necesario proteger a nadie más.

Pettigrew parecía no decidirse del todo entre sentirse molesto o echarse a reír.

—Esto es de lo más inmoral —dijo al fin—. ¿Me va a decir ahora qué llevó a Marshall a hacer tal cosa?

—Creo que en un principio confesó porque tenía la impresión de que la policía sospechaba de la señorita Bartram.

—¿La señorita…? Ah, claro, la joven dama objeto de los afectos de Marshall. Debe ser la mujer rubia a la que vi entregada a un combate absoluto con los dos polis. Y el motivo por el que… No, no me lo diga, déjeme que lo averigüe yo solo. Marshall sabía que la joven no podía tener el puñal de Eastbury porque no estuvo allí para cogerlo, a no ser que él se lo hubiese dado, y sabía que no había sido así. Ergo la joven era inocente y la policía lo sabía. De ahí que desapareciese la necesidad de protegerla. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, correcto.

—Parece que en torno a este caso ha habido mucho quijotismo descontrolado. La joven no saldría disparada para proteger a su prometido con una confesión falsa por algún casual, ¿no?

—No —dijo Mallett en tono serio.

—Eso pensaba. Las hembras de esa especie suelen tener una visión más realista de esas cosas, imagino. Por lo demás, sigue existiendo la posibilidad de que Marshall, sin saber que habían ustedes identificado la daga, hubiera de verdad… Aunque seguro que ya han averiguado todo eso por su cuenta. ¿Quién soy yo para hacer las elucubraciones que corresponden a Scotland Yard? Por cierto, entiendo que nuestro amigo Beamish está también bajo custodia, ¿no?

—Así es.

—Le voy a dar un consejo sobre él. Estoy cansado de proteger a gente y va siendo hora de que me implique y delate a mi prójimo. Ese hombre es un lanzador de dardos milagroso, impecable.

—Eso pensaba. Aunque me interesa tener evidencias claras al respecto. ¿Lo ha visto jugar?

—Lo he visto, sí. Fue una estampa de lo más impresionante.

—¿Cuándo fue eso?

—Bueno, hace algún tiempo. La noche en la que se produjo cierto accidente de coche. La noche en la que todo empezó.

Una pausa prolongada siguió a ese comentario. Mallett se quedó mirando la chimenea fijamente, tirándose de las puntas del bigote, como si no estuviese seguro de cómo proceder. Pettigrew estaba perdido en una ensoñación.

—Bueno, ¡pues ya está! —dijo el abogado al fin—. Creo que hemos cubierto la lista de sospechosos, ¿no es así, inspector? Supongo que, al menos formalmente, debo incluirme entre ellos, ¿no?

—Sí —dijo Mallett con la mente ausente. De su tono no podía deducirse a cuál de las dos preguntas había respondido—. Estaba pensando en lo que acaba de decir usted… «La noche en la que todo empezó». Verá, esa era la idea que tenía *lady* Barber, la de que todas las cosas desagradables que le habían pasado al juez en el circuito estaban en cierto modo conectadas… Incluido el accidente de coche en Markhampton el 12 de octubre de 1939.

—Qué precisos son ustedes los detectives siempre. No podría haber dicho la fecha ni aunque me hubiese ido la vida en ello. Bueno, no hay duda de que fue el accidente lo que llevó al juez a meterse en ese hoyo tan feo en el que estaba cuando murió. Voy a traicionar la confianza depositada en mí, inspector, pero creo que está justificado, dadas las circunstancias: a Barber prácticamente le ordenaron que presentara su dimisión durante las vacaciones y estaba tan abatido ante esa perspectiva que llegó a intentar suicidarse.

—Ya lo sabía —dijo Mallett—. Es decir, era consciente del intento de suicidio. Me había imaginado la causa, aunque no conocía los detalles concretos.

—Bueno, podrá comprobarlo usted mismo si decide llamar a ciertas puertas eminentes. Aunque preferiría que no me citase como su fuente de información. Me lo contó en estricta confianza la… la persona principalmente afectada.

—Muy bien. No hay duda, según las pruebas médicas, de que *lady* Barber le salvó la vida a su esposo en esa ocasión. Es una pena que no tuviese tanto éxito la siguiente vez.

—No quiero parecer cruel —comentó Pettigrew—, pero me resulta como mínimo asombroso que una mujer haya podido estar casada con Barber tantos años y todavía quiera salvarle la vida. —Miró momentáneamente al detective y continuó—: En cualquier caso, en estas circunstancias, me alegro muchísimo por ella de que lo hiciese.

Mallett asintió en silencio y se puso en pie.

—He sacado un gran provecho de este rato con usted, señor Pettigrew —dijo—, y debo agradecerle que me haya aguantado durante tanto tiempo.

—No hay de qué. Para mí ha sido una charla de lo más interesante, en cualquier caso, aunque temo que no le haya resultado muy útil a usted. Sinceramente, no creo que pueda serle de más ayuda. Sí podría darle una lista de personas que le tenían la suficiente antipatía a Barber para quererlo fuera de juego, si le interesa. Sería muy larga e incluiría algunos nombres bastante distinguidos, aunque diría que ya tiene suficientes sospechosos y, salvo que sirva para salvarme el pescuezo, no quiero causarle molestias a nadie más.

—Me contentaría con que pudiera darme el nombre de una sola persona que tuviese motivos para matar al juez el 12 de abril de 1940, mucho después del final del circuito; si es que el circuito tuvo algo que ver con esto, más allá de ser el origen del cuchillo.

—¡El 12 de abril! ¡Vaya! ¡Santo cielo, claro! Bueno, adiós, inspector. Hágame saber si puedo ayudarlo en alguna otra cosa.

Pettigrew le extendió la mano. Mallett no se la cogió. En vez de eso, se quedó mirando al abogado con gesto inquisitivo.

—Sí, señor Pettigrew. El 12 de abril. ¿Puedo saber qué tiene esa fecha que lo haya impresionado tanto?

—Nada —le aseguró Pettigrew un poco confuso—. Nada en absoluto. Solo era que… Ustedes, los detectives, son siempre muy precisos con las fechas, como he dicho antes.

—Pero parece haber algo en ese día en concreto que ha atraído su atención —insistió el inspector.

—No, no —protestó Pettigrew. Era como si su acostumbrado aplomo lo hubiese abandonado por completo—. Hoy es 16, ¿no? Me ha sorprendido que hubiese pasado tan poco tiempo. Parece que hace más. Este asunto ha sido un impacto tremendo para mí, como podrá imaginarse, y había perdido la cuenta de los días…

La voz se le fue apagando vacilante. Mallett lo miró un momento en silencio y luego, con un brusco «¡Buenos días, señor!», se dio la vuelta y salió del despacho.

Cuando se hubo ido, Pettigrew regresó a su mesa. Consultó el calendario como para asegurarse de la fecha. Entonces, se acercó a una estantería y sacó un tomo de archivos judiciales. Después de estudiarlo un momento, se recostó en su asiento y escribió una carta muy breve, que llevó él mismo al correo.

Mallett, mientras tanto, estaba en una cabina telefónica. Llamó a Old Jewry y lo pusieron de inmediato con el comisario Brough.

—Usted al fin, inspector —dijo Brough entusiasmado—. Llevo toda la mañana intentando que hablemos. Esto es importante. Acabo de confirmar que Granby pasó el día 12 entero en la ciudad.

—Lo siento, pero eso no me interesa —respondió Mallett—. ¿Podría buscarme el nombre del bufete de abogados que representa al señor Sebastian Sebald-Smith?

Capítulo 24

Explicaciones entre abogados

A la mañana siguiente, Pettigrew llegó tarde al bufete. John, un maniático de la puntualidad, fuese o no necesaria para el trabajo que hubiese pendiente, lo saludó con miradas de reproche y no se apaciguó demasiado con la explicación de que el tren del metro en el que viajaba el abogado había permanecido retenido por algún motivo al salir de la estación de South Kensington durante tres cuartos de hora. A regañadientes, John admitió que no había ninguna cita esa mañana y que solo tenían un montón de documentos que habían llegado ese mismo día y que no eran muy apremiantes. El secretario apenas había salido del despacho cuando volvió a entrar.

—El tal señor Marshall está aquí y quiere verlo, señor —anunció—. Lo acompaña una joven.

Pettigrew, que había llegado al bufete con aspecto más agobiado y preocupado de lo que parecía poder justificar una avería en el metro, se animó de inmediato.

—¡Querido amigo! —gritó cuando se abrió la puerta para dar paso a Derek y a Sheila—. Qué placer tan inesperado. Pensé que estaba usted entre rejas. Y la señorita Bartram, también… La última vez que les vi estaban notablemente despeinados. Enhorabuena por su liberación. ¿O solo han salido bajo fianza?

—No —respondió Derek—. Todo ha acabado por completo en lo que a nosotros respecta. Pensé que debía pasarme por aquí para contárselo de inmediato. Los dos hemos comparecido esta mañana ante el alcalde en el Tribunal del Ayuntamiento. El caso se ha solucionado en menos de un minuto y el hombre se ha comportado muy decentemente con nosotros. Me ha multado con cuarenta chelines y a Sheila la ha dejado ir con el compromiso de no reincidir.

—Pura parcialidad. Si me hubiesen llamado a mí como testigo, habría tenido que decir que, de ustedes dos, la señorita Bartram se había mostrado mucho más decidida en su ataque contra la policía.

—Lo único malo de todo esto es que no creo que pueda conservar mi trabajo en el ministerio después de lo ocurrido —dijo Derek.

—Habrá que hacer algo al respecto. Tengo algunos amigos en el tribunal, ya sabe usted, y además resulta que uno de ellos es superior suyo, Marshall. Creo que todavía puedo salvar los servicios que le está prestando a su país. Pero bueno, cuénteme qué pasa con Beamish. ¿A él también lo han tratado con el mismo espíritu benévolo?

—No. —Derek adoptó una expresión seria—. Su caso lo han postergado siete días. Dicen que van a presentar más cargos contra él.

—Supongo que eso quiere decir que fue él quien mató a esa bestia de juez —intervino Sheila.

—Hum. Yo no sacaría ninguna conclusión al respecto. Tengo cierta idea de que hay varios cargos que podrían presentar contra Beamish. Va a ser un timo considerable para el pueblo británico, tan ansioso por recibir la noticia de un hombre acusado de asesinato, si al final solo lo procesan por servir bebidas sin licencia en el club nocturno Corky's, o algo así.

—Pero entonces ¿quién lo mató? —preguntó la joven.

Pettigrew no respondió. Tenía la oreja inclinada hacia la puerta, tras la que se oían unos sonidos como de altercado. Al momento, John entró en el despacho con una expresión incómoda en el rostro.

—Disculpe, señor, pero el inspector de Scotland Yard está aquí de nuevo. Lo acompaña otro hombre y quieren verlo de inmediato. Les he dicho que estaba usted ocupado, pero…

La cara de Pettigrew estaba bastante blanca cuando respondió.

—Déjelos pasar, John. Si el señor Marshall y la señorita Bartram quieren quedarse, quizá no haya problema.

Mallett y el comisario Brough entraron. Los dos parecían serios y decididos.

—Ya conocen a la dama y al caballero, por supuesto —les dijo Pettigrew —. Creo que los dos estarán interesados en oír lo que tienen ustedes que decir. A decir verdad, si es lo que espero que sea, no negaría que tengan incluso derecho a oírlo.

El comisario miró a Mallett, que asintió con un movimiento lento de la cabeza mientras se atusaba el bigote. Durante un momento, nadie dijo nada y a continuación el inspector, tras aclararse la garganta, habló de golpe:

—He venido a comunicarle, señor Pettigrew, que *lady* Barber se ha tirado a las vías de un tren eléctrico en South Kensington esta mañana.

Pettigrew, que estaba de pie junto a su mesa, buscó a tientas la silla que tenía detrás y se desplomó en ella.

—Entonces, por eso mi tren se ha retrasado hoy —murmuró.

—Siento que esto sea un golpe considerable para usted —dijo Mallett en tono comprensivo.

Pettigrew levantó la cabeza.

—Todo lo contrario. Estoy muy aliviado. Tenía miedo de que hubiesen venido para decirme que la habían arrestado.

—Encontraron una nota en su bolso —continuó Mallett—. Creo que es su letra, ¿no, señor Pettigrew?

El abogado miró el trozo de papel que el inspector le había colocado delante.

—Sí, lo es. Supongo que soy responsable de lo que ha ocurrido.

—Es una responsabilidad muy dura —afirmó Brough, que hablaba por primera vez.

—Lo reconozco —respondió Pettigrew—. Pero estoy preparado para asumirla. Es decir… Supongo que pretendían arrestarla por asesinato, ¿no? —preguntó al punto de la ansiedad.

—Nuestras pesquisas no habían concluido —dijo el comisario—. Pero si todo hubiese seguido su curso normal, probablemente hubiese solicitado una orden de arresto en los próximos días.

—Entonces, hice lo correcto —replicó Pettigrew con firmeza—. ¡Por Dios bendito, yo la quería!

—¿Nos está diciendo que esta nota fue la causa de que *lady* Barber pusiera fin a su vida? —intervino Mallett.

—Por supuesto. —El breve arrebato emocional de Pettigrew había pasado y el hombre volvió a su ser, controlado y sarcástico—. Creía que nuestra conversación se estaba basando en eso.

—Pues si es así, quisiera saber qué significa.

Pettigrew miró la nota de nuevo y sonrió con ironía.

—Es algo un poco críptico para los legos en la materia, lo admito. Pero para cualquiera que sepa entenderla, va muy al grano. Simplemente hace referencia a… Pero un momento, ¿no estamos yendo demasiado rápido, inspector? Y lo que es peor, ¿no estamos soltando nada más que acertijos delante del señor Marshall? El pobre lleva cinco minutos tratando de leer este papel del revés y sigue sin saber de qué va todo esto. En calidad de alguien que hace bien poco era un asesino confeso, creo que debería conocer toda la historia y desde luego usted es la única persona que la sabe. Yo podré añadir mi pequeña parte de exégesis al final, si lo desea.

Mallett dudó un momento.

—Entenderán, desde luego, que todo esto es estrictamente confidencial, ¿no? —dijo.

—Lo entendemos, sí. En lo que a mí respecta, el señor Marshall podrá decirle que hace mucho tiempo imprimí en él la virtud de acallar las cosas. En aquel momento, no estuvo muy de acuerdo conmigo, pero creo que los acontecimientos posteriores han ido haciéndole cambiar de opinión en ese sentido. Con respecto a la señorita Bartram…

—No soltaré una palabra —dijo la joven con sinceridad.

—No me fío. Mi regalo de bodas para ustedes depende enteramente de su discreción. Espero que baste con esa amenaza. Ahora, inspector, acomódese y enciéndase la pipa si quiere. Somos todo oídos.

—Es un poco complicado saber por dónde empezar —respondió Mallett —. Aunque quizá la mejor manera de comenzar sea explicar lo que me llamó la atención de este caso cuando me avisaron para ocuparme de él por primera vez. Recordará usted, señor —dijo dirigiéndose a Derek—, que, cuando *lady* Barber me pidió ir a su club para hablar sobre los desagradables incidentes que habían ocurrido en las primeras tres ciudades del circuito, la mujer se molestó bastante conmigo cuando sugerí que quizá estuviese equivocada al suponer que todo eso tenía una misma causa. Mi motivo para pensarlo era que había un incidente que claramente no encajaba con los demás. Me refiero, por supuesto, a los bombones rellenos de carburo que se enviaron a la residencia oficial de Southington. Tenía pocas dudas de que las dos cartas anónimas, enviadas una antes y otra justo después del accidente de coche, eran obra de Heppenstall, del que sabíamos que estaba en la zona en aquellos momentos. Todo apuntaba además a considerarlo también responsable del asalto contra *lady* Barber en Wimblingham. —Mallett hizo una pausa y se estiró las puntas del bigote. Parecía avergonzado—. A decir verdad, resultó que en eso me equivoqué, aunque tampoco supuso al final ninguna diferencia para la argumentación. En cualquier caso, Heppenstall era por completo inocente de lo que ocurrió en Wimblingham. Ha conseguido convencernos de eso más allá de toda duda.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó Derek algo ansioso.

Mallett sonrió.

—Sus suposiciones eran acertadas, señor Marshall. Fue la persona que aquella madrugada le dio esas patadas tan fuertes en las costillas.

—¿Beamish?

—Sí.

—Pero usted mismo dijo que si hubiese querido atacar a alguien por la noche se habría puesto unos zapatos de goma o algo similar —objetó Derek.

—Correcto. Pero Beamish no quería atacar a nadie. El asalto a *lady* Barber encaja en la naturaleza de un accidente. Beamish solo lo cometió para poder escapar del pasillo antes de que alguien descubriese su identidad.

—¿Y qué estaba haciendo ahí a esas horas de la madrugada entonces?

—Nos las hemos visto y nos las hemos deseado para descubrirlo. Sencillamente, iba de vuelta a la cama después de haberse colado en la residencia. Verá, Beamish había estado… —Mallett miró a Sheila y se sonrojó un poco—… en otro sitio la mayor parte de esa noche, no sé si me sigue. Temo que su altura moral fuese…

—Vale, vale —dijo Pettigrew en tono tolerante—. Tampoco seamos muy duros con él. Después de todo, cualquiera sabe que las camas de las residencias oficiales son muy incómodas. No se puede culpar a Beamish por buscar un reposo más mullido en otro sitio. Pero continúe, inspector.

—Como iba diciendo —siguió Mallett—, pensaba que podría relacionar todos los demás incidentes con un solo origen. Pero el asunto de los bombones, no. Ese delito era de una índole distinta por completo. De hecho, era menos un crimen que una broma particularmente maliciosa.

»La cuestión es que, por lo general, las bromas son complicadas de detectar, porque la esencia del juego es la irresponsabilidad y la ausencia de motivos. Pero en este caso, había mucho hilo del que tirar. El juez ya estaba implicado en un problema que no guardaba ninguna relación con la salida de Heppenstall de la cárcel: el accidente de coche en el que salió herido el señor Sebald-Smith. Sencillamente porque en la balanza de probabilidades era más plausible que el juez tuviese dos enemigos que tres, me dispuse a vincular la cuestión de los bombones con el accidente. Hice algunas discretas averiguaciones sobre el señor Sebald-Smith, determiné su relación con una dama apellidada Parsons, despejé mis dudas sobre la personalidad de esta señorita y sobre el hecho de que tenía cierto grado de familiaridad con los gustos golosos del juez, y como resultado llegué a la conclusión de que ella fue la persona responsable de aquel episodio.

—Aparte de eso, ¿no hizo nada más al respecto? —preguntó Pettigrew.

—No. No había nada más que hacer. No tenía pruebas entonces para arrestar a Heppenstall y sabía que podría mantenerlo vigilado y ocuparme de que el juez no sufriese ningún daño más por su causa. De hecho, lo acusamos de fraude unas semanas después, pero eso fue por causalidad. En lo tocante a

la dama, no la veía como un peligro potencial, aunque de vez en cuando demostró seguir siendo una molestia.

»Esa fue la situación hasta el término de las sesiones de Wimblingham. Durante el resto del circuito, recibí informes de las fuerzas policiales de las distintas ciudades que me preocuparon bastante. Por tanto, aproveché la oportunidad de ir a ver al señor Marshall de inmediato en cuanto regresó, para obtener de él un relato de lo ocurrido mientras los hechos seguían frescos en su memoria. En aquella ocasión, los incidentes que había que tener en cuenta eran, sucesivamente, el ratón muerto en el paquete, la caída por las escaleras del juez y la tercera carta anónima, todo acontecido en Rampleford, y, por último, el escape de gas en la habitación del juez en Whitsea. A decir verdad, hubo otro incidente del que no se me informó hasta mucho después, pero que demostraría ser el más siniestro de todos: la desaparición del cuchillo del tribunal de Eastbury. Aunque dudo de que se me hubiera encendido ninguna bombilla si me lo hubiesen contado.

»El ratón muerto, por supuesto, no supuso ningún problema. Encajaba perfectamente con los bombones envenenados y confirmaba mi opinión al respecto. Sin embargo, los demás incidentes eran por completo distintos. No encajaban con nada. Lo que más resaltaba era que no encajaban con los incidentes de la primera parte del circuito. Y, sobre todo, en contraposición a esos hechos, al analizarlos me pareció que mostraban todos los indicios de ser falsos.

—¿Falsos? —dijo Derek—. ¿Qué le hizo pensar eso? Después de todo, el juez acabó estando dos veces en grave peligro. Se cayó por las escaleras y casi se intoxicó con el gas aquella noche en Whitsea. Nada de lo que pasó antes lo puso tan cerca de la muerte como eso.

—Exactamente. Los dos parecían intentos bastante decididos de asesinato contra el juez. Pero los dos fallaron. En ambos casos, *lady* Barber estaba ahí para salvarlo, y para hacerlo, además, delante de testigos. Por supuesto, ese hecho no probaba que la mujer fuese responsable de lo ocurrido, pero sí parecía como si quien hubiese cometido esos intentos fingidos hubiese dispuesto las cosas de manera que hubiera alguien cerca para ocuparse de que no llegaran a buen puerto. Lo siguiente que me llamó la atención en los dos incidentes, por supuesto, fue que, mientras los acontecimientos anteriores quizá pudieran haber sido obra de un miembro del equipo del juez, esos dos tenían que haberlo sido, sin más remedio. Con respecto a la carta anónima, parecía demostrar dicho argumento de cabo a rabo. Se descubrió en la residencia oficial, lo recordarán ustedes, después de que el equipo del juez se

hubiese marchado. Ningún ajeno que quisiera dejar una carta de esa naturaleza la habría soltado en la puerta cuando podía ver por sí mismo que el destinatario se había marchado o estaba a punto de hacerlo. Quien había escrito esa carta pretendía que la encontrasen en el último momento posible, pero a tiempo de que llegara al juez antes de que saliese su tren. Terminé por concluir que, con toda probabilidad, la carta la había dejado en la mesa del recibidor una de las personas del grupo al salir de la casa. Con las prisas de la marcha, habría sido fácil hacerlo, sobre todo si el autor se había ocupado de ser uno de los últimos en salir.

—Me estoy acordando ahora —intervino Derek— de que *lady* Barber nos hizo esperar a todos mientras entraba corriendo de nuevo a la casa a por su bolso, que decía que se lo había dejado en el salón. Insistió en ir ella misma, aunque yo me ofrecí.

—Sin duda, ese fue el proceder —dijo Mallett—. ¡Bueno! Pues en esas me estaba viendo, con un caso rarísimo entre manos. Por un lado, *lady* Barber me había buscado para proteger a su marido contra un ataque exterior y, por el otro, acababa de descubrir que alguien de dentro estaba ideando una serie de ataques fingidos y, tras un cuidadoso proceso de eliminación, me vi conducido a la conclusión de que ese alguien era la propia *lady* Barber. Aun así, estaba bastante convencido de la sinceridad de la mujer cuando decidió llamarme en primera instancia, y por lo que el señor Marshall me había contado, también estaba seguro de que durante la segunda parte del circuito *lady* Barber seguía haciendo todo lo que podía, con ayuda del joven, para proteger a su esposo de nuevos ataques del estilo de los de Wimblingham, por así llamarlos. ¿Por qué?

»Cuando me puse a buscar alguna explicación, naturalmente traté de encontrar algo que pudiese suponer un punto de inflexión entre las dos fases. Creí detectarlo en lo que, a primera vista, parecía el incidente más trivial de todos: el ratón muerto que llegó por correo a Rampleford. Por lo que el señor Marshall me había contado y según mis propias averiguaciones, concluí que hasta ese momento *lady* Barber albergaba esperanzas de solucionar la demanda con la que amenazaba el señor Sebald-Smith mediante un acuerdo que no arruinase del todo a su esposo. Después de eso, a la mujer le quedó claro que la señorita Parsons no iba a permitir tal cosa. Se me pasó por la cabeza la idea de que, en esas circunstancias, quizá *lady* Barber decidiese que era mejor matar a su esposo y vivir con lo que el hombre le dejase que permitir que todo el patrimonio del juez lo engullese la enorme indemnización por daños y perjuicios que exigía el señor Sebald-Smith.

—¡Ajá! —dijo Pettigrew.

—Desde luego, esa teoría dejaba mucho sin explicar. Si era cierta, ¿por qué *lady* Barber iba a estar tomándose tantas molestias para salvaguardar la vida de su esposo, y por qué iba a cuidar tanto de que sus propios intentos de ataque fueran infructuosos? No obstante, pensé que todo eso podía deberse a un plan muy elaborado para desviar las sospechas y decidí que merecía la pena ahondar en esa teoría. De todos modos, primero debía asegurarme de que de verdad a *lady* Barber le interesaba matar a su esposo. Indagué en nuestro departamento jurídico y descubrí que si el juez fallecía no había nada en absoluto que evitase que el señor Sebald-Smith presentara su demanda a expensas del patrimonio del hombre, así que matando a su marido *lady* Barber no se vería en mejor posición económica. Según me han dicho, es consecuencia de un cambio muy reciente en la ley.

—La Ley de Reforma Legislativa (Disposiciones Varias) de 1934 —intervino Pettigrew.

—Gracias, señor. Desafortunadamente, resultó que mis pesquisas no fueron lo bastante lejos. Pero con esa información ante mí, me pareció que mi teoría debía estar equivocada. Por algún motivo, *lady* Barber estaba fingiendo unos intentos de asesinato contra su esposo, mientras al mismo tiempo se mostraba demasiado ansiosa por mantenerlo con vida. Solo había dos explicaciones plausibles para mí: o bien tenía un interés deliberado en asustarlo, por algún oscuro propósito personal, o sufría algún tipo de tensión mental. La segunda alternativa me parecía la mejor de las dos. No sé mucho sobre esos temas, pero me era fácil imaginar que una mujer bastante nerviosa de por sí, verdaderamente asustada por la seguridad de su esposo, con falta de sueño por estar vigilando un ataque que no llegaba nunca, al final pudiese terminar tan afectada psicológicamente que empezase a fingir ataques contra su esposo para justificar el problema que ella misma se estaba imponiendo. Pensé que, si estaba en lo cierto, en cuanto la tensión del circuito desapareciese y *lady* Barber volviese a llevar una vida más o menos normal en Londres, todas esas extrañas manifestaciones desaparecerían. Y así resultó ser.

»Al mismo tiempo, al principio no me había quedado del todo tranquilo con el asunto. Luego, conforme pasó el tiempo y no parecía haber la mínima señal de peligro que amenazase al juez, creí que debía estar en lo cierto. Cuando Heppenstall había quedado fuera de la ecuación, la primera serie de amenazas y ataques había parado. Cuando *lady* Barber regresó a Londres, de inmediato la segunda serie, fingida, acabó también. Todo parecía estar siendo

demasiado fácil. Entonces, como para dar carpetazo al asunto, llegó el intento de suicidio del juez. No había duda de que había sido un intento real y tampoco de que *lady* Barber había hecho todo lo que estaba en su mano para salvarle la vida. De hecho, el médico me dijo que, de no haber sido por la prontitud de la esposa, el juez habría muerto indefectiblemente. Eso hizo desaparecer de mi mente la última sospecha que me quedaba. No podía haber ninguna duda de que, lejos de desear su muerte, *lady* Barber estaba dispuesta a hacer lo imposible para preservar la vida de su esposo.

»Y luego, solo unas semanas después, asesinaron al juez, en las circunstancias que todos ustedes conocen bien. Había cinco sospechosos obvios. Tres de ellos están en este despacho. El cuarto era Beamish. El otro, por supuesto, era *lady* Barber. El hecho de que el crimen se hubiese cometido con un arma en concreto que pudimos identificar con la que se vio por última vez en las sesiones de Eastbury me llevó a eliminar a la señorita Bartram de inmediato y, después de indagar un poco más, también al señor Marshall. Pero eso solo me puso en una tesitura complicada: al hacerlo, había eliminado a las dos únicas personas que tenían un motivo para cometer el crimen en ese momento en concreto, y no en otro. Estaba claro, aun así, que quien lo hubiese hecho había corrido un riesgo más que considerable. Todo aquello apuntaba no solo a una osadía y a una eficacia notables (algo muy distinto, como ya se habrán dado cuenta, a los intentos tibios y chapuceros cometidos durante el circuito), sino además a una enorme urgencia. Parecía como si el asesino se hubiese visto en la obligación de aprovechar esa momentánea oportunidad en vez de esperar a una ocasión mejor. Al fijarme en los tres sospechosos restantes (dos de ellos con motivos no poco válidos para cometer el asesinato) no logré hallar ese apremio, y en lo que respectaba a *lady* Barber, me encontraba además con el absurdo añadido de que la preocupación por mantener vivo a su esposo se hubiese convertido de repente en lo que he calificado como una «pulsión asesina». Y aun así, basándome solo en el factor de la oportunidad, era imposible hacer oídos sordos ante el hecho de que ella era, de lejos, la que más posibilidades había tenido de los tres.

»Por ahí discurrían mis pensamientos ayer cuando usted, señor Pettigrew, me dio la clave de todo el misterio al fijar mi atención sobre la cuestión de que el día del asesinato se cumplían seis meses exactos del accidente de Markhampton.

—Cualquier abogado competente se habría dado cuenta de lo que eso significaba —comentó Pettigrew—. Pero debo decir que me asombró lo rápido que lo pilló usted. Muy ingenuamente, confiaba en que no lo hiciera.

—No, no me di cuenta de lo que significaba —dijo Mallett con modestia—, pero sí vi que había algo de lo que darse cuenta en algún sitio. La fecha del asesinato estaba de algún modo vinculada a la fecha del accidente. Vale. Lo único que tenía que hacer era empezar de nuevo desde el principio y descubrir todo lo que pudiera sobre el accidente. Por tanto, tras dejarlo a usted aquí, fui directo al despacho de Faraday, los abogados del señor Sebald-Smith. Una vez allí, prácticamente la primera pregunta que planteé me reportó la explicación que tanto tiempo había estado buscando. Pregunté en qué fase estaba la demanda contra el juez en el momento de su muerte y el socio al que interrogué me contó que, en realidad, la demanda nunca había ido más allá de la fase de negociaciones. De hecho, el escrito iba a presentarse el día después de que muriese el juez. Me di cuenta de que el hombre parecía bastante molesto con el asunto.

—Y tanto que lo estaría —dijo Pettigrew—. ¿Sally y Sebald van a demandar al bufete por negligencia?

—El abogado insinuó que existía la posibilidad de que eso ocurriera.

—¡Menudo epílogo curioso para un asesinato!

—Pero no lo entiendo —comentó Derek—. ¿Qué tenía todo eso que ver con el asesinato?

—La respuesta está en el subapartado tres de la sección primera de la ley del Parlamento que he citado hace un rato —intervino Pettigrew—. Traducido a un lenguaje nada técnico, se resume en lo siguiente: puedes mantener una demanda abierta contra un tipo que te haya atropellado incluso aunque esté muerto. Pero (porque hay un pero) para hacerlo debes cumplir una de estas dos condiciones: o bien haber interpuesto ya la demanda mientras el tipo estaba vivo, en cuyo caso el cuerpo puede estar criando malvas en su tumba, pero tu causa seguirá su curso y cobrarás el dinero de los albaceas; o puedes interponer la demanda cuando el cuerpo esté ya criando malvas, aunque en ese caso solo tienes seis meses para hacerlo, un plazo que cuenta desde el momento en el que el coche te haya atropellado. Si eliges pasarte seis meses discutiendo los pros y los contras de tu caso antes de dar ese paso y el hombre se muere, entonces tu demanda quedará enterrada con el cuerpo, criando malvas también. Y tú solito te lo habrás buscado.

—¿Y eso fue lo que pasó en este caso?

—Eso fue lo que pasó en este caso. Y pasó porque Hilda, Dios la tenga en su gloria, así lo quiso. Verá, Hilda era abogada y resulta además que su objeto de estudio predilecto es lo que se conoce como «prescripción de acciones», un tema que antes me parecía aburrido, pero ya no, a partir de ahora. Hilda sabía

que la demanda de Sebald-Smith arruinaría a su esposo por completo si iba a juicio. Sabía también que si el hombre moría, ella quedaría igualmente en la ruina. Así que se propuso mantenerlos a él con vida y a los abogados demandantes a raya hasta que se cumpliesen los seis meses. Por eso tuvo que impedir que se suicidara el mes pasado. Y por eso también, cuando el plazo había expirado, tuvo que asesinarlo antes de que se interpusiera la demanda. Lo idearía todo en cuanto tuvo la certeza de que Sally pretendía cobrarse lo suyo: aquel día, en Rampleford, cuando el funesto ratoncito apareció en su bolsillo, Marshall. Disculpe, inspector, lo siento, pero le he quitado las palabras de la boca.

—No pasa nada. Las ha expuesto usted con mucha mayor claridad de lo que yo habría sido capaz. Creo que esa es la historia completa, salvo por esto, señor Pettigrew.

Y señaló la nota que había en la mesa.

—¿Eso? ¿Mi pequeña acotación sobre la ley del Parlamento? Bueno, es una misiva muy sucinta, ¿no? Una mera referencia a los archivos judiciales.

Cogió el papel y leyó en alto:

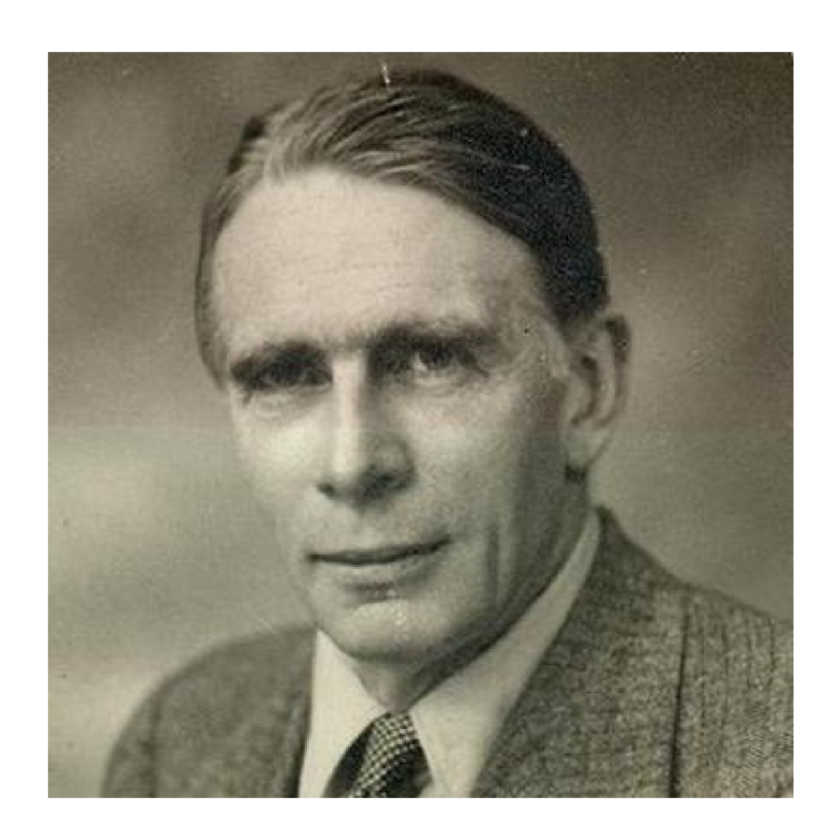
> Querida Hilda:
> (1938) 2 A. R. 202.
>
> F.

—Eso, señoría y miembros del jurado, no es más que la referencia al caso Daniels contra Vaux, en el que se juzgó una cuestión de derecho totalmente distinta, pero con unos hechos bastante similares a estos. Un joven adinerado que estaba sin seguro atropelló a un policía y le causó heridas graves. No había una defensa real que plantear ante la reclamación del policía, por lo que los abogados asesores de ambas partes llegaron a un acuerdo extrajudicial sobre la cuantía de la indemnización por daños y perjuicios. Se encontraban en la fase de cerrar el acuerdo cuando el joven murió; cómo, no se cuenta en la historia, pero dado que todo ocurrió en los días previos a las bombas, supongo que sería en su propio coche o en el de cualquier otra persona. Eso pasó seis meses después del primer accidente y nadie había pensado en interponer una demanda, por lo que el pobre demandante se quedó sin nada. Encontrarán todo esto relatado, tal y como indica mi jeroglífico, en el tomo número dos de los archivos de la magistratura del rey del año 1938, en la página doscientos dos. Por casualidad, ayer por la mañana tuve que hacer

referencia a él y por eso la coincidencia de las fechas me llamó tan poderosamente la atención.

El rostro de Pettigrew, que había estado animado durante su exposición, de repente parecía mostrar mucho cansancio. Cogió la nota y la hizo pedazos poco a poco.

—Supongo… —continuó con amargura, mientras tiraba los trozos en la papelera—. Supongo que es la primera vez en la historia que una persona se ve inducida al suicidio por una referencia a los archivos judiciales.



CYRIL HARE (Mickleham, Surrey, Inglaterra, 4 de septiembre de 1900 - 25 de agosto de 1958, Westhumble, Surrey, Inglaterra), era el pseudónimo de Alfred Alexander Gordon Clark, juez inglés y escritor de novelas de crímenes.

Notas

[1] En este párrafo se describe una realidad algo ajena al ámbito jurídico hispano: la de la administración itinerante de la justicia británica. Para juzgar según qué delitos, existían en el derecho anglosajón unos cuerpos jurídicos formados por diversos profesionales que viajaban a diferentes tribunales previamente designados, con un calendario y unas rutas ya fijadas. En general, la terminología jurídica se ha traducido con ánimos de transmitir las imágenes de los distintos cargos y figuras mencionadas, más que recurriendo a términos que pudieran considerarse equivalentes, ya que en la gran mayoría de los casos no existen. *(Todas las notas de la presente edición corren a cargo de la traductora).* <<

[2] El libro está ambientado en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial. En este párrafo se habla de pasada sobre los encuentros que tuvieron lugar a finales de septiembre de 1938 entre Chamberlain (primer ministro del Reino Unido en la época) y Hitler, a quienes se unirían los líderes de Italia y Francia (Mussolini y Daladier). Estas reuniones desembocaron al final en los Acuerdos de Múnich, mediante los cuales se incorporaban los Sudetes a Alemania, en un intento por apaciguar las ansias de revancha alemanas por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. **<<**

[3] Karl Baedeker fue un editor alemán de la primera mitad del siglo XIX que se especializó en guías de viaje. Las guías de Baedeker incluían información detallada sobre rutas, alojamiento y transporte, toda una innovación para la época. <<

[4] Este capitán es un personaje ficticio que aparece por primera vez en *The Beggar's Opera* de John Gay y más tarde resurgirá en *The Threepenny Opera* de Bertolt Brecht como Mack the Knife, famoso protagonista de una canción posterior. <<

[5] En un pasaje de *Alicia en el País de las Maravillas*, Alicia recita el poema al que pertenecen estos versos y que tiene al Padre William como uno de sus personajes. <<

[6] Cuando se habla de apagón en este contexto, se hace referencia a la política implantada durante la Segunda Guerra Mundial en el Reino Unido por la que, a partir del anochecer, y como medida contra los bombardeos aéreos, los núcleos urbanos o habitados debían permanecer a oscuras. Solo se permitía el uso de iluminación en los interiores, siempre que se mantuviesen las ventanas y puertas cerradas para no dejar salir luz al exterior. <<

[7] Se hace mención aquí a uno de los personajes principales de *La feria de las vanidades* de William M. Thackeray, Rebecca Sharp, que se caracteriza por sus constantes intentos de medrar social y económicamente. <<

[8] El personaje ficticio de Grimaud es el lacayo de Athos en las historias de los tres mosqueteros creadas por Alexandre Dumas, famoso por su parquedad de palabras. <<

[9] En obras como *Canción de Navidad* de Charles Dickens se mencionan este tipo de juegos típicos en las Navidades británicas, que consisten sencillamente en hacer preguntas a las que solo se puede responder con esos monosílabos. <<

[10] En este pasaje se menciona de pasada la resistencia de los soldados británicos frente a la guardia francesa en la batalla de Waterloo, que acabaría con la derrota del ejército de Napoleón y supondría el final de las guerras napoleónicas. <<

[11] La mención a la llegada por dos veces de los prusianos al territorio es una referencia a las dos guerras mundiales en las que los británicos, entre otros, se enfrentaron a los alemanes. <<

[12] La cita está sacada de la *Epístola al doctor Arbuthnot* de Alexander Pope: «Damn with faint praise, assent with civil leer, and without sneering, teach the rest to sneer; willing to wound, and yet afraid to strike, *just hint a fault, and hesitate dislike*» (Maldice con leves alabanzas, asiente de cortés soslayo, y sin usar el desdén, enseña a desdeñar; con disposición a herir, pero con miedo a dar, *limítate a denotar el defecto y a sugerir el desprecio*). **<<**

[13] En octubre de 1939, la Unión Soviética inicia unas negociaciones con Finlandia que, al no terminar en acuerdo, desembocarían en la invasión del país nórdico por parte del Ejército soviético. En cualquier caso, el papel de Finlandia en la Segunda Guerra Mundial aún sufriría diversos virajes, invasión alemana incluida. <<

[14] Esta ciudad con la que se hace la comparación es el municipio en el que nació y murió William Shakespeare, un destino turístico por excelencia en la región. <<

[15] Durante la Segunda Guerra Mundial, llegaron destacamentos de soldados canadienses al Reino Unido para ayudar en la defensa del país. <<

[16] Tras la Primera Guerra Mundial, Francia construyó una muralla defensiva y fortificada en la frontera con Alemania e Italia. A este sistema se lo conoce como la línea Maginot, término que ha pasado a denominar el conjunto de las defensas frente a Alemania en los conflictos, desde el punto de vista de las otras potencias. <<

[17] Como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y de los bombardeos sufridos en Londres, toda la zona de los colegios de abogados (conocida como The Temple) quedaría destruida y reducida a cenizas. Poco sobrevivió y el resto se fue reconstruyendo con el tiempo. <<

[18] El 9 de abril de 1940, Alemania invade Noruega. La familia real de este país termina refugiada en Londres. Se trata de otro paso más en el avance de los nazis por toda Europa. <<

[19] Era costumbre en el Reino Unido que a los jueces se les entregase un ramillete de flores para contrarrestar el olor provocado por el tifus que padecían los presos (enfermedad conocida como la fiebre de las cárceles por la frecuencia de su padecimiento en esos entornos). <<

[20] El Common Serjeant of London (cuyo título completo es Serjeant-at-Law in the Common Hall) es un cargo jurídico existente desde el siglo XIII. El juez que lo ostenta es el segundo en importancia en el Tribunal Penal Central de Londres. Con respecto a lo curioso del término, *serjeant* es una variedad menos frecuente para el término *sergeant*, ambos derivados de la palabra latina para «sirviente», y que ha terminado designando ciertos cargos jurídicos en el derecho anglosajón. <<

[21] Esta ley da nombre a una serie de medidas autorizadas entre 1941 y 1945 que permitieron el envío de ayuda estadounidense (en forma de alimentos, combustible, armamento, etcétera) a varios países europeos, el Reino Unido entre ellos. <<


CYRIL HARE
TRAGEDIA EN EL TRIBUNAL
Lectulandia